PEDRO ARTURO AGUIRRE

HISTORIA MUNDIAL DE LA MEGALOMANÍA



PEDRO ARTURO AGUIRRE

HISTORIA MUNDIAL DE LA MEGALOMANÍA

Desmesuras, desvaríos y fantasías del culto a la personalidad en la política

SEGUNDA EDICIÓN

Historia Mundial de la Megalomanía. Desmesuras, desvaríos y fantasías del culto a la personalidad en la política
© 2013, 2026 Pedro Arturo Aguirre

Primera edición: Madrid, 2013.
Segunda edición: 2022.
Edición digital del autor: 2026.

Esta obra se distribuye con una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Puede copiarse y compartirse libremente por cualquier medio, siempre que se cite al autor, no se utilice con fines comerciales y no se modifique.
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

pedroarturoaguirre.com

CONTENIDO

Imitar a los Dioses 1

El Origen Helenístico del Culto a la Personalidad 11

Mausolo y Diógenes 15

La Muralla China y el Conquistador de la Ultratumba 19

Calígula como Antihéroe Existencialista 24

El Gran Estreno de Nerón 28

Hitler, o el Narcisismo como Necrofilia 33

La Gran Farsa del Duce 40

Apuntes Apócrifos de Benito Mussolini (Anotados para sí mismo poco antes de la marcha sobre Roma) 45

Francisco Franco, o la exaltación de la mediocridad 47

La Sonrisa de Franco Resplandece... 52

El Fatuo Mariscal Pétain 59

Pío XII y su Beato Carnicero Croata 64

Marx, Lenin, Stalin y el Culto a la Personalidad 71

El Cumpleaños de Dios 75

El Siniestro Humor de Stalin 80

Mao, el Envidioso 85

Un Sutil Escrúpulo de Kim Il Sung 93

El Monstruo de Kim Jong Il 98

Flores de la Megalomanía 104

¡Bañarse es de Putas! 108

El Tirano de Tirana 114

El "Barbas de Chivo" 119

Rakosi, el Despreciado 124
Fidel, Fidel, los Pueblos te Agradecen... 129
El Dandi Rojo 135
El Tío Ho 140
Las Paradojas del Culto a Atatürk 145
El Generalísimo y su Dragona 151
La "Mariposa de Hierro" y Ferdinand, su Cleptómano Marido . . 159
Nacionalismo Post Colonial y Culto a la Personalidad 166
Flamboyant Sukarno 169
El Elegante Redentor del Kente 178
La "Comunocracia" de Sily, Ideólogo Genial 187
El Niñote de Koboko 195
Imperio 201
Mobutu y Kakoko 208
¡Ese Hombre! 215
El Increíble General Eyadema y sus Súper Poderes 223
El Carisma no Gana Guerras 225
El Monstruo del Libro Verde 230
El Saladino Salado 237
Los Muchachos de Saddam 243
El Notario de Provincias 249
Borat en Alejandría 255
El Hombre Dorado de Asjabad 263
Azerbaiyán Exporta: Culto a la Personalidad 272
Tres Episodios del Señorpresidentismo Mexicano 279
El Chivo Sicalíptico 287
Papá Doc, el Hechicero en Jefe 294
Populismo Latinoamericano y Culto a la Personalidad 299

Sua Majestade, O Presidente 305
El General y la Santa 313
El Mussolini Tropical 321
El Kitsch Totalitario 330
Tres “Maravillas” Arquitectónicas de la Megalomanía que Jamás Existieron 334
Ocho Insólitos Casos de No Culto a la Personalidad 338
¿Anarquistas Coronados? 351
Sobre el autor 355

IMITAR A LOS DIOSES

" ¿Y por qué no he de compararme a los Dioses? Basta ser tan cruel como ellos."

Calígula (según Albert Camus)

Pretender ser Dios entre los hombres es un proyecto absurdo y una gran aventura existencial. Es la idea humana más temeraria y descabellada. Esta "Historia Mundial de la Megalomanía" es una breve antología de las desmesuras, desvaríos y fantasías del culto a la personalidad en la política. Incluye trazos, asombros y reflexiones sobre los patéticos personajes que persiguieron lo imposible: volverse dioses. No es un libro de ciencia política, ni de psicología, ni de sociología, ni de historia. Se trata solo de un recorrido de perplejidades a través de los excesos y vesanias de dictadores delirantes. No espere, pues, el lector encontrar aquí sesudas reflexiones sobre las causas y consecuencias socio-políticas que ha tenido sobre las sociedades humanas el culto a la personalidad.

Desde luego, eso no hace olvidar que fue Max Weber quien, famosamente, describió tres diferentes tipos de autoridad: la tradicional, la racional-legal, y la carismática. ¿Queda revelado a cabalidad el fenómeno de culto a la personalidad en la explicación Weberiana? No del todo. Los sistemas de liderazgo centrados en la imagen de un líder como los generados en el siglo xx por los totalitarismos, los populismos y las naciones de reciente independencia podrían quedar consignados como la encarnación de lo que Weber caracteriza como la "rutinización de la autoridad carismática". Pero el fenómeno del culto a la personalidad ha rebasado a la tipología we-

beriana. Los regímenes totalitarios de la pasada centuria trataron de legitimarse a través de una combinación de las apelaciones a la tradición, el derecho legal y carisma, además de la ideología. Cierto que la estrategia de legitimación tenía como elemento central la promoción de los cultos al líder, pero los esquemas ideológicos, tradicionales y legales nunca quedaron relegados por completo.

El culto a la personalidad ha sido un complejo designio que escapa a los arquetipos de la sociología y la ciencia política para invadir los terrenos de la psicología. Los griegos hablaron de la "Hubris"' para definir al héroe que lograba la gloria y, trastornado por sus éxitos, pretendía imitar a los dioses. Este sentimiento le llevaba a cometer un error tras otro. Como castigo a la "Hubris" los dioses idearon la "Némesis", que devuelve a la persona a la realidad a través de fracasos y severos castigos. Muchos personajes mitológicos sufrieron la Némesis de los dioses: Agamenón, Aracne, Creonte, Eco, Ícaro, Jasón, Marsias, Hércules, Odiseo, Orestes, Sísifo, Jasón, tántalo, entre otros. Hoy los psicólogos disertan sobre un "síndrome de Hubris", trastorno común entre los gobernantes que llevan tiempo en el poder. Lo cierto que la neurociencia no ha encontrado aún las bases científicas que expliquen este síndrome, más allá de los síntomas evidentes: soberbia, alejamiento progresivo de la realidad, narcisismo exacerbado, etc.

Un famoso ex ministro de la Foreing Office británica, David Owen, se puso a estudiar todo lo relacionado con estos síntomas de la Hubris. Nos dice que el poder intoxica tanto que termina afectando al juicio de los dirigentes y los lleva a sentirse seres únicos llamados por el destino a cumplir grandes hazañas. Tal perversión sucede con los gobernantes en los regímenes democráticos y, obviamente, con mayor fuerza en los sistemas autoritarios y totalitarios, donde los contrapesos al dictador son casi nulos o de plano inexistentes. Muchos tiranos arrastran complejos y trastornos personales severos por muchos años, mismos que se destapan cuando poseen la Hubris del poder absoluto y se ven rodeados de sicofantes que los adulan constantemente. Surge en el sátrapa una ofuscación megalomaniaca que le hace creer en su infalibilidad y

en su insustituibilidad. Se abre paso al culto a la personalidad, a la construcción de obras faraónicas, a que los dictadores se crean genios universales y a un desarrollo paranoide que los lleva a considerar como enemigos mortales a todos aquellos que critican o disienten.

En el siglo xx, con el desarrollo de los medios masivos de comunicación, los gobernantes dictatoriales tuvieron las herramientas más efectivas para promover el culto a sus personas. Las técnicas modernas de propaganda permitieron a los líderes adquirir una extraordinaria omnipresencia. Desde luego, los tres titanes de este fenómeno han sido Hitler, Stalin y Mao, quienes gobernaron grandes naciones, dirigieron enormes ejércitos y fueron conductores universales de ideologías totalitarias. Sin embargo, el Culto a la Personalidad de ninguna manera ha sido privativo de grandes naciones como China, Rusia o Alemania. Particularmente descabelladas (y trágico-cómicas) han sido las experiencias de aquellos dictadores de pequeñas naciones que han buscado endiosarse, como Trujillo, Bokassa, Idi Amin, Nyazov, Kim Il Sung y tantos más que hacen su aparición en esta sucinta Historia Mundial de la Megalomanía. Pero lo cierto es que, a grandes rasgos, todos los dictadores que se han consagrado al culto a la personalidad no han sido sino imitadores, en mayor o menor medida, de la triada Hitler-Stalin-Mao, aunque debe reconocerse que algunos dictadorzuelos a veces fueron perfectamente capaces de idear ingeniosos y muy originales métodos para mayor loor de sus personitas.

El Culto a la Personalidad fue consustancial al nazi-fascismo. La construcción del "Mito de Hitler", como lo llamó el historiador británico Ian Kershaw, fue posible gracias a la magistral utilización de técnicas propagandísticas modernas para la creación y manipulación de imagen. Dicho esto, claro está, sin olvidar que las circunstancias históricas de la Alemania derrotada en la primera guerra mundial, humillada en Versalles, y azotada por la hiperinflación y los vaivenes económicos la hicieron proclive anhelar un liderazgo mesiánico.

El proceso para transformar a Adolfo Hitler del personaje mediocre y desagradable que, objetivamente, era a un héroe a la altura de los clásicos fue lento y complejo. Dentro del Partido Nazi, el comienzo su culto comenzó temprano, a principios de los años veinte, cuando algunos militantes ya lo comparaban con Napoleón o Federico el Grande. Pero fue con su encarcelamiento tras su putsch cervecero que su leyenda empezó a crecer y él mismo comenzó realmente a creer que estaba predestinado a ser gran líder que necesitaba Alemania. Durante los años siguientes, en los que los nazis eran poco más que un irritante menor en la política alemana, el mito de Hitler fue construido conscientemente en el seno de su Movimiento en el trabajo de integrar al partido y para ganar nuevos miembros. En los años treinta, con el crecimiento electoral del partido, el culto al führer dejó de ser meramente la propiedad de un partido marginal y fanático. Incluso la gran mayoría del pueblo alemán, que no profesaba ningún entusiasmo por Hitler, tenía ya la creciente sensación de que el dirigente nazi no era un político más englobado en la mediocridad de Weimar, sino que se trataba de un líder extraordinario, un hombre ante quien nadie podía permanecer neutral.

El manejo de la propaganda nazi acertó en construir en este auténtico mequetrefe la encarnación de las supuestas "virtudes germánicas" - valentía, hombría, integridad, lealtad, devoción a la causa – en oposición a la decadencia de la estrambótica República de Weimar. El führer era la lucha - como el título de su libro Mein Kampf- del "hombre pequeño" enfrentado a los grandes y perversos intereses que controlaban a la sociedad. Hitler llegó a Canciller aun enfrentando un ambiente hostil por parte de un sector mayoritario que lo consideraba advenedizo social, demagogo vulgar y portavoz de las masas histéricas, pero su culto logró imponerse en un tiempo sorprendentemente corto. Se explotó la imagen de un adalid riguroso capaz de restaurar el orden y de ofrecer un cambio decisivo. Aunado a ello, Goebbels agregó a la figura del dirigente el patetismo de cualidades como sencillez, modestia, disciplina, espíritu de sacrificio y determinación. Un hombre que sacrifica la

felicidad personal y vida privada en aras de la patria. La intensa soledad y tristeza reforzaba el perfil del estadista sublime, frío y distante.

Los dictadores del nazi fascismo hicieron de la admiración al líder piedra angular de sus prácticas dictatoriales, pero también lo hicieron los gobiernos comunistas, en abierta contradicción a la doctrina marxista-leninista que rechazaba tajantemente el culto de la personalidad "un hombre no puede colocarse por encima de las masas para hacerse adorar", afirmaba Lenin. Fue en el memorable xx Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que se acuñó el término "culto a la personalidad", cuando Nikita Kruschev pronunciara un admonitorio discurso para revelar las "monstruosas proporciones" que había alcanzado la glorificación de la figura de José Stalin. Mencionó Nikita como uno de los ejemplos de esa "repugnante adulación" la Breve Biografía que el propio Stalin mandó escribir y publicar en 1948 y de la que se imprimieron millones de ejemplares. Aquel autorretrato mostraba al dictador como "un sabio infalible, como el más grande dirigente y el más sublime estratega de todos los tiempos y de todos los países". Kruschev pudo haber citado miles de ejemplos más, desde luego. La deificación de Stalin comenzó desde finales de los años veinte, cuando se empezaron a construir estatuas del Stalin, y también de Lenin, a pesar de que el fundador del estado soviético detestaba esta práctica que atentaba contra la esencia misma de la ideología de la lucha de clases. Ciudades, calles, plazas, escuelas, puentes e instituciones fueron bautizados con el nombre de Stalin, mientras éste organizaba uno de los mayores exterminios de seres humanos que ha vivido la historia. Una horda de aduladores competía entre sí para ver quien pronunciaba el halago más descabellado al "Padre de los Pueblos", uno de esos raros líderes "que nacen una vez cada 500 años".

El endiosamiento de Mao llegó incluso más lejos que el de Stalin, sobre todo desde la Revolución Cultural" (1966-1974). Se mandaron 1,000 millones de ejemplares del "Libro Rojo", que contenía los preceptos más sabios del Gran Timonel y que blandían como armas los jóvenes fanáticos de la Guardia Roja. También Mao fue objeto

de las más desmedidas lisonjas. El presidente era "inmortal", afirmación que fue matizada por otros dirigentes chinos que, con más cautela, afirmaron que Mao "viviría 10,000 años". "El camarada Mao es el marxista más grande de todos los tiempos", decían unos. "Mao es el genio más grande que ha jamás", doblaban la apuesta otros. Las fotos de Mao nadando en el Río Yangtse fueron presentadas como un acontecimiento histórico mundial y como una prueba de la robusta salud del Sol Rojo. Mao incluso tenía dotes como el mejor trabajador, el deportista supremo, el más inspirado poeta, y el estratega más insigne. Con la lectura y aprendizaje de sus enseñanzas, los médicos podían curar enfermos y devolver la vista a los ciegos, el oído y el habla a los sordomudos.

Pero para el genuino gran megalómano no basta con poseer el poder en vida. El ejercicio del poder en la tierra no debe ser más que una escala en el viaje a la inmortalidad, y la forma que garantiza la inmortalidad es con lo que ellos se imaginan será el eterno culto a sus personas. El poder sin gloria imperecedera no es poder. Se tiene y retiene el poder para apoderarse de la gloria y monopolizarla más allá de la vida. Este anhelo de inmortalidad ha demostrado una y otra vez ser baladí. Con algunas muy puntuales excepciones, el culto a la personalidad ha sido casi tan efímero como las vidas de quienes lo protagonizaron y la adulación parece destinada a prolongarse sólo un trecho más allá de sus muertes. Para Hitler y los tiranos que acabaron sus días en la más abyecta derrota la adoración termina de inmediato, dando lugar a siglos de denuestos. Pero para los tiranos que acaban cómodamente sus días en sus camas y aun gozando de la esplendor del poder absoluto las cosas no han ido mucho mejor.

Otra forma en la que los grandes líderes narcisistas han pretendido trascender a la muerte es mediante la perpetuación del mito revolucionario y la consecución de la utopía política que ellos encarnaron. No es casual que los cultos a la personalidad más monstruosos se hayan dado precisamente en regímenes que fueron consecuencia de una revolución y que pretendían la instalación de una forma de vida utópica en la tierra. Y no solo porque, como decía la

historiadora Barbara Tuchman, "toda revolución exitosa se pone con en el tiempo las ropas del tirano que ha depuesto". Cierto que desde tiempos antiguos ha habido revoluciones. Platón y Aristóteles hablaron de los cambios de gobierno que sucedieron en las ciudades estado griegas y jónicas, sobre todo en la denominada edad de los tiranos, y analizaron las transformaciones que sufren los regímenes cuando pasaban de aristocracias y tiranías a democracias, y viceversa. La República Romana fue fundada como resultado de una revolución contra los reyes etruscos, y fue en el Renacimiento cuando los italianos acuñaron el término "revolución" referido a la idea de súbito giro del destino esperado por los astrólogos en determinadas conjunciones en la rotación de los planetas, para designar a un cambio súbito y la mayor parte de las veces violento de gobierno. Hobbes y el Conde de Clarendon designaron como revoluciones tanto al movimiento encabezado por Oliver Cromwell que llevó a Inglaterra a vivir el período de la Commonwealth, como a la revuelta que provocó el fin de la casa de los Estuardo y consolidó definitivamente el poder del Parlamento en 1688. Sin embargo, en estas nociones de revolución nada había de permanente o progresivo. Solo se trataba de hombres que arrebataban a otros hombres el poder.

El concepto de Revolución, con mayúscula, percibido como camino al Estado omnipotente como utopía y basada en una inconmensurable fe en el progreso de los hombres, es producto de la Ilustración La Revolución Francesa fue la primera en la historia que pretendió la construcción de una nueva sociedad y de un hombre nuevo. Pero de la euforia de los Estados Generales, la declaración de los derechos humanos, la instauración de la república, el culto a la diosa razón y las alegorías de libertad igualdad y fraternidad se desembocó en el terror, el termidor y la dictadura (y culto) de Napoleón. Francia experimentó el primer fiasco revolucionario, en el sentido que un trascendente movimiento histórico concebido como el principio de una Edad de Oro terminó en un campo de guillotinas.

Fue Carlos Marx quien entronizó a la Revolución en su sentido actual. En el Manifiesto del Partido Comunista él y Engels establecieron que, en la evolución de la sociedad, la burguesía, la clase dominante en la sociedad capitalista, había obtenido el poder mediante la violencia en la Revolución Francesa y que a su debido tiempo esta clase sería derrotada de la misma manera por una revolución social que marcaría el comienzo de la "dictadura del proletariado". Libres de la explotación de sus amos capitalistas, los trabajadores podrían desarrollar un nuevo sistema de producción, más justo, que estuviera a su servicio. La revolución proletaria daría lugar entonces a la genuina utopía.

Desde entonces y durante casi la totalidad del siglo xx la concepción utópica y la idea de transformación permanente de la "Revolución" fue la que prevaleció. Marginada quedó la noción de la revolución como simple cambio de gobierno o como la transformación de un régimen que no condujera directamente a la supresión de las clases. De tal suerte, solo podían ser consideradas "Revoluciones" como la rusa, la china y la cubana. Sin embargo, la experiencia histórica demuestra que mientras las revoluciones utopistas inspiradas en el marxismo desembocaron en escasez, culto a la personalidad, creación de una nueva élite política y supresión de libertades, varias naciones que no experimentaron revoluciones ideologizadas o que simplemente se sometieron a un período de intensas reformas lograron la ampliación de libertades y de oportunidades, así como el crecimiento económico.

Este contrate dio lugar a una división entre los que mantenían una visión utópica de la "Revolución" y la entienden como una transición "necesaria" rumbo al pleno desarrollo social y económico, y los escépticos que ven en las revoluciones eventos trágicos, sangrientos y, lo peor, innecesarios en la lucha por mejorar condiciones de una nación. Hoy muchísima gente no lo quiere ver, pero la realidad es que el tiempo da la razón a los escépticos. Un análisis, por superficial que sea, de la situación de las naciones que fueron "salvadas" por revoluciones utopistas (y aquí incluiría junto a las de inspiración marxista a las que impusieron estados teocráticos,

como en Irán), nos demuestra que la "Madre Revolución" no es lo que prometía.

Una muy buena parte de la humanidad ha llegado a la conclusión de que imaginar una sociedad dominada por un Estado sin contradicciones fundamentales, sin explotadores y explotados, sin distorsiones, acondicionamientos e injusticias resulta pueril y en el orden práctico y político propicia imposición, dictadura, y el crimen perpetrado contra muchos a nombre de todos y el endiosamiento de mesiánicos delirantes. Afirmar esto no implica la aceptación de la injusticia. Se debe luchar por un orden superior, pero a sabiendas de que la perfección y el absoluto no son humanos. Los utopistas, padres involuntarios de los regímenes totalitarios, se interesan por ver al hombre como ellos creen que puede ser y no como es en la realidad. La utopía, sueño de la razón, calculó geometrías sociales perfectas y descartó al sujeto social con todo y su poder de contradicción interna y sus inclinaciones thanáticas y destructivas, ambas inherentes a la naturaleza humana. Imaginó sociedades perfectas, dichosas e inalterables, que armonizarían alegremente razón pública y razón de Estado, moral colectiva y moral individual, razón y felicidad, obediencia y libre albedrío, sabiduría e inocencia.

La utopía construye la felicidad general como si se tratase de un edificio cuyos ladrillos serían los individuos, todos iguales y moldeables, dispuestos, fraternales y sumisos al sagrado objetivo superior del bien común. De las utopías hasta de Tomas Moro, fundamentada en la virtud de la razón o en la razón virtuosa; de Campanella, concebida como la conversión de la ciudad celeste en la ciudad terrena; de Bacon, inspirada, como lo expone uno de los sacerdotes de la Casa de Salomón en el objetivo de conocer las causas y secretas nociones de las cosas y el engrandecimiento de los límites de la mente humana para la realización de todos las cosas posibles; y, desde luego, la marxista y su paraíso de los trabajadores, se llegó al Gulag, a las espantosas fantasías de la Revolución Cultural China, a dictaduras tan asfixiantes e implacables como la de Corea y la

de Cuba (alimentadas solamente a base de sus propias mentiras) o tan sanguinarias como la del Khemer Rouge.

En nombre de la utopía la Revolución Francesa desató al terror. En nombre de la utopía la en la Unión Soviética se internaba a los disidentes en hospitales psiquiátricos. En nombre del "espíritu de la Revolución" un antiguo humanista utópico, como lo fue Saint Just (mano ejecutora de Robespierre) envió al patíbulo a centenares de inocentes. No estaba muy lejos de ese delirio el "Che" Guevara cuando escribió en su diario que "convertirse en revolucionario es ascender el escalón más alto de la especie humana".

Hölderling afirmó que "cuando el hombre quiso hacer del Estado un paraíso, hizo de él un infierno". El infierno está detrás de la utopía revolucionaria, tal como detrás del ángel esta la bestia, como solía decir Pascal. Ninguna salvación pude ser obligatoria ni ningún orden de justicia y fraternidad puede fundarse sobre el sacrificio de muchos en aras de todos, ni sobre la idea de que la causa social está por encima de los valores últimos. Si el solipsismo contemporáneo conduce al caos y a la injusticia que representa la capa de los privilegiados, la utopía de igualdad a base de la nivelación por abajo sólo se obtiene con métodos atroces y trabajo forzado. La Revolución con mayúscula solo ha sido fuente de atroces injusticias y el campo más fértil para que líderes alocados se consagren con frenesí a su endiosamiento personal, por eso habría que abandonar, para, bien los mitos utopistas, entender de una buena vez que solo es posible avanzar teniendo como fundamento la comprensión fenomenológica de lo que el hombre realmente es, y no de obcecándose en tolerar un raudal de ominosas mentiras.

"La historia del mundo no es sino la biografía de los grandes hombres", afirmó Thomas Carlyle, ese poeta que no se cansó de cantarle a los héroes. Y héroes los ha habido, desde luego, pero los dictadores que juegan a ser superhombres providenciales y más tarde sueñan con ser dioses nunca dejan de ser juzgados por la memoria crítica de los pueblos a los que avasallaron. Suelen terminar como un grotesco amasijo de futilidad, sordidez y locura.

EL ORIGEN HELENÍSTICO DEL CULTO A LA PERSONALIDAD

No cabe duda que el culto a la personalidad del gobernante es tan viejo como la humanidad misma, pero la práctica moderna de adorar a un dictador se inspira más concretamente en el culto al dios/héroe heredado de Alejandro Magno y sus sucesores helenísticos, el cual combinaba características divinas y humanas. En la Grecia clásica el culto "civil" estaba limitado a los héroes, especialmente a los fundadores de ciudades. En los casos en donde subsistía la realeza se conservaba respeto a la sacralidad de sus orígenes. Oriente ofrecía los verdaderos ejemplos de monarquías teocráticas milenarias donde el rey era considerado un dios en sí mismo (como en Egipto), o un heraldo de los dioses (el caso de Mesopotamia), pero carecía casi siempre de calidades heroicas. Fue en esta atmósfera compleja en la que Alejandro instauró un nuevo culto real al dios/héroe que adquirirían sus sucesores helenísticos y más tarde los emperadores romanos.

Es cierto que en la hubo casos previos a Alejandro en los que se ensayaron esfuerzos tendientes a reforzar el poder de un gobernante mediante la inmensa fuerza de lo sobrenatural. El cruel Clearco (enemigo de Alcíbiades) instauró brevemente en Bizancio una tiranía grecobárbara en la que se proclamó hijo de Zeus y se rodeó de un ceremonial litúrgico. Filipo II (padre de Alejandro) fue más allá: en una procesión hizo llevar su estatua detrás de las de las doce principales deidades del Olimpo griego. Pero el desarrollo pleno del culto al emperador universal estaba reservado a Alejandro. Hombre de excepcionales virtudes y defectos, imbuido en un

irrefrenable espíritu místico y plenamente convencido del carácter divino de su misión en la tierra, se sabía descendiente de Hércules por la parte paterna (y, por lo tanto del mismísimo Zeus) y de Príamo por la materna. Más adelante el oráculo sagrado de Siwa precisó que también era hijo de Amón. Desde entonces, todas sus hazañas reforzarían la idea de su misión divina: sus grandiosas conquistas, su inigualable valentía en el campo de batalla, su astucia como estratega y dirigente de hombres, su épica marcha hasta el Indo (que él comparaba con la legendaria conquista de la India por Dionisio). ¡Cómo no creerse un Dios cuando se ha superado los límites humanos de lo posible y cuando se habían consumado todos los triunfos! En un plano más realista y más político, Alejandro también entendió las ventajas de podría extraer a su divinidad. El culto al soberano sería pilar fundamental de unidad de un imperio tan desmedido y plural como el suyo. Claro, la adopción del ceremonial de culto al emperador provoco algunas resistencias en algunos de los griegos más racionalistas. El emperador asesinó a su general Clito en Samarcanda al calor de una célebre bacanal y el historiador Calístenes (sobrino de Aristóteles) fue enviado a prisión por criticar la adopción del ritual persa de la proskynesis (genuflexión ante el soberano). Pero, paulatinamente, la resistencia de los griegos fue flaqueando hasta desaparecer por completo. En 324 todas las ciudades griegas enviaron teoros -embajadores enviados a los dioses- a Babilonia para coronarlo de oro.

Una vez coronado como emperador universal, Alejandro se abandonó hasta su muerte a las delicias de la Hubris. Héroe ungido por la providencia en una época dominada por lo sobrenatural, la decisión de convertirse en dios fue rápida. No solamente sería ya un rey más de una dinastía más, sino una divinidad él mismo, una divinidad poseída por el genio de la desmesura, un "titán apocalíptico en el que convivían la luz y la sombra" (Schachermeyer).

Los sucesores de Alejandro (Ptolemeos en Egipto, Seleúcidas en Medio Oriente, Antigónidas en Macedonia) consolidaron y ampliaron el culto al soberano. Se trataba de dioses de carne y hueso capaces de solucionar los problemas de la gente. Así, las esperan-

zas de la población eran puestas en señores todopoderosos cuyos favores eran infinitamente más valiosos que las ilusiones que se limitaban a generar los dioses etéreos. El himno en honor a Demetrio Poliorcetes que cantaban en Macedonia y Atenas expresa bien los sentimientos de la época "Los otros dioses están lejos y no tienen oídos o no prestan atención a nuestras necesidad, pero a ti, Demetrio, te tenemos aquí mismo, no de madera, no de piedra, sino de carne y hueso". Explotado hábilmente por el monarca, el culto daba garantías a su poder y estabilidad al reino al constituir un eficaz medio para imponer una unidad espiritual a la diversidad de pueblos que lo constituían. Se iniciaba, así, la tradición del culto real, base segura para la autocracia helenística, heredero, al mismo tiempo, del pensamiento especulativo griego y de las tradiciones monárquicas de oriente, el cual perduraría durante el Imperio Romano y estaría presente en las tradiciones monárquicas europeas y asiáticas hasta su adopción, en lo concerniente al culto heroico, por las dictaduras hiperpersonalistas modernas y totalitarias.

Desde luego, hay quien disputa a Alejandro el título de primer héroe/dios de carne y hueso. Muchos historiadores señalan al enigmático y sanguinario emperador de Qin, primer unificador de China en 221 AC, hombre de ingentes talentos e incuestionable grandeza cuyo título como Hijo del Cielo tenía obvias connotaciones divinas. Fue un guerrero implacable cuya vida como déspota se parece de forma asombrosa a la de los sátrapas megalómanos del siglo pasado. Era un paranoico obsesionado con la inmortalidad que aspiró a ser adorado en vida (y más allá) por sus esclavizados súbditos. Estos rasgos, desde luego, están muy presentes en la mayoría de nuestros sátrapas megalómanos.

El culto moderno se apoya en la idea de que es necesario un hombre "providencial" para gobernar a los hombres. Nadie ha expresado tan bien esta supuesta necesidad como Thomas Carlyle, en cuya obra el culto al héroe se presenta como una tendencia natural en un mundo caracterizado por la inestabilidad y el desorden en el que el héroe es la respuesta a la profunda necesidad de que tienen los pueblos de un gran hombre que los proteja y gobierne. El hé-

roe definitivo encarna prácticamente a toda su tipología: es profeta, sacerdote, poeta, maestro, padre. Es aquél a cuya voluntad se subordinan las voluntades de todos los demás. El gobierno del héroe es superior a cualquier forma de gobierno, nos dice Carlyle, "hallad en cualquier país al hombre más capaz que exista en él, elevadlo al lugar más alto y veneradlo con lealtad, así tendréis un gobierno perfecto. ¡Estuvo fácil! Sin urnas, ni partidillos políticos, ni ridículas elocuencias parlamentarias, ni la redacción de Constituciones o la incómoda imbricación de maquinarias podrán en absoluto mejorar una pizca al gobierno del héroe.

El siglo XX, con la revolución de la comunicación de masas y la aparición de las ideologías totalitarias, fue el campo fértil para el renacimiento del culto a la personalidad de los gobernantes en nuevas y más aterradoras formas. Los dictadores megalómanos de nuestra colección destruyeron o neutralizaron instituciones religiosas tradicionales y las sustituyeron por sus propias formas de adoración. Aprendieron a aprovecharse de las debilidades de los hombres, su necesidad de adorar, ser protegidos por un gran padre, solazarse en la gloria que refleja las conquistas de la guerra, fascinarse con el espectáculo del poder. Sobre todo, construyeron su culto sobre la base del miedo, miedo a enemigos exteriores e interiores, miedo a la impotencia y falta de sentido de nuestra individualidad que se traduce, obviamente, en el miedo a la libertad.

MAUSOLO Y DIÓGENES

El listado de las Siete Grandes Maravillas del Mundo fue elaborado en la época helenística y desde entonces ha fascinado la imaginación de la humanidad. Una de estas deslumbrantes construcciones fue dedicada a la egolatría de un personaje relativamente menor, un sátrapa del imperio persa que heredó de su padre una situación de relativa autonomía respecto al emperador y solo por ello pensaba que era merecedor de la inmortalidad. De hecho, para la mayoría de los historiadores la vida del sátrapa Mausolo no tiene nada de excepcional excepto, claro está, la construcción de una tumba monumental de mármol blanco, una magnífica estructura rectangular de 30 por 40 metros sobre la que se aposentaban 117 columnas jónicas en dos hileras que a su vez sostenían un techo en forma de pirámide escalonada. Coronaba el conjunto arquitectónico una cuadriga con las efigies del rey y la reina. Alcanzaba el monumento unos 50 metros de altura y lucía frontispicios con hermosos relieves tallados por los más excelsos escultores de la época. Soportó el Mausoleo durante más de mil años el implacable paso del tiempo y numerosos saqueos de los invasores que, eventualmente, atacaban Halicarnaso, hasta que fue destruido por un terremoto en el año 1404. La época helenística conoció el esplendor del monumento, pero en nada reconoció al fatuo Mausolo, que fue justamente olvidado y de quien solo queda el apelativo de "mausoleo" que hasta la fecha damos a las tumbas monumentales y de la que poca gente conoce el origen.

¿Fue de verdad tan mediocre este Mausolo? Fue en el siglo IV antes de Cristo, mientras Esparta y Atenas diputaban acremente el

dominio de Grecia continental y el Imperio Persa decaía, que Hecatomnus, sátrapa de Caria, adquirió una autonomía considerable al saber beneficiarse de los problemas que a la sazón enfrentaba el emperador persa Artajerjes II en Egipto, Chipre y Lidia. Hijos de Hecatomnus fue Mausolo, quien heredó el control de la satrapía, y Artemisa, que con el tiempo se convertiría en la esposa de su hermano y principal promotora de la construcción de célebre Mausoleo. Era costumbre extendida de la época que los sátrapas se casaran con sus hermanas.

Mausolo tuvo sus virtudes como gobernante. Amaba al puerto de Halicarnaso (patria chica del historiador Herodoto), al que convirtió en capital de Caria en detrimento de la ciudad de Mylassa y lo embelleció dotándolo de preciosos monumentos y de nuevas e imponentes murallas. Promovió una política de franca expansión, al ampliar su influencia por Jonia, Lidia y Sardes (Península de Anatolia). Más adelante, haciendo gala de eso que llamamos "instinto político" -qué no es más que vulgar oportunismo-, supo este insidioso sátrapa avenirse con Artajerjes II y ayudarlo a dominar a algunos de los gobernantes rebeldes, cuyos territorios le serían entregados a Mausolo por el Gran Rey como recompensa a sus servicios. Su siguiente paso fue soliviantar, con su habilidad natural para la intriga, a varios aliados de Atenas en el área del Mar Egeo. Convenció a Rodas y a Kos para que se sublevaran contra su protectora. Ambas ciudades quedarían a partir de ese momento libres de la influencia ateniense, pero solo para caer bajo la férula directa del ambicioso Mausolo, quien murió en el año 353 a. C. tras un fructífero reinado de 24 años.

Cómo se ve, no hablamos aquí, de ninguna manera, de un gobernante mediocre, pero tampoco de una de las grandes luminarias de la historia, por lo menos no de un titán que mereciese ser recordado por los siglos de los siglos gracias a sus imperecederas hazañas. Su pretencioso monumento mortuorio fue objeto de burlas y reflexiones filosóficas sobre la futilidad de la jactancia humana. La más célebre es, quizá, el hipotético diálogo que Mausolo sostiene con el

filósofo cínico Diógenes en el reino de Hades, y que aparece en los Diálogos de los muertos de Luciano de Samósata:

"Diógenes: ¿de qué presumes, cario, que te parece lógico recibir honores en mayor grado que todos nosotros?

Mausolo: De mi condición de rey, sinopeo, yo que fui rey de toda Caria... Y lo más importante es que tengo erigido en mi honor en Halicarnaso un monumento funerario de enormes proporciones, como no lo tiene ningún muerto, ni tan primorosamente terminado, con figuras de caballos y de hombres esculpidos con el máximo realismo en la piedra más hermosa; difícilmente podría uno encontrar un templo de esas características. A la vista de todo ello ¿no te parece que presumo con razón?

Diógenes: ¿de tu condición de rey, dices, de tu belleza y del peso de tu tumba?

Mausolo: Sí, por Zeus, de todo eso.

Diógenes: Pero, lindo Mausolo, no están ya contigo ni la fortaleza ni la hermosura de antaño. Al menos si eligiéramos un juez de nuestra hermosura, no sé yo decir muy bien en qué se basaría para dispensarle a tu calavera más estima que a la mía, que ambas están calvas, mondas y lirondas, y damos a ver la dentadura de forma semejante, estamos desprovistos de ojos y tenemos chatas las narices. Y en lo que a la tumba y a los fastuosos mármoles se refiere, posiblemente servirán a los habitantes de Halicarnaso para exhibirlos y jactarse ante los extranjeros de tener un monumento importante. Pero tú, buen hombre, no veo yo qué ventajas sacas de él como no sea el afirmar que oprimido por unas losas de semejantes proporciones soportas un peso mayor que nosotros.

Mausolo: Así pues, todo eso no va a servirme para nada, ¿y Mausolo y Diógenes recibirán los mismos honores?

Diógenes: Los mismos no, amigo mío, no puede ser. En efecto, Mausolo no parará de gemir al acordarse de todos los bienes de la tierra en los que creía que radicaba la felicidad, en tanto que Diógenes no dejará de burlarse de él. El uno dirá que el sepulcro construido en Halicarnaso por Artemisia, su mujer y hermana, es suyo; Diógenes en cambio no sabe ni siquiera si su cuerpo tiene sepultu-

ra, pues le tiene absolutamente sin cuidado. Y ha dado que hablar a los hombres de bien por haber vivido, entérate tú, el más abyecto de los carios, una vida humana de más talla y asentada sobre base más sólida que tu sepulcro."

LA MURALLA CHINA Y EL CONQUISTADOR DE LA ULTRATUMBA

La de Franz Kafka es una magnífica literatura llena de enigmas, sorpresas y paradojas, además de ser una de las que mejor encumbran el sentido del humor en sus aspectos más sutiles. Su narración "La Muralla China" es un impactante relato sobre la construcción de la más grandilocuente y absurda obra arquitectónica de la historia, una genial parábola de las relaciones del poder autoritario con sus súbditos, reflejada en la pasión que desde el principio de los tiempos han sentido los líderes megalómanos por las edificaciones colosales en su desmesurada voluntad de perdurar para la eternidad. Los monumentos titánicos, los palacios descomunales, los magnos estadios, las torres gigantescas, las ciudades deslumbrantes, testimonios indelebles de los sacrificios que fue capaz de imponer a la gente un súper hombre inmortal y magnífico. Kafka nos describe la construcción de esta interminable muralla erigida a lo largo de un territorio de miles de kilómetros, insensata obra que demanda de las millones de personas que participan en ella desterrar su individualidad para consagrarse a una interminable tarea absorbente y exclusiva. El mismo tema es abordado de forma muy similar en "La Pirámide", lúcida reflexión a la kafkiana sobre la naturaleza del poder megalomaniaco escrita por ese gran diseccionador del totalitarismo que es Ismael Kadare. Tanto "La Muralla China" como "La Pirámide" son admirables metáforas de la perversión despótica y sus procedimientos para inhibir la voluntad de los individuos y exaltar la personalidad de los dictadores.

Reflexionar sobre la obra de Kafka nos lleva a recapitular la historia del constructor de la Gran Muralla, Qin Shi Huang, primer emperador de China, un tirano que unificó el país a sangre y fuego destruyendo seis reinos rivales, organizó la primera quema masiva de libros, enterró vivos a 460 pensadores confucionistas y ordenó que al morir fuese enterrado en un el palacio defendido por todo un ejército formado por cerca de 7,000 soldados de terracota perfectamente armados y pertrechados. "El rey de Qin es de nariz ganchuda, ojos en exceso alargados, pechera de ave de rapiña y voz de chacal. Bondad tiene muy poca, y su corazón es como el de un tigre o el de un lobo. Cuando las cosas le van mal, le es fácil aparentar someterse a los otros; pero si se sale con la suya, le costará muy poco comerse a los hombres". Así dice una descripción que nos llega de este poderoso emperador que brindó un trato despiadado a su pueblo, cobrándole exorbitantes impuestos, llevándolo a sanguinarias guerras de conquista y exprimiendo sus esfuerzos en inmensos designios para adular su insaciable vanidad.

Nació Qin Shi Huang cautivo. Su padre, el príncipe Yiren del reino de Qin, era a la sazón rehén en el vecino reino de Zhao. El intercambio de prisioneros nobles se acostumbraba hacer como garantía de paz entre los distintos feudos chinos en el siglo III A. C. Su madre había sido concubina de un famoso comerciante, quien la cedió a Yiren como parte de una alianza política. Siempre persiguió a Qin, por tanto, la mácula de posiblemente ser el bastardo hijo de un mercader, una clase despreciada en la antigua China. Al cumplir Qin 13 años murió su padre, y así sube prematuramente al trono. Su minoría de edad deja el poder efectivo en manos de su madre y de su ex amante, convertido en gran canciller. Tal como ha sucedido con muchos monarcas en la historia, el Qin adolescente se vio obligado a sobrevivir un peligroso y muy adverso ambiente palaciego. Anidan en los personajes sometidos a tan brutales pruebas el alejamiento hacia cualquier sentimiento amoroso y la suspicacia ante todos. Por eso cuando el joven cumple su mayoría de edad desata una implacable represión contra sus adversarios, a quienes

decapita y hace que sus cabezas sean clavadas en picas y sus cuerpos descuartizados.

Consolidado en el trono, Qin Shi Huang gobierna inspirado en el más frío pragmatismo, despreciando las humanistas enseñanzas de Confucio. Emprendió el inclemente emperador una feroz y larga guerra de conquista. El primer reino rival en caer fue precisamente Zhao, donde Qin vivió sus primeros años, y más tarde venció una a una a las naciones que integraban la China de la época. Infaliblemente derrota a sus enemigos con una mezcla de astucia, venalidad y fuerza. A veces soborna, otras combate engaña y hasta traiciona. No fue, sin embargo, una fácil empresa. Su invicta trayectoria fue casi detenida por la improbable gesta de los asesinos, en una interesante épica que ha inspirado interesantes obras cinematográficas, como "Héroe" y "El Emperador y El Asesino". Un hábil sicario se presenta con engaños ante el emperador. Pretende ofrecerle un nuevo territorio como tributo, y al desplegar el mapa en donde se muestra su presunta nueva posesión intenta hundirle una daga en el cuerpo. El emperador logra esquivar la estocada mortal y sobrevive en después de una ignominiosa persecución por todo el palacio imperial.

Nada impide, pues, que el destino se cumpla. China es unificada bajo el dominio de Qin, quien extasiado en su prepotencia suprime todos los feudos hereditarios, despoja de poder efectivo a la aristocracia, unifica el alfabeto y emprende una frenética búsqueda de la inmortalidad. La muerte le obsesiona. Se rodea de adivinos y nigromantes a los que encarga llevarle, a como dé lugar, la fuente de la eterna juventud. Pero, previsor, por si todo falla y al final el emperador debe ceder ante la parca, manda iniciar la construcción de su tumba desde el momento mismo de elevarse al trono. Será uno de los monumentos mortuorios más majestuosos de la historia. Los trabajos para terminarlo durarán más de cuatro décadas y a su construcción acudirán 700,000 trabajadores.

Ah, pero mucho más desproporcionado, si cabe, fue su propósito de encerrar el imperio en el interior de una gran muralla. Un delirio que pretendía cubrir 7,200 kilómetros con piedra y ladrillos.

En los años que duró Qin en el poder 1.8 millón de personas fueron forzados a trabajar en la edificación. Una labor completamente demencial, desde luego, tal y como lo percibió Kafka, quien atinó a ver que la muralla era "un fin en sí mismo", un proyecto pensado más para glorificar la ostentación del poder que para saciar genuinas necesidades militares de carácter defensivo. La quimera de cercar un reino para impedir supuestas invasiones externas jamás se cumplió en su totalidad, ni siquiera en dos mil años. Por otra parte, siempre fue inexistente su valor como escudo de la patria. Tanta amplitud no permitía garantizar su invulnerabilidad. Jamás fue posible conectar todos sus fragmentos, por lo que fue una obra discontinua de difícil defensa y mientras un segmento se levantaba otro era derruido por el enemigo bárbaro. A los largo de esos 2 mil años que duró la locura de su construcción era natural que algunas partes se cayeran de viejas, o fueran derribados por terremotos, el viento y el polvo. Verla hoy remite a las más osadas visiones oníricas, con sus formas que serpentean interminables mientras suben y bajan entre mares de nubes y montañas. Como lo plasma Kafka, La Muralla China es la obra de construcción humana más cruel y de desbordado egocentrismo que se haya realizado jamás, ya que se trata de una monstruosidad completamente inútil para los pueblos que se sacrificaron haciéndola, pero que fue un imperativo del poder.

El Mausoleo con su ejército de terracota y la Muralla fueron los más desproporcionados proyectos de este gran megalómano, pero no los únicos. También ordenó edificar los complejos palaciegos de Xianyang, unidos sus 277 palacios y torres al modo de una constelación. En su interior se refugia el Hijo del Cielo (como también se le llama al emperador de toda la China) con el empeño de ser cada vez más inaccesible. Otras excentricidades tuvieron que ver con la deriva esotérica de Qin. Tras fracasar en la búsqueda del elixir de la inmortalidad, medio centenar de taumaturgos son ejecutados. El más taimado logra sobrevivir inventando el cuento de que ha descubierto que dicha pócima puede encontrarse en una isla ubicada hacia el Sol Naciente. Qin decreta enviar al alquimista capitanean-

do un barco cargado de jóvenes hacia tan enigmático lugar. De esta tripulación nadie volvió a saber nada jamás.

La quema de los libros clásicos, la condena a todo aquél que leyere tales textos a trabajas en las obras de la Gran Muralla y la inicua ejecución de 460 pensadores provocó que los historiadores tuvieran muy poca conmiseración por Qin, lo que quizá haya provocado un poco, o un mucho, de distorsión de su de su de por sí terrible figura. En su relato La Muralla y los Libros, Jorge Luis Borges plantea una relación nada fortuita entre la orden del emperador de quemar todos los libros anteriores a él, y la condena que impuso a todo aquel que osara guardar uno de esos libros de trabajar por el resto de su vida en la construcción de la muralla. "¿Acaso Qin Shi Huang condenó a quienes adoraban el pasado, a una obra tan vasta como el pasado, tan torpe y tan inútil?", se pregunta Borges.

El emperador cierra su vida de excentricidades y desmesuras con un broche de oro. Se ha enterado de que su barco de jóvenes buscadores del mejunje mágico ha sido un fracaso. Los magos se excusan diciendo que un "gran pez" les impide el paso hacia el paraíso de los inmortales. El propio emperador decide entonces embarcarse para avistar en persona al pescadote y darle caza. En alta mar enferma y emprende precipitadamente el camino de vuelta a su reino, durante el cual morirá. Es enterrado en su fastuoso mausoleo, desde donde pretende conducir a sus 7,000 guerreros de terracota en batallas subterráneas por el lapso de la eternidad para lograr la más descabellada hazaña de todos los tiempos: la conquista de la ultratumba.

CALÍGULA COMO ANTIHÉROE EXISTENCIALISTA

Calígula es sinónimo de perversidad. Cualquier persona con un conocimiento mínimo de la historia del Imperio Romano, o que por lo menos guste del soft porno y recuerde aquella famosa película con Malcolm McDowell y la bella Helen Mirren, ubica a este personaje como un emperador romano cruel, depravado y demente que no se cansó de asesinar, torturar y pervertir, y que -para colmo- nombró cónsul a su caballo Incitato. Megalomanía, incesto, abuso del poder, todo eso y más fue Calígula. Pero hay quienes con gran agudeza intelectual supieron ver en este vesánico personaje a todo un antihéroe héroe existencialista que afrontó como pocos la soledad y las incongruencias del poder. Un Calígula que descubre lo absurdo de la existencia y la ineptitud de los dioses cuando la muerte es el único destino, y aun así supo reírse del vacío. Por eso asume la locura como única reacción ante la verdad descarnada y encuentra una cierta pureza en el mal, porque es el terreno donde el hombre es realmente humano, realmente animal y realmente Dios.

El principal reivindicador de Calígula, en el sentido existencialista, fue Albert Camus, quien escribió una excelente obra de teatro acerca de este monstruoso gobernante. El Calígula camusiano es un implacable análisis literario del poder. Expone a este excéntrico tirano como un iluminado, un Prometeo que ha conquistado la verdad y quiere exhibirla al resto de la humanidad. "Entonces todo a mi alrededor es mentira", exclama el emperador, para concluir: "pues yo quiero que vivamos la verdad. Y justamente tengo los me-

dios para hacer que mis súbditos vivan en la verdad. Ellos están privados de conocimiento y les falta un profesor que sepa lo que les dice". Camus percibió en Calígula el perfecto emblema de su Homme Revolté (hombre rebelde), que desarrolla el gran escritor francés en su más célebre ensayo filosófico, porque como emperador sin límites supo genuinamente para qué diablos servía el poder: para la conquista de la libertad. "Acabo de comprender por fin la utilidad del poder. Da oportunidades a lo imposible. Hoy, y en los tiempos venideros mi libertad no tendrá fronteras."

Más recientemente, el novelista Allan Massie abordó la figura del emperador con una óptica filosófica similar. Hay que encontrar en Calígula el espejo oscuro en el que podemos vernos todos nosotros. Es un nihilista salvaje, la (im)pura encarnación del "mandato de goce" de la que habló Lacan. En el Calígula de Massie, como en el de Camus, la locura del poder no conocerá límites. Se convierte en un ser despiadado que se auto justifica con palabras encubiertas de una amoralidad clara. Lo grotesco se convierte en lo cotidiano y comienza en el imperio una carrera hacia la más absoluta degradación.

La juventud de Calígula fue una constante marcha cuesta arriba. Hijo del gran general Germánico, quien a su vez era hijo adoptivo del emperador Tiberio, Gayo -como en realidad se llamaba- creció en los campamentos del ejército. Era el favorito de los soldados, quienes lo llevaban sobre sus hombros como una mascota y le dieron el apodo de "Calígula", que significa "botitas". Muere Germánico prematuramente en Antioquía, probablemente envenenado por órdenes de Tiberio, quien estaba celoso de la inmensa popularidad del general. Así Cayo vivió su infancia y adolescencia en un peligroso entorno de sospecha y ambición en el que en cualquier momento podía perder la vida víctima de alguna conjura para quietarlo de en medio del camino al poder; un ambiente en el que la "República" de Roma no es más que un fachada para encubrir a la tiranía y donde los idealistas son tan peligrosos como los intrigantes que únicamente buscan su beneficio personal. No es de extrañar que bajo estas condiciones se desarrolle en el joven

Calígula el desprecio por la vida y la virtud. Massie describe a un aspirante a emperador que aprende a disociarse de sus emociones y solo busca sensaciones físicas en las camas, en las peleas de los burdeles, o vagando desnudo y sin dormir bajo la luna. Finalmente se convierte en emperador, en un loco emperador que, sin embargo, algo tenía algo especial. Lo destacó Suetonio en su crónica de los Césares: "Calígula había traspasado la frontera más allá de la cual reina lo imposible".

En la obra de Camus, la vida en palacio se convierte en un circo absurdo donde los súbditos observan atentos el desfile de la degradación, el carnaval esperpéntico de lo humano. Calígula siente por los hombres una relación de amor/odio en la que tan pronto le repugnan como quiere salvarlos. Sentado en el trono Calígula se despoja de las máscaras de continencia. Puede gozar hasta las últimas consecuencias de la soledad que supuestamente impone el poder. Para él ya no hay obstáculos ni dudas, es dueño de la verdad; por lo tanto, al ser indispensable para el mundo se contempla a sí mismo como encarnación del destino. Ya le fastidia ser solo un hombre y por lo tanto adopta el oficio de ser un Dios: "Nadie comprende al destino y por eso me he erigido yo mismo en el destino. He adquirido la fisonomía estúpida y equívoca de los dioses". Cuando un vasallo le reprocha "Blasfemas, Cayo, al compararte con los dioses." Genialmente el emperador responde "¿Y por qué no hacerlo? Basta ser tan cruel como ellos".

También se propone una meta insensata: capturar la luna. Calígula se pierde en el bosque tras la muerte de su hermana-amante Drusila con el propósito de capturar a la luna y en el trayecto descubre que la vida no es "ni buena, ni noble, ni sagrada" y, para colmo, "es efímera". Vuelve a Roma con la misión de terminar con la falsedad del mundo. La luna inasequible le grita un imperativo categórico: "Tú debes porque puedes". En el momento cumbre de la obra de Camus, un subalterno -cansado de tantos y tan incesantes excesos- le pregunta a Calígula "¿No hay nada en tu vida que te ayude a seguir adelante, algo dulce, un refugio silencioso?". "Sí: el desprecio", es la despiadada respuesta del emperador. Cuando

surge el patricio racionalista que habrá de acabar con su espada esta locura del poder ilimitado y Calígula le cuestiona: "¿Por qué quieres matarme?", aquel responde "Porque tengo ganas de vivir y ser feliz, y eso no puede lograrse empujando el absurdo hasta sus últimas consecuencias".

Calígula deja grandes lecciones a los herederos del siglo XX, que no nos quedamos cortos en materia de delirantes titanes del poder, (¿O son, más bien, sus reos?) como Mao, Hitler, Mussolini y Stalin, cuyas desproporciones harían palidecer a los grandes tiranos del pasado. Un caudal común los nutre a todos ellos.

Evidentemente, la despreocupación de Calígula por la muerte lo convierte en un suicida. Todos los narcisistas son suicidas. Es el caso paradójico de todos y cada uno de los megalómanos que buscan la inmortalidad a través de esparcir la muerte ¡Hay de los tiranos que han empujado el absurdo hasta sus últimas consecuencias! Calígula, todos los tiranos megalómanos, mueren víctimas de sus propias desmesuras.

EL GRAN ESTRENO DE NERÓN

Obviamente, escribir un libro que pretenda reseñar toda la historia mundial de la megalomanía sería una tarea formidable y, quizá, infinita. Demasiado intrincada, vasta e incombustible es la vanidad del género humano. Por eso me he concentrado en algunos de los casos más estrambóticos de déspotas que se han hecho culto a la personalidad utilizando los modernos medios masivos de comunicación. Con algunas notables excepciones, he omitido abordar a megalómanos que han sido, en efecto, grandes hombres, aunque debo decir que a veces lamento no haber hecho un repaso de egregios momentos de magníficos narcisistas como, por ejemplo, aquel de "a Napoleón, sólo lo corona Napoleón". Sería, repito, "brega de eternidad" recopilar tantas y tan preciosas joyas de megalomanía. A los más locos del último siglo me he constreñido casi por completo. Sin embargo, sí cedí a la tentación de repasar algunos pocos delirios estelares de la antigüedad para incluirlos en esta estrambótica colección. Este es uno de mis favoritos: el estreno en Nápoles del gran artista Nerón.

Lucio Domicio Ahenobarbo se convirtió en emperador con el nombre de Nerón a los 17 años en el año 54 d. C. Las fuentes clásicas, esencialmente Tácito, Suetonio y Dión Casio, nos han legado la imagen de uno de los personajes más deleznables que ha pisado el mundo. También los cronistas e historiadores cristianos se ensañaron con él por siglos. Los crímenes y excesos de Nerón son conocidos por todos: se acostó con su madre y más tarde la mató, asesinó a casi todos sus parientes cercanos, tocó la lira mientras Roma ardía, pateó a su esposa embarazada hasta dejarla sin vida,

castró al esclavo Esporo y luego se casó con él, se vistió de novia para casarse con otro esclavo, hizo fundir los lares de Roma para convertirlos en dinero, violó a una virgen vestal, se disfrazaba con una piel de tigre y mordía los genitales de hombres y mujeres crucificados, fue feroz perseguidor de los cristianos, utilizó a inocentes personas como antorchas humanas para iluminar sus jardines durante la noche, mandó ejecutar de San Pedro y San Pablo, y un largo etcétera de iniquidades y depravaciones. Suetonio lo describe: "Estatura casi normal, cuerpo lleno de pecas y hediondo, cabellos rubios, rostro bonito, pero sin gracia, ojos azules, pescuezo largo, piernas flacas, barriga grande y buena salud. Aparecía en público con ropa interior, un lienzo amarrado en el cuello y descalzo".

Hay otra versión revisionista -más reciente- de Nerón, que lo describen como un urbanista innovador y culto, y una persona con gran sensibilidad artística cuya infame descripción tradicional se debe a tergiversaciones interesadas. Si Nerón hubiese muerto en los primeros años de su reinado, nos dicen algunos de sus modernos defensores, no sería recordado como el "veneno para el mundo" que describió Plinio. Esta nueva corriente que podríamos bautizar como "pro-neroniana" hace notar que las fuentes clásicas son muchas veces contradictorias entre ellas y aportan cada una de ellas datos inexactos acerca de un mismo episodio. Dicen que en el fondo de la denigración histórica de Nerón está que fue enemigo acérrimo de la aristocracia, mientras que era adorado por la plebe "por su gran carisma y sensibilidad estética". El gran depravado fue, en el fondo, un emperador que conquistó una imagen de centellante gracias a su vocación teatral y su atención a la opinión del pueblo.

Difícil discernir quienes tienen la razón. Sin duda, Nerón fue un personaje complejo y contradictorio que reinó de forma más o menos cabal en el inició, pero después se transformó en uno de los gobernantes más crueles y megalómanos de la historia. Eso sí, cierto fue que la plebe amaba a Nerón. Ningún historiador ha negado que las actitudes y poses artísticas de este gran vesánico encantaban a los plebeyos. No sería, ni de lejos, la última vez que un

gobernante-payaso sería idolatrado por la masa. Pero más allá de todo, la verdad es que se trata de un personaje que ha capturado la imaginación de la humanidad entera por siglos.

Lo que me interesa de Nerón su obsesión por ser reconocido como un gran artista. Ese fue el mayor proyecto de su vida. Fue emperador muy a su pesar. El trono fue una imposición de su ambiciosa madre Agripina, y cuando Nerón se deshizo de ella fue cuando reveló su verdadera vocación y se subió a los escenarios para exigir el aplauso del público. Por eso Nerón prefirió asociar su divina imagen con Apolo antes que con Marte o Aquiles, y fue en honor a aquél hermoso y artístico Dios que dedicó varios templos y el su complejo palacial de la Domus Aurea, que compartía con todo el pueblo romano. Como gobernante creó una imagen de sí mismo en el que la farsa se convertía en arma política. Siempre consideró la actuación y la condición de artista como sus genuinas señas de identidad. No cesó de repetir a sus cortesanos este proverbio griego: "La música no es nada si se le tiene oculta".

El gran estreno de Nerón como artista se llevó a cabo en Nápoles en el año 64 de nuestra era. Habían pasado 10 años del inicio del reinado neroniano y 5 de la muerte de Agripina. Este mismo año sucedió el gran incendio de Roma. El debut se anunció con gran pompa. Toda la población de la Campania abarrotaba las calles para recibir al emperador, y llegaron invitados especiales de todos los rincones del imperio. Iban a ser 7 días continuos de actuaciones, en los que Nerón iba a cantar, recitar poemas, bailar, tocar la cítara e interpretar papales protagonistas de tragedias griegas. La ocasión también marcó el estreno de los agustianos, efebos romanos cuya labor exclusiva era la de halagar las dotes artísticas del emperador. Circularon las semanas previas al estreno noche y día por toda Roma expresando alabanzas a la belleza, talento y voz celestial de Nerón: "Bello César" "Nuevo Apolo", "Divino Augusto", "Otro Pitio". Para el gran debut llegaron a Nápoles más de cinco mil agustianos. Se habían preparado para desarrollar diferentes y elaboradas formas de aplaudir importadas de Alejandría: "los zumbidos", "las tejas", "los ladrillos", y otras más, que habían cautivado

al emperador y que se ejecutaban con gran vigor mientras el artista cantaba y actuaba.

Todos los senadores y los aristócratas romanos se vieron forzados a ir. Podía vérseles en el palco de honor en compañía de Popea y de Sporo, el esclavo castrado que también era esposa de Nerón. También estaba Tigelino, el cruel comandante de la guardia pretoriana. El gran Séneca se desempeñó como el apuntador de Nerón. El emperador empezó su performance algo nervioso y exaltado. Al principio esbozó una delicada danza y después declamó y canto. Poco a poco el artista cobró confianza. Suetonio cuenta que el tercer día la tierra tembló, pero Nerón hizo caso omiso del estremecimiento de la tierra y prosiguió hasta el final su recital de canto. Nadie se atrevió a huir. Y es que abandonar el auditorio estaba prohibido. Las puertas se cerraban y nadie podía salir. Varias mujeres llegaron a dar a luz durante la duración del magno evento, y varios espectadores murieron a causa de las aglomeraciones o por permanecer en los mismos asientos día y noche.

Al quinto día, Nerón cenó en medio de la orquesta que lo acompañaba y ante la multitud que lo aclamaba, y de repente exclamó "luego de que haya bebido algo de vino, sabréis lo que es bueno", y así cantó en esa ocasión hasta el amanecer, en medio del incansable delirio de los agustianos. El séptimo día, último del debut, fue dedicado íntegramente a las representaciones de Nerón de los grandes papeles de los dramaturgos clásicos: Sófocles, Esquilo y Eurípides. Recién concluido el espectáculo y ya vacío el teatro varias gradas y muros se vinieron abajo. Nadie salió herido, pero para muchos asistentes el incidente encerraba un mal presagio.

De regreso a Roma, Nerón se consagró a la renovación urbana de la incendiada ciudad. Ordenó que las nuevas calles y las casas se construyeran más amplias y espaciadas para evitar una nueva catástrofe. Mandó erigir más edificios de ladrillo para remplazar a la madera. También se construyó el ostentoso complejo palaciego de la Domus Aurea, que abarcaba más de 300 hectáreas y una estatua de 35 metros del emperador representando al dios sol Helios. Fue este uno de los monumentos más grandes mandado hacer

por un gobernante megalómano en vida. Después de la muerte del emperador se erigió en estos terrenos el complejo del Coliseo.

En el 68 -cuatro años después del gran estreno de Nerón y después de varias excelsas interpretaciones artísticas y participaciones en Juegos Olímpicos (rebautizados como "Juegos Neronianos") celebradas por el emperador en Roma y Grecia- las legiones se levantaron en armas. Servio Sulpicio Galba marchó sobre Roma desde España. El Senado declaró a Nerón "enemigo público", y Tigelino unió a la guardia pretoriana a las huestes de Galba. Fue cuando Nerón abandonó Roma para suicidarse en un camino, poco después, diciendo aquello de "Qualis artifex pereo" ("¡Qué artista muere conmigo!")

Nerón fue uno de los más emperadores más extravagantes, y eso que no faltaron emperadores extravagantes. Su devoción a la vida artística se impuso por completo a su sentido del deber y hasta al sentido de realidad. Al final, su auto engrandecimiento socavó de forma decisiva a su gobierno. Su dramático acto final demostró el gran desprecio que tenía por la política. Edward Champlin, uno de los historiadores "revisionistas", nos dice "Es innegable que Nerón tomaba con mucha seriedad su arte. Ignoremos por el momento la pasmosa impropiedad de un emperador como actor. Ignoremos la crítica de su talento (que de todas maneras es irrelevante) concentrémonos mejor en su feroz energía su apasionada determinación y detrás de ellas, su fértil imaginación". No sé si sea tanto como nos dice Chaplin, pero nadie niega que este personaje tan odiado y a la vez tan cautivante tuviera hasta el último momento la voluntad de ser amado no por ser emperador, sino por haber sido el mejor actor y el artista más grande.

HITLER, O EL NARCISISMO COMO NECROFILIA

El nazi-fascismo, doctrina esencialmente estatólatra, muy pronto entendió que en la era de la política de masas apelar al sentimiento es fundamental y por ello tanto su retórica dogmática como su parafernalia ceremonial se sustentan en un fuerte sincretismo religioso-político. Como religión civil promueve todo un sistema simbólico y ritual de la cual en mucho depende su institucionalización. Para consolidar este proceso es indispensable lograr la personalización del poder. El mito del líder providencial e infalible es elemento central de la liturgia nazi-fascista. Funciona como síntesis de la patria y como factor decisivo de la historia, y el culto a la personalidad representa la unión mística del pueblo con su guía supremo y constituye la dramatización simbólica de la unidad espiritual de la nación.

El mito del líder providencial se concibe como un motor indispensable de la acción política, insustituible como mecanismo de adoctrinamiento y motivación. La edificación del mito de Hitler fue un logro extraordinario de propagandistas que supieron manipular las nociones de "liderazgo heroico" promovidas en Alemania por la derecha nacionalista mucho tiempo antes de la aparición del partido Nacional Socialista. Desde su unificación "a sangre y fuego" por el "canciller de hierro" Bismarck, Alemania fue testigo de cómo crecían en número los clubes, ligas, asociaciones, círculos políticos y partidos conservadores que promovían la idea de un liderazgo ideal encarnado en un hombre dueño de excepcionales cualidades, reflejadas en los implacables, decididos e intransigen-

tes valores cuartelarios. Después de la abdicación del Kaiser y el fin del viejo orden político, esta necesidad del advenimiento de un salvador de la patria se acentuó. Urgía lograr un "nuevo comienzo" que restaurara a la Patria en un conglomerado nacional étnicamente puro y socialmente armonioso. La extrema fragmentación política que caracterizó a la República de Weimar no hizo sino alentar dichas aspiraciones chauvinistas. Al arribar la convulsa década de los años treinta ya había un hombre que reclamaba para si esa misión sagrada de despertar Alemania y restaurar la grandeza del país. Este hombre era un tal Adolfo Hitler.

Ríos, océanos de tinta se han escrito sobre el advenimiento Hitler. Mucho se han analizado las estrategias propagandísticas que en medio de un contexto nacional de desazón y derrotismo generalizados lograron convertir a este hombrecillo irrisorio en la encarnación del guía decidido y poderoso marcado por un glorioso destino. El aparato propagandístico nacional socialista proyectó la imagen de un Hitler restaurador de la ley y el orden, defensor fanático de la nación frente a los enemigos externos e internos, representante de la "justicia del pueblo", reconstructor de la economía y estadista genial que devolvió su fuerza de Alemania. Cuando estalló la guerra la propaganda convierte a Hitler en un eminente estratega militar capaz de humillar a los enemigos de Alemania en una serie increíbles de victorias, como la Blitzkrieg que arrolló a Francia en pocas semanas. El culto al Führer tenía también un aspecto más intimista cuando presentaba al gran hombre como una persona que renunciaba a todo placer personal y vida privada para poner a la nación antes de cualquier causa particular o motivos egoístas, pero siempre lo presentó como una figura fría y distante.

El aspecto más enigmático y poderoso del culto a la personalidad de Hitler no es la exaltación del paladín unificador y guerrero, sino la perversión que anida: un narcisismo necrofílico. En su célebre obra "Anatomía de la Destructividad Humana" Eric Fromm analiza la personalidad de grandes monstruos de la historia, en particular de Hitler y Stalin, pero sobre todo del Führer. Dice Fromm:

"En un primer análisis yo veía fundamentalmente a Hitler como un sadomasoquista, es decir, como un hombre (tal como yo lo concibo) con una ilimitada pasión por el control y el poder sobre otros, pero al mismo tiempo dominado por la necesidad de someterse. Entretanto, he llegado sobre la base de estudios más profundos y perspectivas más afinadas a establecer la presencia de otro factor, que me parece más importante en el caso de Hitler. Lo designo con el nombre de necrofilia. Este es propiamente un concepto que en general solo se aplica ahora a una perversión sexual, pero sigo el ejemplo del gran filósofo español, Unamuno, que en un discurso de 1936 en la Universidad de Salamanca dijo que la divisa falangista Viva la muerte es necrofílica. Es decir, lo que yo entiendo por necrofilia en sentido no sexual y no físico, es la atracción por todo lo que está muerto, que no tiene vida, que se encamina al desmembramiento, a la destrucción de las conexiones vitales, la atracción de lo puramente mecánico por oposición al amor hacia lo vivo. Necrofilia significa el amor por lo que está muerto." Y de ahí el psicoanalista Fromm emprende un análisis interesantísimo sobre la variante narcisista de quien está obsesionado con la muerte tomando a Adolfito como el gran ejemplo.

Hitler era un narcisista necrófilo cosa que, desde luego, demuestra a cada paso de su pavorosa carrera política. Tiene la obsesión de destruir y matar. A los judíos, a los gitanos, a los eslavos, a sus enemigos, a sus aliados y, quizá sobre todas las cosas, al propio pueblo alemán. Pero el simple hecho de que Hitler haya desencadenado la guerra, y llevado a la muerte a millones de hombres no explica su muy personal tipo de narcisismo necrófilo. Matar masivamente es algo que han hecho por milenios los gobernantes de la humanidad, siempre racionalizándolo con pretextos como "la Patria", "El Honor", "La Gloria Nacional", etcétera. Que Hitler haya asesinado por millones a hombres indefensos en campos de concentración ya es una cierta novedad, aun que genocidios y masacres masivas siempre las hubo. Pero el punto esencial en el análisis frommniano de Hitler consiste en mostrar que era un hombre que en lo más hondo de sí mismo odiaba la vida, todo lo que represen-

taba vida. Odiaba a los judíos, pero también odiaba a los alemanes, pues cuando perdió la apuesta de la guerra y naufragaron sus ambiciones quiso hundir a toda Alemania. Eso lo expresó una vez ya en 1942: "Si se pierde la guerra, el pueblo alemán deberá perecer". Lo más destacado aquí es que su culto a la personalidad, que fue tan abundante, tiene significativas diferencias frente a los de otros ególatras incluidos en esta colección. Y escribo "tiene", en presente, porque es un culto que se mantiene vivo, a diferencia de tantos que han fenecido en cuanto el líder desaparece. Aún hay demasiada fascinación por Adolfo y el nazismo.

El culto al führer se distingue porque jamás se le representó en actitudes triunfantes o efusivas. No existen efigies suyas montado a caballo, señalando maravillosos nuevos amaneceres, o abrazando a niños regordetes y alegres al estilo de Mao, Kim il Sung o Stalin. Siempre se veía en las representaciones de Hitler (estatuas, posters, timbres postales, imágenes, etc.) el mismo rostro con un rictus de quien está oliendo algo putrefacto. Ninguna o muy escasas manifestaciones de su culto a la personalidad reflejan al hombre preocupado por el mañana, el bienestar popular y o, inclusive, la gloria militar. Jamás apareció en retratos fantasiosos a la Mao como un sol rojo, ni conoció los cursis excesos stalianos plasmados en tantas obras del realismo socialista, ni se mandó hacer estatus doradas gigantescas como el Turkmenbashi, ni pretendió ser el padre cariñoso de sus conciudadanos como Ceaucescu o Kim Il Sung, ni estableció un "derecho de pernada" como Trujillo. Era siempre el hombre del gesto distante e inexpresivo. Y así era el trato personal. Nunca irradiaba jovialidad o calor humano. Tampoco era capaz de reír en forma franca y vital.

Albert Speer, el arquitecto que describió de forma esplendida la vida y muerte del Tercer Reich en su libro "Inside the Third Reich", cuenta que los almuerzos y conversaciones con Hitler eran insoportablemente aburridos. El Führer hablaba y hablaba hasta llevar a sus interlocutores al completo sopor y en general no notaba que todos estaban aburridos o, si lo hacía, le importaba un comino, desde luego. Él mismo se aburría tanto que muchas veces se quedaba

dormido mientras parloteaba. Esto es distintivo del necrófilo: nunca es vital. Ni siquiera en su crueldad tenía el sadismo de, digamos, un Stalin, a quien le encantaba aterrorizar psicológicamente a sus colaboradores cercanos en sus conversaciones privadas. Muchos menos poseía el histrionismo de Mussolini, o la personalidad dominante de Saddam. Por supuesto, era incapaz de escuchar seriamente a nadie.

El culto a la muerte, central en ritual hitleriano, es algo muy peculiar en la historia mundial de la megalomanía. En el estilo tan sui géneris de culto a la personalidad de Hitler destaca que la simbología nazi, toda, apela constantemente a la muerte, algo que se ve muy poco en otras egolatrías. Algo hay en la fascista de Mussolini, pero en mucha menor escala. Los cultos a la personalidad comunistas siempre incluían en su simbología la utopía de la sociedad sin clases: la hoz y el martillo, los escudos nacionales enmarcados en abundantes espigas de trigo que mostraban pueblos industriosos y felices, la constante glorificación del proletariado. Otros cultos enfatizaban el carácter "paternal" del gran líder que se preocupa por el bienestar de sus hijos, los gobernados. En el Tercer Reich no ocurre lo mismo. Aunque el discurso oficial hablaba de una arcadia milenaria, los símbolos e imágenes jamás le aludían. La famosa Suástica -en sánscrito poderoso símbolo solar, eje del mundo y de la vida del misticismo hindú y de otras culturas protoeuropeas- fue copiada por los ideólogos del esoterismo nazi y adulterada al cambiar de dirección la rotación de los brazos, transformándola en un símbolo de destrucción y muerte. Por su parte, las SS usaron como insignia la calavera sobre unos huesos cruzados (Totenkopf), emblema mundial de la muerte, y celebraban un extraño culto ceremonial muy necrófilo para la iniciación de sus integrantes.

Por cierto que es importante desmentir eso que dicen algunos piadosos en el sentido de que la de Hitler fue una "dictadura atea". El nazismo, más que una ideología, fue un absurdo collage de diferentes ideas políticas y filosóficas, una colmena de contradicciones. La agnosis nazi se alimentaba de elementos tradicionalistas, sincretistas, ocultos. Hitler y los suyos jamás disimularon sus inclina-

ciones esotéricas y providenciales. El führer encargó a Himmler la creación de la Ahnenerbe o secretaría para estudios de ocultismo, encargada de localizar y traer a Alemania reliquias y talismanes como las Calaveras de Cristal de los Mayas, la Piedra del Destino o roca de Job , la Lanza de Longinos, el Santo Grial y el Arca de la Alianza, entre otras sandeces, para apuntalar el reino de los mil años. Himmler creó, para satisfacer el delirio de Hitler y sus SS, un verdadero centro espiritual con jerarquía en base a círculos de lealtad y rituales negros, ubicado en la fortaleza triangular de Wewelsburg.

Un personaje de Borges, en uno de sus extraordinarios cuentos, es un criminal nazi que será ejecutado por sus fechorías. En sus últimas palabras exclama: "¿Qué importa que Inglaterra sea el mazo y nosotros el yunque, si lo que impera, al final, es la muerte?" Ese precisamente era el interés fundamental de Hitler: diseminar la muerte por doquier. Desde el punto de vista estrictamente estratégico Hitler fue un pésimo general que hundió a sus ejércitos tras cometer crasos errores. Pero lo primordial para él, contra lo que la gente piensa, no era dominar a la humanidad, sino aniquilarla en la mayor cantidad posible. Como dice Fromm, sus acciones "no pueden explicarse por motivos estratégicos, sino que son productos de la pasión de un hombre hondamente necrófilo". Actitudes sumamente características de esto lo fue, por ejemplo, la prioridad que le dio al transporte de víctimas a los campos de concentración sobre la ingente necesidad que tenía el ejército de recibir armas y municiones en los momentos más álgidos de la guerra. Prefirió destinar carros de ferrocarril para llevar judíos al exterminio que transportar más tropas y material bélico al vital frente de Normandía. Otra manía suya era ver por horas los films que le mandaban mostrando la forma en la que las ciudades alemanes eran arrasadas sin piedad por los bombardeos aliados arrasadas por los bombardeos aliados. Les fascinaba ver una y otra vez edificios derrumbarse bajo las bombas, pero él jamás se apersonó a ninguna de ellas para solidarizarse con el dolor de su pueblo. Tampoco visitó personalmente el frente. Nunca.

Muchos historiadores, en el momento de explicar la debacle nazi en la guerra, señalan que Hitler se convirtió en rehén de su mito construido a base de omnipotencia y omnisciencia, y cuanto más inmerso estaba al encanto de su propio culto, más llegó a creer en su propia inefabilidad y su orientación "por la providencia" que le permitía, según sus propias palabras, "seguir su camino con la seguridad de un sonámbulo". Su margen de maniobra como militar se restringió por su propia necesidad de proteger el mito y mantener su prestigio, de ahí que muchas veces rehuyera asumir decisiones con criterios auténticamente estratégicos. Pero la realidad es que su obsesión por la muerte, y no otra cosa, era lo que verdaderamente imperó en él hasta el último momento. Sí no, ¿cómo explicar la lógica de Hitler cuando negó con este argumento inaudito en los anales de la historia militar a seguir las recomendaciones de sus generales de emprender una retirada estratégica en el frente ruso durante el crudo invierno de 1941?: "Hemos iniciado esta guerra bajo el supuesto de que somos una raza superior. Si en verdad lo somos, venceremos con facilidad a los rusos; pero si nos derrotan significa que estamos equivocados y, por lo tanto, es preferible que la nación alemana desaparezca de la faz de la tierra".

LA GRAN FARSA DEL DUCE

Los italianos tienen un carácter eminentemente fársico. No en balde las mejores óperas son italianas, sin olvidar su magnífico cine. También han sublimado la farsa en aspectos de la vida cotidiana, como en su pomposa religiosidad, su ridículo apego a la familia, sus esplendorosos carnavales, su amor al grito y a la exageración, y su forma de jugar al futbol. El Catenaccio es una genial forma de farsa, de "jugar no jugando" con un sistema defensivo y oportunista que consiste en destrozar el juego del rival y esperar la ocasión para aprovecharla en un contrataque, destreza insignia del gran Inter de Milán de Helenio Herrera en los años sesenta. Más equívoco y azaroso ha sido el apego que han exhibido (y padecido) los italianos a dirigentes y políticos de carácter marcadamente histriónico, desde Rienzi hasta Silvio Berlusconi pasando, desde luego, por Benito Mussolini il più pagliaccio di tutti i pagliacci.

Desde luego, el fascismo italiano fue, ante todo, una tragedia, pero mucho tuvo también de farsa y de comedia. El de Mussolini fue el primer gran culto a la personalidad de la era moderna. Fue el Duce pionero en la explotación de los riquísimos potenciales políticos que ofrecían los medios masivos de comunicación, y con los que glorificó su imagen hasta proyectarla como la de un mesías. Desde entonces todo culto a la personalidad es, en el fondo, una gran puesta en escena, una enorme farsa.

Fueron instrumentos de Mussolini su constante evocación del Imperio Romano, su grotesco nacionalismo, su desbocado voluntarismo, algunas travesuras de Realpolitik que arañó de Maquiavelo y su arrolladora energía para hacerse una tan inescrupulosa

como ingente auto-publicidad que le permitió construir un poder casi absoluto en la díscola, desordenada, vaciladora y turbulenta Italia.

Instintivamente orientaba el Duce todos sus movimientos, incluso sus reflejos y sueños, hacia el cultivo patológico de la propaganda. Ninguno de los muchos émulos que ha tenido y tiene (Desde Hitler hasta Hugo Chávez, ese Mussolini bananero) le podría discutir la paternidad de esa propensión de convertirse en el primer trabajador, el primer deportista, el primer agricultor, el primer guerrero, etc. Comenzó Mussolini sus andanzas en política como periodista en la izquierda socialista. Después dio un giro de 180 grados y fundó al fascismo, aunque preservó al Estado en el máximo altar sagrado, prurito que heredó de su antiguo marxismo. En 1922 marcha sobre Roma (otra gran farsa) con sus tolondras huestes, y a partir de entonces se consagró a la construcción de un sólido andamiaje de poder. La propaganda y su pintoresca mística le permitieron mantener férreamente el gobierno durante más de dos décadas a través del manejo de las corporaciones y de un fino cultivo de la mentira, la exageración y el sofisma. Lejos de amar al pueblo italiano, lo despreciaba en su intimidad, le reprochaba y lo culpaba de cuanto fracaso él mismo sufrió en sus torpes avatares políticos y militares del pasado. Por eso Curzio Malaparte lo definió así: "Si al Duce le dieran la oportunidad de elegir su apotegma favorito para eternizarlo en el frontispicio de Delfos, elegiría: ¡La culpa la tuvo el otro!"

Denis Mack Smith, su principal biógrafo, destaca en Mussolini su innata capacidad para manipular a los nuevos medios de comunicación mediante una inigualable facultad actoral y un genial manejo de la propaganda. La prensa, la radio y el cine fueron utilizados profusamente para divulgar la imagen de Mussolini como un mesías destinado a salvar a Italia y restaurar al Imperio Romano. Nos recuerda Mack Smith algunos de los elementos que coadyuvaron a la construcción de la imagen del dirigente-héroe: "Su nombre debía siempre estar escrito en mayúsculas en los periódicos. La prensa era instruida puntualmente de lo que debía decirse y no de-

cirse del Duce, quien siempre debía aparecer en poses heroicas. En los noticieros de los cines debía dedicarse una buena parte a describir en términos heroicos los logros del fascismo, enalteciendo siempre la figura del Duce"

Mussolini siempre se preocupó en proyectar la agresiva imagen de un macho con poses abiertamente teatrales, como la mandíbula emproada, el varonil torso descubierto, las manos siempre con un arma, un azadón o un martillo. También amaba difundirse como una especie de "hombre del renacimiento", un condotiero valiente y militar genial pero sensible la cultura clásica, orgulloso de sus orígenes latinos. Su culto a la personalidad difiere enormemente en este sentido del que se haría más tarde Hitler, quien optó por proyectar a un hombre lejano y asexual, casi una divinidad que siempre asume una pose etérea.

La imagen del Duce debía ser ubicua, lo mismo que sus lemas: "Cree, Obedece, Pelea", "Mussolini siempre tiene la razón", "La razón paraliza, la voluntad moviliza", y muchas otras que serían inscritas en millones de muros por toda Italia. Su lugar de nacimiento, Predappio, se convirtió en lugar de culto. Sus intervenciones militares en la Guerra Civil Española y en Abisinia debían ser exaltadas como "gloriosas" cruzadas en favor de la religión y la civilización.

El culto al Duce también se diferenció de otros en que no absorbió por completo al escenario político italiano. Mussolini jamás pudo deshacerse del Rey de Italia y nunca pudo, ni pretendió remotamente, extirpar la influencia del Papa en la católica Italia. Además, nunca gozó de un control total sobre el ejército y ni siquiera de la cúpula del movimiento fascista. El rey fue conservado por la legitimidad de la que gozaba, sobre todo, con las clases altas y medias. Vittorio Emmanuel fue un rey débil que se rindió ante la personalidad el Duce, pero su figura era necesaria para la consolidación de régimen. Por su parte, el fascismo optó por reconciliarse con el Vaticano haciendo muy importantes concesiones con el Concilio de Letrán. Incluso se arropó en el papel de "defensor de la Iglesia Católica". El fervor religioso de los italianos jamás desapareció, por lo que el Papa fue siempre un sobrepeso importante para el Duce.

Pero quizá la característica más interesante del culto a la personalidad de Mussolini –que heredó a la mayoría de sus sucesores en la historia mundial de la megalomanía- fue el excesivo voluntarismo. Las cosas se podían "porque sí". La voluntad lo era todo. El líder representaba la fuerza pura del bien, y todo lo demás era lo malo. En 1912, cuando aún era formalmente un ferviente socialista, Mussolini escribió "Queremos creer. La fe mueve montañas porque nos da la ilusión de que las montañas se mueven, y la ilusión es la única realidad de esta vida." La fantasía voluntarista supera, o debería superar, a la realidad.

El problema con el Duce es que, en su hubris, acabó por creerse su propia ilusión, la cual le dictaba que no debía conformarse con el dominio de su propio país. Él estaba llamado a refundar el Imperio Romano. Por eso necesitaba de la guerra para la glorificación final de su ego. Adoraba la sangre y el sacrificio, la camaradería y la obediencia, todas las virtudes militares que él y sus compatriotas carecían por completo, pero esto el Duce no quiso verlo y prefirió seguir con su ilusión, de ahí vino su debacle. El voluntarismo le hizo odiar a la lógica y la racionalidad, valores intrínsecos en el odiado liberalismo. Su revolución quiso ser "espiritual". Era la religión de la creencia en las propias fuerzas ilimitadas que todo lo podían. Este irreducible voluntarismo y la necedad de llevar la aventura militar a sus últimas consecuencias aniquilaron al Duce. Fanfarrón hasta el final, se implicó a fondo con la guerra de Hitler sin estar preparado su país ni material, ni militar, ni económica, ni anímicamente. Y a un semidiós que fracasa le espera siempre un espantoso castigo. Cayó del poder traicionado por los factores que nunca pudo controlar de todo: la cúpula del Movimiento Fascista y el rey. "Rescatado" de su cautiverio por Hitler, pasó sus dos últimos años como dirigente títere de esa farsa dentro de otra farsa que fue la República Social Italiana. Derrotado el Eje. Mussolini fue ejecutado y exhibido en Milán colgado de los pies, como si fuera un salami, ante una muchedumbre que no se cansó de humillar al cadáver. Sí, como tantas veces en la historia, la canalla repudió con

encono a quien solo muy poco tiempo antes había aclamado hasta el delirio.

APUNTES APÓCRIFOS DE BENITO MUSSOLINI (ANOTADOS PARA SÍ MISMO POCO ANTES DE LA MARCHA SOBRE ROMA)

1.- El podrido del sistema liberal está listo para ser sacudido y derrumbado, sólo se necesita la intervención de un Hombre de Acción decidido a hacerlo.

2.- Los gobernantes democráticos son medrosos, dubitativos y timoratos, el Líder del Movimiento es fuerte, tenaz y resuelto.

3.- Bastará con coordinar nuestras acciones de tal suerte que parezcan masivas y que son lo suficientemente poderosas para amedrentar al gobierno liberal. Recuerda que, a veces, las acciones mienten más que las palabras

4.- La razón paraliza, la voluntad moviliza.

5.- Desde Sun Tzu los estrategas saben que un ejército movilizado que está inactivo por demasiado tiempo pierde progresivamente la moral. Debes ser determinante y rápido en tus acciones. No demorar demasiado el incendio es fundamental para mantener vivas las brasas.

6.- Moviliza, manipula, alardea, asusta. Imprime, en todo momento, la imagen de un caudillo fuerte y determinado. Eso bas-

tará para aniquilar a tus débiles adversarios y hará que las masas te admiren.

7.- La Historia tiene múltiples ejemplos de que no es necesaria una mayoría para tomar el poder cuando los gobernantes son débiles e indecisos y un Gran Hombre marcha al frente de una Movimiento decidido. Recuerda el 18 Brumario y la Revolución de los Soviets.

8.- La Historia ama a los hombres de acción y es en la guerra donde toda la tensión de la energía humana pone la estampa de nobleza y gallardía en quienes son capaces de encararla y de vencer en ella.

9.- Al proletariado le urge un baño de sangre para redimirse y adiestrarse en la lucha.

10.- Apúrate, que la democracia me aburre. Es el sistema político de los mediocres, la apoteosis de los funcionarios y la fruición de los conformistas.

11.- La peor forma de democracia es la parlamentaria. Recuerda a Tácito cuando dijo: A mayor número de leyes, mayor corrupción en el gobierno". El Parlamento es, en el mejor de los casos, una refinada forma del crimen organizado, en el peor, una camarilla de parásitos ineptos e ignorantes.

12.- Y, sobre todo, recuerda siempre: la sangre es lo que hace que se muevan las ruedas de la Historia.

FRANCISCO FRANCO, O LA EXALTACIÓN DE LA MEDIOCRIDAD

Hay grandes diferencias en los rasgos particulares desplegados por cada uno de los cultos a la personalidad del siglo xx. Tenemos desde los más delirantes hasta los más pragmáticos, de los más estrambóticos hasta los más oficiosos, y desde los más sanguinarios a otros relativamente indulgentes. Lo mismo sucede con las cualidades y talantes de los sátrapas que se han hecho culto a la personalidad. Los ha habido decididamente carismáticos, como Fidel, Mussolini o Chávez; de recia personalidad, como Stalin; perversos como Hitler y Mao; dandis guapetones como Tito, Ataturk o Hoxha; y también ha habido personajes indiscutiblemente mediocres, anticarismáticos y hasta ridículos como Rakosi, el Turkmenbashi, Bokasa o Kim Jong Ill. A esta última categoría pertenece el gris Francisco Franco Bahamonde.

Todos sus biógrafos no oficiales coinciden en señalar la anodina personalidad del caudillo. De joven era tímido y mal estudiante. Medía 1.64, tenía una voz aflautada, su rostro era inexpresivo y su cuerpo, frágil y menudo, presentaba tendencia a la obesidad. Chaparrín, regordete y, para colmo, con esa vocecilla ridícula que los españoles debieron tolerar por tanto tiempo, fue además un hombre espiritualmente insustancial, inculto, muy poco cálido en lo personal, cuya insípida vida privada era propia de la clase media de militares modestos de la época. No fumaba ni bebía, veía películas vulgares y leía lo estrictamente indispensable. Su característica más acusada fue la excesiva prudencia como militar y jefe del Estado. Como estratega, y pese a lo que han dicho sus pane-

giristas de siempre, fue bastante ineficaz. A decir del historiador militar Anthony Beevor, Franco sólo sabía hacer "la guerra del carnero", es decir, atacar a base de realizar únicamente acometidas frontales en campo abierto para procurar romper el frente de batalla. Sus errores y su pavorosa falta de imaginación le costaron al bando nacional años de un guerra sangrienta cuando, desde el punto de vista estrictamente estratégico, debió haberse resuelto en meses en virtud a la enorme superioridad técnica y logística con la que contaba. Lo salvo que los generales del bando republicano no eran mucho mejores (también eran devotos de la estrategia del carnero), la hipócrita neutralidad de Occidente y, evidentemente, la intervención a su favor de los gobiernos nazi-fascistas.

Stanley G. Payne, quizá el principal biógrafo del caudillo, alguna vez confesó "Franco era una personalidad tan gris que ahuyentaría a cualquier potencial biógrafo". Aun así, pese la falta de buen material para hacer un culto a la personalidad digno de tal nombre, durante los casi cuarenta años que permaneció a la cabeza del régimen español Francisco Franco fue objeto de una intenso sacralización, la cual cambiaría progresivamente en función de las necesidades políticas del momento, así como en atención a la edad y el físico del sátrapa. Este proceso de glorificación, favorecido en gran medida por un entorno formado mayoritariamente por abyectos aduladores, hicieron que Franco personificase, ya desde los tiempos de sus campañas militares en África, el muy mal justificado mito del "militar invicto", de "César victorioso" poseedor, según la expresión árabe, de la baraka, de una suerte excepcional que le hacía invencible. Representó, asimismo, el mito mesiánico del "Caudillo", su alter ego, como el del "Duce" en Italia o del "Führer" en Alemania. Dese el inicio de la guerra el régimen supo imitar a sus congéneres fascistas alemán e italiano en el control de las técnicas más modernas de propaganda y de control de los medios de comunicación. Lemas, monumentos, iconografía, panfletos y posters inundaron las zonas nacionales hablando de la "Santa Cruzada Anticomunista" dirigida por un adalid de origen cuasi-divino, "Caudillo de España por la Gracia de Dios".

Una sacralización que, sin embargo tuvo un límite. El elemento nacional-católico contenido en el culto a la personalidad de Franco lo distingue claramente del resto de los cultos, los cuales han renunciado en mayor y mucho mayor medida a integrar elementos de las religiones establecidas. Mientras los cultos comunistas y de otra índole ideológica o personalista pretendían convertirse en una religión por sí mismos, el de Franco siempre se hizo acompañar por la fuerte presencia del catolicismo más tradicionalista, por cierto que con toda la amable venía del Pío XII, probablemente el Papá más infame de la historia moderna.

Aun así, la sobrecarga de información sobre el Caudillo en los periódicos, los carteles, los libros y el cine llegaba a ser asfixiante. La sosa imagen del generalísimo aparecía omnipresente, reproducida ad nauseam en los medios de comunicación, en las paredes, en los timbres postales y monedas. Lo suficientemente reiterada para recordar a todos asiduamente quién había sido el actor principal de la victoria nacionalista. Este concurso de circunstancias tuvo un enorme ascendiente sobre los ciudadanos, hasta tal punto que modificó en profundidad el pensamiento nacional. Se ponía en vigor una intensa forma de amaestramiento para la uniformización de las conciencias y del conformismo de la gran mayoría de los españoles.

Como hombre de ideas Franco ni pintaba para nada. La única "gran cita" atribuible a este déspota fue aquella glosa de dejar todo "atado y bien atado", que repitió hasta la saciedad: "porque para ello, incansable me he dedicado a tejer nudo a nudo, trama por trama, esa red que habrá de arropar a los españoles ante cualquier caída". Se pretendió cubrir este páramo ideológico y conceptual de forma simplista y maniquea con la edificación de una nueva España en el que "Franco incorpora a su persona el conjunto de valores del nuevo orden, mediante una red de asociaciones de un alto grado de transparencia". La instrucción pública en la España franquista tenía el propósito expreso de "educar al noble pueblo español en los valores tradicionales, como la religión católica, la familia, el ejército y el pasado glorioso de España, tan bien represen-

tada hoy por el Caudillo". Para ello se adoptaba un punto de vista bastante revelador: concedía una extrema importancia al tema del pasado imperial en la medida en que constituía "un elemento fundamental del discurso de justificación franquista". En esta misma perspectiva, Payne mantiene que Francisco Franco fue la figura histórica española que más poder acaparó desde la época de Felipe II, ya que consiguió asociar las prerrogativas de un dictador-regente con los poderes de control administrativo y político de un Estado del siglo XX. Tal y como procuró hacerlo Mussolini al intentar ligar su "gesta" con el Imperio Romano, recurrir a la Gloriosa Historia Imperial Española fue una de las bases de legitimación del régimen y también determinó la cimentación de Franco como líder político "continuador natural de la obra de España".

Ahora bien, como hemos señalado líneas arriba, el culto a su personalidad fue cambiando con los años de acuerdo con las necesidades políticas. Tras la leyenda de ser un general invicto, el más joven de Europa, pasó al mito mesiánico del caudillo, del cruzado que derrota, indemne, a las fuerzas más oscuras; durante la guerra mundial, de la que se privo de participar al lado de sus amigos, coqueteó como nunca con eso del "glorioso pasado imperial"; tras la derrota del eje y el advenimiento de la guerra fría, convino bajar el tono castrense/imperial e inventarse el rol de "Centinela de Occidente"; ya de vejete fue el "timonel prudente y firme capaz de dar a España décadas de paz".

Cómo sucedió con tantos otros miembros de la familia de los tiranos, el mito de Franco no sobrevivió a la muerte, aunque sí se mantuvo hasta la última exhalación del dictador. Llama la atención la capacidad de supervivencia que presentan casi la mayoría de estos déspotas. Muy pocos son los que han sido derrocados por alzamientos populares, e incluso son minoría los derrotados en una guerra. ¿Son los pueblos pusilánimes? ¿Fue Franco injustamente aquilatado y en realidad, como dicen sus panegiristas, fue un genio? La realidad es que a estos déspotas que sobreviven tanto tiempo han poseído eso que se llama "instinto político" y han sabido ser grandes manipuladores. Lo ha sido Fidel, los Kim, Tito,

Mao, Trujillo, todos en cierta medida. En el caso concreto de Franco, el historiador británico Paul Preston lo explica en su libro "El Gran Manipulador". Franco era "Tan vulnerable, pequeño e inseguro que se refugiaba en un disfraz...cómo el Mago de Oz...Las suyas eran unas mentiras tan infantiles que parecía imposible que las pudiese decir…pero cuando se tiene el control totalitario de los medios, se puede decir cualquier cosa". Franco, mediocre y mentiroso como era "…pudo mantenerse 40 años en el poder por el terror y por la capacidad de manipular a sus colaboradores y al contexto internacional (la Guerra Fría), en el que las potencias sabían de las mentiras de Franco, pero les convenía no revelarlas".

Es cierto que estos regímenes tan personalizados pueden sobrevivir mucho tiempo a base de terror, manipulación y mentiras, pero fallecen junto a creador y caen en medio del más ignominioso juicio de la historia. El del Caudillo por la Gracia de Dios no fue la excepción. Hoy su recuerdo es repudiado por el sector civilizado y demócrata de los españoles del siglo XXI.

LA SONRISA DE FRANCO RESPLANDECE...

"Se nota cuando un pueblo carece de voz, sobre todo si está cantando demasiados himnos."

Jerzy Lec

Elemento consustancial en todo régimen dedicado al culto a la personalidad de un sátrapa ha sido la abrumadora presencia de sicofantes. La adulación constante y desmedida es pitanza imprescindible para mantener sano el ego de un buen megalómano y, evidentemente, de entre los aduladores los dictadores suelen preferir a los que tienen cierto talento literario. Muchos pequeños y mediocres poetastros y escritorzuelos de medio pelo han hecho efímera fortuna en regímenes totalitarios a base de halagar al líder. También es cierto que algunos grandes escritores (o por lo menos considerados como "grandes") han incurrido en la lisonja a los tiranos. Célebres son, por ejemplo, las infames odas de Neruda y Alberti en loor a Stalin. La lista es larga en lo que concierne a escritores turiferarios y a los dictadores a los que han lisonjeado. Un caso de los más exóticos en este renglón de literatos dedicados a la exaltación del tirano la da la extensa literatura laudatoria dedicada a halagar a Francisco Franco. Abundan poemas, perfiles heroicos e himnos escritos por grandes y pequeños escritores que, desde su inicio, se unieron a la causa nacional. Evidentemente, cuando el líder a adular es poco carismático y carente de cualidades heroicas, los sicofantes tienen que ingeniárselas para inventar cualida-

des extraordinarias en los jefes. Con el soso del caudillo pasó que los poetas del "movimiento" se inspiraron en su supuestamente radiante y encantadora sonrisa para adularlo. Apareció así el mito de la "Sonrisa del Caudillo".

Este tópico de la sonrisa de Franco nació con el último verso de un soneto apologético al caudillo escrito poco después de comenzada la guerra civil por Manuel Machado, a la sazón uno de los poetas más conocidos de España y hermano de otro poeta, Antonio, quien era su antípoda en cuestiones políticas.

Este es el tal panegírico:

"Caudillo de la nueva Reconquista,
Señor de España que en su fe renace,
sabe vencer y sonreír, y hace
campo de paz la tierra que conquista.

Sabe vencer y sonreír. Su ingenio
militar campa en la guerrera gloria
seguro y firme. Y para hacer Historia
Dios quiso darle mucho más: el genio.

Inspira fe y amor. Doquiera llega
el prestigio triunfal que lo acompaña,
mientras la Patria ante su impulso crece,
para un mañana, que el ayer no niega,
para una España más y más España,
¡La sonrisa de Franco resplandece!»

Este poema influyó de manera notable en el aparato propagandístico del régimen, que buscaba legitimarse, en buena medida, con la invención de un caudillo carismático. El gran prestigio del que gozaba el adulador Manuel Machado contribuyó de importante manera a poner en circulación el leitmotiv de la sonrisa de Franco. No tardó en ser imitado por una numerosa legión de émulos, unos más malos que otros. Veamos algunos infames ejemplos de ditirambos franquistas, todos enfocados en la sonrisa del caudillo. Los nombres de las autores no merecen ser recordados:

"Franco tiene esa seducción personal que emana de su equilibrio físico y fisiológico, de la serenidad interna, de la mesura, que son sus características[...] Recuerdo que —después de comenzado este alzamiento nacional— el primer día que le vi salía de la catedral de Burgos [...] Por el corazón de aquella multitud ferviente pasó una corriente que no era sólo de admiración y de fe, sino de amor hacia el héroe joven, que iba vestido con su sobrio uniforme de campaña, pero sobre cuya faz sonriente parecía proyectarse el fulgor de un imaginario casco de plata"

[...] Ésa capacidad de sonreír a su pueblo, a la vida entera, próspera o adversa, me pareció la promesa mejor que podía hacernos. Esa sonrisa suya —gesto de quien tiene la certeza de los demás y de sí mismo— disipaba como una mala pesadilla la visión de los monstruos de la España roja, los gestos feroces y crueles, sarcásticos y bestiales de los enfermos de envidia y de odio que habían tenido a España encadenada, y le rodeaba, como de un halo, de eso que folklóricamente se denomina simpatía [...] Ahí está, con algo de arcangélico, contra el poder universal del diablo, sin perder su sonrisa juvenil, en la mano la espada invicta, y el pelo que era negro en torno a sus sienes, ya un poco gris, en pocos meses."

Militar de dudosos méritos en campaña, bodoque regordete y anodino dueño de una ridícula vocecilla pueril, a Franco había que inventarle méritos. Los aduladores fantasearon que su sonrisa denotaba "el talante campechano del caudillo, su denuedo optimista, su fe en el éxito de la empresa." Así, la estereotipada sonrisa se convirtió pronto en un tema que hizo fortuna. Léase nada más esto:

"¡Ríe, Franco, ríe, como el arco iris!
¡Magnetiza a España con ese tu imán!
Sobre tu sonrisa Dios pone la suya;
la Virgen su beso tierno, maternal...
y España, tu madre, Dolorosa anciana
de arrugada faz,
al verte entre gemas de tus generales,
perlas de soldados, brillos de collar,
—escaparate de las bizarrías
de este guerrear—

se emboba, y exclama: «¡Qué guapo! ¡Qué guapo" y se echa a llorar."

Tanto éxito tuvo el tópico de la sonrisa que pronto quisieron hacer de ella el elemento más representativo del caudillo frente al mundo. El escritor Ernesto Giménez Caballero, jefe de propaganda del Movimiento Nacional durante la guerra, estableció una comparación entre las personalidades de los tres grandes líderes totalitarios de la Europa del momento basada en los rasgos fisonómicos más característicos de cada uno:

"FRANCO es la sonrisa. Su más profundo secreto. No estamos conformes con los retratos que pintan a Franco: serio, cejijunto, grave, doctoral. Como para darle un aire mussoliniano o hitlerista [...] MUSSOLINI tiene su secreto en la mirada y en la forma de emproar la mandíbula [...] HITLER es —plásticamente— sus recortados bigotes y tupé oblicuo [...] Pero FRANCO es la sonrisa. La sonrisa de FRANCO ha conquistado a España. Y nos ha conquistado a todo el pueblo [...] Porque a un país tan rebelde, rijoso, enconado, cabileño y de guerra civil como el nuestro al estallar la lucha, sólo podía pacificarlo un Caudillo con sonrisa [...] La sonrisa de FRANCO tiene algo de manto de la Virgen tendido sobre los pecadores. Tiene ternura paternal y maternal a la vez. En su sonrisa vemos que el hombre de más poder de España, y el que puede fulminar los destinos de los demás hombres, sabe perdonar, sabe comprender, sabe abrazar. Es cierto que Franco tiene momentos de gravedad infinita, de dolor, de seriedad amarga. Pero siempre es culpa nuestra. Y se debía pagar con fuerte castigo el poner serio a FRANCO [...] La mejor condecoración, el mejor premio que puede recibirse en nuestra Causa no es otro que ése: merecer que FRANCO nos premie con su sonrisa."

Veamos otras infames variaciones sobre el mismo tema:

"Parecería un semidiós inasequible nuestro Caudillo si no le delatara esa clara sonrisa que nos lo acerca y nos hace quererle sin reservas, confiadamente"

"Francisco Franco: el valor sereno, la idea clara, la voluntad firme y la sonrisa. Porque Franco no es el «dictador» que preside el triunfo de un partido o sector de la nación. Es el padre que reúne

bajo su mando, como una gran familia, todas las fuerzas nacionales de España. Por eso su gesto no es hosco: por eso su cara no es, como dicen los españoles, de «despide-huéspedes». Franco no despide a nadie: Franco sonríe y acoge. (Aquí si vale la pena decir que el autor es José María Pemán)"

"Buen timonel de la dulce sonrisa, siempre a flor de labios."

"Una sonrisa gentil y natural, que es resplandor de un alma sana. La sonrisa con que Franco ha sabido acoger desde su juventud todas las esfinges que la vida puso en su camino. La sonrisa de las primeras mañanas de Melilla, que no apagó la catástrofe de Annual; la sonrisa con que salió de Xauen, con que desembarcó en Alhucemas, con la que aterrizó en Tetuán, con la que entró en Toledo, con la que recibió la noticia de su elevación a la Jefatura del Estado. Sonrisa que es saludo a la vida, desprecio a la adversidad, aroma de optimismo, rúbrica de victoria... Que conoce toda España, la liberada y la roja. Que ha trascendido al mundo, y es universal como la mirada acerada y fiera de Mussolini o el ceño de Hitler. Sonrisa de Franco que ilumina en su nuevo camino a la España renaciente, mártir y gloriosa."

"¡Y fue el milagro...! ¡Y se hizo realidad el ensueño!;
que el Capitán de la sonrisa blanca,
latido firme y despejado ceño,
con látigo de fe fustiga el anca
del nuevo y acerado clavileño
que acuchillando azules y de los aires dueño
desde el Marruecos de leyenda arranca.
Rusia torva y helada
—látigo y cheka, tanque y servidumbre—,
¡quédate en tus estepas sepultada!,
¡déjame estar a mi española lumbre!
Frente a tu Plaza Roja, mi Alcázar toledano;
frente a tu descreimiento, mi crisma de cristiano;
y frente al agrio gesto de tu hoz y tu martillo,
la generosa y franca sonrisa del Caudillo."

También la literatura infantil tocó el tema. Lean este fragmento del célebre poema de Pemán "La Bestia y el Ángel", el cual presen-

ta, como tantos cuentos infantiles, a tres hadas que acuden en torno a la cuna del niño recién nacido que sería Francisco Franco:

"La tercera tenía como un cielo sin nubes,
la mirada celeste: Geranios de candor
florecían su rostro. Burlaban las hermanas:
¡Dinos cuál es tu don!
—Le traigo una sonrisa
clara y abierta, hermanas, como una rosa en flor.
Con tu espada invencible conquistará la tierra
y los vientos y el sol.
Con tu pesa medida conquistará el respeto...
¡Con mi sonrisa clara conquistará el amor!»

Otro "poema" dice:

"¡Ay!, un galán de esta villa,
¡Ay!, un galán de esta casa,
¡Ay!, con sonrisas venía,
¡Ay!, con sonrisa llegaba.

¡Ay!, diga lo que él traía,
¡Ay!, diga lo que él llevaba,
¡Ay!, que tanto sonreía,
¡Ay!, que tan risueño estaba.

¡Cómo el galán sonreía
Con su sonrisa tan clara!
¡Qué buena pareja hacían!,
¡Qué pareja tan galana!

¡Ay!, que el galán era Franco,
¡Ay!, que la novia era España...
¡Viva Franco, Franco, Franco!
¡Viva España! ¡Arriba España! «

Horrendos ejemplos estos de escritos encomiásticos, hitos en los anales del culto a la personalidad. Sin embargo, lo más inaudito de todo este asunto de la pretendida sonrisa del caudillo -"Sonrisa

que vale un imperio" según palabras de Manuel Machado- es que Franco en realidad rara vez sonreía. Era un hombrecillo carente por completo de sentido del humor, siempre preocupado por no hacer el ridículo y por el "¿qué dirán?", que se atrincheraba, como todos los grandes dictadores, en una solemnidad patibularia. Era la famosa sonrisa del caudillo más bien escasa y difícil, y nunca "resplandeciente" o "encantadora". Varios son los historiadores que afirman que sólo se había visto sonreír abiertamente a Franco en un par de ocasiones: cuando se encontró con Hitler en Hendaya, en 1940, y cuando recibió a Eisenhower en Madrid, en 1959. A esto algunos añaden cuando Eva Perón visitó España en 1947, donde se la recibió con honores de jefe de Estado. Pero en aquella ocasión "sonreía más con la mirada, se le iban los ojillos", según algún cronista argentino de la época. Y por más que los panegiristas del régimen franquista, los antiguos y los actuales, insistan en los "miles de ejemplos que hay con la imagen de la luminosa sonrisa bla, bla, bla...." La realidad es que tal sonrisa brilla, pero por su ausencia. Baste ver el pétreo rictus en rostro de Franco que aparece en la fotografía escogida para ilustrar la portada del libro La Sonrisa de Franco Resplandece (aparecido en 2005 con una recopilación de textos laudatorios), para darse cuenta que es lo que los poetas del movimiento consideraban como una sonrisa "radiante". Se han visto mejores ejemplos de buenas sonrisas en una buena cantidad de funerales.

EL FATUO MARISCAL PÉTAIN

Henry Phillipe Pétain, mariscal de Francia, militar brillante que salvo el pellejo de Francia en la batalla de Verdún; vejete fatuo y reaccionario que estableció un régimen ultraconservador bajo el cobijo de los nazis, cuyo principal sustento fue el culto a su persona y el cual fue el "canto de cisne" del ultramontanismo francés monárquico, chauvinista, católico y refractario que se había mantenido más o menos soterrado desde la instauración de la Tercera República pero que abominaba a la democracia, al liberalismo, al laicismo y a todo lo que no fuera "francés".

Nadie puede negar la proeza bélica del Pétain. Formado como militar en la vieja escuela de Saint-Cyr, en la que se graduó en 1878 como oficial de infantería, estuvo siempre cerca profesional e ideológicamente de los militares más derechistas y antirrepublicanos, aquellos que tanto se exaltaron con el inmundo juicio al oficial judío Dreyfus a finales del siglo xix. Durante muchos años pareció que Pétain sería uno de esos militares de tiempos de paz que pasarían su vida de servicio sin pena ni gloria, impartiendo clases en las aulas de las academias militares y en trabajillos de escritorio, hasta que estalló la guerra del 14, en la cual se destacó desde el principio, primero como comandante de una brigada de infantería (tan eficaz fue que pronto ascendió a general) y más tarde como el vencedor en uno de los episodios axiales en la historia de la humanidad: la gran batalla de Verdún. Pétain tenía, al contrario de la mayoría de sus colegas que actuaban al frente del ejército francés de la época, un brillante sentido estratégico, pero más importante que eso: en una guerra tan descomunalmente cruenta, siempre procuró tener

el mínimo de bajas entre sus tropas en el frente, lo que le hizo inmensamente popular. Verdún se ganó por la constancia, arrojo y liderazgo de Pétain, quien tuvo la sensatez de establecer una eficaz línea de aprovisionamiento (la célebre voie sacrée) para garantizar los avituallamientos de las tropas, el paso de las ambulancias, el arribo de regimientos de remplazo, el aprovisionamiento de municiones, etc. De esta forma la moral (que se encontraba en los suelos tras dos años de guerra encarnizada) nunca decayó y el triunfo, inopinadamente, fue para las armas francesas. Poco después, el héroe de Verdún asumió como el nuevo comandante en jefe de las Fuerzas Armadas Francesas, puso fin a las ofensivas mal preparadas, cuidó del bienestar de los soldados y terminó con los motines, que se multiplicaban dentro del ejército galo como respuesta a la flagrante incompetencia de los altos mandos.

Tras la victoria en la guerra, Pétain fue distinguido con el nombramiento de Mariscal de Francia. En los años veinte le toco comandar una fuerza franco-española para aplastar la revuelta del Rif en Marruecos, coalición que no tuvo escrúpulos en utilizar armas químicas para lograr sus "nobles propósitos". Conservador acérrimo y antirrepublicano convencido, siempre se mantuvo huraño y esquivo frente a los gobiernos de la III República. Sin embargo, en 1934 aceptó ser designado Ministro de Guerra, aunque sólo para dimitir a los pocos meses como protesta a los recortes en los presupuestos de defensa. Esta corta experiencia acrecentó aún más su repudio a lo que él llamaba "la peste parlamentarista". Rechazaría, arrogante, todo ofrecimiento posterior para ocupar puestos en la administración. Despreciaba profundamente a la democracia y a sus instituciones. Poseía la convicción de estar muy por encima personal, moral y espiritualmente de los mediocres gobernantes franceses de la época.

En 1939 aceptó ser enviado como embajador de Francia en España. Había conocido a Franco en la aventura del Rif (bautizó al caudillo como "La espada más limpia de Europa") y mantenía una sólida amistad con él, tanto, que el Mariscal se distinguió en su breve encargo en Madrid por defender más los intereses españoles que

los de su propio país. Fue esta una breve experiencia diplomática, porque ante la debacle que significó la invasión nazi la República le volvió a llamar, ahora como vicepresidente del Consejo en el Gobierno. El 14 de junio de 1940, París fue tomada por la Wehrmacht y el gobierno se refugió en Burdeos, el 16 Pétain fue nombrado primer ministro y al día siguiente Francia solicitó a Alemania la firma de un armisticio, cuyos términos dieron inicio ese ignominioso episodio que fue la República de Vichy.

Mucho se debate en Francia hasta la fecha sobre si Pétain no tenía otra alternativa más que colaborar con los nazis y que el Mariscal no hizo sino evitar "males mayores" a la patria con su equívoca actitud, pero es este un falso debate. Más allá de la política colaboracionista con los alemanes, el régimen de Vichy fue una vergüenza por sí mismo, un sistema autoritario e archiconservador implantado y aprovechado por los añorantes de siempre del Ancien Régime que se valieron de la reputación del vencedor de Verdún para tratar de devolver a Francia al siglo XVIII. Y el viejo mariscal, lejos de ser el objeto senil de políticos inescrupulosos que describen muchos de sus defensores, colaboró con la tarea de muy buena gana, empezando porque fundamentó su pretendida legitimidad con su muy popular imagen pública. ¡Y cómo no hacerlo de esa forma! Los argumentos nacionalistas tradicionales de los que se valen la mayoría de las dictaduras de derecha le valían de muy poco a los arquitectos de gobierno autoritario de Vichy tras la humillación en los campos de batalla, y la ideología ultramontana estuvo sumamente desprestigiada durante toda la III República. La reacción únicamente tenía a mano la excelente fama del vencedor de Verdún para cimentar régimen despótico.

Vichy fue, antes que nada, una pantomima de culto al líder en una nación derrotada y desmoralizada. La idolatría al mariscal empezó desde el primer minuto. Todos los negocios, escuelas y oficinas públicas lucían fotos del Mariscal. Las paredes de la ciudad estaban llenas de afiches que glorificaban al anciano títere de los nazis y denostaban al judaísmo internacional, a los comunistas y a los gaullistas. En las escuelas cantaban himnos al salvador de la pa-

tria, se organizaron asociaciones juveniles y deportivas (a falta de poder armar grupos paramilitares) inspiradas en el "ejemplo resplandeciente" de Pétain, mientras que las libertades públicas eran suprimidas, lo mismo que los partidos políticos. Los sindicatos fueron unificados en una organización calcada de los ejemplos corporativistas españoles y portugueses. Se crearon jurisdicciones de excepción para perseguir a los disidentes políticos y a la resistencia. Vichy bautizó su espíritu altamente reaccionario bajo el pseudónimo de "la Revolución Nacional", que fue la más genuina expresión de aquellos que abominaban la herencia revolucionaria de 1789.

El petainismo llegó al extremo de desterrar el lema "Libertad, Igualdad, Fraternidad" para sustituirlo con el de "Trabajo, Familia, Patria". Antiparlamentarismo, antiliberalismo, culto a la personalidad, xenofobia desbordada, antisemitismo, rechazo a cualquier asomo de modernidad, ¡Cómo no juzgar severamente a quien estableció un régimen de esta laya! En octubre de 1940 y sin contar siquiera con la solicitud de Alemania, se promulgaron leyes de exclusión contra los masones y los judíos, que serían endurecidas al año siguiente. Seguiría medidas en contra de los métèques (inmigrantes) y los comunistas, todas ellas inspiradas por las absurdas ideas "integristas" del fascistoide hipernacionalista Charles Maurras. Pétain, como Maurras, creía a pie juntillas de que todo lo judío, masón e izquierdista formaba parte de lo que bautizaron como "el enemigo interno" de Francia, o mejor dicho, de "La Francia Eterna", entelequia que aun en la actualidad fascina a la extrema derecha gala del Frente Nacional. Por eso Vichy también estableció políticas raciales muy parecidas a las de los Nazis, pretendidamente para garantizar el renacimiento de la "pureza" francesa. Vanos prejuicios y chapucerías que aún hoy encuentra entusiastas exponentes en personajes impresentables, como lo es Jean Marie Le Pen.

Vichy estigmatizó a la República, a la que culpó de todos los males padecidos por Francia, incluyendo la derrota militar ante los nazis. Fue una dictadura personalista en la que todos los poderes ejecutivos y legislativos recaían exclusivamente en Pétain en su calidad de jefe de Estado, y aunque el mariscal juró y perjuró duran-

te su juicio que la autoridad real de Vichy no existía, lo cierto es que fue un Estado policial altamente represor y reaccionario en el más estricto sentido de la palabra: clerical, antimodernista, iliberal, organicista, autoritario, anti intelectual, machista. Tampoco nadie obligó al Mariscal, como lo hizo, a condenar como "actos terroristas" a las actividades de la Resistencia ni a alentar a los miembros de la Legión de Voluntarios Franceses a combatir en la URSS al lado del nazismo. Y cuando los aliados desembarcan en África del Norte el 8 de noviembre de 1942, Pétain dio la orden de combatirlos, sin ningún tipo de presión por parte de Hitler.

Al final de la guerra el balance no podía ser más desolador: más de 250,000 franceses habían sido deportados a los campos de concentración nazis (tan sólo unos 30,000 regresaron vivos) y aproximadamente 200,000 obreros trabajaron en las industrias del Tercer Reich durante la guerra. El petainismo y la Milicia creada por el régimen de Vichy en 1943 habían perseguido, detenido, torturado y ejecutado a miembros de la Resistencia francesa con igual celo que si de las SS alemanas se tratara, y condenaron a muerte al general De Gaulle, promotor de la Resistencia desde el exilio. Pero a pesar de las abrumadoras evidencias de colaboración con el enemigo, y de las innumerables atrocidades perpetradas por el petainismo, el anciano Mariscal fue al tribunal de la Francia libre que lo juzgó tras la contienda a proclamar su inocencia, a pregonar que había salvado a la Patria de males mayores y a culpar de todo lo malo que había pasado en Francia al régimen republicano. Acto seguido, se sumió en un terco silencio, negándose a responder a ninguna pregunta y manteniendo un palmario desdén por los testigos de la acusación. Fue condenado a muerte, sentencia que de inmediato fue conmutada por la cadena perpetua. Murió poco tiempo después con la fatua convicción de que su oprobioso gobierno y el culto a su personalidad le habían hecho un favor a Francia.

PÍO XII Y SU BEATO CARNICERO CROATA

¿Qué papel desempeñó su "santidad" el Papa (im) Pio xii durante los crudos años del holocausto nazi? La mayoría de los historiadores le reprocha su ominoso silencio ante las atrocidades hitlerianas contra los judíos, mientras que sus defensores afirman que "hizo todo lo posible" considerando las adversas circunstancias que debió afrontar, con casi toda Europa ocupada por los alemanes. Pero lo que es inobjetable y bastaría para poner a Pío xii en la lista de los peores papas de la historia es la irrestricta complicidad del Vaticano con el sanguinario dictador croata Ante Pavelic, quien con el apoyo nazi-fascista instauró una abyecta dictadura totalitaria y expresamente "racista y católica" en Croacia causante del exterminio de cientos de miles de judíos, gitanos, musulmanes y serbios ortodoxos. Al finalizar la guerra, el Vaticano no dudó en utilizar todas las armas de su enorme influencia diplomática y política para que este matarife jamás cayera en manos de la justica internacional. Los crímenes de Pavelic hacen palidecer a todos los abusos y barbaries perpetrados por asesinos como Karadzic, Milosevic y Mladic en épocas más recientes, y deben ser recordados no sólo para que jamás se olvide esta página negra en la historia de los Balcanes, sino para evitar que el Vaticano borre de la memoria colectiva el que ha sido uno (dentro de muchos) de sus más graves crímenes lesa humanidad.

Ante Pavelic era un abogadillo que inició su carrera política en el movimiento nacionalista croata. Nacionalismo, el refugio predilecto de los canallas, decía Samuel Johnson. Elegido diputado nacio-

nal en 1927 durante los años del incipiente reino de los serbios, croatas y eslovenos, en el Parlamento bregó por la independencia de Croacia, hasta que en enero de 1929 el rey Alejandro instauró una dictadura, disolvió el Parlamento y cambió el nombre del país a "Yugoslavia". Pavelic se asiló en Italia y formó la Ustasha-Hrvatska Revolucionarna Organizacija (Organización Revolucionaria Croata Insurgente, conocido como "Ustasha"), grupo relativamente pequeño, sin ideología definida y dedicada a actividades terroristas. Insatisfechas -como estaban- con la redistribución de las fronteras balcánicas fruto de los Tratados de Versalles, las naciones vecinas a Yugoslavia le ofrecieron apoyo a la pandilla de Pavelic y a todas las formaciones dedicadas a tratar de desmantelar y sabotear al Reino yugoslavo. Las actividades terroristas de los ustashas tuvieron su cénit en 1934, con el asesinato, en Marsella, del rey Alejandro. Adoptó Pavelic a partir del magnicidio un rabioso discurso antisemita, procuró afianzar sus nexos con los fascistas italianos y empezó a enfatizar que su organización pretendía implantar en Croacia una especie de nacional-catolicismo, cosa que mucho complació a otro de los principales promotores de los ustashas: el Vaticano.

La invasión nazi a Yugoslavia de 1941 permitió que se concretara el sueño de Pavelic y sus ustachas. Croacia se convirtió en un estado formalmente independiente, aunque supeditado a la Alemania nazi y tras ser obligado a ceder segmentos significativos de su territorio a Italia y Hungría. Eso sí, como compensación a estos sacrificios los ustashas recibieron de mano de los nazis el territorio de Bosnia-Herzegovina. Pavelic se convirtió en el "Poglavnik", -la versión en croata de "Führer" o "Duce"- de una sanguinaria dictadura, y como parte consustancial de su estilo fascista de gobierno el líder se dedicó a prohijar un intenso culto a la personalidad. Pero el problema era que había muy poca personalidad a la cual hacerle culto. El pobre carisma de este tirano dificultó mucho las cosas. Era un hombre gris, pésimo orador, acomplejado irremediable que por más que estudiaba, para imitarlas, las gesticulaciones y poses de Hitler y Mussolini jamás lograba prender a sus auditorios.

Fue la Iglesia católica la que le otorgó a tan infame régimen un cierto cariz de originalidad al enfatizar el carácter de "cruzado católico" del poglavnik, de beato inquebrantable consagrado a la purificación de la raza croata mediante el exterminio de las poblaciones serbias ortodoxas, judías y musulmanas. Por eso la iconografía propagandística de los ustachas aludía casi siempre al presunto cometido religioso de esta feroz depuración. La Iglesia católica consideraba a Croacia su último baluarte en los Balcanes contra la Iglesia Ortodoxa. Los sacerdotes comprometidos con la dictadura (y fueron la mayoría, en especial los franciscanos) alababan al sátrapa desde el púlpito señalando su "intrínseca grandeza" y oraban públicamente por el éxito de su labor exterminadora. Se organizaban grandes te deums en ocasión de los cumpleaños del poglavnik. El Arzobispo de Sarajevo le dedico al déspota una larga y espeluznante oda que se hizo famosa en Croacia, este es uno de sus pavorosos párrafos:
Oda al Dr. Pavelic

"Contra los judíos angurrientos con todo su dinero,
que querían vender nuestras almas,
traicionar nuestros nombres,
¡esos miserables! "

Tú eres una roca sobre la cual descansa la patria y la libertad en uno.
Protege nuestras vidas del infierno,
Del marxismo y del bolchevismo".

La prensa católica se deshacía en halagos al dictador: "Dios, que controla el destino de las naciones y dirige el corazón de los reyes, nos ha dado al Dr. Ante Pavelic y ha movido al líder de un pueblo amistoso y aliado, Adolf Hitler, a emplear sus tropas victoriosas para dispersar a nuestros opresores y permitirnos crear el Estado independiente de Croacia. Gloria a Dios, nuestra gratitud a Adolf Hitler, e infinita lealtad al jefe Dr. Ante Pavelic".

Así dio esta misma prensa la bienvenida a las tropas nazis cuando entraron en Zagreb en 1941: "La Iglesia Católica, que ha liderado a la Nación croata espiritualmente por más de 1,300 años de dificul-

tades, acompaña con regocijo y felicidad al pueblo Croata en este momento de su reconstrucción e independencia política. Nuestra gratitud es particularmente alta para aquellos sacrificados y desprendidos luchadores quienes bajo la certera guía del Poglovnik Dr. Ante Pavelic pavimentaron el camino para la proclamación de Croacia como país independiente". La reiteración del título de Dr. en estas notas no es casual. Pavelic, que obtuvo este grado en la Universidad de Zagreb, castigaba como un crimen omitir su doctorado cuando se hacía referencia a él de forma escrita u oral. De ese tamaño eran los complejos del señor.

El arzobispo primado de Croacia, Alojzije Stepinac, fue uno de los primeros personajes en festejar de forma ruidosa la victoria nazi en la fugaz campaña yugoslava y en felicitar a Pavelic con motivo de su imposición como jefe del nuevo Estado croata. Sonaron al unísono todas las campanas de las iglesias católicas para anunciarle a los croatas que los fascistas habían ganado. Stepinac fue designado supremo vicario apostólico de los ustashas y se convirtió en el principal patrocinador espiritual del régimen. Hizo que el Papa recibiera en audiencia a Pavelic, y aunque el vaticano jamás reconoció formalmente la independencia croata, el delegado apostólico tenía, en los hechos, rango de embajador. Stepinac se encargaba personalmente de informar constantemente a Roma de los acontecimientos croatas y por su conducto la Santa Sede instruía e informaba a los obispos. Tristemente célebre fue, por ejemplo, una nota en la que el Vaticano patentizó a las autoridades eclesiásticas su preocupación sobre la posibilidad de que muchos nuevos conversos al catolicismo fueran unos hipócritas que optaban por el bautismo "por razones equivocadas", siendo estas "razones equivocadas" fruto del temor de estas personas a ser aniquiladas.

La jerarquía católica no sólo apoyó al régimen de Pavelic con el fomento del culto a su persona. Muchos sacerdotes franciscanos acompañaron a los ustashas en sus llamadas "procesiones de muerte", en las que recorrían aldeas y poblados por todo el país para forzar a ortodoxos y musulmanes a convertirse en católicos, so pena de ser ejecutados. Incluso no fueron pocas las ocasiones en que

los religiosos asumieron personalmente el control de las masacres. El peor campo de concentración construido por los ustashas, el de Jasenovac, fue administrado por un fraile franciscano: Miroslav Filipovic.

Ante Pavelic, más que Slobodan Milosevic, fue el verdadero Carnicero de los Balcanes. Durante sus cuatro años de dictadura se ejecutó a más de 750,000 personas entre serbios ortodoxos, judíos, musulmanes y gitanos. De los 80,000 judíos que había en Yugoslavia antes de la guerra, 60,000 fueron asesinados, y la inmensa mayoría de ellos murió en Croacia. Fue la del poglovnik una tiranía fundamentada más en la afiliación religiosa que en la étnica o la ideológica. Lo dijo célebremente Mile Budak, ministro de Educación del gobierno croata, "Las bases del movimiento ustasha son la religión. Para las minorías, como los serbios, judíos y gitanos, tenemos tres millones de balas. Mataremos a un tercio de la población serbia, deportaremos a otro tercio, y al resto lo convertiremos a la fe católica para que, de esta forma, queden asimilados a los croatas. Así destruiremos hasta el último rastro suyo, y todo lo que quede será una memoria aciaga de ellos..."

Las masacres cometidas en Croacia y Bosnia-Herzegovina durante la guerra se caracterizaron por su ostentación. Los homicidios, ejecuciones, linchamientos y pogromos fueron públicos y muchas veces de carácter ritual, cometidos siempre con sádico desenfreno. Por esta razón el genocidio croata está tan bien documentado, ya que se conservaron un gran número de testimonios fotográficos de las atrocidades. Muchos de los asesinos acostumbraron tomarse fotografías como "recuerdo" de la sacrosanta tarea de exterminar infieles. Así es como abundan las imágenes de barbaridades como sesiones de tortura, linchamientos, decapitaciones y hasta procesiones de cabezas clavadas en picas por las calles de Zagreb, animadas por los delirios de frenéticos espectadores. "Era como un fanatismo arcaico de épocas prehistóricas", escribió algún historiador.

Las tropelías de los ustashas escandalizaron incluso a nazis y fascistas. Reinhard Heydrich, sí, ni más ni menos que Reinhard

Heydrich, la bestia rubia del holocausto nazi, manifestó su preocupación por la bestialidad de los beatos ustashas y temía que una represión tan brutal contra una población tan grande desembocase en un alzamiento armado. Por su parte, oficiales italianos llegaron a rescatar la vida de judíos y serbios ortodoxos que arribaban como refugiados a sus zonas de ocupación, al negarse a entregarlos a la fanaticada croata para una muerte segura.

Una vez que terminó la guerra prácticamente la totalidad de los principales integrantes del gobierno ustasha encontró refugio en el Vaticano. Pavelic se ocultó un tiempo en un monasterio austriaco disfrazado de monje. Cuando se descubrió su paradero huyó a Roma. Pronto, la inteligencia norteamericana descubrió que Pavelic se refugiaba en Castelgandolfo, en la mismísima residencia de verano del Papa. Más tarde, Pavelic recibió en Roma un pasaporte español falso y escapó a Argentina, donde Perón lo empleó como su "consejero de seguridad". Tras la "Gran Revolución Libertadora" que derrocó al régimen peronista Pavelic se escondió en la España del también muy pío generalísimo Franco, donde murió en 1959. En su lecho de muerte recibió la bendición personal del S.S. el papa Juan XXIII a "El Papa Bueno".

El que sí fue apresado y juzgado fue el arzobispo Stepinac, aunque no salió del todo mal parado, a pesar de lo sórdido de sus andanzas durante la guerra. Fue condenado a dieciséis años de prisión en un juicio que se apoyó en los testimonios de decenas de personas que relataron las espeluznantes tropelías cometidas por clérigos católicos bajo el reino del terror ustasha. Pío XII excomulgó a todos aquellos que atestiguaron en contra de su arzobispo. Después de cinco años de prisión, Stepinac fue puesto en libertad. El Vaticano dedicó toda su potencia y habilidad diplomática para convencer a Tito de indultar a este señor como "gesto de conciliación". ¿Mencioné ya que este misericordioso y devoto servidor del Creador fue elevado a la categoría de beato por Juan Pablo II? Sí, en 1981 el Vaticano inició el proceso de beatificación de Stepinac, probado criminal de guerra, y en 1997 fue declarado mártir. La Iglesia ortodoxa serbia y el Centro Simon Wiesenthal protestaron formalmen-

te e intentaron impedir esta ignominiosa osadía, pero no fueron escuchados.

Por lo que toca a Pavelic, hasta la fecha la Santa Sede lo considera un hijo quizá "ligeramente descarriado", pero que peleó ferozmente a favor de la Iglesia Católica, y aunque haya errado un poquitín en los medios, lo verdaderamente importante es entender la alta dignidad de sus fines. En sus visitas a Croacia, S.S Juan Pablo II se rehusó reiteradamente a visitar los sitios donde estuvieron funcionando los campos de concentración ustashas, y prefirió ser recibido y agasajado con honores por ex líder croata y negador del holocausto Franjo Tudjman, demagogo brutal que fue uno de los principales responsables de la cruentísima guerra civil yugoslava de los años noventa, digno heredero del infame Pavelic.

MARX, LENIN, STALIN Y EL CULTO A LA PERSONALIDAD

Para quienes han estudiado el fenómeno del culto a la personalidad (incluido, de forma muy modesta, el autor de esta Historia Mundial de la Megalomanía) no deja de ser una inmensa incongruencia que muchos de los casos mas graves de endiosamiento de líderes aconteciesen bajo dictaduras comunistas. El nazi-fascismo es una doctrina basada en impulsos voluntaristas, instintos y prejuicios más que en un esquema de ideas articulado, y por lo tanto era natural que un "guía predestinado" fuese objeto de infinita veneración, ya que ello forma parte esencial de sus interpretaciones irracionalistas de la política. Pero el marxismo es una elaborada teoría en la que "El Líder" solo podía actuar exclusivamente en función de determinadas circunstancias sociales y económicas, y en donde son las masas las verdaderas protagonistas del devenir histórico. Cuando Nikita Kruschov denunció en el xx Congreso del pcus el culto a Stalin, leyó al Politburó una carta de Marx donde demandaba que la Liga de los Comunistas (fundada en 1847 como primera organización marxista a nivel mundial) "eliminara por completo todo lo que pudiera favorecer el culto de la personalidad". Por su parte, Lenin rechazó en vida cualquier intento de glorificar a su persona, porque para él era "el Partido" el único genuino "orientador histórico" de la sociedad. Sin embargo, y a pesar de las protestas de su viuda, el culto a Lenin comenzó inmediatamente después de su muerte con sus extraordinarias exequias, el embalsamiento de su cadáver, la construcción de su mausoleo en forma de pirámide y el renombramiento de "Petrogrado" como "Leningrado".

Una vez abierto el culto al finado Lenin poco hubo de esperar para ver iniciado el de Stalin, el cual arrancó incluso antes de que el vozhd tuviera en sus manos el absoluto control del régimen soviético. Ya en 1925 La ciudad de Tsaritsyn cambio su nombre a Stalingrado. A partir de ahí se experimentó un proceso paulatino en el que la veneración a la figura de Stalin empezó a prevalecer sobre la concepción marxista de las masas creadoras y de la idea leninista del partido como orientador histórico. Cuando Stalin cumplió 50 años, en 1929, fue objeto de inusuales homenajes y alabanzas. Anastas Mikoyan acompañó sus felicitaciones con la siguiente petición: "Que nosotros, aceptando la demanda legítima de las masas, comencemos finalmente a trabajar sobre su biografía y la hagamos disponible para el Partido y para toda la gente trabajadora de nuestro país". Para mediados de los años treinta, como señala el historiador marxista francés Jean Bruhat, "Ya el epíteto "staliniano" va obligatoriamente unido a toda iniciativa no sólo del poder soviético, sino hasta del pueblo soviético. Staliniano substituía progresivamente a bolchevique, a comunista y a soviético." En el XVIII congreso del PCUS (1939), Zhdanov exclamó "¡Stalin es el genio, el cerebro, el corazón del partido bolchevique, del pueblo soviético entero, de toda la humanidad progresista y avanzada!"

De esta forma fue entronizándose uno de los cultos a la personalidad más poderosos que ha conocido la humanidad. ¿A que se debió dicho fenómeno? ¿Fue que la teoría se vio obligada, temporalmente, a ceder ante necesidades estrictamente pragmáticas? ¿O simplemente la teoría se equivocó y el papel de los líderes en el devenir histórico es mucho más significativo de lo que supone el marxismo? Lo cierto es que incluso los historiadores marxistas conceden que la autoritaria y egocéntrica personalidad de Stalin mucho influyó en que se diera esta desbordada apoteosis. En su momento, Lenin advirtió a la dirigencia del Partido Comunista de las tendencias dictatoriales del vozhd: "El camarada Stalin, desde que llegó a secretario general, ha concentrado en sus manos un inmenso poder, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con prudencia.(...) Stalin es demasiado brutal, y este defecto, tolerante

en las relaciones entre comunistas, es inadmisible en el puesto de secretario general. También propongo a los camaradas en la forma de desplazar a Stalin y de nombrar en ese puesto un hombre que presentara, desde ese punto de vista, la ventaja de ser más tolerante, más leal, más educado, más atento hacia los camaradas, menos caprichoso, etc."

Pero los adictos al materialismo dialéctico no pueden conformarse con las explicaciones enfocadas únicamente en las características psicológicas y personales de Stalin, y aportan explicaciones interesantes de un proceso al que no se cansan de denominar "complejo". Hablan de la existencia de "factores objetivos" que prevalecían en la azarosa época de consolidación de la URSS como los desafíos que implicaba edificar el socialismo en un país mayoritariamente rural y atrasado, el "malvado" cerco capitalista que obligaba al Estado soviético a estar en permanente situación de alerta, de la necesidad de una centralización estricta de la dirección para que el gobierno fuera eficaz en una nación de las dimensiones de Rusia, etc. Pero todas estas razones siguen siendo completamente insuficientes para explicar esta degeneración surgida al muy poco tiempo de inaugurado el Estado soviético, pretendidamente refractario a la sacralización de un "gran hombre", y la cual se reprodujo una y otra vez en los regímenes socialistas que aparecieron a lo largo del siglo XX.

Por encima de cualquier pretexto o explicación marxista o neo marxista, el culto a la personalidad en el socialismo refleja la incompatibilidad de este sistema con la naturaleza humana. La ingente tentación a la centralización del poder, la aparición de burocracias como nuevas clases privilegiadas, el exagerado fortalecimiento del aparato estatal en detrimento de las libertades individuales, todo ello una y otra vez remplazó a los ideales de igualdad y de justicia social en la experiencia real de los países socialistas. Invariablemente el socialismo desemboca en el advenimiento de un súper Estado con poderes permanentes e ilimitados que al no poder cumplir con las expectativas de cambio social profundo ofrece, en su lugar, la mitología del "héroe político, jefe eminente y guía genial de los

pueblos". El dictador personaliza la acción del Estado totalitario al tiempo que es expresión de la teoría que justifica la acción y de la cual se torna el intérprete único e infalible.

Por último, no es posible desdeñar la importancia que han tenido los antecedentes históricos particulares de cada país en la aparición de los cultos a la personalidad. Las naciones, quiérase o no, heredan de su pasado poderosas prácticas y tradiciones. La URSS, China y otras naciones que experimentaron con el socialismo real estaban habitadas por pueblos que durante siglos se acostumbraron a esperarlo todo del Zar, del emperador, el rey, etc. Hubo más espontaneidad de lo que se cree en esa idolatría fanática por Stalin, Mao o Kim il sung. Sin duda esta sacralización fue organizada, en buena medida, por los sátrapas en persona y sus burocracias, pero tenían un terreno bien abonado para implantar el culto al líder. Una prueba de todo esto nos la proporciona el hecho de que el movimiento de desestalinización en la URSS, o el de "desmaoización" en China fueron lentos y, de hecho, ¿Quién podría afirmar con seguridad que han terminado del todo?

Lo único cierto es que no bastan las explicaciones racionales que ofrecen los historiadores marxistas cuando tratan de dilucidar algo tan absolutamente irracional como ha sido el culto a la personalidad. Sencillamente han fracasado en su intento por exponer, en sus términos, la sacralización de Stalin y los aún más profundos cultos a la personalidad asiáticos de Mao, Hi Chi Minh y Kim il Sung. Y es que, sencillamente, el afán de endiosamiento de algunos dictadores absolutos es algo que va más allá de la racionalidad histórica.

EL CUMPLEAÑOS DE DIOS

-"Pero camarada Stalin, el pueblo lo demanda…

-"No metas al pueblo en esto Georgi, te lo prohíbo terminantemente, mira que soy capaz de..."

Así le farfullaba Stalin a Georgi Malenkov, uno de sus más fieles vasallos de toda la vida, cuando éste le planteaba al vozhd la magnificencia de las celebraciones que se preparaban para festejar el septuagésimo aniversario del nacimiento del Padre de los Pueblos, el 21 de diciembre de 1949. ¡Y vaya que estaban presentes la ostentación y el boato más extremo en lo que concernía a tan fausto acontecimiento! "En el mundo no hay tinta suficiente para transcribir las celebraciones efectuadas con motivo del septuagésimo aniversario de Stalin", escribió su biógrafo, Boris Souvarine. Las festividades onomásticas Fueron extraordinariamente costosas, atrajeron a millones de peregrinos y marcaron la internacionalización definitiva del culto a Stalin, uno de los pocos consagrados a un tirano en vida que ha sido practicado también fuera de las fronteras del imperio del sátrapa reverenciado.

No era la primera vez que el "Padre de los Pueblos" protestaba por lo que le parecía un acto de adulación exagerado por parte de sus lacayos. Varias veces antes habían convocado éstos la ira de Stalin al exponer planes grandiosos para para halagarlo. Una de las más memorables había acaecido años antes, cuando con motivo de sus espectaculares "triunfos" ante los nazis en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial el general Ivan Koniev propuso elevar al vozhd al grado de "Generalísimo". Stalin, "ofen-

dido", le espetó, furioso: "¿Para qué diablos necesito yo esa estupidez, a ver?... Franco es Generalísimo, Chiang Kai-shek es Generalísimo, ¡menuda compañía me has conseguido!" Pero como dice Simon Sebag Montefiore en El Zar Rojo, "El cortesano sabio sabe cuándo su amo desea secretamente ser desobedecido", y el título de Generalísimo se quedó, a pesar de que Stalin jamás condujo a ejército alguno en el campo de batalla y no obstante que el apodito nunca fue tan del agrado del vozhd como aquel otro, hermoso, de "Padre de los Pueblos."

Justo es decir que muchos de los estudiosos más "serios" de este fenómeno del culto a la personalidad aseguran que Stalin no era del todo hipócrita al rechazar de vez en cuando tanta sacralización a su amable personita, y es que dentro de su inmensa vanidad el Padre de los Pueblos soñaba con ser un ideólogo marxista de primerísima línea, por lo menos a la altura de Lenin, y la teoría despreciaba el papel del individuo en los avatares históricos, donde sólo la acción de las masas era lo importante. ¿Cómo él, Stalin, gran teórico del materialismo dialéctico, iba a aceptar una práctica tan poco marxista como el culto a la personalidad? El complejo de inferioridad que el vozhd siempre tuvo respecto a los intelectuales marxistas se hacía presente en este tema, tratando de impedirle dar rienda suelta a su megalomanía. Desde luego, con todo, sus escrúpulos no presentaban demasiada resistencia. A final de cuentas, el jefazo justificaba la necesidad del culto apoyado en lo que consideraba un argumento muy riguroso, muy teórico y nada peleado con el sagrado dogma marxista: el analfabeto pueblo ruso poco entendía de abstractas teorías y necesitaba idolatrar a un soberano como durante siglos lo habían hecho con los zares; le era imprescindible a los rusitos endiosar a alguien de carne y hueso para calibrar en su totalidad los grandes cambios de la historia. Ya cuando el pueblo fuese "educado", otra cosa sería, pero por el momento, mientras concluía el azaroso tránsito del socialismo al comunismo, era necesario ceder a las viejas prácticas de la pobre gente irredenta, y sólo por eso, por estrictas consideraciones a fin de cuentas muy, pero

muy revolucionarias, Stalin se resignaba a ser considerado un Dios entre los hombres.

Por lo tanto, a lo grande se celebró el 70 cumpleaños de Dios. Formaron parte del comité organizador de los festejos absolutamente todas las figuras destacadas del régimen bolchevique, además de los más importantes personajes de la vida intelectual y artística de la Unión Soviética, incluyendo -de manera señalada- el genial compositor Dimitri Shostakovich, quien siempre tuvo una extraña relación amor/odio con el dictador. La gran fiesta empezó a finales de agosto del 49, con la detonación de la primera bomba atómica soviética en algún desierto de Kazajstán. Durante los meses previos al onomástico, diariamente le llegaban al vozhd desde todos los rincones de su vasto imperio miles de telegramas y cartas de sus súbditos, que se desbordan en exagerados elogios orientales: "Eres el más Grande (¡15 años antes del surgimiento de Mohammed Ali!)", "Genio Inmortal", "Líder Inimitable", "Jefe más grande de todos los tiempos", y un larguísimo etcétera. De hecho, fue un torneo colosal e interminable de rimbombantes halagos. Se pronunciaron por doquier una miríada de discursos laudatorios. Los elogios se multiplicaban y disputaban entre sí ser el más cursi, ridículo y descabellado: "Brillante genio de la humanidad", "Portaestandarte de la Paz", "Maestro Inigualable", "Mejor Amigo de las Vacas y Reses" (dicho por Mikoyan), "Gran Arquitecto del Comunismo y la Felicidad Humana", "Abanderado, orgullo y Esperanza de todos los Progresistas del Mundo", "Gran Corifeo de la Ciencia que ha sabido Resolver las Cuestiones más Complejas de Nuestro Tiempo", "Inmenso Humanista", "Gigante Revolucionario", "Titán de nuestros Tiempos". "Gran Jardinero de la Felicidad Humana", y así ad infinitum.

También la prensa oficial se desvivió con cosas como estas: "...los escritores ya no saben con quién compararte y nuestros poetas ya no disponen de una cantidad suficiente de perlas lingüísticas para describir tu personalidad". Se rescribió para la ocasión la historia del Partido Comunista. De acuerdo a la nueva versión conmemorativa, Stalin nunca se equivocó y jugó un rol principal

en la revolución de 1917, incluso más que Lenin. Se reimprimieron todos los tomos de las obras ideológicas de Stalin y Pravda tuvo el orgullo de informar que se habían publicado más de 700 millones de ejemplares de las obras del vozhd, contra 279 millones de las de Lenin y 65 millones de las de Marx-Engels. También se publicó (millones de ejemplares, por supuesto) una nueva breve biografía del vozhd que lo mostraba, literalmente, como "un sabio infalible, el más grande dirigente y el más sublime estratega de todos los tiempos y de todos los países".

Millones de imágenes invadieron (otra vez) el país, en oficinas, escuelas, hospitales y hogares. La declaración más trivial y estúpida de Stalin se repetía por millones, elevadísimos conceptos como "los cuadros lo deciden todo", o "nosotros los bolcheviques debemos asimilar la técnica". Para los poetas era "el sol", "el amo de nuestros corazones". Un escritor, Leonid Leónov, escribió que llegaría el momento en que toda la humanidad lo reverenciaría y la historia aceptaría que Stalin y no Jesucristo había sido el punto de partida del tiempo. Por toda la URSS innumerables ciudades, aldeas, granjas colectivas, escuelas, fábricas, instituciones, calles y avenidas fueron rebautizadas con el nombre del líder. Una enorme exposición mostraba al público los incontables regalos que recibió el ilustre festejado por parte de sus admiradores de todos los rincones del orbe.

Claro, nada de esto era precisamente "nuevo", pero fue impresionante la intensidad y fruición con la que las adulaciones se multiplicaron en esta tan magnífica ocasión. Más novedoso resultó ser la entronización definitiva del culto a Stalin, con toda su magnífica intensidad, en Europa oriental y el resto de las naciones satélites de la URSS. En capitales como Praga, Varsovia, Budapest, Sofía se erigieron gigantescas estatuas del Padre de los Pueblos. Se renombraron decenas de ciudades (destacando Varna, en Bulgaria) y miles de pueblos, avenidas (Stalinalle en Berlín, la más importante, quizá) calles, plazas, distritos, colonias, barrios, hasta montañas, sin faltar los cursos y conferencias impartidos en las universidades y centros

académicos de los países avasallados para difundir el pensamiento del Genio Más Grande de la Historia.

El plato fuerte del aniversario fue una magna función de gala en el Bolshoi con la presencia de los grandes jerarcas del comunismo. Estuvieron presentes, además de todos los satrapillas del politburó, los dirigentes de las naciones recién adquiridas por el Imperio rojo. De este tan selecto grupo sobresalía Mao, que dedicó una de las dos únicas ocasiones en las que salió de China para rendir pleitesía a Stalin, eso sí, muy a regañadientes y sintiéndose muy humillado por el trato que, a su juicio, el vozhd le había dispensado, y eso que Stalin lo sentó a su diestra durante toda la celebración. Pero como dice Sebag, ambos ególatras se observaban mutuamente "con frialdad, desde la cima del Olimpo de su propia autoestima". Escuchó el homenajeado dentro del teatro Bolshoi interminables discursos y soflamas encendidas. La alocución de Mao, dicha con esa vocecita tan desagradablemente aguda que tenía, dio lugar a una gran ovación. Pero el momento más conmovedor se dio cuando Natasha, la hija de nueve años de Poshkrebishev, uno de los más diligentes lacayos de Stalin, subió al estrado, leyó una bella poesía en honor al líder y después se acercó a él para darle un beso y un ramo de rosas rojas. ¿Cuántos sabrían entonces que la madre de tan linda nenita había sido, poco antes, cruelmente asesinada en el Gulag?

A la salida del teatro esperaba al festejado una muy bonita sorpresa: la imagen del Padre de los Pueblos era proyectada en el cielo con un enorme globo aerostático como fondo. Daba la impresión que, tal y como sucedía con los grandes héroes de la mitología griega, Stalin hubiese ascendido a los cielos para ser convertido en una nueva constelación.

EL SINIESTRO HUMOR DE STALIN

"Para poder ser un buen tirano es necesario padecer un cierto trastorno mental."

Emile M. Cioran

Los dictadores carecen de sentido del humor, son seres demasiado inseguros como para soportar chistes y bromas a sus expensas. Solemnes y patéticos, estos sujetos se sienten en la necesidad de tomarse a sí mismo demasiado en serio "para no perder autoridad". Y de entre la familia de los tiranos (como la llamó Voltaire), todavía menos frecuente ha sido el sentido del humor en esos gnomos espirituales que se han entregado al paroxismo del culto a la personalidad. Sin embargo, de esta siniestra colección de sátrapas uno destaca por haber poseído una especie de "sentido del humor" muy sui generis o, por decirlo puntualmente, macabro: Stalin.

No es que el Padre de los Pueblos haya tolerado que se burlaran de él, no señor, todo lo contrario. El más mínimo chiste aludiendo al vozhd o a la construcción del socialismo se castigaba con años en Siberia, si no es que con la muerte. De hecho, había una ley que penalizaba con severidad estas gracejadas antirrevolucionarias, considerándolas una especie de "boicot capitalista". A Stalin lo que le gustaba era hacer él bromas bastante pesadas a las personas de su entorno: lacayos, familiares, miembros del Politburó, generales, etc. Disfrutaba mucho de atormentar sicológicamente a sus colaboradores, con la idea hacerlos sentir que sobre ellos pendía constantemente una "espada de Damocles". Para tan noble propósito se servía de bromas que aludían a su régimen de terror en el que,

según los últimos cálculos, 24 millones de personas – aproximadamente un décimo del total de la población soviética de ese entoncesfueron exiliadas, encarceladas, sentenciadas a trabajos forzados o asesinadas.

Por ejemplo, cuando Stalin se encontraba casualmente (o a propósito, váyase a saber) con algún ministro en algún pasillo del Kremlin o en alguna celebración, se detenía de repente para saludarlo y, fingiendo cara de sorpresa, le decía: "Hey camarada, gusto saludarlo, pero, ¡vaya! veo que aún usted no ha sido usted arrestado tal y como lo ordene. Veré a que se debe el retraso. Buenos días" Por supuesto, la víctima del chistorete pasaba días y días sin poder dormir esperando que en cualquier momento la policía secreta tocara a la puerta de su casa para detenerlo, hasta que semanas o meses después Stalin, a carcajadas, le largaba a su víctima un "Ja, Ja, Ja, ¿Qué sería de nosotros los revolucionarios sin nuestro sentido del humor, verdad camarada?"

En una ocasión solemne, cuando se disponía a firmar un importante documento vestido con su traje blanco de Mariscal de la Unión Soviética, el ministro Bolshakov cometió la torpeza de manchar tan elegante traje con tinta. Stalin se levantó de súbito, vio al pobre de Bolshakov y al resto de los presentes con mirada de hielo y se retiró del salón bruscamente. Todos los presentes quedaron atónitos. De repente, irrumpió en el salón un grupo de guardias armados, pero no hicieron nada. Sólo se quedaron parados en actitud acechante. Pasaron unos minutos más, que para Bolshakov fueron eternos, hasta que, inesperadamente, reapareció Stalin con una gran sonrisa y vestido con un uniforme limpio diciendo "Vamos camaradas, quiten esa cara de sorpresa ¿A poco creen que sólo tengo un traje de gala en el armario?"

Célebre fue aquella ocasión en la que De Gaulle visito la Unión Soviética y antes de la cena de gala en honor al estadista francés en el Kremlin, el tirano soviético le presentó a algunos de sus colaboradores: "Este, señor presidente, es mi ministro de transportes" le comentó un Stalin sonriente a De Gaulle, para, de inmediato, ponerse serio y afirmar mirando fijamente al ministro, "Él sabe que

si los trenes no llegan a tiempo será fusilado de manera perentoria". Después presentó al ministro de Agricultura, de quien dijo con el mismo rictus de severidad "el señor está consciente de que si no se alcanzan los mínimos de producción ordenados por el Soviet será enviado a galeras de inmediato". Y así le hizo con un par de ministros más. Evidentemente, el rostro de los mencionados altos funcionarios quedaba lívido ante tan cordial presentación. De Gaulle, por su parte, empezó a sentirse incómodo. Así transcurrió toda la cena en un ambiente más bien pesado, hasta que Stalin se levantó para brindar diciendo: "Brindo por toda esa gente en Occidente que dice de mí que soy un monstruo y de la que me he estado burlando toda la noche, ¿Verdad Camaradas?". Una riada de nerviosas risotadas no se hizo esperar.

Su broma más insólita no fue tan siniestra, pero si constituyó la que ha sido una de las obras maestras de la megalomanía. Confieso que si algo me impulsó a estudiar las vidas de estos ridículos megalómanos fue el morbo que me despertaron sus estrafalarios excesos narcisistas, realizados durante sus gobiernos para exaltar sus personalidades: las estatuas de oro, los esperpénticos murales, las absurdas condecoraciones, los poemas laudatorios, los irrisorios boatos, las grandilocuencias, las simbologías, etc. Pero, sin duda, la pieza más extravagante en la historia del culto a la personalidad del siglo XX, qué tiene mucho de bufonada grotesca, es la que mandó hacer Stalin en ocasión del aniversario de Pushkin. En 1937, durante el pináculo de las purgas y del culto a la personalidad del Padre de los Pueblos, se conmemoró el centenario de la muerte de Pushkin. Por toda la URSS se hicieron homenajes para recordar al insigne escritor. Se levantaron en su honor muchas estatuas, pero la más fantástica fue el que se erigió en la pequeña ciudad ucraniana de Mykolaiv, la cual deseaba unirse a las celebraciones inaugurando un monumento, y para ello solicitó "orientaciones" al ministerio de cultura. El poder en la URSS estaba sumamente centralizado y todas las decisiones, por nimias que pudieran ser o parecer, tenían que pasar para su aprobación a los ministerios de Moscú, los cuales que no podían hacer nada sin la venia del vozhd. Respecto

a esta petición, Stalin citó al ministerio de Cultura y, acompañado de uno de sus escultores favoritos le instruyó:

-"Camarada ministro, a mi me parece bien que celebremos a Pushkin que, pese a ser un burgués, fue una de las glorias de nuestras letras, pero creo que debemos darle un toque más revolucionario a esos homenajes. Ya hay demasiados monumentos a este escritor que no dicen nada de la construcción del socialismo...mire usted"

Y, desplegando una a una en su escritorio varias fotografías de estatuas de Pushkin que se habían erigido en distintas partes de la Urss, Stalin enumeró:

-"Pushkin de pie en actitud lírica, Pushkin meditando, Pushkin sentado y escribiendo, Pushkin con expresión esquiva e inescrutable, Pushkin inspirado. ¡En fin! nada que aporte verdaderamente a la Revolución y la construcción del Socialismo".

-"Tiene usted toda la razón, camarada", se apresuró a exclamar el ministro, con cara de quien acaba de recibir una epifanía.

-"Por eso, creo que debemos seguir la estupenda idea de este maestro escultor en el caso de la ciudad de Mykolaiv. Claro, siempre y cuando usted no tenga inconveniente, camarada. Maestro, muéstrele usted su boceto al Sr. Ministro" ...y ante la perentoria petición de Stalin el escultor, obediente, extendió un rollo de papel que llevaba bajo el brazo y que contenía un dibujo bajo el título "Idea de una Escultura Revolucionaria de Puskin para la Ciudad de Mykolaiv."

-"Magníííífico, camarada, sencillamente magníííífico", exclamó el ministro al ver dicho boceto.

Tan excepcional idea fue materializada en escasas semanas y la inauguración se efectuó a tiempo para el bicentenario. Fue develada en presencia de todo el politburó ucraniano. Consistía en.....¡¡¡Una estatua de Stalin leyendo un libro de Pushkin!!!

Sí, Stalin, con ese rostro suyo eternamente adusto y sus enormes bigotes, vestido de civil y sentado leyendo un enorme libro en cuya portada podía leerse, cincelado en enormes letras, el nombre de "Pushkin". Ese fue el homenaje de Stalin a una de las máximas

glorias de la literatura universal de todos los tiempos. Sin embargo, la vida de tan excéntrico monumento fue efímera. Pocos años después los nazis invasores la dinamitaron sin piedad. Nunca se rehízo y tras la desestalinizacion el régimen de Kruschov decidió elevar en el mismo lugar una estatua de Pushkin digamos... un poco más convencional que el insensato homenaje original.

MAO, EL ENVIDIOSO

"El silencio del envidioso está lleno de ruidos"

Gibran Khalil Gibran.

La envidia es otra de las lúgubres particularidades de los sátrapas megalómanos, y la manifiestan de forma clamorosa. No soportan que alguien brille o pretenda brillar más que ellos, aunque sea efímeramente. Quienes, por azares del destino, lo hacen pagan con purgas, destituciones, prisión y muerte. Stalin -un gran envidioso- purgó brutalmente a los intelectuales comunistas que en el pasado se habían burlado de él por ser burdo e ignorante, y también eliminó a los militares que adquirían brillo propio como estrategas. Conductas parecidas podemos detectar en Hitler, Saddam Hussein, Mussolini, etc. Pero nadie fue más envidioso y, sobre todo, se ensañó tanto con sus envidiados como Mao Zedong.

A estas alturas ninguna duda cabe que Mao fue uno de los déspotas más inicuos de la historia mundial. Durante décadas ejerció un poder absoluto sobre la cuarta parte de los habitantes del planeta y desplegó uno de los cultos a la personalidad más extravagantes y profusos de los que se tengan memoria. Fue un tirano cruel, responsable de la muerte de más de setenta millones de personas en tiempo de paz. De ningún otro líder político del siglo xx puede decirse tal monstruosidad, ni siquiera de Hitler, que provocó una Guerra Mundial. Era egoísta, absolutamente inescrupuloso, paranoico, envidioso, sanguinario y vil. A pesar de ser considerado como uno de los baluartes del comunismo, en realidad no tuvo otra ideología en su vida que no fuera conservar el poder. En lo perso-

nal, Mao siempre estuvo reñido con la más mínima higiene corporal pero, eso sí, estaba obsesionado con el sexo. Tenía a su disposición un harem integrado por muchachas jóvenes a las que follaba con singular fruición. Una versión dice que cierta doncella fue ejecutada luego de que le dijo a Mao "Hay señor presidente, con usted necesito tres manos para hacer el amor", "Cómo es eso", preguntó el dictador, "Sí", respondió ingenuamente la chiquilla, "Dos para abrazarlo y uno para taparme la nariz. A ver cuando nos bañamos, ¿No?"

Mao gustaba de falsificar la historia. Muchas de sus pretendidas hazañas fueron mitos. La célebre Larga Marcha estuvo a punto de fracasar por culpa de su obcecación y soberbia. Se salvó gracias al arrojo de otros jefes comunistas a los que, cómo veremos, jamás perdonó. También fue un mito su pretendida pero, en realidad, muy cuestionable lucha contra el invasor japonés durante la Segunda Guerra Mundial. Eso sí, en los trayectos de la agobiante Larga Marcha se hacía cargar en un palanquín por porteadores para no tener que caminar, mientras un sirviente le frotaba la espalda con una toalla caliente y la concubina en turno le leía un libro de poemas.

La clave de la opinión de Mao sobre el mundo puede encontrarse, en un escrito suyo que elaboró a los 24 años donde decía: "La gente como yo sólo tiene deber consigo mismo, no tenemos ninguna obligación con los demás". Combinado con este extremo solipsismo, había un deseo grandioso de transformar su país, "China debe ser... destruida para luego rehacerla... La gente como yo anhela esa destrucción porque cuando se destruye el viejo universo, se forma uno nuevo. ¿No es mejor eso?". Los costes humanos de semejante empresa radical eran desestimados por el joven Mao: "La paz duradera es intolerable para los humanos y hay que crear oleadas de disturbios en ese estado de paz". Por supuesto, la muerte no era cosa para tomarse en cuenta (la muerte de los demás, porque a él siempre le obsesionó prolongar su propia existencia a como diera lugar). "Los humanos están dotados de curiosidad. ¿Por qué

habría que tratar a la muerte de forma distinta? ¿No queremos experimentar con cosas extrañas?"

Mao tuvo oportunidad de llevar al pie de la letra su visión de cómo gobernar China con el apocalíptico Gran Salto Adelante (1958-1961), planeado por él para "convertir a China en una superpotencia económica y militar". Para lograr ese objetivo, sacó de los campos a masas enormes de campesinos y los llevó a fábricas poco eficientes y a granjas colectivas. También expropió sus alimentos y exportó una buena parte a la Unión Soviética a cambio de fábricas y armas. No quedaba suficiente para que la mayoría de chinos pudiera comer. Millones de personas recibían menos calorías al día que los judíos recluidos en Auschwitz. El Gran Salto Adelante mató aproximadamente de 30 a 40 millones de personas, convirtiéndose en la peor hambruna de la historia, pero Mao ni se inmutaba ante el sufrimiento que causaba. Explicaba "China tiene en su enorme población uno de sus recursos renovables más preciados... hay que pensar en términos estratégicos...si alcanzar el rango de potencia nos va a costar el 10 o el 15% de la población, ese es un precio más que asequible" También opinaba: "tantos muertos tienen sus beneficios, con ellos se puede abonar la tierra".

Tras el fracaso de su Gran Salto Hacia Adelante vino un breve período en el que dirigentes más responsables procuraron detener la hambruna y el colapso del país. Mao se replegó por un tiempo, pero cuando reaccionó lo hizo con ferocidad. Movilizó a las bases del Partido Comunista y lanzó, en 1966, la infame Gran Revolución Cultural Proletaria, para "desenmascarar a los capitalistas infiltrados en el partido y recuperar lo que en la ideología del presidente Mao". La Revolución Cultural sirvió al Gran Timonel para purgar de forma atroz a quienes él consideraba sus enemigos y para cobrarse viejas envidias. También fue el clímax del culto a la personalidad en toda la historia desde la construcción de las pirámides de Keops. Se ensalzó a la figura de Mao hasta inconcebibles extremos que se ubicaban más allá del absurdo. Desde luego, este culto no era nuevo. El Gran Timonel se había inspirado para edificar su sistema de gobierno y de terror, así como su culto a la personalidad, en Stalin.

Ya desde los años cuarenta se ofrendaba a Mao con una glorificación exagerada, cosa que el Sol Rojo promovía alegremente con el pretexto de "Fomentar la alta moral de las tropas". Jamás sufrió ni la sombra de los escrúpulos ideológicos que, a veces, atacaban a Stalin.

Cuando Kruschov criticó a Stalin en el famoso XX Congreso, Mao se puso furioso. De hecho, fue el inicio de la pugna ideológica con la URSS. "Los méritos del camarada Stalin lo ponen por encima de sus probables errores... La política y la línea fundamentales aplicadas durante el periodo en que el camarada Stalin estaba en el poder eran justas, y si se cometieron errores, ellos fueron secundarios y poco relevantes." Todo esto se lo espetó al embajador soviético, a quien citó expresamente para reprocharle. Desde luego, no es que Mao amara a Stalin: de hecho lo odiaba y, por supuesto, lo envidiaba, pero veía en el proceso de desestalinización un eventual peligro para su propia hegemonía, de ahí que reaccionara con virulencia.

Si en Rusia los soviéticos querían desmontar el mito de Stalin, Mao, en China, acrecentaría el suyo a extremos inconcebibles con la desmesura de su Revolución Cultural. Se calcula que entre un millón y un millón y medio de personas perdieron la vida en este proceso destinado a combatir "a la camarilla derechista y burguesa". Se han escrito cientos de libros que describen las infinitas y ridículas formas en las que se exaltó hasta el delirio la figura de Mao, de cómo movilizó a millones de adolescentes y jóvenes en las Guardias Rojas, y de cómo arrestó y mandó a unos 20 millones de jóvenes a campos de reducación maoísta.

Con la Revolución Cultural toda la vida de los chinos debía gravitar en torno al presidente y su pensamiento, porque Mao sentía que era el pensador e ideólogo más grande de todos los tiempos. Por eso, dentro de toda la infinita parafernalia del culto a Mao durante la Revolución Cultural destaca la difusión del Libro Rojo de Citas del presidente Mao Zedong, recopilación de citas, escritos, discursos y ocurrencias del Gran Timonel que se convirtió, en apenas tres años, en el libro más publicado después de la Biblia. Su

estudio era imperativo en escuelas y centros de trabajo, así como era obligatorio cargar siempre y en cualquier lugar con un ejemplar del librito. Su desconocimiento o pérdida era penada con trabajos forzados. Se decía que conocer el sagrado texto rojo repercutía, "en la felicidad y productividad del trabajador, la buena salud de las mujeres, la correcta conducta de los niños y la larga vida de los ancianos". Los Guardias Rojos, que convirtieron en la vanguardia de difusión del culto al presidente Mao, Por todas las calles del país establecieron "oficinas de inspección temporales" para acosar a los peatones y comprobar su conocimiento de las citas de Mao. ¡Ay de aquellos que fallaran en las pruebas!

Los teléfonos tenían que ser contestados con una cita del libro rojo. Sí, desde que los nazis hicieron obligatorio, en 1934, el saludo ritual de "Heil Hitler", esta fue la primera vez que en un régimen totalitario se forzaba a la población a saludar con una reverencia al líder. En lugar de los equivalentes chinos de "aló", "pronto" o "bueno", se impuso la obligación de contestar diciendo cosas como: "El Partido Comunista de China es el núcleo dirigente del pueblo"; "Las masas son los verdaderos héroes, en tanto que nosotros somos a menudo pueriles y ridículos"; "El comunista debe ser sincero y franco, leal y activo, considerar los intereses de la revolución como su propia vida y subordinar sus intereses personales a los de la revolución." En justicia, hay que aclarar que también valía aquí decir alguna exclamación laudatoria más sencilla, en beneficio de los más perezosos, cosas como "El Presidente Mao vivirá Eternamente" o "El sol rojo sale en China: ¡es el presidente Mao Zedong!".

Una miríada de extravagantes lisonjas era pronunciada en loor al Gran Timonel todos los días, sobre todo por sus palafreneros más cercanos, los que ocupaban puestos de dirección en el Partido noble Comunista y por quienes, es fácil de imaginar, un tipo tan "noble" como Mao despreciaba profundamente. El historiador Graham Reeves cuenta que el Gran Timonel alguna vez aconsejó a Ho Chi Minh: "Le sugiero que desconfíe a muerte de los sicofantes. Tal vez algunos le sean leales, pero en el fondo muchos de esos que le desean verbalmente larga vida, en realidad quieren pa-

ra usted una muerte prematura. Cuando gritan "Viva", usted debe tener cuidado y analizar la situación. ¡Qué vulgaridad tanta lisonja! ¡Sólo son unos granujas! ¡Cuanto más me alaban, menos puedo confiar en estos perros!

Pero sobre todas las cosas, Mao fue un envidioso de lo más ruin e inclemente. Aniquiló moral y físicamente a tres grandes héroes de la Revolución china: Liu Shaoqi, He Long y Peng Dehui, quienes tenían muchos más méritos, agallas y cualidades humanas que el miserable Sol Rojo; y a un cuarto, Zhou en Lai, lo obligó a tolerar una dolorosa y larga agonía.

Liu Shaoqi era el sucesor designado de Mao y fue quien –junto con Deng Xiao Ping- se atrevió a detener el demencial Salto Adelante para iniciar reformas que frenaran la hambruna en el campo. Durante el breve tiempo que se encargó del poder para corregir las arbitrariedades de Mao demostró ser un gobernante mucho más eficiente que su jefe y comenzó a ganar popularidad, con lo que desató el letal rencor del Gran Timonel. Durante la Revolución Cultural fue depuesto de sus cargos y humillado salvajemente de forma pública en decenas de ocasiones. Los guardias rojos se ensañaban con él. Lo acusaban de "rata capitalista", "escoria", "traidor" y "derechista". El país se inundó de carteles en los que se le insultaba. Mao dio órdenes de que Liu Shaoqi siguiera vivo hasta por lo menos el IX Congreso del partido, en que fue el objetivo de las denuncias más descabelladas. Falleció en 1969, después de sufrir tres años de prisión en condiciones inclementes y a causa de que Mao le negó recibir tratamiento para su diabetes y neumonía.

Peng Dehui fue el comandante chino más destacado durante la guerra con Japón y la Guerra de Corea, en las que ganó reputación como estupendo estratega y comandante comedido y considerado con sus tropas. El Gran Timonel lo detestaba por su popularidad y sus éxitos en el campo de batalla. En 1959, ante su clamoroso fracaso, criticó el Gran Salto Adelante, con lo que llegó para Mao la ocasión de satisfacer su envidia relegando a Peng a una función menos dentro del ejército. Pero no fue suficiente para el tirano. La Revolución Cultural hizo de este héroe de la Revolución China uno

de sus principales chivos expiatorios. Los guardias rojos lo humillaron públicamente en numerosas ocasiones, golpeándolo, rapándolo y acusándolo de haber intentado dar un golpe de Estado contra Mao con el apoyo de la Unión Soviética. Peng terminó con la espalda fracturada y varios órganos internos destrozados. Murió preso en condiciones infrahumanas en 1974.

Mao envidiaba, literalmente, a muerte a He Long a por haber sido el verdadero paladín de la Larga Marcha. Siempre era él quien cerraba la fila de este contingente humano que recorrió media china en condiciones precarias. Su presencia levantaba el ánimo y daba fuerza a las alicaídas tropas, con quienes compartía toda clase de sufrimientos. Fue gracias a su habilidad estratégica, y no al cuestionable liderazgo de Mao, que la Larga Marcha logró su objetivo final. El Sol Rojo nunca olvidó tan tremenda afrenta. En la Revolución Cultural, He Long fue denunciado por los protervos guardias rojos de haber sido ¡Agente de los japoneses durante la Larga Marcha!, entre otros crímenes tan terribles como falsos. Fue expuesto a toda clase de vejaciones y humillaciones públicas hasta que murió en cautiverio afectado por la diabetes y la falta de alimentos.

Mao también sentía una gran envidia por su segundo de a bordo, Zhou Enlai, quien siempre fue más brillante y que era muy apreciado en el extranjero. Sin embargo, jamás lo purgó, ya que le era sumamente útil, además de que Zhou conocía bien a su jefe y sabía arrastrarse como a él le gustaba. Sin embargo, cuando Mao llegaba al ocaso de su vida se propuso impedir a toda costa que Zhou se elevara al mando. Para ello tenía que asegurarse que su envidiado moriría primero. Por esa razón le impidió tratarse un cáncer de vejiga que lo empezó a afectar a mediados de los años setenta. No sólo eso. Obligaba a Zhuo a sentarse por horas en sillas incomodas, lo que le producía al enfermo gran dolor. Mao se regocijaba en las recepciones a delegaciones extranjeras viendo a Zhou hacer muecas de dolor sentado penosamente en su sillita. En una ocasión, Zhou le suplicó al jefe "por favor, Presidente, haz que me preparen un sillón", a lo que el tirano contestó con sorna "Vamos Zhou, eres un revolucionario, se trata sólo de una silla. Más sufrimos en la Larga

Marcha, ¿Te acuerdas?" A final de cuentas, El Gran Timonel tuvo la maligna satisfacción de ver morir primero a su pretendido sucesor.

Hoy que en China se consolida un vigoroso capitalismo de Estado las autoridades guardan cierta consideración verbal y oficiosa al recuerdo de Mao, pero no mucho más. Se ha ido enterrando el recuerdo del "Gran Timonel". Por ejemplo, hace algunos años el trigésimo aniversario de la muerte de Mao Zedong no fue celebrado con actos oficiales. Por otra parte, es cierto que la figura de Mao es aun muy reverenciada por sectores importantes de la población y por las facciones más conservadoras del Partido Comunista. Pero tratar de ser demasiado prolijos en el rescatar del culto a Mao puede acarrear consecuencias graves a quien lo intente. Un destacado dirigente regional del partido en Chongqing, Bo Xilai, quiso resucitar la ideología igualitaria de la era de Mao Zedong enviando vía internet mensajes de texto masivos con sus citas, celebrando concursos de canciones patrióticas y mandando a los cuadros del partido a pasar tiempo con los campesinos. Bo ya fue purgado, y de implacable forma.

UN SUTIL ESCRÚPULO DE KIM IL SUNG

En abril de 2012, se celebró en La República Democrática Popular de Corea, ni más ni menos, que el centenario del nacimiento del "Gran Líder" y "Mariscal Padre" Kim Il Sung. Para tan magna ocasión, el hermético régimen norcoreano permitió entrar al país a un buen número de reporteros gráficos occidentales para fotografiar las celebraciones, mismas que se prolongaron ininterrumpidamente por dos semanas. Fueron jornadas en la que los norcoreanos bailaron hasta el agotamiento, se escenificaron pomposas coreografías y se efectuaron inmensos e impresionantes desfiles militares. También fueron días alegres de sensacionales juegos pirotécnicos, de magníficos conciertos, así como de descanso y meditación. Claro, no todo fue divertirse, los norcoreanos aprovecharon tan solemne oportunidad para reiterar devoción imperecedera e inquebrantable a su Dios particular. Porque eso es Kim Il Sung para los norcoreanos: Dios.

Varias de las fotos que pueden verse en internet de los fastos muestran la gigantesca y emblemática plaza Kim Il Sung de Pyongyang (setenta mil metros cuadrados y cien mil baldosas de granito blanco) cubierta, en su totalidad, por mujeres ataviadas con los tradicionales vestidos coreanos y hombres vestidos con trajes negros que durante horas bailaron y se convirtieron en un mosaico multicolor que se movió al unísono con una coordinación insuperable. Fuegos artificiales coronaron el comienzo y el final de cada día de jubileo. Al fondo de la plaza pueden verse, omnipresentes los retratos de los Kim (padre e hijo) junto con los de Marx y Engels. También sobresale la torre de 170 metros dedicada a la genial "Idea

Suche", que brillaba galana, y más que nunca, sobre el río Taedong. Durante estas dos semanas millones de norcoreanos depositaron flores a los pies de las miles y miles de estatuas y retratos que salpican por doquier al país. Y no cualquier flor, sino que se trata de la sin par kimilsungia, flor dedicada en exclusiva al "Mariscal Padre", delicadeza única en la historia mundial de la megalomanía.

Las imágenes también exhiben rostros los niños algunos vestidos de militar y otros de "pioneros"-, de parejas de recién casados, de ancianos y de militares en lo que puede palparse la emoción que les causaba fotografiarse frente a la estatua de casi treinta metros de Kim Il Sung que gloriosamente adorna la capital. La conmemoración también sirvió para que Kim Jong Un, (nieto del festejado y quien fue declarado hombre más sexy del año 2012 por la revista The Onion), pronunciara su primer discurso público masivo como nuevo líder de Corea del Norte. No trascendió mucho el contenido de su alocución, pero los medios oficiales norcoreanos reportan que muchos niños lloraron al escuchar las loas que el nieto dedicó a su insigne abuelito, quien oficialmente es "Presidente Eterno" de la República Democrática Popular de Corea. Ah, porque Kim il Sung, muerto y todo, es el "Presidente Eterno" de Corea, faltaba más. Detalles como ese de fallecer no iban a concluir con el mandato presidencial de un Dios.

En otra foto puede verse una más de las principales atracciones turísticas de Pyongyang; el mausoleo del gran líder, donde está el cuerpo embalsamado de Kim Il Sung. También hay imágenes del Museo de la Revolución, donde se cuentan las fantásticas hazañas históricas del Fundador de la Patria. Otra enseña el museo de regalos de Kim Il Sung, un monumento al kitsch (el kitsch totalitario) que incluye una sala donde los visitantes, locales o foráneos, están obligados a inclinarse ante una figura de cera del imperecedero mandatario mientras suena una musiquita encantadora con una canción que a la letra dice: "Kim aún existe, está entre nosotros, sigue siendo nuestro presidente". Otra foto, que fue sacada dentro del museo de los obsequios, es una pieza única: un retrato de Kim hecho con miles de alas de mariposa.

Algunas de los pocos retratos que pudieron ser tomados en el interior del país muestran campesinos afanándose en cuidar los cultivos, militares montando guardia en carreteras casi desiertas y familias norcoreanas comiendo en el campo en provecho estos días de asueto. Parecería una observación baladí, esa de "familias comiendo en el campo", pero para la mayoría de las familias norcoreanas esa sí que es una novedad, digo, comer.

Resulta difícil encontrar en la realidad un mejor ejemplo de la pesadilla imaginada por George Orwell en su novela 1984 que el régimen de Kim Il Sung, una dictadura muy por encima de los simplemente "totalitario". Amparado en un gran físico y en una voz de bronce atronadora, dirigió como quizá nadie antes ni después ha dirigido los destinos de una nación sometida, adoctrinada...y empobrecida…muy empobrecida. Y cuando digo "dirigir", digo Dirigir, en toda la profundidad y amplitud del significado de la palabra.

Es obvio que este "Dios entre los hombres" merece un lugar destacado en la historia mundial de la megalomanía. El culto a su persona disputa el título de ser el más extensivo y extravagante a los que se rindieron en honor de Mao Zedong, el Turkmenbashi y Stalin. Controlaba Kim desde la vida sexual de los norcoreanos hasta su trabajo, ocio y pensamiento. Tampoco tuvo ningún reparo en rescribir la historia para inventar SU leyenda como héroe mítico y estadista inigualable. Trazó su epopeya y se elevó a sí mismo a los altares. Sin embargo, quiero decirles que he descubierto que el de Kim Il Sung es, pese a todo, un ego imperfecto. Hubo una gran vergüenza, un retraimiento, un desdoro que ni siquiera el afán de Kim por rescribir la historia y acomodarla a su gusto pudo o se atrevió a borrar. Dentro de este megalómano aparentemente insaciable hubo un reparo que lo obligo a bajarse de un tanto del máximo pedestal, un momento en el que el Dios se rebajó a si mismo.

Al comenzar su carrera de sátrapa, la verdadera obsesión de Kim Il Sung era conseguir la gloria militar. Ser un mariscal imbatible, un paladín invicto de mil batallas. No lo había conseguido en la guerra de libración de Corea contra los ocupantes japoneses, du-

rante la cual se la pasó haciendo "lobbyng" en la Unión Soviética. Los rusos fueron quienes "liberaron" el norte de la península coreana, y eso era algo que el ególatra Kim jamás pudo perdonarles. En aras de adquirir esa anhelada fama de estratega militar insuperable trabajó arduamente para persuadir a Mao y Stalin de que valía la pena invadir Sudcorea. Aseguraba que obtendría una victoria contundente en pocas semanas y que Estados Unidos no intervendría. De alguna manera Kim convenció (o más bien engatusó) a los dos jerarcas del comunismo mundial y recibió el visto bueno, no sin que éstos manifestaran hondas dudas y preocupaciones, sobre todo Stalin. A mediados de 1950 Kim empezó su aventura y, efectivamente, en pocos días tomó Seúl y a las escasas semanas tenia al enemigo sitiado en una esquina. El líder vivía en el paroxismo. Por fin se sentía un héroe invencible. Podría entrar, con sobrado derecho, al Panteón de los grandes guerreros, como Julio César, Napoleón, Aníbal y Alejandro, nada menos. Y en virtud a ello empezó a hacerse llamar "Caudillo Invencible de Acero". Ese era el único título que ambicionaba y que ahora merecía mucho más que nadie en la historia.

Pero en el otoño intervino la ONU, con el ejército de Estados Unidos y Mc Arthur al frente, y el "Caudillo Invencible de Acero" tuvo que recular. Derrotado y humillado se retiró hasta la frontera misma con China, nación que, viéndose amenazada, invadió Corea con millones de "voluntarios" para rechazar a las Naciones Unidas y establecer el punto muerto con el que terminó la guerra. Es esta forma Mao y lo chinos tuvieron que salir a dar la cara por Kim, quien, abatido, jamás perdonaría a los chinos la afrenta de haberle salvado el trasero.

Al terminar la guerra y, de nuevo, de manera un tanto inexplicable, Kim sobrevivió a cualquier tentación que hubieran tenido sus protectores de deshacerse de él, idea que hubiese estado más que justificada en virtud a que su arrogancia e insensatez temeraria casi desatan una Tercera Guerra Mundial. Poderosos instintos de supervivencia (y/o suerte) que tienen algunos "grandes líderes", supongo. Por eso Kim pudo vengarse a su estilo de los odia-

dos rusos y chinos que tanto habían hecho por él y tanto le habían perdonado. Se distanció de Pekín y Moscú, se rebautizó como "La Luz que Guía al Pueblo" e inventó la célebre Idea Suche, una doctrina de carácter marcadamente xenófoba que insta a los coreanos, como pueblo elegido, a contar únicamente con sus propias fuerzas. Y la historia sería rescrita, otra vez. En todos los recuentos oficiales de esos años, Kim fue el único liberador de Corea del yugo japonés (omítanse todos las referencia al ejército soviético) y fue él quien logro "ganar" la guerra al imperialismo (China no existe).

Pero pese a lo que digan los libros de historia oficial, Kim jamás pido superar la mácula de haber sido derrotado militarmente por McArthur en el otoño tardío de 1950. Kim Il Sung, que tantas cosas fue: "El Mariscal Padre", "El Más Sabio del Mundo", "El Bien Amado", "El Infatigable", "El Gran Líder". "El Presidente Eterno" "El Genio de la Creación", "El Infalible", y mil rimbombantes títulos más, jamás volvió a utilizar su amado alias de "Caudillo Invencible de Acero" en todos los años posteriores al final de la Guerra de Corea y hasta su muerte, acaecida en 1994.

Sí, increíble ocasión hubo en la que la modestia venció, ni más ni menos, que al Dios Kim Il Sung.

EL MONSTRUO DE KIM JONG IL

¿Quién fue, en verdad, el "enigmático" Kim Jong Il? ¿Fue un arquetípico "sátrapa loco"? ¿Fue un megalómano obsesionado con el poder y en garantizar su lugar en la Historia como lo fue su padre y el resto de quienes, merecidamente, integran esta sucinta Historia Mundial de la Megalomanía? ¿O más bien fue un individuo arrastrado por las circunstancias, que hubiese preferido ser un playboy de tiempo completo dedicado exclusivamente a sus muchos hobbies? Definitivamente, yo me inclino por ésta última tesis.

Como se sabe, el "Genio incomparable", "Mariscal Padre", "Camarada inmortal", "Salvador del Mundo" y "Dios entre los Hombres" Kim Il-Sung gobernó Corea del Norte con mano de hierro durante treinta años y designó como sucesor, en los tempranos años ochenta, a su hijo Kim Jong-Il quien, al igual que su padre, se convirtió en objeto de un exorbitante culto a la personalidad, aunque de menor intensidad y más moderada prosopopeya. Cuando el joven Kim asumió el poder en su país a la muerte del glorioso progenitor, los diarios japoneses y surcoreanos se pusieron muy nerviosos por lo poco que se sabía del nuevo dirigente de un régimen ya de por sí misterioso. Un diario decía: "Kim Jong-Il es uno de los más enigmáticos líderes políticos del siglo. La información sobre él es escasa y, aunque hay algunos datos confidenciales suministrados por desertores y otras fuentes, no hay modo de verificar la certeza de tal información". Todo el mundo hubo de resignarse a sentarse y esperar a ver cómo de loco estaba el exótico heredero del hermético reino norcoreano.

La única información con la que, a la sazón, se contaba era la que aportaba, de manera oficial, las autoridades de Pyongyang. Por ejemplo, una biografía con título "El adorado Kim Jong-Il", describía una personalidad completamente fuera de lo común. Relata que el hijo de Kim Il-Sung nació en 1942 en el sagrado Paektu, la montaña más alta en toda la península coreana y que ha sido venerada como divinidad por los pueblos circundantes desde hace siglos. El feliz alumbramiento fue anunciado en el cielo por un arcoíris doble y la aparición de una nueva estrella. Comenzó a andar a la temprana edad de tres semanas, y a las ocho semanas ya hablaba. Demostró el pequeño Kim desde la infancia rasgos de "una rara inteligencia y una fina capacidad de comprensión y análisis de todo lo que lo rodeaba", así como de "un marcado patriotismo, una profunda humanidad y una gran espontaneidad". Cuenta la biografía que una vez durante el verano, viendo algunos hombres en el río Taedong que preparaban explosivos para pescar, los reprendió diciéndoles que de ese modo matarían también a los peces chicos y por eso lo mejor era usar redes y anzuelos fijos. Esa misma tarde le contó a su padre lo que había descubierto y a consecuencia de ello fue adoptado en todo el país un plan para salvaguardar los recursos naturales del territorio nacional. ¡Vaya que se necesitaba de una perspicacia sobrehumana para llegar a tan genial conclusión!

También se cuenta que, gracias a su asombroso espíritu de observación, el niño declaró falsa una leyenda según la cual pueden verse conejos en la luna comiendo bajo los árboles ya que, argumentó, la distancia hace imposible verlos dado que todo se ve más chico cuanto más lejano. Y el colmo de su capacidad de intuición se mostró en dos detalles: entendió por qué entre tantas flores que nos presenta la naturaleza no hay ninguna de color negro, y también comprendió el motivo por el cual la gallina, cuando toma agua, sacude hacia arriba la cabeza y mira al cielo.

Esta y otras muchas insólitas capacidades eran atribuidas al pequeño Kim. Más tarde, en su etapa universitaria habría demostrado una capacidad intelectual y artística hasta entonces impensable en un ser humano. Oficialmente, en tres años escribió 500 libros y

compuso seis operas, que son, obviamente, las mejores de la historia. También ganó fama de inigualable estratega militar, aunque sus únicas batallas las libró en el Nintendo. ¿Vale la pena decir que, según las biografías oficiales, Kim Jong Il jamás en su vida defecó? En fin, numerosísimas bellas historias de hazañas que harían palidecer de envidia a cualquier otro de los ególatras incluidos en esta serie, salvo por un detalle: no las mando inventar él para auto glorificarse, sino su padre. Oficialmente Kim Jong Il fue un genio, un estadista sobrehumano y un soldado imbatible, entre otras mil virtudes, pero porque papi así lo quiso. En realidad, el muchacho siempre se sintió más cómodo con el que fue por mucho tiempo su título oficial: "Querido Líder". Le gustaba aparecer ante la gente como una figura más cordial que la del omnipotente padre.

Y es que a Kim Jong Il lo que en verdad le gustaba eran los carros deportivos, el cine -sobre todo el hollywoodense - el golf y las mujeres. Incluso fue fan del entrañable Pato Lucas (Daffy). Claro, Kim fue un vástago ejemplar y siguió, obediente, la senda marcada por papá, pero con algo de displicencia, esa es la verdad. No es que no disfrutara el poder, no, no era eso, para nada, faltaba más, pero la gloria imperecedera no parece ser su obsesión capital, como si lo fue para Kim Il Sung. Por eso que se negó a ser nombrado "Presidente de la República" y ordenó que el padre fuera designado "Presidente Eterno de Corea". Kim Jong Il sólo fue presidente de la Comisión de Defensa Nacional, con la cual garantizó para sí, claro está, el control absoluto del país, pero para los estándares de los que estamos hablando no deja de ser un signo de cierta modestia.

Mientras Kim Il Sung siempre procuró proyectar de sí mismo una imagen heroica de Padre de la Patria que podía ser severo y, a la vez, benévolo, Kim Jong Il llega a conmover con sus estrafalarios peinados a lo Bart Simpson, sus enormes gafas y sus grandes tacones que usaba para disimular su baja estatura. Su biografía oficial habla, sí, de un genio incomparable, de un militar invencible y de un estupendo pensador dotado de extraordinarias cualidades como gran e inmejorable intérprete de la idea Suché, dueño de conocimientos profundos en prácticamente todas las ciencias y artes,

bla, bla, bla. Pero el verdadero Kim es aquél que disfrutaba con su colección de más de 20,000 películas —entre ellas toda la serie de James Bond— de la buena mesa, los licores caros y del selecto escuadrón de la bellezas compuesto por mujeres escandinavas (sus preferidas) y asiáticas.

Es cierto que Kim, como heredero de un cruel y deleznable régimen comunista entregado a un delirante culto a la personalidad, tuvo en todo momento al pueblo coreano sometido a la hambruna más atroz. También es cierto que él siempre fue consciente de que cualquier intento de apertura acabaría por ser terminal para su absurdo régimen. Por eso gobernó hasta el último minuto de su vida concentrado exclusivamente en cómo hacer para que el sistema sobreviviera en un ambiento tan adverso como el mundo de la posguerra fría. Y permítanme decirlo, lo hizo bastante bien. Supo jugar genialmente el papel de "loco peligroso" que -en su tradicional miopía internacional- le adjudicó Estados Unidos. Desde luego, su principal carta fue siempre el chantaje. Ser un paria internacional no era su debilidad, sino su fortaleza. Desempeño un exquisito equilibrio entre las necesidades geopolíticas de China —su principal valedor— y la paranoia norteamericana, e incluso manipuló hábilmente a rica Corea del Sur. La última jugarreta de Kim fue su lo de juguete nuclear, que hizo quedar en ridículo a "Dubbya" Bush (who else!). Justamente cuando quedaba demostrado que Irak carecía de las armas de destrucción masiva que sirvieron de pretexto para la desastrosa invasión norteamericana, Kim se dio el lujo de probar una bomba atómica en las narices de Washington.

Kim se aplicó a la tarea, pero no fue ni quiso ser Dios. Ese es su padre. Ni de lejos se puede comparar, en cantidad y calidad, las imágenes, estatuas, museos y parafernalia que se dedican para exaltar al padre en relación a las que están dedicadas al hijo. De hecho, hay temporadas en que Kim Jong Il parecía desvanecerse. Aunque cierto es que, tras su muerte, su culto ha empezado a crecer, pero eso es otra historia. A Kim le encantaba vanagloriarse de cosas más mundanas como por ejemplo, sus proezas en los campos de golf. Cuenta la leyenda (fuentes oficiales norcoreanas) que

en 1994, poco después de ascender al poder, el "Querido Líder" se interesó por el golf, un deporte que no había practicado nunca. Visitó el Club de Golf de Pyongyang, un exigente recorrido de más de 7,000 metros, y batió el récord del campo de todos los tiempos al entregar una tarjeta de ¡¡¡38 bajo par!!! Es decir, 24 golpes menos que el resultado más bajo jamás realizado en un campo de golf. Ese es el tipo de hazañas de las que gustaba presumir Kim Jong Il, no la conquista de países, ni la creación de grandes teorías salvadoras de la humanidad.

Pero el que quiera verdaderamente saber quién fue el genuino Kim Jong Il debe conocer la saga de cómo se filmó la película Pulgasari. Una de las vocaciones íntimas de Kim Jong Il fue el cine, al grado mandar al servicio secreto a secuestrar al director sudcoreano Shin Sang-ok y a su esposa (actriz) para encargarles la elaboración de la película de sus sueños. ¿Se trataba acaso de una épica histórica?, ¿De una obra de exaltación a su personalidad? ¿De una alabanza a la guerra de liberación nacional antijaponesa que, pretendidamente, encabezó su padre? ¿O sería, quizá, una oda al régimen comunista y al glorioso proletariado internacional? ¡Nada de eso!

Pulgasari es la historia de un monstruo, un enorme saurio a lo Godzilla. La historia se remonta a la Corea medieval, donde un pobre campesino encarcelado por injustos terratenientes elabora con algo de arroz y sus manos un muñequito parecido a una lagartija. El muñeco cobra vida y va creciendo cada vez que entra en contacto con sangre humana hasta convertirse en un enorme monstruo devorador de metal que vence ejércitos y hace una buena cantidad de estropicios y travesuras. Se contrató a la célebre compañía cinematográfica japonés Toho para que se encargara de los efectos especiales, los cuales quedaron de rechupete. Al final, Kim Jong Il quedó encantadísimo con su película.

Es decir, que en lugar de pensar en inmortalizarse construyendo una mega ciudad —como Hitler pretendía hacer con su Germania—, o de poblar el país que mal gobierna con estatuas suyas —como lo hizo Stalin—, o de obligar a toda la población a memorizar sus

citas y las claves de su pensamiento —como hizo Mao Zedong con el Pequeño Libro Rojo—, Kim Jong Il prefirió hacer una película de monstruos. ¿No es eso una ternura?

FLORES DE LA MEGALOMANÍA

Uno de los momentos estelares más conmovedores (pero menos conocidos) en la historia mundial de la megalomanía lo protagonizaron los sátrapas Sukarno y Kim il Sung cuando este último, de visita en Indonesia, recibió del pretendido líder del Tercer Mundo un hermoso y original regalo con el cual pudo coronar su descabellado culto a la personalidad: una flor, o más bien, el nombre de una flor.

Corría el año de 1965, se vivía el cénit de la Guerra Fría y Sukarno radicalizaba sus posiciones frente occidente y contra todo aquello que le oliera a "imperialismo". De hecho, Indonesia se había retirado ese año de la ONU e incluso se distanciaba de la postura del Movimiento de los No Alineados (que fundara junto con Nehru años antes) para acercarse a China, Norcorea y Vietnam del Norte en un eje al que pretendió llamar Conferencia de las Nuevas Fuerzas Emergentes (CONOFO, otro producto del enfermizo amor que tenía Sukarno por las siglas extravagantes).

Fue, pues, dentro del marco de esta militancia anti imperial que estos dos ególatras paseaban un día por el Jardín Botánico de Bogor, cuando el Gran Líder Kim Il Sung se detuvo ante una planta que le llamó poderosamente la atención. Dice la versión oficial del encuentro que se trataba de una hermosa flor "cuyo tallo se erguía firme, sus hojas se extendían graciosamente y sus flores rosas mostraban su elegancia y belleza".

Kim halagó a la admirable flor:

—"¿Cómo se llama esta lindura, esta delicadeza que ofrece una sensación tan vivida y misteriosa con sus galanuras color viole-

ta?", preguntó el autócrata norcoreano, con esa vena poética que –seguramente- siempre le acompañó.

—Su anfitrión, conmovido y obsequioso, contestó después de pensar un poco: "Se llama Kimilsungia".

—"¿Cómo dices? ¡Tiene mi nombre! ¡Pero eso no es posible!", El rostro del Mariscal Padre era todo asombro.

—"Sí es posible, camarada", respondió el líder indonesio. "es una flor que han descubierto mis botánicos. Pensábamos llamarla "Flor del Sol" por su incomparable belleza, pero la llamaremos "Kimilsungia" en honor a ti y a las grandes hazañas que has logrado en aras de la humanidad. Además, de alguna manera conservaremos el nombre propuesto en primer lugar, ya que ¡tú eres un sol!"

Kim protestó "en repetidas ocasiones", según reza el cuento. No podía aceptar tan grande honor, era demasiado para él, que solamente era el genio más grande del universo y bla, bla, bla". Pero al final, la tenacidad de Sukarno se impuso y la flor quedó bautizada "Kimilsungia", con el deseo de seguir y aprender de su incomparable ejemplo con entusiasmo, y en medio de unánime anhelo de los pueblos progresistas del mundo".

Ahora bien, el problema con la recién bautizada flor, en realidad una subespecie de begonia purpura tropical, no podía darse en los ásperos climas que prevalecen al norte del paralelo 38 que divide a la península de Corea. Por esa razón el "Mariscal Padre" ordenó que un equipo de botánicos trabajara por más de una década para lograr una variedad físicamente idéntica a la Kimilsungia original que el tirano había visto en Indonesia, pero adaptada al clima continental y con floración justo para el cumpleaños del Incomparable Líder (15 de abril). De esta forma, esta florecilla violeta del jardín botánico de Bogor que abre sus pétalos de par en par todas las primaveras se convirtió en la que fue, quizá, la alabanza más grande entre todas las millones que en vida recibió ese ególatra colosal de Kim Il Sung.

Pero, momento, que la cosa ni de lejos termina aquí. El inmenso logro nacional que significó para los norcoreanos adaptar a su clima a la hermosa Kimilsungia desató un febril furor por la flori-

cultura, lo que aunado a la otra gran pasión nacional vigente en aquellos lares, halagar a sus magníficos dirigentes, dio lugar a un éxito aún más portentoso: la creación de la estupenda Kimjonilia. En 1988, tras dos décadas de investigaciones genéticas, un destacado botánico japonés -contratado ex profeso- logró, con motivo del cumpleaños del entonces delfín Kim Jong Il, terminar de desarrollar una espectacular begonia gigante roja la cual -y esto es lo más increíble- florecía en febrero, justo a tiempo para el cumpleaños del querido líder, quien quedó complacidísimo. Obviamente, la nueva flor no podría llamarse de otra manera, así que el botánico japonés "tuvo el honor" de bautizarla como "Kimjongilia".

Con sus copos grandes y rojos, hojas de forma cardiácea y tallo grueso y lozano, esta flor, (al contrario de la Kimilsungia que nunca ha sido reconocida como tal) fue registrada oficialmente por la Sociedad Internacional de Floricultura como nueva variedad de la familia de begonia. Además, en 1995 quedó constituida por primera vez en Suecia la Asociación de Kimjongilia de Europa del Norte, lo cual dio a conocer una organización internacional que tomara por objetivo la proliferación de dicha flor. Desde entonces países como China, Indonesia y Japón, abrieron invernaderos exclusivos para la Kimjongilia. También se abrieron, sucesivamente, la Asociación de Kimjongilia de Mongolia, la Sociedad de Amantes de Kimjongilia de Japón y la Asociación de Kimilsungia y Kimjongilia de América. En efecto, el éxito de la Kimjongilia ha llegado a países enemigos del régimen de Pyongyang, como el Reino Unido o incluso Estados Unidos. Sin ir más lejos, la flor del "Querido Líder" se hizo con el primer premio en la Exposición de Begonias celebrada en California en 2004.

Año con año se celebran en Pyongyang gigantescas ferias para exhibir miríadas de Kimilsungias y Kimjongilias, siendo las dedicadas a la flor que honra a Kim Jong Il las más exitosas, lo que sea de cada quien. En estas ferias se celebran concursos donde participan todos los ministerios, municipios, grupos sociales y empresas estatales, mismas que pugnan por triunfar con recargadas composiciones florales en macetas decoradas con pistolas, Kalashnikovs,

y otros delicados y bonitos motivos revolucionarios. Incluso últimamente se han visto imágenes de bombas atómicas en tan exquisitos arreglos.

De hecho, que Kim Jong Il haya llenado el país de Kimjongilias se interpreta como una variación de su culto de la personalidad. Si el padre fomentó su adoración con enormes esculturas y reproduciendo su imagen ad infinitum, el vástago -más humilde- desvió el culto a su persona hacia la alegoría revolucionaria que representa el rojo carmesí de los pétalos de la "kimjongilia", símbolo, bajita la mano, de la inteligencia, el amor, la justicia y la paz, y de pasada representa también la idea Suche, esa tan original que discurriera para salvación de la humanidad entera Kim Il Sung, y que sitúa al individuo como el centro del universo.

La feria de las Kimjonilias es considerada como "el gran jardín de devoción ferviente al Dirigente Kim Jong Il por el pueblo coreano y la humanidad progresista", y el hecho de que esta coqueta florecilla ya se cultiva y comercializa en más de 60 países, desde China a Madagascar pasando por Europa, hace que esta flor sea la mejor embajadora del siniestro régimen norcoreano "gracias a cuya inmarcesible naturaleza, la personalidad del dirigente Kim Jong Il y la dignidad de la nación coreana llegan como rayos del sol a todas almas humanas" .

Y, con todo, Corea del Norte no se conforma. Hoy va por más. Muerto el querido líder Kim Jong Il, ha aparecido un nuevo paladín a quien lisonjear. No habrá comida suficiente en el país, pero ¡que caray! lo que si hay es todo un centro de investigación dedicado ya no sólo a las Kimislungias y a las Kimjongilias, sino ahora a desarrollar una "Kimjungunia", en honor a Kim Jung Un, el jovenzuelo hijo de Kim Jong Il quien es flamante mandamás de venturoso pueblo de Corea del Norte. Habrá todavía que esperar para ver el nuevo portento. Por lo pronto, me imagino que muchos norcoreanos pensarán, entre suspiros, mientras ven tan lindas florecillas "¡Lástima que no son comestibles!".

¡BAÑARSE ES DE PUTAS!

" ¡Qué el pueblo me ame! ¡Qué el pueblo me rece! ¡Qué el pueblo sea el espejo en el que me veo todas las mañanas!»

Nico Ceaucescu

Nicolae Ceaucescu fue uno de esos tantos casos de déspotas que llegaron al poder después de haber ejercido como lacayos por mucho tiempo. Hijo de campesinos y zapatero de profesión, sus únicos estudios más o menos formales los cursó en la escuela de cuadros del partido comunista rumano y en el instituto de formación política del PCUS. Fue el más abyecto sicofante de Gheorghiu-Dej, el primer dictador de la Rumania comunista. Agazapado en la ignominia del adulador profesional, Ceaucescu esperó hasta que fue entronizado tras la muerte de su mentor. Casi de inmediato empezó a degenerar política y mentalmente hasta convertirse en un dictador iluminado por dogmas simplificados en su incultura, ajeno mentalmente a la realidad del país y asediado por sus fantasías megalómanas, mismas que sumieron a su Rumania en el terror y la miseria.

Se ha dicho del régimen de Ceaucescu que fue "la degeneración de una perversión", ya que se trató de un sistema dictatorial stalinista llevado a extremos todavía más vesánicos en un país pequeño y marginal. Este "híbrido de vampiro y payaso", como lo llamó Fernando Savater, con su desprecio hacia la vida de sus ciudadanos, su total falta de escrúpulos y su ridícula propensión a la parafernalia, selló una época trágica para Rumania, nación de por sí acostumbra-

da a las devastaciones que le ha propinado de forma periódica la historia.

La incompetencia como gobernante del conducator arruinó la economía nacional y redujo los niveles de vida de los rumanos a mínimos. Al final de la tiranía, Rumania exhibía el porcentaje de mortalidad infantil más alto de Europa, a pesar de que el gobierno comunista había decretado que los niños no fueran inscritos en el Registro Civil hasta después de haber cumplido el primer mes de vida como truco para que esta espeluznante cifra fuera maquillada al excluir de los censos a los recién nacidos que morían por la carencia de calefacción y el mal funcionamiento de las incubadoras. La agricultura rumana, tradicionalmente una de las más productivas de Europa, quedó desolada por culpa de los delirios del conducator de establecer, a como diera lugar, un "imperio de la industria pesada". Ah, pero para este desgobierno hay una buena justificación, y es que Ceaucescu siempre tuvo en mente cuestiones mucho más relevantes que esa nimiedad del "bienestar ciudadano". Se verdadera misión consistía no en resolver los baladíes problemas cotidianos de personas comunes y corrientes, sino convertirse un estadista de relieve internacional. La fijación de ser reconocido a escala planetaria es muy común en los déspotas que se creen dioses.

Por otra parte, menester es reconocerle al conducator que supo manejarse con cierta pericia en el escenario internacional. Estableció distancias con la Urss, aunque su disidencia quedó casi siempre constreñida al ámbito retórico. Célebre fue su actitud crítica frente a la invasión a Checoslovaquia de 1968, y también famosamente coadyuvó en la preparación de la histórica visita del presidente egipcio Anwar Sadat a Israel. Cimentó contactos con Occidente. Recibió a Richard Nixon en 1969 y consiguió que Estados Unidos concediera a Rumania el rango de "nación más favorecida" en el terreno comercial. Metió a Rumania al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial, y firmó el primer pacto formal entre la entonces Comunidad Económica Europea y un Estado de la Europa socialista cosas, todas estas, sin duda de gran relumbrón, pero

que en los hechos —y contra lo que pudiera suponerse— poco impacto tuvieron para mejorar la agobiante situación de los "rumanos de a pie".

Mucho más irrisoria, perjudicial y desafortunada que sus vuelos internacionales fue la obsesión de Ceaucescu por poseer sabiduría absoluta, ¡y eso que ni siquiera concluyó la escuela primaria! De todos los títulos con los que se hacía llamar, su favorito era el de "Estrella Polar del Pensamiento", aunque también los de "Genio de los Cárpatos" y "Primer Pensador de la Tierra" estaban bien. Oficialmente, él lo sabía todo y de todo. Le encantaba dar "brillantes consejos " en todos los campos. Una de sus más célebres sugerencias, publicada en todos los periódicos rumanos, se produjo cuando el presidente "descubrió" la utilidad del estiércol para la agricultura. También era, como todo narcisista extremo, un paranoico irredimible. Tenía la teoría de que querían matarlo con un veneno especial que podía mezclarse con los tintes textiles, por eso jamás usaba dos veces el mismo traje. "Créanme, soy químico y sé mucho de estas cosas", afirmaba.

Fue en el terreno cultural donde el conducator cometió algunas sus más aciagas tropelías. A nombre del socialismo y de la modernización perpetró lo que un importante funcionario de la UNESCO denominó como "genocidio cultural", al mandar derruir casi 1,000 aldeas históricas y cientos de monumentos históricos por toda la nación. Pero lo peor le pasó a la ciudad de Bucarest, que antes del arribo del conducator al gobierno era conocida como la París del Este. Fue en la capital que en los años ochenta se erigió un colosal bodoque, gema primordial del kitsch totalitario y cúspide de la megalomanía política aplicada a la arquitectura: La Casa del Pueblo, segunda construcción masiva más grande del mundo después del Pentágono.

Era deseo expreso del conducator "que la gente se quede tan pasmada al ver la Casa de la Pueblo como se quedaron los soldados de Napoleón cuando vieron las pirámides". Por eso decretó que sesenta mil personas fueron desalojadas de sus más de siete mil casas. Urgía dar paso a la nueva maravilla del mundo. Barrios

y monumentos, algunos de ellos de origen medieval a inapreciable valor artístico, fueron suprimidos sin conmiseración para levantar un edificio de doce plantas en superficie y 8 subterráneas con un total de 315,000 metros cuadrados de extensión. Trabajaron en levantar esta cosa más de 20,000 personas en turnos las 24 horas del día. Se utilizaron en la apoteótica construcción toneladas de maderas finas, vidrios, mármol oro, plata, etc. "No sabemos bien cuantas habitaciones tiene esta cosa, pero sospechamos que más de mil", explican quienes trabajan en él.

Este culto a la personalidad de Ceaucescu de tenía una particularidad que lo distingue del resto: era compartido con su esposa Elena, segundo personaje en importancia del Estado. La singular "historia de amor" entre Nicolae y Elena fue descrita con todos sus siniestros detalles por Ion Mihai Pacepa, un ex dirigente comunista que huyó a occidente, en su libro "Horizonte Rojo", donde se cuenta que la pareja se conoció durante una fiesta popular. La leyenda oficial dice que ella fue elegida la reina del baile, pero según Pacepa Elena Ceaucescu iba descalza y vendía palomitas de maíz. Jamás tuvo estudios formales, pero en los años cincuenta, cuando su marido era ya el número dos del régimen, "estudió" Ciencias Químicas en la universidad a distancia de Bucarest y logró recibirse con una tesis que se publicó bajo su firma sobre dinámica macromolecular, y que más tarde se tradujo a los todos principales idiomas que se hablan en el orbe. Sin embargo, según sus colaboradores y subordinados del Centro de Química de Bucarest —institución creada ex profeso para ser presidida por la primera dama— Elena Ceaucescu no sabía ni siquiera si la fórmula del agua es H_2O u O_2H. "Sólo decía incoherencia y hablaba escupiendo. Era increíblemente tonta", escribe Macepa. Asimismo, era tan sucia que, en alguna ocasión, varias mujeres de su entorno vencieron el miedo que imponía tan desalmada tiranía (así sería de grave la cosa) y le sugirieron, con todo tacto, que se bañara "aunque fuese de vez en cuando". Elena montó en Cólera. "¿Qué dicen?", bramó, "yo no soy burguesa como ustedes que sólo piensan follar. Los jabones y vestidos son enemigos del pueblo". Y tras una pausa, les espetó a sus interlo-

cutoras "¡¡bañarse es de putas!! Ustedes son unas putas y yo una mujer honrada que trabaja por el pueblo".

Elena fue también la responsable de aplicar la singular política demográfica del régimen. En 1967, un año después de ser nombrado secretario general del Partido Comunista Rumano y como parte de sus delirios de hacer de Rumania una gran potencia mundial, Nicolae Ceaucescu hizo promulgar un código con el curioso nombre de "Ley de Continuidad Nacional" que prohibía terminantemente el aborto y todo tipo de anticonceptivos e impuso a las mujeres el deber patriótico de parir la mayor cantidad posible de hijos, cuatro por lo menos. "Quienes no asumen el deber de tener hijos son desertores de la nación", sentenció el líder. De esta forma nacieron más de dos millones de niños en el plazo de tres años, miles de los cuales fueron abandonados, mientras unas 10,000 mujeres fallecieron a consecuencia de abortos clandestinos mal practicados. Muchos de los niños abandonados terminaron viviendo en las cloacas de las grandes ciudades o fueron recluidos en orfanatos insalubres donde crecieron en condiciones infrahumanas.

Y hablando de hijos, los del encantador matrimonio Ceaucescu merecerían un capítulo aparte. La mayor, Zoia, era célebre en Bucarest por sus borracheras, fugas con hombres casados y afición por las drogas y las joyas. Nicu fue ministro de la Juventud en los años setenta. Era célebre por sus orgías, más o menos públicas y por ser un jugador empedernido. También era jefe de un equipo integrado, sobre todo, por agentes de la seguridad cuyo lema era "Follador con Pundonor" y que se dedicaba a "cazar" chicas que andaban por ahí solas y desprotegidas a deshoras de la noche. En todos sus viajes internacionales se hacía acompañar por sublimes "scorts", a las que muchas veces acababa golpeando sin consideración. "Tómate mis meados, idiota", le gritó a una de sus víctimas en alguna furibunda ocasión. También fue célebre que Nadia Comaneci fue forzada a ser su "novia". Alguna vez, durante una cena oficial, los novios comenzaron a reñir. Nadia se levantó para irse. Nicu la alcanzó antes de que saliera del salón y empezó a arrancarle el vestido mientras le gritaba: "¡Te violaré aquí mismo, so puta!".

El conducator, que estaba presente, se vio obligado a mandar a su guardia para que tranquilizara al chico.

La mayoría de los campeones del culto a la personalidad contemporáneos han muerto en la cama gozando en plenitud de su poder, otros terminaron en un cómodo exilio, algunos fueron asesinados y los hay que se suicidaron. Los menos son los ajusticiados tras haber sido derrocados por una rebelión popular. Este último fue el caso del conducator y su distinguida señora. Antes de su ejecución, tras la sangrienta y relampagueante revolución de 1989, Elena reprochó al pelotón de fusilamiento "me hacen esto a mí, que fui como su madre".

EL TIRANO DE TIRANA

El dictador comunista albanés Enver Hoxha tuvo la peculiaridad de ser líder del único régimen autoproclamado como "maoísta" en Europa, lo que le enfrentó de forma irreconciliable con el bloque soviético y, desde luego, con la vecina Yugoslavia gobernaba por Tito, a quien odió a muerte siempre. Presidió Hoxha un insensato régimen entregado a la adoración del líder y de sus demenciales ideas de igualitarismo a ultranza y autoexclusión del mundo, mismas que condenaron a la montañosa Albania al retraso económico más absoluto. Eso sí, este tiranuelo amaba la buena vida: el vino francés, la alta cocina, la elegancia en el vestir, las obras de Balzac y de Shakespeare y los carros deportivos. Quien acabaría por ser conocido como "El Stalin balcánico" vivió una como hijo de un terrateniente musulmán infancia holgada en Jirokastra, la ciudad más bella de Albania, según dicen los que saben. Durante su régimen, Hoxha no se conformó con poner un museo en su ciudad natal, sino que ¡Toda la ciudad era un museo dedicado al líder! En cada calle y rincón uno o varios letreros explicaban, prolijamente, que había hecho el líder ahí: "Aquí el líder nació", "Aquí el líder estudio", "Aquí el líder jugaba futbol con sus amigos"... "Aquí el líder defecaba", se podía leer hace aún menos de un cuarto de siglo tras un sauce a las afueras del camino central.

Hoxha tocaba (magistralmente desde luego) la Çiftelija, un instrumento local típico parecido a la mandolina en el instituto local donde estudió y obtuvo brillantes notas (no podía ser de otra forma). A los 23 años se matriculó en la universidad de Montpellier

con una beca que le otorgó en entonces rey de Albania Zog I, misma que perdería por escribir artículos en el periódico comunista francés L´Humanité. Regresó a Albania en 1936 para trabajar como profesor, pero por poco tiempo, ya que pronto decidió alistarse en las Brigadas Internacionales que lucharon en la Guerra Civil Española a favor del bando republicano. De ahí volvió a Albania para oponerse, primero, a Zog I y, más tarde, a la invasión italiana. En la resistencia intervino activamente en la formación del Frente de Liberación, del que fue su primer comisario político. Para 1944, toda Albania estaba liberada de los invasores sin necesidad de una intervención extranjera, lo que fue clave en la posterior independencia del Hoxha respecto a los soviéticos (algo similar sucedió con Tito).

El Frente de Liberación estableció, tras la victoria, un régimen comunista que nacionalizó minas, bancos y empresas extranjeras, y decretó una reforma agraria. Hoxha fue nombrado jefe de gobierno de la recientemente creada República Popular de Albania. En el poder, Hoxha rompió relaciones con Yugoslavia y liquidó a todas las corrientes acusadas de ser "titoístas" en el Partido, al cual le cambio de nombre a Partido del Trabajo. Tras la denuncia kruschoviana al culto a la personalidad en el XX Congreso del PCUS, Hoxha denunció la desestalinización como revisionismo y acabó por romper con la URSS. En 1961 Albania abandonó el Pacto de Varsovia y el Comecon, y al año siguiente se proclamó "maoísta" y se alió con China. Los nexos con el gobierno de Beijing duraron hasta 1978, cuando tras la caída de la "Banda de los Cuatro" y la reanudación de relaciones del gobierno chino tanto con Estados Unidos como con Yugoslavia, Hoxha llegó a la conclusión de que Deng Xiao Ping y los nuevos gobernantes chinos eran, también, unos revisionistas de lo peor. Las viejas "Ratas Capitalistas" que tan mal la habían pasado durante la Revolución Cultural, habían vuelto por sus fueros.

Tras romper relaciones con Yugoslavia primero, la URSS después, y por último con China, Hoxha se consagró a un montaraz aislacionismo. Durante los años de su gobierno no era posible salir del país, ni viajar de una ciudad a otra dentro de él sin una expresa autorización previa. Tampoco había comunicación posible por vía telefóni-

ca. Automóviles existían no más de 400 en todo el país, todos pertenecientes a la burocracia. Fiel a sus filiaciones stalino-maoístas, elevó Hoxha un arrebatado culto a la personalidad que tenía como base la delirante idea de que "Albania es el país más rico del mundo", el cual era "envidiado" por la fortaleza moral de su "indómita gente revolucionaria" y por la "inigualable grandeza de su guía". Por esa razón, el líder advertía constantemente a su pueblo contra las amenazas extranjeras: "El imperialismo estadounidense y su lacayo yugoslavo sólo piensan en atacar a Albania", les prevenía a sus desdichados súbditos. Y en estas circunstancias, la población no tenía otra opción que dedicar su tiempo libre a prepararse militarmente y a construir fortines y bunkers. De hecho, el régimen mandó a construir ¡Casi 700,000 bunkers! Un país con las dimensiones demográficas y territoriales tan limitadas que tiene Albania, por no hablar de su precariedad económica, se dio a la irracional tarea de sembrar de bunkers toda su geografía para satisfacer el paranoico capricho de un dictador infame.

Obviamente, con todo el material gastado en este disparate se podrían haber construido cientos de miles de viviendas sociales o mejorado el arcaico sistema de carreteras del país. Muchos de quienes han tratado de dar una explicación racional a este despropósito opinan que la edificación de estos absurdos bunkers obedeció a un bizarro plan para reactivar el sector de la construcción. Pero la realidad es que dentro de la fanática mente de Hoxha no era recomendable hacer cosas como mejorar las comunicaciones o construir buenas viviendas, ya que ello repercutiría en el "aburguesamiento" de los albaneses. Era mucho mejor dedicar los esfuerzos nacionales a construir infinidad de bunkers, para mantener alerta el espíritu revolucionario y los ánimos combativos del pueblo. Asimismo, y con idénticos nobles propósitos movilizadores, el gobierno decretaba, de vez en cuando, perentorios estados de emergencia que podían durar más de una semana y en los que poblaciones y ciudades enteras eran obligadas a tomar estos refugios.

Por supuesto, en la Albania de Hoxha solo existía el Partido del Trabajo, y la participación ciudadana en la política de la gente se

limitaba a elogiar a este partido y, sobre todo, a su ínclito líder. La oposición no existía, pero, en previsión de cualquier disidencia, el régimen practicaba purgas sangrientas periódicas. Hoxha ordenó una muy importante en 1981, en la que murieron 12 destacadísimos dirigentes comunistas, algunos de ellos "suicidados".

Hoxha siempre tuvo la preclara intención de establecer un sistema comunista puro. Decretó la supresión de cualquier tipo de propiedad privada, incluyendo la posesión de gallinas, patos u otros animales domésticos. La miseria era generalizada, pero tenía su justificación ideológica. Así era más fácil manipular a la gente que, en su lucha por la supervivencia diaria, no pensaba en las altas políticas del Estado. El salario era igualitarista y tan miserable que apenas cubría el nivel de sobrevivencia. No existía gran diferencia entre lo que ganaba un trabajador manual, un médico o un ingeniero. Nada de carros, pero a los trabajadores de "vanguardia" (los sumisos con el partido) se les premiaba con una bicicleta. Cada familia tenía derecho a un kilo de carne a la semana. La gran excepción eran los altos cargos del partido, que ganaban 15 veces más, aunque eso sí, todos los cargos públicos, incluso altos, tenían que pasar tres semanas al año realizando tareas "de base" en fábricas o en el campo, para no perder el "alma proletaria". Mientras tanto, los estudiantes pasaban sus vacaciones en obras públicas "voluntarias", como era la construcción de los dichosos bunkers. Todos vestían igual. Tener dos pares de zapatos, uno de invierno y otro de verano, y dos trajes, era una norma que nadie podía violar, salvo el líder, que tenía una enorme colección de traje de seda italianos ¡divinos! El precio de un traje (de los normales, no de los italianos de Hoxha, se entiende) equivalía a un salario mensual. El régimen prohibía las barbas, los bigotes, las melenas, los escotes, los pantalones vaqueros, las minifaldas, los anticonceptivos y los cosméticos, ya que todo esto era "decadentismo occidental". Una televisión en blanco y negro era más que un lujo. Para comprarla, un trabajador debía ahorrar durante años. Valía la pena, la estupenda y entretenidísima programación televisiva estaba consagrada a ensalzar los "logros" de la economía nacional y a la lectura de los

¡40 tomos! de memorias de Enver Hoxha. La religión musulmana fue fulminada y las mezquitas reconvertidas en almacenes, tiendas o bares. A los visitantes de estos últimos se les permitía escuchar una interesante variedad sonora: las únicas opciones permitidas eran música folklórica, música revolucionaria y música folklórica-revolucionaria (bueno, está bien, exageré, también se podía la música revolucionaria-folklórica).

En fin, un panorama no muy distinto al que presentan dictaduras dirigidas por paranoicos consagrados al culto a la personalidad en otros felices paraísos por el estilo. Sólo que a Hoxha le tocó en suerte tener un narrador de primera línea para describir lo pavoroso que era su régimen. Se trata del Ismael Kaderé, autor albanés, sempiterno candidato al Nobel, cuya obra tiene -como parte medular- la narración de los largos y odiosos años de Hoxha. Dos novelas destacan en este sentido: La Hija de Agamenón y El Sucesor. Ambas tienen, como telón de fondo, la cruenta purga de 1981. Son frescos portentosos y poéticos del sacrificio que padeció Albania a manos del régimen comunista a base de la superstición, la propaganda y la mentira como sustitutos de la razón. Reseña prodigiosa de la dictadura que mató, torturó, envenenó la conciencia y, sobre todo, deshumanizó al pueblo albanés. Para Kaderé, "El régimen del Tirano de Tirana siguió a Stalin al pie de la letra: había que mandar a la muerte a los propios hijos para poder atribuirse el derecho de exigir la muerte de cualquiera. ¿No es ésta otra forma de pervertir el mito de Ifigenia?". Y ya metidos en la mitología, uno no puede dejar de evocar a Circe, que convertía a los hombres en cerdos, cuando recuerda la principal cita legada por el ingenio de Hoxha, misma que podía leerse en casi cada esquina de las ciudades albanesas: "Defenderemos los principios del marxismo-leninismo incluso si nos vemos obligados a comer hierba". Sí, como los mismísimos cerdos.

EL "BARBAS DE CHIVO"

Walter Ulbricht, el dirigente comunista alemán que regenteó a la República Democrática de Alemania en nombre de los soviéticos, fue un burócrata carente de carisma y simpatía, pero dueño de una enorme disciplina, extraordinarias facultades organizativas e insuperable instinto para la intriga. También fue un turiferario adulador, condiciones todas estas muchas veces indispensables para aquellos políticos con pretensiones de ascender en los escalafones de los regímenes autoritarios... y no autoritarios. Ulbricht se convirtió en el gran referente comunista de la RDA. Decían de él sus admiradores más obsequiosos que era "el Lenin y Stalin alemán, todo al mismo tiempo". Más importante que eso, fue capaz de sobrevivir al proceso de desestlinización (que fue letal para muchos de sus colegas dictadores de Europa oriental) y a las protestas anticomunistas multitudinarias protagonizadas en las calles de Berlín en junio de 1953. El "Barbas de Chivo" (Spitzbart, apodo que le endosó el pueblo que mal gobernó y que siempre lo odio), incluso se dio el lujo de establecer una especie de "culto a la personalidad light" y hasta fue objeto de un proceso de "reivindicación histórica" luego de su muerte por parte de las autoridades comunistas, mismo que duró, obviamente, solo hasta la épica caída del Muro de Berlín.

El joven Walter era un sajón nacido en Leipzig, de clase trabajadora, que desde joven militó en el Partido Socialdemócrata Alemán (El famoso SPD), pero en la facción más izquierdista, la dirigida por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Más adelante se sumó al Partido Comunista, del cual fue diputado en el Reichstag en los años

locos de la República de Weimar. Como decíamos, Ulbricht fue el típico apparatchik sin carisma pero con gran capacidad para esa payasada a la que muchos llaman, pomposamente, "operación política", aunque él siempre tuvo pretensiones de intelectual. Como parlamentario se convirtió en uno de los más pertinaces detractores de los socialdemócratas, a los que acusaba de ser "social-fascistas", "enemigos mortales de la clase trabajadora" y "agentes de los imperialismos francés y polaco (sí, polaco)". Sin embargo, el verdadero ascenso de nuestro antihéroe comenzó cuando los nazis se hicieron del poder y proscribieron al Partido Comunista. La clandestinidad cayó bien a Ulbricht, cuyos "talentos" no le pasaron desapercibidos a Stalin. De 1938 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, Uli vivió en Moscú bajo el cobijo de las autoridades soviéticas y logró sobrevivir a todas las disensiones internas y pugas que asolaron al Partido Comunista Alemán en tan turbulenta era. Al terminar la conflagración, era el incuestionado dirigente del comité de comunistas alemanes que tenía el staliniano encargo de construir una "República Popular" en la zona soviética de ocupación. Para concretar tan bellos ideales, y bajo el puño de hierro de Ulbricht, se fundó el Partido Socialista Unificado de Alemania (SED) y más tarde se procedió a la creación de la República Democrática Alemana.

Siempre me ha intrigado porque Stalin, que tantos triunfos y concesiones obtuvo de los aliados occidentales en Yalta, cedió el control de medio Berlín a sus enemigos en lugar de presentar el hecho consumado de que la ciudad estaba ocupada militarmente por fuerzas soviéticas, y san-se-acabó. Como sea, no tardó en darse cuenta de su error, pero ya era demasiado tarde. En 1947 quiso dar un "golpe de mano" para enmendar el yerro, pero la insospechada determinación de Truman hizo fracasar los planes del Padre de los Pueblos de comerse, ahora sí, todo el pastelito berlinés.

Berlín Occidental fue un enclave sumamente útil a los aliados como eficacísima arma propagandística. El muro fue un mal necesarísimo a la sobrevivencia de la RDA, gracias al cual este pedazo de Alemania sometido a la URSS logró la consolidarse hasta el grado de convertirse, en los años subsiguientes, en el país más desarrollado

económicamente de entre los satélites comunistas. Se supone que llegó a ser la novena potencia económica del mundo. Po supuesto, todo esto redundo en el fortalecimiento del poder de Walter Ulbricht, que para finales de los años sesenta se había convertido en el dirigente de detrás de la Cortina de Hierro más longevo y experimentado. Fue entonces cuando El Barbas de Chivo cometió el error de sentir que estaba por encima incluso de sus patrones soviéticos. Olvidó que la única razón por la que se mantenía en el poder gracias a la presencia de las armas rusas en territorio germano-oriental y le dio por pavonearse de más.

Muchas fueron las razones que hicieron que los soviéticos se hartaran de su protegido alemán, pero quizá lo más irritante para ellos fue sus intentos de hacerse un "culto a la personalidad" cuando tal práctica había sido denunciada por Kruschov en el famoso XX congreso del PCUS, además que precisamente en Alemania se tenía el agravante de contar con la mala experiencia Hitleriana, tan pródiga en lo que se refiere a eso del endiosamiento de dirigentes.

Por estas poderosas razones, la megalomanía de Uli tenía que ser muy cuidadosa. Cuando dio rienda suelta a sus delirios egomaniacos, tuvo la precaución el Barbas de Chivo de establecer una diferencia fundamental entre el "culto a la personalidad", oficialmente tan nocivo, y el simple "respeto a la personalidad", más aceptable. En 1961, durante su 24 Congreso (celebrado unas cuantas semanas después de la construcción del Muro), el SED consagró este nuevo concepto como "una forma democrática de reconocer los méritos de los dirigentes de la clase obrera sin caer en los excesos del culto a la personalidad". Así que Uli no pudo, como seguramente hubiese querido, poblar las plazas y las alamedas de la RDA con estatuas suyas, pero si se dio el lujo de ser declarado por su partido "El más extraordinario, respetable, incansable y experimentado líder del movimiento proletario internacional".

Desde entonces todos los salones de clase del país debían contar con un retrato del líder, con todo y sus puntiagudas barbiñas. Se imprimieron por millones sus maravillosas obras completas y los libros de texto que contaban su heroica vida de burócrata-partidista-

de-toda-la-vida a los estudiantes de primaria. Se hicieron omnipresentes posters, timbres postales y afiches. Se pintaron murales, se nombraron calles y fábricas en su honor, en fin, detalles, todos estos, muy bonitos, que si bien resultan insignificantes comparadas con los verdaderos Cultos a la Personalidad de personajes como Mao, Stalin o Kim Il Sung, demuestran, sin embargo, que Ulbricht tenía su corazoncito megalómano muy bien puesto.

El SED también dictaminó que toda crítica o ataque contra Walter Ulbricht sería una agresión al partido. Y es que tras la erección del Muro los desdichados berlineses, siempre tan dados a la ironía, se soltaron a contar un alud de chistes sobre el "Barbas de Chivo". Una pinta apareció una mañana en la ignominiosa murallota, le decía al líder: "Spitzbart, eres un idiota, levantaste un muro ¡pero nos colocaste en el lado equivocado"!

En Mayo de 1971, de forma inopinada, a Ulbricht lo renunciaron los soviéticos "por motivos de salud". La versión que, por muchos años, manejaron los historiadores era que Uli "lo fueron" porque era un ortodoxo enemigo acérrimo de la détente, el proceso de distención iniciado por Breznev, y —por tanto— un obstáculo para los planes de reaproximación con Occidente de Moscú. Pero biografías y estudios más recientes (post fin de la URSS) han topado con otra tesis: La verdad es que Spitzbart era un ególatra que quería mandarse solito. Lejos de la imagen de "duro" refractario a la "détente" que Occidente percibía en Ulbricht, éste era el más interesado en normalizar las relaciones con Alemania Occidental y lograr el reconocimiento internacional para "SU" RDA. En una reunión secreta con Brezhnev llegó a afirmar, altanero: "Nosotros no somos Bielorrusia, Sr. Secretario General". Brezhnev lo odiaba por arrogante y desconsiderado. Peor aún, es un hecho que Ulbricht hizo tentativas de establecer alianzas al interior del politburó del Partido Comunista Soviético con rivales reales o potenciales de Brezhnev. El colmo llegó cuando en el 24 congreso del PCUS (principios de 1971) Uli declaró al pleno, en su carácter de invitado extranjero de honor, que "Los camaradas soviéticos también tienen mucho que aprender de sus camaradas de Europa del Este", y anunció que

Alemania Oriental era el primer y único ejemplo mundial de una verdadera "sociedad socialista altamente desarrollada". Semanas después lo enfermaron.

Tras su caída, todos los vestigios de su relativamente tímido culto a la personalidad ("respeto a la personalidad", diría él) fueron eliminados, pero años después su memoria fue rehabilitada y su contribución reconocida oficialmente por el gobierno la RDA. Su sucesor como mandamás germano oriental, Eric Honecker, pretendía "reconciliar el pasado para que la RDA enfrentara mejor el futuro", pero lo que nadie sabía era que ese "futuro" iba a ser muy, muy, cortito.

RAKOSI, EL DESPRECIADO

Muchos han sido los malos gobernantes que han sido despreciados de forma abierta y generalizada por sus pueblos. Sin embargo, en el terreno de los dirigentes que han promovido tremendos cultos a la personalidad los ejemplos de rechazo popular unánime y patente son sorprendentemente escasos. Pese a que muchos de ellos han sido sátrapas que desataron persecuciones, genocidios, guerras y grandes desastres, pocos fueron abominados de forma universal por sus sufridos súbditos, por lo menos en el tiempo en el que se mantuvieron en el poder. Autócratas como Stalin, Mussolini, Franco, Kim Il Sung, Mao y Hitler fueron genuinamente idolatrados si bien jamás por la totalidad de la población, sí por una buena parte de ella. De hecho, algunos de estos dictadores aún gozan de cierta reverencia en ciertos círculos más o menos subrepticios. Otros fueron menos queridos, pero el temor que inspiraban hacía que la gente reprimiera su desdén, como fue el caso de Saddam Hussein, Papá Doc, Idi Amín, el Turkmenbashi, Trujillo o incluso el pintoresco emperador Bokassa. Tal vez el único caso de un déspota entregado a la vesania del culto a la personalidad que fue decididamente despreciado por prácticamente la totalidad de la infortunada población que le toco gobernar, incluyendo a los miembros de su propio aparato gubernamental y hasta del represivo, fue el húngaro Matías Rakosi.

Este sujeto despreciado y despreciable nació en una pequeña aldea dentro del seno de una numerosa familia judía. Desde niño demostró una particular inteligencia y una gran facilidad para los idiomas, así como una deleznable personalidad. Era feo, chaparro,

contrahecho. Padecía halitosis y nunca fue muy amigo del baño. Sumamente egoísta y envidioso, constantemente reñía con sus hermanos por nimiedades. De niño en la escuela era invariable objeto de las bromas de sus compañeros que se mofaban de su fealdad y mal aliento. Pero su natural antipatía no fue óbice para que Matías estudiara comercio en escuelas de Hamburgo y Londres. Parecía destinado a una exitosa carrera de comerciante, pero su destino cambió bruscamente cuando estalló la I Guerra Mundial y fue enrolado en el ejército imperial austro-húngaro, para ser hecho prisionero por los rusos muy poco tiempo después.

En Rusia se puso en contacto con los bolcheviques, que lo convirtieron en un fiero y fanático comunista. Su falta de personalidad lo hacía ideal para los servicios de espionaje, en donde mucho ayuda pasar desapercibido. Espió para la URSS en naciones del centro de Europa. Ya desde entonces era descrito por la gente que lo padecía de cerca como un adulador inescrupuloso y traicionero. Era un "cara de perro" de calvicie prematura y mirada torva. Pasó un tiempo en las cárceles del régimen fascistoide del almirante Horthy, hasta que en 1940 fue intercambiado a la Unión Soviética por unas banderas húngaras que estaban en poder de los rusos desde la represión a la revolución de 1848.

Terminada la guerra y "liberado" el país por el Ejército Rojo, Stalin eligió a su fiel perro Rakosi para ser el nuevo hombre fuerte de la Hungría comunista. Durante su estancia en Moscú siempre se había distinguido por ser el más abyecto de los sicofantes del Padre de los Pueblos, y como gobernante sería "más papista que el Papa": el más aplicado y rastrero de los palafreneros del mandamás soviético. Estableció un reinado de terror, decretó la colectivización del campo y emprendió una irracional industrialización forzada. En su trato a la oposición aplicó un sistema que le dio al vocabulario político del siglo XX el juguetón y sabroso concepto de "la táctica salami", que consiste en "acabar con la oposición rebanada a rebanada". Y desde luego, se entregó a la locura del culto a su fea persona, pero una forma tan excesiva que sólo era superada por la de su patrón georgiano.

El gris y repudiado Rakosi, acosado desde joven por sus complejos y envidias, decidió sublimarse de piltrafa a Dios mediante el abuso de los medios masivos y la propaganda. Se autonombró "Maestro, guía y hermano mayor de todos los campesinos y obreros húngaros", "Padre del Acero", "Padre del Algodón", "Héroe Inmortal", "Timón Inmutable" y un tan largo como absurdo etcétera. Las estatuas, posters, murales e imágenes que presentaban su cabeza calva como bola de billar y su obeso cuerpo inundaron el país. La gente percibía muy mal a este sujeto repelente al que pronto aprendió a despreciar. Inclusive los propios miembros del establishment comunista no paraban de mofarse de su líder. Esta repulsa generalizada se expone de muy graciosa forma en una estupenda película llamada "Istvan, el Guasón", filmada aún en plena era comunista (años después de la caída definitiva de Rakosi) e inspirada en el caso real de Istvan Deli, un cronista deportivo que se hizo famoso por los chites que contaba sobre el despreciado líder.

El film muestra a Istvan entrar a un bar donde están varios parroquianos, uno ellos agente de la policía secreta. Mientras se toma su primera cerveza, uno de los parroquianos le interroga:

—"Istvan, ¿hay alguno nuevo del líder?".

—"Claro que sí", responde alegremente el guasonazo.

El tendero, nervioso, trata de callarlo, pero Istvan se arranca alegremente:

—"¿Qué pasaría si a nuestro líder le cortarán una oreja? Respuesta: "¡Se convertiría en una bacinica!".

Estallan las carcajadas de los asistentes, en particular del agente de la policía, que no por ello dejó de informar de la gracejada a sus superiores. La policía secreta decide, entonces, ir al hogar de Istvan para detenerlo y confiscar "posibles elementos subversivos". Y, en efecto, cuando registran la morada del cronista deportivo se topan con un cuaderno manuscrito lleno de chistes de Rakosi.

Ya en la central de la policía secreta, los agentes entregan el cuaderno a su jefe, un señor de aspecto severo y mirada escrutadora, quien exclama al ver al detenido:

—"¡Ah, ya cayó el payasito!".

El clímax de la película llega cuando el jefe de la policía empieza a leer los chistes de Istvan y, de manera inopinada, comienza a reírse de buena gana.

—"Oigan este, es bueno" dice, de repente, a los agentes, "La gente dice que el pegamento utilizado la nueva edición de timbres postales con la figura de Rakosi es de pésima calidad y no pega ¡Pero es que no se da cuenta que están escupiendo en el frente y no en el reverso! Ja, ja, ja". El resto de los presentes comienza a reír, aunque tímidamente.

—Otro "¿Por qué la Hungría es el país más neutral del mundo? Respuesta: porque ni siquiera interviene en resolver sus asuntos internos. Ja, ja es bueno".

Los policías, nerviosos, se ven unos a otros, mientras Istvan reprime una risita. El jefe, tras escudriñar en el cuaderno un poco más, vuelve a la carga:

— "¿Cuál es la diferencia entre Stalin y Rakosi? Respuesta: que Stalin ejerce en la Urss un "culto a la personalidad" y Rakosi ejerce, en Hungría un culto a la nulidad". Aquí sí ya nadie puede reprimir las risotadas.

—"Bien muchachito", dice por fin el jefe, "No crea que no lo vamos a castigar esto es, mmmmjjjj, ¡un sabotaje al socialismo!".

Rakosi fue destituido sumariamente por sus patrocinadores rusos poco después de la muerte de Stalin. Tiempo más tarde regresó al poder, efímeramente, para volver a ser destituido, en esta oportunidad de manera humillante, meses antes de que estallara la Revolución Húngara de 1956. De un día a otro se le ordenó que viajara a Moscú para recibir instrucciones, y en la limosina en ruta del aeropuerto al Kremlin fue informado de que padecía una "grave enfermedad" y tendría que dejar sus todos sus cargos. Estaba fuerte como caballo, pero a buen entendedor, pocas palabras. Nunca regresó a Hungría, la nación que tanto lo despreció.

Tras la revolución húngara, Los gobernantes comunistas húngaros convirtieron a Rakosi en el perfecto chivo expiatorio a quien culpar por todos los males del país, mientras que Istvan salió libre

para volver a sus actividades de cronista deportivo y convertirse en un héroe popular. Ya ven que hasta le hicieron su película.

En descargo de Rakosi habría que destacar su involuntaria contribución a la cinematografía mundial. Inspiró la creación del villano para excellence de las películas de James Bond, Enst Stavro Blofeld, que sale en *From Russia with Love* (1963), *Thunderball* (1965), *You Only Live Twice* (1967), *On Her Majesty's Secret Service* (1969), *Diamonds Are Forever* (1971) y *For Your Eyes Only* (1981). También fue el arquetipo para Lex Luthor, de *Superman*, y de decenas de villanos y villanillos más.

FIDEL, FIDEL, LOS PUEBLOS TE AGRADECEN...

No todos los cultos a la personalidad son iguales y no todos los sátrapas que se han prodigado en esta vesania se han comportado de la misma forma sanguinaria. Ha habido cultos intensivos y delirantes como los de Saddam, Mao o Kim Il Sung, que elevan a la categoría de "Dios Omnipotente, Inapelable y Omnisciente" al líder, y los ha habido más "instrumentales", como los de Tito o Ho Chi Minh. Las crueles carnicerías y persecuciones desatadas por déspotas como Stalin o Hitler poco se parecen a las padecidas en regímenes ciertamente represivos y autoritarios, pero no tan brutales, como los de Perón, Atatürk o incluso Mussolini. Es cierto que falta aún por desarrollar una genuina "teoría del culto a la personalidad", que investigue a profundidad los rasgos particulares de cada proceso de santificación y escudriñe la naturaleza de las diferencias que separan a los sátrapas demenciales de aquellos dirigentes menos grandilocuentes y más pragmáticos; formidable tarea que podría ocupar el tiempo de politólogos, historiadores y psicólogos. Pero lo que es un hecho que los matices han existido. Entre los dos modelos extremos podemos encontrar varios casos intermedios, y uno de ellos, me parece, es el de Fidel Castro.

Fidel nunca fue objeto de una deificación "a la maoísta". La exaltación del comandante no ha requerido de grandes e innumerables esculturas para penetrar en las mentes y moldear el comportamiento de los cubanos, pero lo cierto es que Cuba ha sido marcada por la figura del caudillo. Tres cuartas partes de los cubanos actuales nacieron, crecieron o se educaron escuchando el discurso patriarcal

y reproduciendo los rituales ideológicos del totalitarismo. Los cubanos han vivido estas décadas atrapados en la omnipresencia de Fidel, en la implacable persistencia de sus discursos y la teatralidad de su gesticulación. Y pese a que el castrismo no se ha convertido en una religión laica, ni se le considera a oficialmente a Fidel "Mariscal Padre", "Gran Timonel" o "Padre de los Pueblos", la realidad es que hablamos aquí de uno de los manipuladores más hábiles de la opinión pública en la era moderna de la comunicación. Ocupó los micrófonos radiales, acaparó las cámaras de televisión para hablar horas y horas consecutivas, inspiró una filmografía que catapultó su aureola mítica, desarticuló la cultura periodística cubana -de fuerte tradición democrática- e implantó un sistema de propaganda gubernamental al servicio de sus palabras, desplazamientos y ocurrencias, por más inverosímiles y ridículas que fueran estas.

En Cuba no pueden verse las absurdas coreografías serviles a la Kim Il Sung, ni existe un esperpéntico "Palacio del Pueblo como el de Ceaucescu, pero sí se ha forjado la imagen del "guerrero invencible", primero, y del "patriarca infalible", después. "No existe aquí culto ninguna personalidad revolucionaria viva, como estatuas, fotos oficiales, nombres de calles o instituciones. Los que dirigen son hombres y no dioses", dijo Castro el primero de mayo del 2003. Reiteraba una idea que ya había pronunciado muchas veces desde el principio de su dictadura. Quería evitar, y lo quiere aún más ahora que está en su ocaso, que la excesiva personalización del régimen derive en una identificación caudillo/régimen que condene a este último a su extinción una vez muerto el líder. Pero la realidad es que personalización se hizo ineludible, sobre todo tras la caída de la Unión Soviética, cuando el entramado ideológico perdió su principal soporte material. La adulación es palpable en cada esquina, lo ha estado siempre, y en mayor intensidad tras el fin de la URSS. La personalización existe como posibilidad última de legitimización del régimen. Traza una parábola que va de la mística revolucionaria del joven rebelde a la patética adulación en el otoño del patriarca, en la que al comienzo fue el mito de los doce legendarios sobrevivientes del desembarco del Granma. De ahí la

referencia casi bíblica de la imagen del combatiente que alcanzó la victoria a la cristiana edad de 33 años y la escena de la paloma blanca -el espíritu santo- posándosele sobre el hombro ante una multitud. No falta en la saga el estratega militar lanzándose de un tanque durante los combates de Bahía de Cochinos, ni el halo de inmortalidad de un sobreviviente de más de 600 atentados fallidos. Termina con el anciano sabio infalible que sabe de todo y opina de todo, siempre con gran autoridad y aire de "última palabra".

"Un Fidel que vibra en la montaña, un rubí, cinco franjas y una estrella", dice la conocida canción Cuba del compositor Eduardo Saborit. Y el trovador Carlos Puebla festeja el "fin de la diversión" en la isla gracias a que "llegó el Comandante y mandó a parar", por no hablar de otras composiciones tan bullangueras como lisonjeras de este mismo compositor, mismas que aun hoy por ahí retumban en mi memoria. Los retratos de Fidel presiden espacios públicos y privados. La imagen de la entrada del comandante a La Habana en enero de 1959 ha quedado inmortalizada en el billete de un peso.

Cierto es que la idealización castrista, como sucede con casi con los procesos de culto a la personalidad, no hubiese podido arraigar sin cierta predisposición al mesianismo en la población. Los cubanos vieron el jefe guerrillero en la esperanza de una nueva era. Pero estos endiosamientos quedan a medias si no son fomentados por engrasadas maquinarias propagandísticas y reforzados decididamente por la pleitesía generalizada de las burocracias. La clave de la personalización del poder en Cuba la dio el, a la sazón, vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez en el acto por el xx aniversario de la Revolución. "Cuidar a Fidel es cuidar a la Revolución en su conjunto. Fidel es el tesoro de nuestra patria, es el punto coagulante del proceso revolucionario". Rimbombantes palabras que no son ajenas al entorno de exaltación de las virtudes castristas, potenciadas por la prensa estatal en cada aniversario patriótico, cumpleaños del déspota o inicio de un aciago "período especial" en los que es común leer sentencias como: "Es preferible morir por Fidel que vivir sin él", "Fidel vino del futuro". "En el Comandante en él confluyen el filósofo, el pensador, el estadista, el combatiente, el estratega mi-

litar, el dirigente político, el conductor del pueblo, el maestro, el artífice de una revolución", "Fidel reúne el patriotismo de Varela, la dignidad de Céspedes, el ideal del Apóstol [José Martí], el valor de Antonio Maceo, la audacia de Ignacio Agramonte, la firmeza ideológica de Julio Antonio Mella, la poesía de Rubén Martínez Villena, la honestidad de Pablo de la Torriente Brau, la lealtad de Camilo, la ternura del Che, la vergüenza de Eduardo Chibás, la cubanía de Nicolás Guillén…

Los libros escolares están repletos de menciones a Castro como gran hacedor de la historia nacional. Los libros de texto incluyen cosas como el poema Fidel, de Mirta Aguirre: Fidel, barbudo, llega primero;/ Fidel ligero/ con sus botazas de guerrillero./ Así en Oriente/ o en Vueltabajo,/ en horas buenas o en horas malas./ En todas partes, Fidel presente:/ en el trabajo/ o entre las balas./ Como si fueran hechos de alas/ sus zapatones de combatiente. "El niño que no estudia no es un buen revolucionario", ha dicho el Comandante y es una leyenda que puede verse en miles de aulas del país.

El culto de los medios de comunicación, los escribanos oficiales y los sicofantes cercanos se han exacerbado en la medida en que las facultades físicas del gobernante comenzaron a declinar. La Unión de Jóvenes Comunistas lo proclamó "eterno joven rebelde". Las recientes biografías laudatorias "Todo el Tiempo de los Cedros" y "Fidel Castro, biografía a dos voces" poco tienen que pedirle a cualquiera de los panegíricos dedicados a los sátrapas más descabellados incluidos en esta colección. Incluso la aparatosa caída del comandante al final de un acto en Santa Clara (2004) provocó, en su momento, un frenesí de alabanzas: "Aún en el dramatismo del suceso, un símbolo de combate no podía estar ausente. Su salida de aquel escenario no podía ser en la ambulancia del caído, sino en el auto del guerrero", dijo el periódico Juventud Rebelde. La grave enfermedad del jefe desató tozudas visiones poéticas y genuinos actos de fe. En un ejercicio de imaginación revolucionaria, la Asamblea Nacional preservó, hasta el día del retiro definitivo, el escaño del dictador desocupado, pero que no por vacío "dejaba de inspirar

al resto de los legisladores, ya que El Comandante está presente si bien no físicamente, sí de muchas otras maneras". Una carta firmada por Su Pueblo y aparecida en el periódico Granma en ocasión del septuagésimo noveno aniversario de Castro lo comparó con el sol: "Creían los griegos que el sol era transportado por un carro; los egipcios imaginaban que viajaba en un carro de velas al viento. Los cubanos patriotas sabemos firmemente que el sol lleva verde olivo el traje, tiene alma guerrillera de ideales justicieros y botas de incansable escalador de montañas y sueños".

Granma publica año con año el día del onomástico del dictador el poema que Pablo Neruda dedicó a Fidel en ocasión de su primer viaje a la Cuba revolucionaria en 1962 y que años tras año Granma publica en el onomástico del dictador con la dedicatoria: "A Fidel Castro Ruz, nuestro querido Comandante en jefe Muchas felicidades en su ... cumpleaños Comandante de La Esperanza Latinoamericana. Mucha salud y muchos nuevos éxitos. Reciba este modesto presente, los versos de un buen chileno y de un ejemplar militante comunista: Pablo Neruda, de su libro Canción de Gesta."

A FIDEL CASTRO

"Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen
palabras en acción y hechos que cantan,
por eso desde lejos te he traído
una copa del vino de mi patria:
es la sangre de un pueblo subterráneo
que llega de la sombra a tu garganta,
son mineros que viven hace siglos
sacando fuego de la tierra helada.
Van debajo del mar por los carbones y cuando vuelven son como fantasmas:
se acostumbran a la noche eterna,
les robaron la luz de la jornada
y sin embargo aquí tienes la copa de tantos sufrimientos y distancias:
la alegría del hombre encarcelado, poblado por tinieblas y esperanzas
que adentro de la mina sabe cuando llegó la primavera y su fragancia

porque sabe que el hombre está luchando hasta alcanzar la claridad más ancha.
Y a Cuba ven los mineros australes,
los hijos solitarios de la pampa,
los pastores del frío de la Patagonia,
los padres del estaño y de la plata,
los que casándose con la cordillera
sacan el cobre de Chuquicamata,
los hombres de autobuses escondidos
en poblaciones puras de nostalgia,
las mujeres de campos y talleres,
los niños que lloran sus infancias.
Esta es la copa, tómala Fidel
está llena de tantas esperanzas
que al beberla sabrás que tu victoria es como el viejo vino de mi patria:
no lo hace un hombre sino muchos hombres y no una uva sino muchas plantas: no es una gota sino muchos ríos:
no un capitán sino muchas batallas.
Y están contigo porque representas
todo el honor de nuestra lucha larga
y si cayera Cuba caeríamos
y vendríamos para levantarla,
y si florece con todas sus flores
florecerá con nuestra propia savia.
Y si se atreven a tocar la frente de Cuba por tus manos libertada
encontrarán los puños de los pueblos,
sacaremos las armas enterradas:
la sangre y el orgullo acudirán a defender a Cuba bien amada."

No deja de tener sus virtudes de ritmo y composición este poema, dedicado a un obcecado megalómano autócrata que ha mantenido cautivo al pueblo cubano durante ya más de medio siglo.

EL DANDI ROJO

Muchos y, a veces, muy profundos son los contrastes entre los distintos tipos de culto a la personalidad, e ingentes son también las diferencias en los perfiles psicológicos, espirituales y de carácter entre los dictadores a los que exaltan. Los hay cobardes como Saddam y Mussolini; pésimos estrategas como Franco o Hitler; excesivamente sanguinarios como Stalin y Papá Doc; ridículos como Trujillo, Bokasa o Idi Amín; cleptócratas como Mobutu. Los menos son aquellos que —por lo menos— han demostrado valor y arrojo personal en batalla, como Fidel. Pero los más escasos son aquellos que murieron en medio del aplauso y admiración generalizada gracias a un halo de heroísmo bien ganado en los fragores de la guerra. A esta estirpe de déspotas que fomentaron cultos a su persona, pero que fallecieron con su fama heroica intacta y bien reconocida por "tirios y troyanos" perteneció Josip Broz "Tito".

Prácticamente la totalidad de los jefes de gobierno de Europa se unieron a representantes de 122 países una mañana primaveral de 1980 en los funerales del caudillo yugoslavo. Estaban desde Leonid Breznev hasta Margaret Thatcher. Nadie entre ellos negaba que Tito fue el último gran protagonista de la Segunda Guerra Mundial, cuya gallarda resistencia y astuta dirección estratégica de su ejército partisano contra los nazis contribuyó de manera decisiva a distraer divisiones alemanas que hubiesen, quizá, marcado una diferencia en el frente ruso a favor de Hitler. Y no menos plausible fue su resistencia contra el stalinismo. La historia distingue en Tito al hombre que se alzó con éxito frente a uno de los tiranos más implacables y crueles que ha conocido la tierra, haciendo trizas en

su país el dominio monolítico del Kremlin que debieron soportar el resto de las naciones del Este europeo por décadas.

Durante cuarenta años Tito fue el amo absoluto de Yugoslavia, ese país inventado tras la I Guerra Mundial que estaba destinado a acabar muy, muy mal, pero que con Tito vivió algo de gloria. La aventura titoísta se inicia en Kumrovec (Croacia) donde el 25 de mayo de l892 nace como séptimo hijo entre los varones de una prolífica familia de quince hijos, integrada por una pareja de campesina. Tras estudios elementales, a los diez años comienza a trabajar como aprendiz de cerrajero. Más tarde viaja a Viena obligado por el desempleo. Pronto será soldado en la Primera Guerra Mundial, con una breve escala en la cárcel acusado de activista antimilitarista. Enviado al frente ruso, es herido y prisionero del ejército zarista y es entonces que se relaciona con los bolcheviques. De vuelta en la recién creada Yugoslavia (Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, se llamó en un principio) organiza al Partido Comunista y ello le vale prisión durante cinco años. Tras su liberación es ya un dirigente comunista de peso y pronto es convocado a Moscú. Reorganiza el PC y es elegido, en 1940, secretario general .Pero su gran cita con la historia comenzará el 6 de abril de 1941, día que las tropas nazis invadieron Yugoslavia y desintegraron el país. Alemania e Italia se repartieron Eslovenia, Macedonia fue anexada a Bulgaria y otros territorios fueron entregados a Hungría y a Albania, país que estaba ocupado por Italia. Tito será quien encabece la resistencia de los partisanos, la URSS estaba demasiado ocupada para asistirlos, frente a la invasión alemana. Se desempeñó brava e inteligentemente durante el conflicto. Combatió no sólo a los nazis alemanes y fascistas italianos, sino también a los fanáticos ustashas croatas del régimen criminal del filonazi Ante Pavelic (protegido del infame Papá Pío XII) y a los nacionalistas serbios. La consecuencia fue que, al terminar la guerra, por primera vez el nacionalismo de las regiones yugoslavas estaba sumamente desacreditado, mientras que el nombre de Tito y sus valientes partisanos era festejado universalmente, al grado de que el yugoslavo era el único dirigen-

te comunista visto con cierta simpatía por los aliados en Occidente, en particular de Churchill.

Tito ganó la batalla por la independencia de Yugoslavia sin la necesidad de una intervención armada del Ejército Rojo. Eso le permitió tener un significativo espacio de maniobra. En 1948 rompe históricamente con Stalin e inicia la reconstrucción del país siguiendo las pautas de un modelo socialista "autogestionario" que pretendía (y lo fue en cierta medida) ser menos rígido que su contraparte soviética, y el cual conoció tiempos de bonanza. En los setentas el nivel de vida medio en las repúblicas yugoslavas era relativamente mejor que el de la mayoría del bloque soviético y aunque de ninguna manera se vivía un régimen democrático de libertades públicas, la represión yugoslava jamás alcanzó los niveles de maldad y violencia protagonizadas en el resto del llamado "socialismo real".

¿Cuál fue el secreto de Tito para mantener unidos bajo su égida a tan enconados rivales durante tanto tiempo? En su extraordinario libro *Tito and the Rise and Fall of Yugoslavia*, Richard West hace un análisis del liderazgo de Tito y su culto a la personalidad. Evidentemente, destaca su carisma y su un innato talento político. Su rompimiento con la URSS le permitió mantener siempre vigente al interior el argumento de la presencia de un potencial poderoso enemigo externo como factor central de la unidad nacional yugoslava. Su versión "light" de socialismo y el apoyo de Occidente, que siempre lo consideró elemento indispensable para la unidad y pacificación de los Balcanes y (más importante) contrapeso de la URSS, cerraron el "círculo virtuoso" del titoísmo. Ello le dio espacio también a Tito para convertirse en uno de los titanes del escenario internacional de la Guerra Fría al impulsar el Movimiento de No Alineados, tras un encuentro en la paradisíaca isla de Brioni —en la magnífica villa privada del dictador— con Gamal Abdel Nasser y Jawaharlal Nehrú, en 1956. Fue Tito quien fijó la base programática para esa entelequia doctrinal que fue el llamado "neutralismo activo".

Sin embargo, la unidad nacional yugoslava y el pretendido "socialismo feliz" de Tito no fueron sino espejismos, como quedó trágicamente demostrado por la historia. No pudo sobrevivir a la caída

del muro de Berlín y al fin del socialismo real, De ahí que las revisiones contemporáneas de Tito no sean halagüeñas. A fin de cuentas, El viejo mariscal fue un autócrata que no prescindió de la represión, aunque nunca abusó de ella en la escala de otros sátrapas, y se dedicó los fastos onerosos y excéntricos que revelaron el aspecto más deleznable de su personalidad: una irrefrenable frivolidad. Y también lamentablemente, tenemos el culto a su persona. Yugoslavia presenció el bautizo de avenidas, plazas y ciudades, con el *nom de guerre* de su líder. Se multiplicaron monumentos, timbres postales, imágenes, en fin, toda la parafernalia acostumbrada en estos casos, aunque jamás a los niveles delirantes del maoísmo o del stalinismo. Incluso occidente colaboró gustoso a la exaltación de Tito con varias películas laudatorias sobre su vida y hazañas (como aquella con Richard Burton). Por último, hay que cargar en la lista de los menoscabos el fastuoso nivel de vida que el mariscal decidió darse, sin disimulos ni paliativos, como un rey de opereta de uniforme blanco o azul cielo, luciendo siempre todo tipo de joyas y decorado su rostro con un gigantesco habano. Guapo como era, también fue mujeriego. Tito mismo reconoció que el hedonismo no tenía porque no ser también de izquierda.

Era "un comunista con estilo", a quien el jet set europeo adoraba, los reyes deseaban tener a su mesa y las actrices de Hollywood iban a visitar. Como comenta otro de sus biógrafos (Enzo Betizza) Tito se permitía hospedar a la familia real británica en la campiña de Leskovac y encender el carbón para el asado ("una experiencia única", comentó la reina Isabel), o invitar a Sofía Loren a Brioni para que le cocinase espaguetis al tomate. Era el verdadero Dandy del comunismo, con porte de un noble de Europa Central más que de un ramplón comunista balcánico. Todo un "bon vivant", ¡El Dandy Rojo! Mucho habla de su genuino talante que uno de los principales orgullos del culto a su persona fue una publicación que mandó editar por millones. No, no era una colección de sus máximas para que todos sus súbditos las memorizaran (como el Libro Rojo de Mao), ni numerosos y pesados tomos de las obras completas de su pensamiento, como los de Stalin. Se trató de "El Libro de Cocina

de Tito", una publicación de 255 páginas con exquisitas recetas y sugerentes fotos, en la cual vienen incluidos los menús que hizo servir en sus encuentros con mandatarios extranjeros (y sus respectivas instrucciones para cocinarlos, desde luego): el pollo a la Kiev para Kruschov, el cordero con hongos para el Shah de Irán, la Bratwurst para Willy Brandt y el carnero a la cebolla para Saddam Hussein. Incluía galantes comidas con Josephine Baker (arrollados al queso), Gina Lollobrigida (sopa de pescado), Liz Taylor (tartas) y Jackie Kennedy Onassis (mariscos). Frívolo, pero de implacable buen gusto. Se rodeó del bienestar más grande a orillas de un mar que está entre los más bellos: el Adriático. La isla de Brioni ha sido declarada patrimonio cultural de la humanidad y es bellísima.

Mucho más ominoso fue el legado represivo de su régimen. A pesar de los esfuerzos "democráticos" y de no ensañarse cruelmente, como otros, con su población, el régimen del dandi rojo encarceló y ejecutó a los "Enemigos del Estado". Existió una prisión construida en Goli Otok (Isla Desnuda), remoto paraje en medio del mar Adriático, con buena vista pero, ni de lejos con las comodidades que se gozaban en Brioni. Unas 65,000 personas pasaron entre cinco y ocho años en Goli Otok. Y la mayoría no fueron condenadas por ningún tribunal. Esta prisión, desmantelada a fines de los años 60, fue uno de los secretos mejor guardados por el régimen de Tito. Antes de ser liberados, los presos debían firmar un documento que los comprometía a guardar el secreto sobre su existencia so pena de muerte.

El sueño de Yugoslavia termino en medio de una cruente guerra y de un trágico etnocidio pocos años después del fallecimiento de Tito. De mariscal queda, sin embargo, el buen recuerdo de un estadista muy autoritario pero paternal, hábil, valiente; hombre de mentalidad independiente y elegancia súper chic.

EL TÍO HO

Imposible equiparar el caso del culto a la personalidad a Ho Chi Minh con los de la inmensa mayoría de los sátrapas incluidos en esta historia mundial de la megalomanía. Ho fue, sin duda, uno de los grandes estadistas del siglo xx, quien hasta la fecha inspira a las izquierdas (lo que queda de ellas) de todas las latitudes por representar una pertinaz lucha contra los imperialismos. Fue un dirigente que se distinguió por su tenacidad y paciencia para conseguir la que fue meta central de su vida: la independencia de Vietnam, primero luchando contra el imperialismo francés, que en Indochina escribió algunas de sus páginas más ominosas, y más tarde contra la torpe y criminal intervención norteamericana.

Debe reconocerse que el culto al tío Ho sirvió a su pueblo para obtener una victoria heroica y no fue producto de la megalomanía desbordada de un loco delirante. Tampoco fue Ho un dictador sanguinario, aunque el régimen comunista que el encabezó formalmente, pero sobre el cual jamás tuvo un control absoluto, no estuvo exento de crímenes y excesos. Ha sido su asociación con la fracasada ideología comunista la que, con el tiempo, ha sido la gran sombra que se proyecta sobre el legado de este hombre sencillo y épico.

Muchos de sus biógrafos dicen que Ho Chi Minh era más un nacionalista que un comunista ortodoxo. Es hecho que su enfoque de cómo llevar a cabo la liberación nacional vietnamita, poco ferviente desde el punto de vista de la ortodoxia marxista, le valió muy peligrosas suspicacias en Stalin y Mao. Los cronistas de los avatares vietnamitas apuntan, incluso, que si Estados Unidos hubiese tenido más visión e inteligencia en su trato con el líder del Vietnam

recién independizado en lugar de haber actuado con la miopía con la que lo hizo muy bien se pudo haber evitado esa ignominiosa guerra.

Hombre pequeño y de complexión débil, cara de asceta, mirada luminosa (que no de "iluminado"), el tío Ho poseía un poderoso magnetismo reconocido por amigos y adversarios. Era inteligente, encantador, versátil, articulado y políglota. También sabía ser un político rudo, si se lo proponía. Vivió la mayor parte de su vida fuera de Vietnam. Viajando por el mundo fue testigo ocular de las arbitrariedades del colonialismo en Asia y África. En París se ligó al Partido Comunista Francés y desde entonces actuó con el *nom de guerre* de Nguyen Ai Quoc, que cambió al de Ho Chi Minh ("el que ilumina") ya tarde en su vida, a los 52 años.

Fue objeto de culto incluso antes de asumir la presidencia del país, en 1945, aunque él siempre trató de moderarlo. Se negó a que elevaran un monumento en su honor en su pueblo natal con el argumento de que era preferible destinar esos recursos a la construcción de una escuela. Aun así, su atractiva personalidad lo convirtió en un símbolo que los comunistas no podían desperdiciar durante los duros años de la guerra. Plazas, aeropuertos, fábricas y calles llevaban su nombre. No se escatimó el número de afiches, posters y timbres postales con su efigie. Fue hasta después de su muerte que el régimen comunista se desbordó con la idolatría al líder. Pese a haber dejado expresos deseos en contario, su cuerpo fue embalsamado "a la Lenin" y hasta la fecha se exhibe en el monumental mausoleo en su honor erigido por sus sucesores que en mucho recuerda, también, al fundador de la malhadada URSS. Tras el triunfo definitivo del Vietcong la ciudad de Saigón fue rebautizada con el nombre de Ho Chi Minh, convirtiéndose así en un héroe epónimo. Pero más allá de la grandilocuencia comunista, lo cierto es que en vida el tío Ho recibió la veneración espontánea de su pueblo por llevar un frugal estilo de vida personal. Su popularidad, siempre inmensa, se mantuvo incluso pese al desgobierno y los errores de los comunistas, como sucedió cuando los éstos perpetraron todo tipo de tropelías durante el proceso de colectivización de la tierra,

infame experiencia sufrida una y otra vez en las naciones del socialismo real.

Imposible pensar en la independencia del país y mucho menos en la homérica victoria sobre Estados Unidos, sin su estimulante presencia de Ho Chi Minh. No fue un gran ideólogo, pero tenía una extraordinaria capacidad de análisis, tacto político, intuición y conocimiento profundo del mundo y de la gente. Quizá por eso jamás fue un marxista ortodoxo. Leyó ampliamente a Shakespeare, Tolstoi, Marx, y Zola, entre otros. Fue un asceta, aunque disfrutaba de la buena comida (trabajó como cocinero en hoteles de prestigio durante su estancia en Europa). Fundó el Partido Comunista de Vietnam, pero sus compañeros de la dirección le dejaron en minoría muchas veces e incluso llegaron a ironizar sobre sus puntos de vista moderados. Ho Chi Minh jamás padeció la *hubris* de un Stalin, zar y verdugo, ni de un Mao, el emperador de la Revolución China. Su personalidad incorpora aspectos del revolucionario y fundador de un nuevo Estado Lenin, pero también del conciliador y ascético Gandhi. Entre los revolucionarios comunistas y nacionalistas victoriosos en África y Asia durante la posguerra, su figura y talante no tienen análogos.

Claro, su error fue el comunismo, que era visto por Ho Chi Minh como la ideología más apta para realizar objetivos de modernización, independencia y desarrollo de su pueblo. Cuenta su biógrafo William J. Duiker que en 1945, en conversación con un funcionario de los servicios secretos estadounidenses, se expresó así: "Lograr la independencia de una potencia como Francia es una tarea formidable, imposible de realizar sin ayuda externa. Para vencer es necesario organización, propaganda, disciplina y formación. También son necesarias toda una serie de creencias, una doctrina, un análisis práctico, una Biblia, podríamos decir. El marxismo-leninismo me dio todo eso". Desde luego, estaba equivocado, pero fue uno de esos errores de "buena fe".

Quizá la hazaña más destacable en la vida política de Ho Chi Minh fue lograr mantener la independencia del Partido Comunista vietnamita ante la pugna chino-soviética, tarea azas complicada

teniendo en cuenta que el país dependía vitalmente de ambas potencias y que no podía permitirse el lujo de confrontarse con ninguna de ellas. Fue una proeza de sutileza y tacto, por completo obra del tío Ho, quien debió encarar los impulsos pro chinos de la mayor parte de sus imprudentes correligionarios. Pero la historia lo recordará, ante todo, por haber encabezado la resistencia y el triunfo final de su pueblo ante la prepotencia norteamericana, que convirtió al territorio vietnamita en campo de experimentación de armas sofisticadas y fustigó con criminales bombardeos a una población indefensa. No está de más recordar que el Pentágono arrojó sobre Vietnam y el vecino Laos más de siete millones de toneladas de bombas y 100,000 toneladas de sustancias químicas tóxicas. Sobre Vietnam se descargaron más bombas que las arrojadas durante la Segunda Guerra Mundial, muriendo aproximadamente cinco millones de persona. Todavía hoy una buena parte de la población vietnamita padece los efectos del agente naranja, un potente defoliante que tenía como objetivo arrasar por completo la jungla del país para aislar a los guerrilleros. Washington lanzó sobre un cuarto del territorio del país unos 80 millones de litros de defoliante y napalm. Hay tres millones de personas enfermas por esa causa, según Cruz Roja. Fue un buen discurso el de Barack Obama al recibir el Nobel de la Paz, pero al ver recordar estas cifras uno se pregunta si no debió haber hecho alguna contrición respecto al triste papel de Estados Unidos en ésta y otras de sus canallescas guerras.

Pero lejos de entregarse al victimismo, el pueblo de Vietnam se ha superado. Tras un breve período de radicalismo ideológico que, para bien del país, terminó a mediados de los ochenta, se emprendieron una serie de reformas económicas que han permitido incrementar sensiblemente el PIB per cápita de una nación que fue considerada una de las más pobres del orbe por décadas.

Ho Chi Minh vivió de forma sencilla y murió en 1969, en plena guerra, a los 79 años de edad. En su testamento dejó instrucciones para ser incinerado y enterrado en una montaña. Consciente de que su tumba atraería multitudes, estableció que sería bueno que cada visitante plantara un árbol, de tal forma, que, "con el tiempo

se formará un bosque que embellecerá el paisaje y beneficiará a la agricultura". "Cuando muera, hay que evitar que se organicen grandes funerales para no despilfarrar el dinero y el tiempo de la gente". No le hicieron caso a este hombre modesto y ejemplar.

LAS PARADOJAS DEL CULTO A ATATÜRK

En esta colección de sátrapas locos dedicados al culto a la personalidad hay una buena cantidad de personajes francamente despreciables; heces humanas que han esclavizado y empobrecido a los desafortunados países que han desgobernado; cobardes que han provocados guerras, holocaustos y genocidios; atroces dementes que se han querido equiparar a los dioses; enanos espirituales y don nadies que, una vez encumbrados en el poder, pretenden ser idolatrados como grandes caudillos y padres de los pueblos. Pocos han sido, de entre los incluidos en esta historia de la megalomanía, los que se parecen a verdaderos estadistas. Tito al menos encabezó una heroica guerra de liberación nacional y fue capaz de mantener unido a un mosaico de nacionalidades disímiles y enfrentadas entre sí bajo la ilusión de un socialismo con rostro humano, aunque su legado poco le sobrevivió y Yugoslavia cayó en el caos más absoluto mientras su figura era relegada al basurero de la historia. Ho Chi Minh fue el padre de la independencia de Vietnam y un hombre modesto que, muy a su pesar, ha sido objeto de una glorificación promovida por el régimen comunista de su patria.

Otro hombre diametralmente distinto a los crueles tiranos de la historia de la megalomanía fue Atatürk, excepcional estadista constructor de la Turquía moderna y quien en sus épocas como gobernante fue objeto de un sustancial culto a la personalidad. En la actualidad la figura mitificada de este gran líder predomina en la vida pública de la República que él creó, al grado de ya estorbar y amenazar lo que él le era más valioso: la modernización definitiva de este país puente entre Europa y Asía y su desarrollo político.

Atatürk (hasta 1934 con el nombre de Gazi Mustafa Kemal Paşa) nace el 12 de marzo de 1881 en la ciudad Otomana de Selânik (hoy en día Tesalónica, Grecia), el hijo de un oficial de aduanas (sí, como Hitler). De acuerdo a la entonces prevaleciente costumbre otomana se le dio solo un nombre, Mustafa, que quiere decir "el elegido". Cuenta Patrick Kinross, el mejor biógrafo de Atatürk, que el futuro estadista estudió en la escuela secundaria militar en Tesalónica, donde el nombre adicional Kemal ("perfección" o "Madurez"), le fue otorgado por sus profesores en reconocimiento de su excelencia académica. De ahí ingresó en la academia militar en Manastir en 1895. Se graduó como teniente en 1905 y fue destinado a Damasco bajo el comando del 5º ejército. Ahí pronto se unió a una pequeña sociedad secreta revolucionaria de oficiales de mente reformista llamada Vatan ve Hürriyet (Tierra madre y Libertad) y se volvió un oponente activo al régimen Otomano. En 1907, consiguió el rango de Capitán y fue puesto a cargo del 3º ejército en Vitola. Durante este período se unió al Comité de Unión y Progreso, comúnmente conocido como los "Jóvenes Turcos", quienes tomaron arrebataron el poder al Sultán Abdul-Hamid II en 1908. Mustafá Kemal se volvió una figura militar superior, cumpliendo para el gobierno algunas misiones diplomáticas en Europa Occidental. Regresó a Estambul tras el brote de las Guerras de los Balcanes, en Octubre de 1912, donde combatió y se desempeñó eficazmente. Cuando El Imperio Otomano entró en la Primera Guerra Mundial del lado de Alemania, Kemal fue destinado al Mar de Mármara. La zona a su mando incluía Gallipoli. Allí, al frente de la 19ª División, tuvo una destacadísimo actuación en las batallas de marzo y agosto de 1915 defendiendo la zona contra el desembarco aliado (tropas inglesas, francesas y de ANZAC). En esas batallas labró su fama como brillante jefe militar y se convirtió en héroe nacional, otorgándosele el título de Pasha. Durante 1917 y 1918 fue destacado en el Cáucaso para luchar contra las fuerzas imperiales rusas, donde obtuvo nuevas victorias. Fue trasladado luego a Hedjaz, Arabia (hoy Arabia Saudita), donde la Revuelta árabe cobraba impulso. Progresivamente, se volvió crítico de la incompetencia con que el gobierno del sultán

y los ex jóvenes turcos conducía la guerra, así como del control que el Imperio Alemán ejercía sobre el sultanato. Renunció al mando y pidió su baja del ejército, pero finalmente acordó retornar al frente de las fuerzas otomanas destacadas en Palestina. En octubre de 1918 los otomanos capitularon, y Kemal fue uno de los líderes de la facción que favorecía la política de defender los territorios turcoparlantes del Imperio, aceptando al mismo tiempo la retirada de todos los territorios no turcos.

El sentimiento nacionalista turco fue exacerbado por la ocupación griega de Izmir en mayo de 1919, ratificada luego por lo establecido en el Tratado de Sevres y la invasión de las tropas griegas, francesas y británicas que en junio de 1920 ocuparon Bursa, Uşak y Nazilli. El Tratado de Sevres fue preparado durante mayo de 1920 y enviado al Sultán Mehmed VI Vahdettin para su firma. Este reunió al Consejo Otomano el 22 de julio, y el tratado fue firmado por los representantes del Sultán el 10 de octubre de 1920. Kemal había sido enviado al este de Anatolia, bajo el pretexto de sofocar una revuelta, pero en realidad para alejarlo de Estambul. Sin embargo, aprovechó la oportunidad para abandonar la capital y fundar un movimiento nacionalista basado en Ankara. En abril de 1920, el Parlamento Provisional que estaba establecido en Ankara ofreció a Kemal el cargo de Presidente de la Asamblea Nacional, y el 19 de agosto rechazó el tratado y declaró traidores a la dinastía otomana y al Consejo Otomano (El Diván, como era conocido). Los griegos fueron derrotados por Kemal en la Kurtuluş Savaşı (Guerra de Liberación), salvándose así la soberanía y la integridad territorial de Turquía. En noviembre de 1922 el gobierno provisional abolió oficialmente el sultanato. Once meses después se proclamó la República de Turquía, con Kemal como presidente de la misma, cargo que conservaría hasta su muerte.

Bajo el gobierno de Kemal la nueva república conoció una vorágine de reformas destinadas a modernizar un país que se había quedado, en muchos sentidos, en la Edad Media. Su legado más duradero fue intensa campaña de laicismo y modernización, que impuso por la fuerza. El Califato (la posición de cabeza nominal de

la fe islámica de la que estaban investidos los sultanes otomanos) fue abolido. Las escuelas teológicas islámicas (madrasas) fueron cerradas, muchas veces a "madrazos". La Sharia (ley islámica) fue reemplazada por un código basado en el suizo, y se adoptaron el Código Penal italiano y el Código de Comercio alemán. Se alentó la emancipación de las mujeres, para lo que se estableció un conjunto de leyes, entre ellas la tan polémica prohibición de vestir el velo. También se reconoció a las mujeres el derecho a voto y a ser elegidas como miembros del parlamento, se les alentó a que se incorporaran al mercado de trabajo, se les reconoció igualdad jurídica frente a los varones y se impuso penas severas a los maltratadores.

Por otro lado, hay que reconocer que don Mus a veces se pasaba. Odiaba el simpático sombrerito "Fez" típico en el Impero Otomano (sí, el de Morroco Topo), porque veía en él un símbolo del feudalismo y atraso. Ordenó su prohibición, sentenciando ¡a morir! a quien se atreviera a usarlo. Elegante y bien parecido como siempre fue, Atatürk usaba vestimentas y sombreros de estilo europeo y alentaba a sus compatriotas a que hicieran lo mismo. También decretó el reemplazo de la grafía árabe por un alfabeto latino modificado, más fácil de aprender y que facilitaba la publicación de materiales impresos. Todos, absolutamente todos los turcos entre los seis y los cuarenta años fueron obligados a ir -o regresar- a la escuela para aprender el nuevo alfabeto.

Se levantó la prohibición islámica de representar visualmente a la figura humana y se establecieron nuevas escuelas artísticas paras niños y niñas, así como un gran número de facultades de Bellas Artes. También se derogó la proscripción del alcohol. Y es que la gran debilidad de Kemal era gran aprecio que sentía por el licor nacional (el rakı) del que consumía cantidades significativas. En 1934 se ordenó que todos los ciudadanos turcos adoptasen un apellido (la costumbre, hasta entonces, era usar simplemente el nombre, seguido de referencias a los nombres de los padres). Fue entonces que la Gran Asamblea Nacional Turca unánimemente asignó a Mustafa Kemal el apellido de "Atatürk", ¡Padre de los Turcos!

Su gobierno fue manifiestamente autoritario. Sólo se permitían oposiciones dóciles y los disidentes más recalcitrantes eran mandados al exilio o ejecutados. Asimismo, Kemal era un ferviente nacionalista turco y estaba determinado a crear un Estado turco homogéneo. Por acuerdo con el gobierno griego, se realizaron intercambios masivos de población griega de Turquía y población turca de Grecia, lo que dio lugar a incidentes raciales graves. Peor aún, sostuvo que los kurdos no eran una etnia diferente, sino "turcos de las montañas": desde entonces su lengua y cultura han sido perseguidos. El kemalismo dejó también una Turquía de identidad dividida: europeizada pero no suficientemente europea, extraña al mundo islámico pero aun musulmana. Esto por no hablar de sus excesos personales: fumaba tres paquetes de tabaco diarios, vivía rodeado de mujeres, era depresivo (sobre todo al final de su tumultuosa vida) y su debilidad por el alcohol le provocó la muerte por cirrosis hepática.

El culto a la personalidad fue un elemento central del régimen de Atatürk, pero sus sucesores, lejos de enterrarlo, alentaron una devoción póstuma que sobrevive hasta hoy. La imagen y el nombre de Atatürk se ven y oyen en todas partes de Turquía, con sus ojos claros, casi transparentes, su gran nariz que apunta hacia abajo, las cejas de felino atento, la poderosa mirada de lobo gris, y su talante de "padre celestial". Hay imágenes de Atatürk nadando, desayunando sólo (elegantísimo); besándole la mano a una mujer sin velo (sentimental); a punto de hablar frente al parlamento (con la certeza de quien sabe articularse en público). Siempre se le ve al líder muy elegante y fotogénico. Cuenta Daniel Ross, otro de sus biógrafos que fue embajador de Estados Unidos en Turquía, que pocos líderes eran capaces de mostrar tanta elegancia cotidiana e íntima. "Era un convincing gentleman", dice el exembajador, "con esa expresión masculina omnipresente que circula en todos los billetes y monedas turcos". Hoy, su retrato puede verse en todos los edificios público de Turquía y en las casas de muchas familias turcas. Gigantescas estatuas del "Padre de la Patria" se alzan en Estambul y otras ciudades. Un portentoso mausoleo guarda sus restos en una coli-

na de Ankara, y muchas obras públicas llevan su nombre, como el aeropuerto internacional de Estambul o el Puente Atatürk sobre el Cuerno de Oro, además del Estadio Olímpico Atatürk, ubicado en Estambul. Cada 10 de noviembre, a las 9:05 (el día y la hora exacta de su muerte, acaecida en 1938) tienen lugar en toda Turquía ceremonias conmemorativas en las que el pueblo turco rinde homenaje a su memoria con un minuto de silencio.

Todo este perpetuo culto a la personalidad ha sido muy pernicioso para el desarrollo de la democracia en Turquía. Dice Sevket Pamuk (el hermano historiador de Orhan Pamuk, premio Nobel de Literatura) que para la clase dirigente fue muy útil crear un mito con el fin de impedir el debate sobre muchas cuestiones culturales y políticas, como la situación de los kurdos o lo ocurrido a la comunidad armenia durante la Primera Guerra Mundial. "Durante medio siglo no ha habido tal debate en Turquía y, desde la escuela primaria, se nos ha inculcado a los turcos una actitud reverencial hacia un ser que no parecía humano". El mito de Atatürk ha impedido debatir con libertad durante medio siglo en Turquía. Las fuerzas armadas turcas se ven a sí mismas como guardianas de la independencia, el laicismo y el nacionalismo y con ese pretexto dieron tres golpes de Estado y mantuvieron por años una estricta vigilancia sobre las instituciones políticas turcas. Esta influencia militar entorpeció la implantación de un régimen democrático pleno.

Actualmente Turquía crece y se democratiza de la mano de un movimiento conservador de base islamista moderado, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), que llegó al poder en 2002 y que ha hecho más por la integración europea de Turquía que todos los partidos laicos que le precedieron en el poder, introduciendo substanciales reformas legales, políticas y económicas y metiendo en cintura a de las Fuerzas Armadas. Pero este desarrollo no fue sencillo. Debió afrontar la resistencia de fuerzas autodenominadas kemalistas. ¡Qué paradójico resulta que a nombre de los principios de Atatürk se pretendiera obstruir la plena modernización del país!

EL GENERALÍSIMO Y SU DRAGONA

Dentro de la categoría de líderes del siglo xx que han hecho culto a la personalidad compartido con sus "primeras damas" destaca claramente el caso de Chiang Kai Shek y su esposa Meiling Soong, la celebérrima madame Chiang (a) "la Hechicera", "Lady Dragón" o "la Emperatriz", cuya poderoso temperamento eclipsó al del marido. El culto a la personalidad de la señora rebasó en grandilocuencia y excentricidad a la del general y su figura internacional llegó a ser mejor reconocida y más respetada. Era tal su ambición, que llegó a soñar con ser la dueña del mundo mediante un audaz pero infructuoso proyecto sexual que se le ocurrió llevar a cabo durante los años de la guerra mundial.

El papel del general Chiang Kai Shek en la historia de China y del mundo sigue siendo sumamente controvertido. Es cierto que ejerció una férrea dictadura militar en uno de los períodos más convulsos de la historia de China, que promovió un culto a la personalidad, que sus gobiernos en China continental se destacaron por su incompetencia y corrupción y que sus errores y desidias militares acabaron por hundirlo, pero también es verdad que, comparado con la autocracia totalitaria de Mao, los defectos de Chiang palidecen, sobre todo en lo referente al culto a la personalidad y al carácter sanguinario del régimen. Asimismo, no debe olvidarse que supo instaurar las simientes económicas que hicieron de Taiwán uno de los tigres económicos de Asia oriental.

Chiang fue formado como militar en Japón y al regresar a China se unió al movimiento nacionalista Kuomintang de Sun Yat-Sen, quien no tardó en adoptarlo como su favorito y sucesor designa-

do. Al morir Sun en 1925, Chiang lanzó la llamada "revolución nacional" en unión con los comunistas: desde sus bases en el sur de China fueron derrotando a los jefes militares semiindependientes (los Señores de la Guerra) que dominaban el centro y norte, hasta lograr la casi total unificación del país en 1927-28. Entonces rompió con los comunistas, a cuyos simpatizantes persiguió de forma atroz, y formó un gobierno monocolor nacionalista con capital en Nankín. Ejerció una dictadura personalista muy conservadora cuyo expreso propósito era recuperar la armonía social tradicional que predicaba Confucio, basado en una inapelable sujeción a la autoridad. Pero muy lejos de la filosofía confucionista, gobernó china continental de manera corrupta e ineficaz. Repartió arbitrariamente el poder político y económico entre sus grupos aliados y traicionó el contenido nacionalista de su propio movimiento al ceder crecientes ámbitos de influencia económica a los occidentales. También echó por la borda todas las promesas de reformas sociales como la reforma agraria, que había defendido durante el periodo de alianza con los comunistas.

Chiang promovió durante su gobierno un culto centrado en su supuestamente heroico historial, pero también en su inteligente, enigmática, ambiciosa y bella esposa. Como sucede en otros casos abordados en esta Historia Mundial de la Megalomanía (como en el liderazgo carismático árabe o el caudillismo latinoamericano) este culto no venía de la nada, sino que estaba muy arraigado en las tradiciones culturales chinas de veneración al hombre fuerte. Durante su gobierno en China Continental y, más tarde, en la isla de Taiwán los Chiang fueron profusamente reverenciados con una impresionante cantidad de escritos laudatorios, materiales visuales, monumentos y el resto de las usuales lisonjeras mezquindades que integran el bochornoso compendio de auto adulación pública y las cuales se empeña en acopiar esta breve colección de la ignominia.

La pareja presidencial de la China nacionalista decía tener todo tipo de cualidades humanas y sobrehumanas. La señora fue nombra "Eterna Primera Dama de China" y "Dama Protectora de los Desvalidos", mientras que él era, ni más ni menos, que "El Salva-

dor de la Humanidad ", "La Persona más Grande que ha Existido en la Historia" y "el Generalísimo". Todos los chinos de Taiwán estaban obligados a cantar en la escuela en loor de su excepcional presidente el siguiente himno:

> "Presidente, señor Chiang eres el Salvador de la humanidad y la persona más grande del mundo. Presidente, señor Chiang, eres el faro de la democracia, la gran muralla del mundo libre, eliminaste a los señores de la guerra, luchaste contra el invasor japonés, te opusiste con denuedo al comunismo y restauraste la gloria de la imperecedera raza china. ¡Señor Chiang! ¡Señor Chiang! Tu espíritu eterno por siempre sabrá guiarnos."

Pero la realidad, como sucede en todos estos casos de déspotas ególatras, era muy diferente. El mal gobierno de Chiang provocó un enorme descontento en el campo que le otorgó una sólida base a la revolución comunista. La intervención japonesa obligó al "invicto" Generalísimo a aliarse con los comunistas, pero los nacionalistas siempre llevaron la peor parte durante el conflicto, lo que coadyuvó a debilitarlos frente a las casi indemnes fuerzas maoístas. Al terminar la guerra con Japón, la situación social, militar y política de la china nacionalista era insostenible, lo que aunado a la palmaria incompetencia y venalidad del gobierno terminó por hundir a Chiang y lo obligó a refugiarse en Taiwán.

Fue en la isla donde el general vivió su etapa más feliz, al ser reconocido como el único gobernante legítimo de toda China por Occidente en el contexto de la guerra fría. Aunque no fue así para su insaciable esposa: si ya China continental se le hacía chiquita, en Taiwán debió de haber sufrido algo parecido a la claustrofobia. Chiang encabezó en Taiwán un gobierno autoritario y unipartidista. Impuso una perenne ley marcial que limitó los derechos políticos de los ciudadanos, incrementó el culto a la personalidad e incluso persiguió todo tipo de expresiones culturales locales con el pretexto de "no contaminar" a la "genuina" cultura china. Por otro lado, la corrupción menguó considerablemente en comparación con sus administraciones en el continente y estableció un modelo orientado a la exportación que terminó por hacer de la isla

una potencia comercial y por implantar un sobresalientes niveles de vida en ausencia prácticamente total de la pobreza, algo que debieron envidiar los regímenes socialistas. Asimismo, aunque autoritario, el gobierno de Chiang toleró grados limitados de libertades civiles y económicas que fueron las simientes de la actual democracia taiwanesa.

Pero el principal flanco del gobierno del Generalísimo seguía siendo la insaciable Lady Dragón, la personalidad más interesante de la pareja desde el punto de vista de esta breve historia de sátrapas locos. Nacida en Shanghái, hija de un ministro metodista y empresario que hizo una fortuna vendiendo biblias en China, Meiling recibió una esmerada educación en Estados Unidos. Se graduó en la Universidad de Wellesley el en literatura inglesa y filosofía. Conoció a Chiang Kai shek en 1920. El general tenía once años más que ella, estaba casado y era budista, pero quedó de tal manera prendado con la cautivadora Meiling que se divorció y se convirtió al cristianismo. Se casaron en diciembre de 1927. La pareja nunca tuvo hijos.

Como esposa del político más prominente de China, la inteligente Madame Chiang no se iba a conformar con un papel de segundona. Participó activamente en política. Fue miembro del Parlamento chino (Yuan Legislativo), secretaria general de la Comisión China de Asuntos Aeronáuticos, miembro del Comité Ejecutivo Central del Kuomintang. Más importante que eso, actuó como traductora al inglés, secretaria y consejera de más confianza de su esposo. Era su musa, sus ojos y sus oídos. Durante la guerra, Madame Chiang fue la mejor difusora de la causa china. Viajó a Estados Unidos donde atrajo a multitudes, apareció en la portada de la revista Time (primero con su marido como "Persona del Año" y después ella sola con el título de "Lady Dragón") En 1943 se convirtió en la primera ciudadana china (y segunda mujer extranjera) que hablaba ante una sesión en pleno del Congreso . Fue en estos años que concibió su insólito plan de dominio mundial. Según cuenta la autora Laura Tysion Li en su cautivadora biografía *Madame Chiang Kai-shek: China's Eternal First Lady*, la señora se ligó a Wendell Wilkie,

político estadounidense del Partido Republicano que había sido el rival de Roosevelt en las elecciones presidenciales de 1940 y pensaba nuevamente postularse en 1944. Se conocieron en Chongqing, capital de China durante la guerra mundial. Wilkie, que había sido enviado ahí en una misión de "buena voluntad" por el gobierno de su país, quedó prendado de la exquisita esposa del Generalísimo, una extraordinaria mujer de, a la sazón, de 45 años, sumamente hermosa, sexy e inteligente que hablaba un inglés perfecto y conocía los detalles del gobierno de China y de la guerra mejor que el babotas del marido. Madame Chiang estaba resuelta a enamorar al gringo e incluso a divorciarse de Chiang para casarse con quien podría muy bien ser el próximo presidente de la primera potencia mundial. El cómplice de esta descabellada intriga de amor y poder fue el empresario norteamericano Gardner Cowles, íntimo amigo de Willkie, quien cuenta (y nunca fue desmentido por la interfecta) que, un buen día, el político visitante se excusó de asistir por "sentirse mal" una recepción oficial. También fue notable la ausencia de Madame Chiang al evento. La furtiva pareja se encontró con toda discreción en la casa donde Cowles se estaba hospedando. Al terminar la recepción, Cowles volvió a dicho lugar, donde ya no había nadie. Minutos más tarde llegó el Generalísimo acompañado por un grupo de soldados. Furioso, sin dar explicación alguna, entró para revisar todos los cuartos del lugar. Buscó bajo las camas, dentro de los armarios, en el sótano, pero no vio a nadie, por lo que se disculpó y se fue.

Al día siguiente, muy tempranito, llegó Willkie con cara de adolescente extasiado tras su aventura con la chinita, misma que le contó al detalle a su amigazo Cowles: "Incluso le dije que se viniera conmigo a Washington, y ella ha aceptado", exclamó lleno de felicidad. Cowles buscó apaciguarlo, "¿Estás loco, Wendell? Se va a armar el escándalo más grande del siglo y tendrías que despedirte para siempre de tus ambiciones presidenciales". "Pero es que la amo!", exclamó el presidenciable cual muchacho primerizo. Tuvo que ser la fría y calculadora Señora Dragón quien le enfriara la... esperanza al novio, "Mira Wendell, tenemos que ser prudentes. En

un par de meses inicio una gira por Estados Unidos en la que haré todo lo posible por ganarme el corazón de los americanos y así será más fácil acostumbrarlos a la idea de tenerme como su primer dama".

Dos meses más tarde Madame Chiang inició su histórica gira triunfal. Se hospedo en la Casa Blanca, habló ante el congreso y se aventó la puntada de ocupar para ella, en exclusiva, todo un piso del Waldorf Astoria. A Madame le encantaban estos desplantes. Su apetito por el lujo era legendario y contribuyó significativamente a acrecentar la venalidad del régimen de su marido. Ahí recibió varias veces a Willkie. En una entrevista que tuvo en el comedor del gran hotel le explicó a Cowles, "Mira, sé que eres el mejor amigo y la mano derecha de Wendell y por eso te explico la razón por la que me quiero divorciar de mi esposo. Resulta que el Generalísimo es un puritano que concibe al sexo sólo como un medio de reproducción y me explicó la noche de nuestra boda que como ya tenía suficientes hijos de su matrimonio previo, pues no dormiríamos juntos jamás". Por supuesto que Cowles no creyó tan fantástica historia, tan obviamente diseñada para tranquilizar a Willkie. Más importante que esta mentirijilla, Madame Chiang le ofreció a su interlocutor, "estoy decidida a hacer todo lo que deba hacerse para garantizar la nominación presidencial de Wendell. Te suplico me hagas llegar las facturas de sus gastos de campaña para reembolsártelos de inmediato", y añadió esta asombrosa afirmación: "Si Wendell es electo, entonces él regirá en Occidente, y yo en Oriente, ya verás". Cowles reconocía la locura de tan desmesurado proyecto, pero Madame era tan encantadora que sólo acertó en asentir a lo que le decía.

Mientras se consumaban sus ambiciones mundiales, Lady Dragón hizo lo que pudo para tratar de elevar el nivel y el prestigio internacional de su cornudo marido. Lo acompañó a la Cumbre de El Cairo de 1943, que mantuvo con Churchill y Roosevelt, y en vez de visitar las pirámides o los bazares, "como Churchill expresamente lo deseaba", estuvo omnipresente en los salones de la conferencia, elegantemente vestida, cautivadora como siempre y fungiendo co-

mo traductora en jefe del Generalísimo. "Tienes que estar a la altura de los grandes líderes del mundo", le repetía a Chiang una y otra vez su excepcional traductora. La dragona asentía obsequiosa, quizá imaginándose que pronto ella sería la que organizaría cumbres con los grandes de la tierra para reordenar, junto con ellos, el futuro de la humanidad.

Pero los planes de dominio mundial se anegaron cuando Wilkie perdió las primarias y la nominación republicana. Desde entonces las cosas sólo empeoraron para Madame. Chiang empezó a limitar el poder de su destacada esposa y a tener "aventurillas" él también. En una ocasión la primera dama le arrojó un vaso en plena cara, lo que obligó al Generalísimo a desaparecer de la vista pública por varios días. Devaluada como gran personalidad política, quiso reverdecer sus laureles con una nueva gira de post guerra por Estados Unidos, pero Washington ya no era tan entusiasta con los Chiang. La corrupción e ineficiencia del gobierno nacionalista eran cada vez más evidentes. Ni siquiera fue recibida por Truman en la Casa Blanca. Pronto llegaría la debacle final de los nacionalistas y la huida a la isla.

El exilio taiwanés fue muy duro para Madame, pese al creciente culto oficial a su persona y no obstante a que continuó jugando un papel relevante a escala internacional. Fue patrona del Comité Internacional de la Cruz Roja, miembro honorario de la Fundación Británica de Ayuda a China y primer miembro honorario de la Sociedad Conmemorativa de la Carta de Derechos de la ONU. A finales de la década 1960 fue incluida entre las 10 mujeres más admiradas en Estados Unidos. Pero todo eso eran nimiedades para una mujer que llegó a soñar con ser dueña del orbe.

Tras su muerte en 1975, Chiang Kai-Shek fue sucedido en el poder por su hijo mayor, Chiang Ching Kuo, producto de un matrimonio anterior del padre, quien odiaba cordialmente a Madame Chiang. Ella decidió emigrar a Estados Unidos. Ambiciosa como siempre, regresó a Taiwán a la muerte de Chiang Ching Kuo en 1988 para buscar apoyos entre sus antiguos aliados en busca de la presidencia del país para ella misma. Sin embargo, el sucesor de

Chiang como presidente, Lee Teng Hui, decidido a democratizar al país y a eliminar el culto a la persona del Generalísimo y Sra., supo deshacerse de ella. En consecuencia, regresó a los Estados Unidos donde murió a los 106 años de edad.

LA "MARIPOSA DE HIERRO" Y FERDINAND, SU CLEPTÓMANO MARIDO

Toda su vida Ferdinand Marcos fue un protervo arribista; el clásico trepador inescrupuloso y sin clase que sólo causa nauseas a la gente bien nacida. Fue exorbitantemente ambicioso desde muy joven y pretendió el poder político, sobre todo, como medio para hacer mucho, pero mucho dinero. Por eso no extraña que se haya convertido en uno de los grandes cleptócratas de la historia. Un conocido estudio de Transparencia Internacional coloca a este sujeto junto con el gobernante indonesio Suharto como los gobernantes más corruptos de los tiempos modernos. Su cleptomanía se vio ampliamente acentuada por su matrimonio con la bella Imelda, mujer aún más ambiciosa, si cabe, con la que el corrupto compartió, además de cuantiosísimas riquezas mal habidas, un exaltado culto a la personalidad, que la ensalzaba a ella como la madre generosa de todos los filipinos, en especial de los pobres, y a él como un homérico héroe de guerra, aunque jamás pudo comprobar de manera convincente haberlo sido de verdad.

Hijo de maestros y miembro de familias de vieja alcurnia, pero venidas muy a menos (lo que agudizó su avidez por el dinero y su odio por la "oligarquía"), Marcos estudió Derecho en la Universidad de Filipinas, en Manila, donde se destacó por violento y alborotador. Fue arrestado y acusado de estar implicado en el asesinato de un rival político de su padre, así que debió terminar sus estudios en la cárcel. Siete años estuvo preso, hasta que logró hacer buena una apelación a su condena. Salió libre poco antes de la invasión japonesa a su país. Durante la guerra se enlistó como oficial

en las fuerzas armadas Filipinas, pero tras la caída del archipiélago en manos niponas cae un velo de oscuro misterio sobre sus actividades. Él siempre aseguró haber liderado una unidad guerrillera de resistencia, aunque jamás presentó pruebas fehacientes. Eso sí, durante su presidencia el mito de su "épico combate" contra el invasor fue la *pièce de résistance* de su culto a la personalidad.

Al terminar la guerra, Marcos pone su despachito para ejercer de abogado, pero su ambición no le permitiría conformarse con eso. Él quería ser rico y en Filipinas uno de los medios de ascenso social más rápidos y seguros era (y es, desde luego) la política, así que se afilió al Partido Liberal y al poco tiempo fue electo como diputado. De hecho, fue el legislador el más joven jamás electo en la breve historia del país.

Con mucha habilidad usó sus influencias y creciente notoriedad para hacer dinero, al grado que cuando conoció a Imelda —bella ex campeona de belleza de varios concursos y codiciadísima soltera— ella tuvo a bien aceptar su abrupta propuesta matrimonial (a los 11 días de noviazgo). La futura "Mariposa de Hierro" no se iba a conformar con cualquier muerto de hambre. Buscaba un rico, pero pese a que tenía pretendientes más ricos que el joven Ferdinand, mucho le vio a tan aguerrido pretendiente y decidió embarcarse con él. Era guapo, igual de devoto a las supercherías de la santería y la astrología que ella, y le aseguraba que algún día antes de veinte años sería presidente de la República. Indómito, Marcos se convirtió en senador y jefe indiscutible del Partido Liberal, a la sazón en la oposición. Tenía carisma, *good looking* y una guapa esposa que le añadía glamour a su liderazgo. Era el claro candidato para la presidencia en las elecciones de 1961, pero hizo entonces un pacto con sus correligionarios: él se esperaba hasta los comicios de 1965 si el partido se comprometía solemnemente a postularlo por aclamación. Pero al llegar la hora de honrar dicho pacto, resultó que los liberales decidieron declinar postularlo poniendo como pretexto -¡háganme ustedes el favor!- de que Ferdinand se hallaba involucrado en un número considerable de escándalos de corrupción. Decide entonces mudarse al Partido Nacionalista, que con menos

pruritos ante nimiedades como esa de la corrupción lo postula como candidato. Pruritos que, por lo visto, tampoco tenía el electorado filipino que lo eligió, aunque por escaso margen, frente a su adversario.

Su campaña fue un alarde de demagogia, despilfarro y populismo barato. Prometía que todos los filipinos dejarían la pobreza antes de terminar su mandato. Al "intelectualmente sofisticado" electorado filipino le encantó su seductora personalidad y también la no menos atrayente Imelda. Hacían una pareja verdaderamente divina que Filipinas no podía tener el mal gusto de perderse. Ferdinand llegó así a la presidencia 10 años antes que su propia profecía. En su primer mandato, Marcos propició un crecimiento económico impresionante... para él mismo, aunque también el país tuvo buenas tasas de incremento en el PIB por un tiempo. Consciente era de la importancia de la obra pública; por eso levantó por todo el archipiélago importantes infraestructuras que generaron muchos empleos, coadyuvaron a mejorar los renglones básicos de la economía y beneficiaron a una buena cantidad de empresas... propiedad del dinámico presidente y su distinguido clan, desde luego.

Imelda aprovecho su carisma con los pobres para desarrollar programas de beneficio a los pobres, a los que "adoraba". Sobre todo le conmovía ver a todos esos campesinos que iban a su jornada y todos esos niños que asistían a la escuela ¡SIN ZAPATOS! Lo cierto es que la pareja presidencial terminó su primer mandato siendo inmensamente popular, y ganó un merecido segundo mandato. No fue tan luminoso este nuevo período en el Palacio de Presidencial Malacañán para este par de bellos divos. El nivel de vida en el palacio presidencial era cada vez más alto, el crecimiento económico era boyante, pero no se podía decir lo mismo en el resto del país, que padecía cada vez más carestías y limitaciones. Mucho más grave que eso era el problema de la molesta Constitución, que, insolente, permitía al presidente sólo dos miserables y fugaces períodos presidenciales. De seguir al pie de la letra los caprichos de la Carta Magna, Marcos se vería obligado a abandonar el poder en 1972, y eso era una lástima, porque —de verdad— le había agarra-

do cariño al cargo. Pero, para su fortuna, el ambiente internacional jugaba a su favor. La Guerra Fría estaba en su apogeo, sobre todo en Indochina. Marcos siempre había sido un incondicional aliado de Estados Unidos, y en particular era magnífica su relación con los líderes del Partido Republicano. Así que con el apoyo de sus padrinos comenzó a una campaña del miedo. ¡Es el comunismo, estúpido! Si Franco era el centinela anticomunista en occidente, Marcos lo era en Oriente. Desplazarlo del poder en tan álgidos momentos era una arriesgada apuesta, una flagrante irresponsabilidad de dimensiones históricas. Obedecer a absurdas veleidades constitucionales equivalía entregar el poder a los comunistas... y ahí estaban ellos, horribles, con sus protestas cada vez más estridentes en las calles de Manila.... y había guerrilla, ...mucha guerrilla comunista e incluso de fundamentalista islámica...sobre todo en la isla de Mindanao.

Hasta entonces Marcos había sido un presidente autoritario, bribón y corrupto, pero no exactamente un dictador Fue en 1972, tras el oportuno asesinato por "un grupo comunista" del ministro de defensa (quien, casualmente, era uno de los principales opositores de Marcos) que el presidente se ve obligado a cerrar el Congreso, encarcelar a los dirigentes opositores, destituir a todos los alcaldes y, en septiembre de ese año, obtiene un mandato —vía referéndum— para reformar la Constitución. Visionario como siempre fue, Ferdinand elimina esa insensatez de prohibir su reelección. Demasiada presente está actividad de la guerrilla comunista y muy graves son los constantes descalabros de la ley y el orden en las grandes ciudades como para andar cambiando presidentes, ¡qué cosa! Y de ahí, a gobernar por decreto. Aficionado al plebiscito más que a las molestas elecciones, el presidente logró refrendar en varias ocasiones, por este medio, la suspensión de garantías políticas.

Estos son los años del gran enriquecimiento familiar (lo de antes sólo fue un tentempié), del culto a la personalidad y el progresivo enloquecimiento de un hombre que se vendía como paladín anticomunista y salvador del mundo libre, cosa que con gusto le compraban los paranoicos políticos de Washington. Y para afianzarse

en el poder, Marcos construyó un desmedido culto a la personalidad. Exigió que su imagen fuera desplegada en cada rincón de la su intrincada patria. Cada negocio, oficina y salón de clase debería contar con una imagen oficial del presidente. También hubo los monumentos, timbres postales, y demás parafernalia de rigor en estos casos. Pero, por alguna razón, la debilidad de Ferdinand era la publicación de biografías laudatorias que hicieran recuento puntual de los formidables éxitos de sus gobiernos y, sobre todo, sus inmarcesibles epopeyas militares durante la invasión japonesa. Se publicaron más de 800 panegíricos del líder-combatiente, se filmaron también decenas de películas y programas de televisión, todas describiendo hasta el detalle presuntas hazañas de este guerrero inaudito de las cuales —¡lástima!— no había quedado ni un solo sobreviviente que las corroborara. Proezas sin testigos que fueron justamente premiadas. Fue el militar más condecorado en la historia militar de Filipinas. Obtuvo 31 medallas por su valor, todas ellas adjudicadas después de acabada la contienda, cuando este moderno Aquiles ya era un político influyente, y buena parte de las mismas se las concedió a sí mismo durante su presidencia, "Yo Ferdinand Marcos, Presidente de la República le concedo a usted, Ferdinand Marcos, héroe de la Patria, esta nueva medalla por sus méritos en los combates contra la agresión japonesa", proclamaba ante un espejo de cuerpo entero mientras se ajustaba una medalla en el pecho con una enorme explanada como escenario, rodeado de columnas militares y una banda marcial tocando marchas triunfales. Como sucede a veces, en este caso, la realidad fue un poco más prosaica. Tras la caída del sátrapa empezaron a revelarse informes secretos de la CIA en las que quedaba claro que el héroe inmortal había fabricado un gigantesco fraude. Nunca encabezó con efectividad movimiento de resistencia alguno e incluso hay indicios de que colaboró con el enemigo y que su actividad bélica predominante fue la del saqueo de bienes nacionales.

Otra particularidad del culto a la personalidad de Marcos fue su carácter clánico. Se rodeó de un andamiaje familiar, tribal, financiero y burocrático que en el momento de abandonar el poder exten-

día tantas ramificaciones como diversidad insular tiene el país. No era sólo un hombre en el poder, sino un clan en el que la mariposa de hierro ocupaba un lugar central. La hija mayor del matrimonio, María Imelda, conocida como Imee, dirigía el movimiento juvenil Kabataan Baranga, del partido de la Nueva $ociedad de Marcos, así como era diputada por la provincia natal del presidente, Ilocos del Norte; Benjamín Romuáldez, hermano de Imelda, era gobernador de la provincia de Leyte, también su feudo natal, y embajador y director del diario de mayor tirada del país; su hermano menor, Alfredo, era propietario de casinos, restaurantes y centros de diversa recreación; Herminio Disini, primo de Imelda, controlaba la industria tabaquera y representaba en régimen monopolista a grandes firmas internacionales; Ferdinand, de 28 años, hijo mayor del matrimonio, era asesor especial del presidente; y una hermana de Ferdinand junior era gobernadora de Ilocos. El clan familiar se extendía, naturalmente, a un círculo de amistades que controlaban la totalidad de los medios de comunicación, una gran parte de la banca y el comercio exterior. La pieza central, sin embargo, de esa diadema recamada de poderes emparentados, fue la propia Imelda dos veces reina de belleza (una por su nativo Tlacoban a los 18 años, y otra ya en Manila a los 22), parienta pobre de familia rica, santera, obsesionada con la astrología y el Tarot, proyecto coetáneo de una pretendida Evita de ojos rasgados que se bien se perpetró —eso sí— el futuro contra cualquier riesgo de contagio entre los menesterosos. Imelda era —en 1975— no sólo primera dama sino gobernadora del Gran Manila, la mayor concentración humana del país. Tres años más tarde fue designada ministra de Recursos Humanos y, si lo demandaban las circunstancias, enviada especial para entrevistarse con Mao, Breznev o Khadafi. Llegó a ser considerada por Forbes una de las diez mujeres más ricas del mundo, con mansiones en Nueva York y California y cuentas con cientos de millones de dólares en Suiza y paraísos fiscales. Todo esto, claro está, sin contar sus célebres zapatos.

La tiranía de Marcos entró en decadencia al iniciar los años ochenta. En 1981, ante el creciente desapego de la opinión pública

a su mal gobierno, Marcos levantó la ley marcial y consintió, tres años más tarde que, en celebrar las primeras elecciones legislativas de la dictadura. Cincuenta y nueve candidatos de oposición llegaron al Congreso. Poco después, en agosto de 1983, el jefe de la disidencia en el exilio, Benigno Aquino —que regresaba a Filipinas tras años de exilio en Estados Unidos— , fue asesinado a su llegada al aeropuerto de Manila. Ese crimen desencadenó una avalancha de acontecimientos entre los que destacaron como factores determinantes para la caída del sátrapa cosas como la inusitada pérdida del apoyo norteamericano (¡En plena presidencia del, supuestamente, "ultraderechista" Reagan!), la no menos sorpresiva defección de la Iglesia Católica y, sobre todo, una ejemplar movilización ciudadana que supo utilizar muy bien la poco inspiradora imagen de la viuda del líder ultimado, Corazón Aquino, para deshacer de Marcos para siempre.

NACIONALISMO POST COLONIAL Y CULTO A LA PERSONALIDAD

Culto a la personalidad e ideología, deshumanización e ideología, perversidad e ideología se han mezclado siempre en los totalitarismos. Ortega y Gasset razonó, en este sentido, que "el bolchevismo y el fascismo son dos pseudo alboradas que no traen la mañana de mañana, sino la de un arcaico día pasado, usado una o muchas veces...". El retrato de estas deyecciones humanas que han sido los dictadores que han pretendido ser dioses se multiplicó en los regímenes fascistas y comunistas, pero tras terminar la Segunda Guerra Mundial sobrevino una nueva generación de autócratas adictos a la glorificación que no estaban adscriticos a ninguna de las utopías ideológicas del siglo xx, sino que fueron resultado del acelerado proceso de descolonización que originó la independencia de decenas de nuevos Estados asiáticos y africanos, naciones que no contaban con sistemas institucionales sólidos y, por lo tanto, fueron proclives a caer bajo la égida del "hombre fuerte", en el sentido de aquello que Max Weber denominó la "legitimización de la autoridad por la vía carismática"

La descolonización asiática y africana fue un periodo de intensa de formación de nuevas estructuras estatales, muchas veces en países que no contaban con una sólida identidad nacional previa y cuyas fronteras habían sido "inventadas", es decir, delineadas de forma artificial más por las necesidades geopolíticas de las metrópolis que ocuparon estos territorios que por contener de, forma genuina, a estirpes más o menos homogéneas dueñas de una cultura e historia común. Fueron personajes dueños de poderosa personalidad

y voluntad de dominio como Sukarno Nkruma, Nasser, Saddam Hussein y tantos más los que en las flamantes naciones del Tercer Mundo vanamente encarnaron las esperanzas de una exitosa construcción nacional.

Este proceso de edificación de nuevas nacionalidades aportó a la historia del culto a la personalidad algunas de sus más estrambóticas páginas. La mayoría de los dictadores postcoloniales pretendió apuntalar su legitimidad con un estentóreo discurso antiimperialista. La lucha por erradicar para siempre los recuerdos de la opresión foránea llevó a los sátrapas post coloniales a tratar de suprimir todo vestigio material e incluso cultural del pasado: instituciones políticas y administrativas, sistemas económicos, nombres de calles y ciudades, símbolos, costumbres e incluso el idioma de los antiguos gobernantes. Una identidad nativa sería fijada a rajatabla con la guía providencial del gran líder.

Ian Buruma escribió que los dictadores sólo desaparecerán para siempre "cuando la gente está decidida a renunciar a la disposición, cuando no al deseo, de ser gobernada por ellos". Tal cosa quizá jamás sucederá. Los tiranos ejercen una atracción fatal sobre los pueblos desde el principio de los tiempos. Son seres percibidos como poseedores de "grandeza", a diferencia de los anodinos y demasiado humanos políticos democráticos. Asomémonos a la historia universal y se verá como los Napoleones, Alejandros y Césares son los que roban nuestra inspiración e imaginación. Los grandes dictadores, aparentemente, otorgan a los pueblos causa y destino, son los que triunfan en los campos de batalla, los que emprenden grandes obras, mientras que los demócratas solo son capaces de presentar en mezquinos parlamentos convencionales planes políticos y administrativos y las únicas guerras que ganan son en las aburridas urnas. Inclusive muchos intelectuales de ayer y hoy prefieren ensalzar las personalidades de los Grandes Hombres, seducidos por el embrujo del poder absoluto.

El proceso de independización en Asia y África dio lugar a nuevos cultos a la personalidad, mientras que en América Latina hacía lo propio la aparición del fenómeno populista, fiel heredero de las

tradiciones caudillistas. Hoy, en pleno siglo XXI y pese a lo que se diga, el culto a la personalidad sigue vivo, y lo está porque jamás cambiará la naturaleza humana y su necesidad de adorar a un gran padre infalible y protector, de solazarse con el espectáculo del poder, de dejarse arrastrar por los entusiasmos masivos. Actualmente los políticos candidatos a la glorificación saben hacer lo que hacían muy bien sus antecesores. Manejan magistralmente los medios de comunicación, manipulan los sentimientos ciudadanos, fomentan los prejuicios nacionalistas y, sobre todo, ofrecen protección. Siguiendo a Buruma "la más poderosa arma del dictador: nuestros miedos, el miedo a enemigos ocultos que nos amenazan desde el exterior y también dentro de casa; el miedo a la impotencia y falta de sentido de nuestra individualidad; y claro, el miedo a la propia libertad."

FLAMBOYANT SUKARNO

El bonito adjetivo "flamboyant" describe, en inglés, a las personas o cosas que son mundanas, elaboradas, floridas, vistosas, ricas en color y resplandecientes. No existe que yo sepa, un término en español que sea tan puntual cuando se necesita retratar algo excepcionalmente vistoso y extravagante. Y justamente "flamboyant" es la palabra que define mejor el carácter elegante y carismático del principal líder de la independencia de Indonesia, Ahmed Sukarno, uno de los principales líderes surgidos del proceso de descolonización de la posguerra, forjador del llamado "Tercer Mundo" (término hoy tan en desuso) al lado de los no menos "flamboyants" Nasser, Nkrumah y Nehru (más tarde se les uniría, ni más ni menos, que ese otro campeón de la galanura: Tito). Estos distinguidos gobernantes dieron lugar al Movimiento de los No Alineados, que procuró adoptar una improbable postura equidistante entre los dos grandes bloques enfrentados en la Guerra Fría. Salvo Nehru, todos ellos encabezaron gobiernos autoritarios cuya otra moneda corriente fue la práctica del culto a la personalidad a tan excepcionales jefes. Regímenes nacionalistas y más o menos socializantes que a final de cuentas conocieron un estrepitoso fracaso.

Nacido casi con el siglo xx en Java, originario de una familia modesta, desde chico tuvo cualidades de líder y una inteligencia excepcional. En las escuela media fue apodado Djago (campeón) por su buena apariencia y distinguida personalidad. Aprendió a hablar javanés, balinés, indonesio moderno, árabe, holandés, alemán, francés, inglés y japonés. Con tan imponentes y numerosas virtudes era obvio que el hombre estaba destinado a la "grandeza".

Como estudiante de ingeniería en Bandung descubrió sus dotes y vocación para la política. Bregó incansable por la independencia de su país de la dominación neerlandesa. Fundó en 1927 el Partido Nacionalista Indonesio, organización que luchaba por la independencia desde una postura más moderada que la asumida, a la sazón, por organismos radicales de tendencia musulmana fundamentalista o comunista, ambas doctrinas muy influyentes dentro de ciertos sectores de la población.

Sukarno padeció cárcel y destierro, pero el panorama cambió para el movimiento nacionalista indonesio a partir de la invasión japonesa de marzo de 1942. Los nuevos ocupantes decidieron emprender una política conciliatoria con los nacionalistas, con el propósito de asegurar la cooperación de la población con la causa militar nipona. Los japoneses involucraron a los políticos independentistas indonesios para que se corresponsabilizaran de la administración del archipiélago, y prometieron otorgar la independencia para cuando terminara el conflicto. Así, las tropas japonesas fueron vistas en Indonesia como "libertadoras", en agudo contraste con lo que sucedía en otras regiones de Asia y el Pacífico, donde el ejército del Imperio del Sol Naciente ejercía una opresión bárbara. En marzo de 1943, varios movimientos nacionalistas e fusionaron en el Centro del Poder Popular (Putera), bajo el liderazgo de Sukarno. Esta nueva organización se dedicó a coordinar la colaboración de los indonesios con las fuerzas ocupantes, promoviendo el trabajo "voluntario" en favor del ejército japonés. El reclutamiento de personal incluía no sólo a trabajadores, sino a soldados y a mujeres que fueron forzadas a prostituirse. Los japoneses se encargaron de armar y adiestrar a las fuerzas de defensa indonesias (Peta), que sería el germen del ejército nacional, mismo que desempeñaría, a partir de ese momento -y hasta la fecha- un papel clave en la historia política del país.

En 1945, Japón anunció que preparaba la independencia de Indonesia, proyecto que fue suspendido a causa de la derrota nipona en la guerra. El 17 de agosto (tres días después de anunciada la capitulación japonesa), Indonesia declaró su independencia de

manera unilateral. La nueva nación, encabezada por el audaz Sukarno, adoptaría una Constitución presidencialista y unitaria, en la que quedaría plasmada la llamada "Pancasila", es decir, la doctrina nacionalista que conformaba cinco principios rectores del Estado: creencia en un único dios, cooperación y buena voluntad entre toda la humanidad, unidad nacional, democracia representativa y justicia social. Estos postulados, enunciados de manera tan general e imprecisa, pretendían ser pilar de la unidad nacional, ya que todos los grupos étnicos y religiosos del país podrían identificarse con ellos sin demasiados problemas.

La declaración de independencia no fue reconocida ni por los Países Bajos ni por las naciones aliadas, las cuales consideraban a los líderes nacionalistas indonesios como colaboracionistas por haber mantenido buenas relaciones con los japoneses. Se inició, en consecuencia, un sangriento período de reconquista militar por parte de los aliados. Empero, las bien entrenadas tropas de la Peta presentaron una resistencia muy eficaz, al grado de que muy pronto los neerlandeses accederían a iniciar negociaciones de paz. A principios de 1947, los Países Bajos ofrecieron un acuerdo para la independencia en que se comprometían a abandonar definitivamente el territorio indonesio a condición de que se aceptara en el país la implantación de un Estado federal, ya que las autoridades coloniales consideraban que ésta era la única manera de asegurar la subsistencia de la unidad nacional en virtud de la compleja diversidad étnica y religiosa que imperaba en el archipiélago. Los holandeses accedieron a reconocer la independencia de los Estados Unidos de Indonesia, la cual se formalizó el 27 de diciembre de 1949. Sukarno conservaría la presidencia de la República.

En atención a los deseos de los neerlandeses, la primera Constitución del país fue de tipo federal y parlamentaria. Dieciséis estados ejercerían una autonomía limitada dentro del ámbito nacional. Sin embargo, el experimento federal fracasó estrepitosamente en menos de un año. Efectivamente, aunque las diferencias regionales eran considerables en un país tan complejo y extenso, lo cierto es que prevalecía una enorme disparidad entre Java, por mucho la

isla más rica y poblada del país, y el resto de la federación, lo que hacía completamente inviable económicamente la existencia de la mayor parte de los estados. Muy pronto, incluso varios de los propios estados decidieron disolverse. En agosto de 1950, la federación desapareció, para dar paso a la República de Indonesia, un Estado unitario, democrático y parlamentario, según la Constitución provisional que fue adoptada en ese momento.

Tampoco funcionó el parlamentarismo. El sistema de partidos sería reflejo de la aguda multiplicidad étnica, religiosa y social que prevalecía en el país.

El multipartidismo exacerbado que muy pronto arrojaría como consecuencia una inevitable inestabilidad gubernamental. Cada partido representaba a los distintos intereses regionales, muchas veces gravemente enfrentados entre sí. La inoperancia de este sistema tan complejo y enfrentado de partidos provocó que la población se desilusionara del sistema democrático. Se culpaba a la democracia parlamentaria de agravar los problemas de Indonesia y poner en peligro la unidad de la nación. Con el país en el umbral del caos total, Sukarno, quien hasta el momento había mantenido un "bajo perfil", dio un golpe de timón. Comenzó a criticar abiertamente al parlamentarismo, a Occidente y a la democracia liberal, proponiendo que el país adoptara "formas indonesias de gobierno" que estuvieran más de acuerdo con la idiosincrasia nacional. Sukarno aprovechó la añoranza que sentía la población del heroísmo de las épocas de la independencia y supo explotar su popularidad personal, no contaminada por el desprestigiado parlamentarismo. Formuló ataques contra el multipartidismo y se acercó a los comunistas y a los sectores más nacionalistas del ejército con la intención de asegurarse una sólida base de apoyo para el futuro. En marzo de 1957, el gobierno declaró la ley marcial. Sukarno sería desde ese momento indiscutiblemente el hombre fuerte del país con el apoyo de la burocracia y de las fuerzas armadas. En medio de la inestabilidad gubernamental y con la unidad nacional a punto de desvanecerse terminaba el experimento parlamentario, para dar paso esas "formas indonesias de democracia".

Sukarno fue de los primeros estadistas que justificaron la implantación de un régimen autoritario y personalista bajo la premisa de que grandes diferencias culturales entre su país y occidente hacían inviable el funcionamiento de una democracia tradicional y que se necesitaba adoptar rasgos "locales" en el sistema de gobierno. Para él, la democracia "a la indonesia" debería basarse en conceptos y tradiciones locales antes que imitar "ciegamente" los modelos occidentales. Las bases del nuevo sistema deberían de ser tres elementos largamente presentes en las costumbres políticas indígenas: la cooperación mutua (gotong rojong) la deliberación (musyawarah) y el consenso (mufakat). El presidente propuso un gobierno basado en la colaboración de los cuatro principales partidos políticos y de un consejo nacional en el que estuvieran representados los grupos de interés nacionales (bautizados como "grupos funcionales"), entre ellos los sindicatos, las organizaciones agrícolas, los empresarios, las instituciones religiosas y las fuerzas armadas. El guía indiscutible del país sería el presidente de la República, último responsable de hacer funcionar las "políticas de consenso". El nuevo sistema recibió, por parte de su creador, el nombre de "democracia dirigida".

Desde luego, detrás de la fechada de la "democracia dirigida", en Indonesia lo que estaba por implantarse era un autoritarismo personalista sólidamente apoyado en las fuerzas armadas y en el culto a la personalidad del líder. Por decreto, Sukarno estableció una Constitución presidencialista la cual concedía amplios poderes ejecutivos al jefe de Estado, situación ideal para el funcionamiento de la "democracia dirigida", mientras que el Parlamento fue relegado a un segundo plano.

Tras la disolución del régimen parlamentario y la imposición de un perenne "estado de guerra", transcurrieron dos años de continuas revueltas regionalistas, suscitadas a lo largo de toda la nación. Fue solamente gracias a la intervención del ejército que las rebeliones pudieron ser controladas, factor que, evidentemente, reforzó el poder y la influencia de las fuerzas armadas dentro del sistema político. El prestigio de los militares estaba en su cúspide, y

era obvio que Sukarno no podría mantener su "democracia dirigida" sin el apoyo castrense. Era vital preservar la unidad del país, amenazada a causa de la inestabilidad gubernamental y de las rivalidades regionales. Urgía restaurar en Indonesia un sentido de identidad nacional que fuera capaz de garantizar en el futuro la supervivencia del país. Para ello, Sukarno eligió un estilo demagógico y estruendoso de liderazgo, que fundamentalmente consistió, al interior, en un encendido populismo que lo llevó a estatizar buena parte de la economía, a iniciar un fastuoso programa de construcción de obras y grandes monumentos en honor a la independencia nacional y la lucha antiimperialista (tan feos como completamente innecesarios), a adoptar una agresiva retórica de tipo nacionalista y promover alegremente el culto a su carismática persona, mientras que hacia el exterior proclamaba posiciones tercermundistas y "antiimperialistas.

Ni un solo momento se privó Sukarno de las delicias del poder. Desde que fue nombrado presidente decidió establecerse en el espléndido palacio que había sido sede de los gobernadores generales neerlandeses en la época de la colonia, llena de estupendas pinturas de la época de oro del arte holandés, y donde casi a diario ofrecía grandes banquetes, elegantes recepciones, conciertos, bailes y demás saraos. Rivalizaba en esplendor con los ágapes que a la sazón ofrecía en la Casa Blanca Jacqueline Kennedy y su marido. *Flamboyant years, indeed!*

El presidente era muy aficionado a las concentraciones masivas donde se le aclamaba y en las que machacaba hasta el delirio con los Principios del Nefo, el acrónimo con el que bautizó a las "nuevas fuerzas emergentes" y de los NoAl (no Alineados), en contraposición con el Nekolim, el neocolonialismo e imperialismo de las viejas y potencias coloniales. Pero las consecuencias del populismo y la frivolidad de Sukarno fueron devastadoras para la economía de Indonesia. Dentro de los sectores estatizados se encontraban la mayor parte de las empresas neerlandesas, las más productivas del país, mismas que no tardaron en encontrarse en la más absoluta bancarrota. La deuda externa creció en proporciones astronómicas

en poco tiempo, las exportaciones declinaban vertiginosamente y la inflación aceleraba con un vigor preocupante. Por otro lado, la corrupción afloraba. Sukarno y sus allegados llevaban un estilo de vida lleno de lujos y excesos.

El Partido Comunista sería central dentro del esquema de la "democracia dirigida". Se había convertido en la organización política más poderosa del país, en virtud a su férrea organización, a la penetración que había logrado en las zonas urbanas y al impulso que estaba recibiendo por parte del gobierno de Sukarno. Al mismo tiempo el ejército, el otro gran pilar del régimen sukarnista, estaba indignado por el desproporcionado ascendiente político de los comunistas. De tal forma, Sukarno necesitaba cumplir con la delicada tarea de establecer el equilibrio entre comunistas y fuerzas armadas, las dos columnas que le permitían sostenerse en el poder.

Mientras al interior del país la economía naufragaba y la animadversión que se profesaban el ejército y los comunistas incrementaba, el prestigio internacional de Sukarno alcazaba dimensiones universales. La política exterior fue el gran caballo de batalla del régimen. Durante estos años, Indonesia asumió una actitud confrontacioncita frente a las principales potencias occidentales. La lucha antiimperialista, anticolonialista y tercermundista de Sukarno arrancó en toda forma con la realización de la Conferencia de Bandung en 1955, a la cual asistieron los principales dirigentes políticos de África y de Asia y que daría un impulso definitivo al proceso descolonizador que el mundo viviría en los años sesentas. Asimismo, Sukarno fue uno de los principales inspiradores del Movimiento de los No Alineados", que pretendía ser una "tercera vía" frente a la confrontación entre la URSS y Estados Unidos durante la Guerra Fría.

Su obsesión por presentarse como "líder del Tercer Mundo" llevó a Sukarno a retar abiertamente a los Países Bajos y a la Federación Malasia. A principios de los setentas, ordenó preparar una guerra para reconquistar el sector occidental de Nueva Guinea, aún en poder de los holandeses. En 1962, las autoridades de los Países

Bajos decidieron ceder y con la mediación de la ONU abandonaron el territorio en litigio, que fue recuperado por Indonesia en 1963.

La restitución de Nueva Guinea occidental fue un éxito que ensoberbeció aún más a Sukarno, que endureció su retórica tercermundista al declararle la guerra a lo que él llamó el "Neocolim" (acrónimo que ya no sólo se refería al colonialismo, sino también al imperialismo) y a las Viefest (viejas fuerzas establecidas). Así pensaba Sukarno que debía gobernarse una nación como Indonesia: a golpe de inventar acrónimos extravagantes. El jactancioso líder del Tercer Mundo también se propuso hacerles la vida pesada a sus vecinos. En septiembre de 1963, se opuso terminantemente a la formación de la Federación de Malasia, lo que casi provoca una confrontación militar entre las dos naciones. Sukarno acusaba a Malasia de ser un "títere del imperialismo", destinado a tratar de "cercar" a Indonesia e impedir que su influencia internacional siguiera creciendo, además de que Yakarta reclamaba como posesiones indonesias a la sección noroccidental de Borneo. Su enemistad con Malasia llevó a Indonesia a retirarse temporalmente de la Organización de las Naciones Unidas en 1965, como protesta por el ingreso de la Federación al Consejo de Seguridad como miembro temporal.

Sukarno pretendía "aplastar" a Malasia y, más tarde, formar un "eje" con China Popular y Corea de Norte. Por supuesto, sobra decir que todas estas disparatadas iniciativas acrecentaban las tensiones en el Sudeste Asiático, justo cuando en Indochina comenzaba una intervención a gran escala de Estados Unidos en Vietnam. Los estrategas del Pentágono y la CIA consideraban que Estados Unidos no podía darse el lujo de permitir a un gobierno "filocomunista" en una región tan estratégica como Indonesia, por lo que empezaron a estudiar las formas de deshacerse de Sukarno. La aguda inestabilidad política que afectaba a Indonesia, apenas disimulada tras el "esplendor" internacional de Sukarno, pronto haría el trabajo. El primero de octubre de 1965, los comunistas, apoyados por un puñado de oficiales del regimiento de Guardias Presidenciales simpatizantes del PCI, intentaron dar un golpe de Estado. La reacción de

las fuerzas armadas fue contundente. La intentona fue aplastada, desatándose una tremenda represión en todo el país. Fundamental había sido la actuación del mayor general Suharto, que fue capaz de derrotar la insurrección en todo el país mientras Sukarno se retiraba a esconderse a su residencia de verano.

Durante más de un año se desató una sangría en la nación, en la cual fueron víctimas cientos de miles de comunistas. Tras la represión, Sukarno apareció ante su pueblo como un dirigente definitivamente debilitado, responsable del deterioro económico y social de las mayorías a causa de sus políticas demagógicas y sus corruptas actitudes. Rehén del ejército, Sukarno accedió a proscribir al Partido Comunista y a otorgar a Suharto amplios poderes. El otrora "líder del tercer mundo" no era ya sino una sombra. En marzo de 1967, la Asamblea Popular Consultiva removió de la presidencia a Sukarno y designó a Suharto jefe de Estado interino.

El fundador del movimiento de los No Alineados murió a la edad de 69 años. Suhartho, que no tardaría en ganarse el título del gobernante más corrupto de la historia, ordenó unos funerales discretos, indignos de que había gozado tanto relumbrón mundial. Aun así, asistieron más de 50,000 admiradores. El culto a Sukarno fue proscrito hasta bien avanzados los años setenta, cuando el gobierno decidió rehabilitarlo como uno de los padres de la independencia. El discurso tercermundista duraría un poco más. El movimiento de los No Alineados es hoy un cascarón insostenible, pero el discurso antiimperialista todavía vende bien en algunos subdesarrollados ámbitos.

EL ELEGANTE REDENTOR DEL KENTE

El Ghaneano Kawame Nkrumah fue uno de los más destacados exponentes de esa generación de rutilantes líderes que encabezaron el proceso de descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial y que integraron también Sukarno, Lumumba, Nyerere y Nehru, entre otros. Todos ellos carismáticos, grandes oradores, ideólogos consumados del tercer mundo, ambiciosos, elegantes, enérgicos y protagonistas en los años cincuenta y sesenta de los sueños de construir una opción no alineada frente a las pugnas ideológicas entre el Este y el Oeste. "No miramos hacia el Este ni hacia el Oeste: miramos hacia el futuro", es una de los apotegmas más citados de Nkrumah, un intelectual dedicado a la academia que desde muy joven se comprometió con la lucha a favor de la independencia de Ghana frente al Imperio Británico. Fue detenido y condenado a tres años de prisión, pero cuando se celebraron elecciones para la nueva Asamblea Nacional ghaneana en 1951 su partido ganó 34 de los 38 escaños que integraban la Cámara. Los británicos lo sacaron entonces de la crujía donde lo tenían y lo invitaron a encabezar el gobierno colonial, desde donde procedió a subvertir plan que tenía Londres de propiciar una transición gradual hacia la independencia de Ghana dentro de la Commonwealth y reclamó completo inmediato autogobierno. El Imperio cedió. La plena independencia se proclamó en 1957, siendo Ghana el primer país del África Subsahariana en lograr este estatus. Dueño absoluto del poder político de la joven república, pronto Nkrumah introdujo una nueva Constitución que le permitió gobernar por decreto. El Estado tenía el control total de los medios de comunicación opositores

políticos fueron perseguidos y encarcelados, y la falta de respeto "a la persona y la dignidad del Jefe de Estado" se convirtió en un delito punible penalmente.

Mediante la celebración de un referéndum en 1964, Ghana se convirtió en un Estado de partido único. ¡Menudo referéndum! Los días previos a su realización la prensa gubernamental advirtió veladamente que se tomarían represalias contra quién no votase por el "sí" o hiciera campaña activa contra el gobierno. También se tomaron otras ingeniosas medidas para garantizar el triunfo del "sí", como la ausencia de ranuras en las urnas de destinadas a recibir los votos del "no". De esta forma, Ghana pasó a ser un régimen unipartidista y Nkrumah concentró más y más poder en su persona.

Hombre inteligente, pero invadido de insaciables delirios de grandeza, Nkrumah estableció un intenso culto a la personalidad, empezando por los ditirámbicos títulos con los que fue conocido. Era "El Hombre del Destino", "La Estrella Negra de África" "Su Alta Dedicación", pero sobretodo fue el "Osagyefo", una palabra que en la lengua Twi significa "Redentor". Era, pues, el gran redentor de África, y como tal su imagen aparecía en todas partes: sellos postales, monedas, billetes de banco, estatuas, e imágenes en las oficinas del gobierno. El "Hombre del Destino" quería unir a África -con él como líder supremo, evidentemente- y hacer del continente negro una potencia capaz de competir con Estados Unidos y la Unión Soviética. La prensa controlada elogiaba al redentor y frecuentemente lo describía como "El único hombre capaz de transformar a Ghana, al África, y al mundo entero". También decía que "El nombre de Kwame Nkrumah se escribirá en como el libertador, el Mesías, el Cristo de nuestro tiempo, cuyo gran amor por la humanidad será determinante en los cambios que habrán de venir en Ghana, en África y en el mundo", y algunos doblaban la apuesta para concluir enfáticamente: "es Kwame Nkrumah África y África es Kwame Nkrumah… su nombre es un soplo de esperanza… Kwame Nkrumah es nuestro padre, nuestro maestro, nuestro hermano, nuestro amigo, de hecho, él es nuestras propias vidas".

El redentor elaboró su propia ideología, el Nkrumahismo, otra paparruchada fruto de los delirios de un megalómano que solo era un revoltijo de marxismo con nacionalismo pan africano y clichés de por aquí y por allá. Era el Instituto Kwame Nkrumah el responsable de difundir tan preclara y novedosa ideología, la cual se definía como "la doctrina de la Nueva África, independiente y absolutamente libre de imperialismo, organizada a escala continental, fundamentada en la concepción de la África Una y Unida, que obtiene su fuerza de la ciencia y la tecnología modernas y de la creencia africana tradicional de que el libre desarrollo de uno mismo está condicionado por el libre desarrollo de todos". Ni más, ni menos. Así resumía este galimatías al Nkumahnismo. Todos los estudiantes de educación superior, así como todos los servidores públicos, estaban obligados a asistir a los cursos de orientación ideológica de dos semanas de duración que impartía tan insigne Instituto. La instrucción que daba El redentor a los alumnos era clara: "deben darse cuenta que la ideología del partido es religión, y debe ser practicada fiel y fervientemente".

Pero las aportaciones más originales a la historia mundial de la megalomanía del culto a la personalidad de Nkrumah se dieron en el terreno deportivo y, curiosamente, en el textil. Nkrumah pretendía reivindicar identidad autónoma del africano (la famosa "negritud") no sólo en la vertiente política, sino también en lo cultural y hasta lo deportivo. Afirmaba que siglos de esclavismo y humillaciones habían dañado considerablemente la autoestima del africano. Aficionado ferviente al fútbol, quiso cimentar a través de este deporte un imaginario colectivo que fuera útil en el rescate de África y en su proyección al futuro como una "gran potencia", y que también sirviera para suprimir los enconos que prevalecían entre las diferentes etnias que conformaban Ghana, un país cuyas artificiales fronteras habían sido el resultado de las negociaciones imperiales entre Francia, Alemania y Gran Bretaña y que no respetaron historia, etnias o tradiciones.

Cuando Nkrumah nació, en 1910, Ghana era todavía la Costa de Oro, una colonia británica que había sido uno de los principales

centros de acopio de esclavos y cuyos límites no correspondían a los territorios históricos de los reinos africanos que precedieron a la colonización, en particular al gran Imperio Ashanti, el que conoció su brillante apogeo en el siglo XVIII.

Nkrumah tenía el reto de fortalecer la identidad nacional de su joven república, y vio en el fútbol una oportunidad. Decretó la formación de un ministerio de deportes y la creación de una Federación Ghaneana de Futbol que en 1958 se afilió la FIFA. Para fortalecer al fútbol ghanés se programaron varias visitas de equipos europeos y de jugadores famosos a Ghana. Jugaron en Accra el Dynamo de Dresden, el Fortuna Dusseldorf, el Spartak de Moscú, el Liverpool FC y hasta el Real Madrid. La República Democrática Alemana aceptó supervisar la formación de técnicos y jugadores. Los esfuerzos rindieron frutos. Ghana venció en dos ocasiones en la Copa Africana de naciones (1963 y 1965). La copa de 1963 fue celebrada en Ghana. La foto del redentor junto al equipo campeón estuvo presente durante años en las viviendas de toda Ghana. Se empezó a llamar a los jugadores de tan tremendo equipo "las estrellas negras de África", mote que hacía doble referencia tanto a la estrella negra que habita en el centro de la bandera nacional como a uno de los apodos favoritos de Nkrumah, quien generosamente accedió a compartirlo con tan heroicos deportistas. La decepción para todos llegó por culpa de la política, cuando el que sin duda era a la sazón el mejor equipo africano no participó en las eliminatorias rumbo al campeonato del mundo de 1966, a celebrarse en Inglaterra, debido a un boicot africano, promovido por Nkrumah tras el dictamen de la FIFA de que el campeón del continente negro debía disputar una plaza en el campeonato con el campeón asiático.

Pero el principal tributo al culto de Nkrumah fue el uso político-ideológico que este megalómano le dio al que es verdaderamente un hermoso textil: la tela kente. Conocido localmente como nwentoma, el kente es un tipo tela de algodón hecha de tiras de tela entrelazadas que tiene su origen con el pueblo Akan. En sus inicios, tenía exclusivamente un uso sagrado y se empleaba sólo en momentos de extrema importancia, y exclusivamente por la realeza. Con el

tiempo, su uso se hizo más generalizado. Es, de hecho, uno de los textiles más reconocidos de África y del mundo, y se caracteriza por sus deslumbrantes patrones multicolores, sus interesantes formas geométricas y sus diseños audaces. Cada kente tiene su propio nombre y simbología, derivadas de varias fuentes, como acontecimientos históricos, proverbios, leyendas mitologías, elementos de la naturaleza y también los hay que celebran a los grandes jefes y guerreros.

Nkrumah vio en el kente, y en su rica simbología sagrada, un elemento más para propiciar la unidad de su pueblo y robustecer la identidad nacional. Lo convirtió en un icono de la herencia cultural africana en todo el mundo. Desde que encabezó la lucha por la independencia el redentor comenzó a usarlo como símbolo de libertad y orgullo cultural, sobre todo en ocasiones históricas. Nkrumah vestía un kente el día de la independencia de su país, al fundar el movimiento No Alineado y al premiar a la selección de Ghana cuando ganó la copa africana de naciones. También cuando visitó a Eisenhower, a Isabel II y al resto de los líderes importantes de Oriente y Occidente. Fue así que este carismático líder africano popularizó al kente en todo el mundo como un signo de identidad cultural, pero también política. Era el símbolo de la libertad de los pueblos africanos. En Estados Unidos los movimientos afro-americanos en defensa de los derechos civiles comenzaron a usarlo como forma de protesta y autoafirmación. Incluso el paño era conocido como "la tela Nkrumah" en muchos círculos progresistas americanos y europeos.

El problema llegó cuando se pretendió ligar tan hermoso atuendo con el "pensamiento político" del ególatra líder. Aunque Nkrumah jamás habló directamente de la relación del kente con el nkrumahnismo, fue el Instituto Kwame Nkrumah, pilar de la divulgación de la filosofía política del presidente, el encargado de relacionarlo con algunos aspectos cardinales de su pensamiento sociopolítico. Se publicaron sesudos textos y estudios en los que se identificaba la afinidad entre los significados simbólicos de kente con las ideas de panafricanismo nkrumahniano. Y es que la complejidad

de los diseños de este textil daba lugar a estas curiosas interpretaciones, algunas de las cuales afirmaban cosas como: "Tiene sentido encontrar similitudes entre el pensamiento tradicional africano contenido en el kente con el revolucionario pensamiento contemporáneo de Kawame Nkrumah si se adopta una visión amplia del desarrollo de la cultura y su impacto sobre el destino de la política de un pueblo. Baste citar, por ejemplo, el estudio seminal de Max Weber sobre la afinidad entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo maduro, y demostrar que existen relaciones entre las orientaciones filosóficas y culturales de un pueblo y su desarrollo económico, político y social".

> Las exegesis de las implicaciones políticas del kente mucho tenían que ver con el significado que tradicionalmente se ha dado a sus colores, y que grosso modo este:
>
> Negro: la energía espiritual
> Azul: tranquilidad, armonía y el amor
> Verde: de la vegetación, la siembra, la cosecha, el crecimiento, la renovación espiritual
> Oro: realeza, riqueza, alto estatus, gloria
> Gris: Salud
> Café: La madre tierra
> Rosa: la esencia femenina de la vida.
> Rojo: Sacrificio, sangre, guerra.
> Plata: serenidad, pureza, alegría.

Se empezaron a elaborar kentes para conmemorar los grandes acontecimientos de la revolución nkrumaniana tales como la reforma agraria, la construcción de infraestructuras y la política exterior no alineada. Quizá el más famoso elaborado en esta etapa de culto a la personalidad de Nkrumah es uno que celebró el matrimonio entre el redentor y Fathia, la hija del presidente Nasser de Egipto, y que fue llamado Fata Fathia Nkrumah (Fathia merece a Nkrumah). Por cierto que la merecedora de tan grande honor jamás en su vida había visto a su marido antes del día de su boda, y solo hablaba francés y árabe, lenguas que Nkrumah no dominaba. La

ceremonia nupcial se mantuvo en secreto hasta el mismo día de su celebración. Lo principal aquí era promover con el matrimonio la unidad continental de África. Para el redentor casarse con la hija de ese otro gran megalómano que fue el egipcio Nasser era un gesto de su deseo de unir a los países árabes de África del Norte y con los pueblos negros de África subsahariana.

Evidentemente, un estadista de la talla internacional de Nkrumah no se podía conformar con la pequeña Ghana. El redentor dedicó la mayor parte de sus energías e interés en desplegar una activa política exterior. No sólo fundo el movimiento de los No Alineados en los años 1950 junto con Tito, Nasser, Nehru y Sukarno, sino también pretendió tener la última palabra en los asuntos africanos, cosa que le propició grandes dificultades con países vecinos. Patrocinó guerrillas en Togo, Costa de Marfil, Alto Volta, Nigeria y Níger. Promovió intentos de asesinato contra los mandatarios de algunos de estos países, y a la vez fue víctima de intentos por quitarle la vida a él instigados por estos mismos presidentes. Pese a lo rijoso que era con sus vecinos, quiso pasar a la historia como un gran pacificador y se involucró en varios conflictos internacionales para ejercer de mediador, como en la pugna entre China y la Unión Soviética y los conflictos en el Congo y Rhodesia. En ninguna parte fue aceptada su amable mediación.

Mientras Nkrumah se entregaba a su hubris los problemas internos en Ghana crecían como la hiedra. El redentor culpaba de todo, como suele suceder con los satrapillas de esta estirpe, al imperialismo y a conspiraciones internacionales, pero lo cierto es que al país lo atosigaba una rampante corrupción y un obsceno despilfarro de fondos públicos. El Estado ghaneano no tardó en estar en bancarrota. La que había sido una de las colonias más estables y prósperas del Imperio Británico se debatía en una grave crisis causada por la pésima administración de un gobierno pretendidamente socialista que mal administraba una economía estatizada. Hacia 1966 Nkrumah había creado más de cincuenta de empresas estatales, en su mayoría mal gestionadas e ineficientes. La deuda externa creció de forma espeluznante. Una errática política agraria devastó

al campo. El porcentaje de los ingresos obtenidos por la venta de cacao (principal producto de exportación de Ghana) que recibían los productores pasó del 72% en 1960 al sólo 41% cinco años más tarde. Todas las compañías agrarias estatales registraron pérdidas. El nivel de vida de la población decayó dramáticamente.

Pero nada de esto sacaba al redentor del mundo de fantasía en el que lo había instalado su megalomanía. Rodeado, como estaba, de aduladores, simplemente se limitaba a culpar a otros de las dificultades. La gota que derramó el vaso llegó cuando a Nkrumah se le ocurrió meterse con las fuerzas armadas. Infiltró espías en el ejército nacional, al que quería controlar de forma personal. También eran demasiado grandes las diferencias que prevalecían en los salarios y equipamientos que recibían los soldados comunes y los que gozaban los privilegiados integrantes de la guardia presidencial. En febrero de 1966, Nkrumah viajó inopinadamente a Pekín porque quería mediar en la Guerra de Vietnam. El ejército aprovechó esta nueva vesanía para rebelarse y poner fin al gobierno de la Estrella Negra del África. "El mito que rodea Kwame Nkrumah se ha roto", anunció un coronel del ejército en la radio. Nkrumah no se enteró del golpe de Estado hasta que llegó a China. El primer ministro Zhou Enlai, sin saber el protocolo a seguir, siguió adelante con lo planeado y organizó un banquete de Estado en honor al depuesto gobernante.

Mucho se ha dicho sobre la intervención del imperialismo en este complot, pero la verdad es que el pueblo de Ghana celebró este derrocamiento ruidosamente; cómo también es verdad que con los años la figura histórica de Nkrumah ha sido reivindicada y hoy es objeto de reverencia en Ghana. Muy curiosa resulta ser una estatua que tras el derrocamiento de Nkrumah fue descabezada y removida del sitio en donde se encontraba para ser guardada por décadas en una bodega. Hoy, el monumento ha sido restaurado exhibiéndose, a propósito, con la cabeza por un lado y el cuerpo por el otro.

Nkrumah se exilió en Guinea invitado por su amigote (uno de los pocos que tenía entre sus vecinos de África occidental) el sátrapa Sekou Touré, quien le dio el nombramiento honorario de "co-

presidente de la república Guineana". Nunca se cansó de culpar al "imperialismo mundial" y "neo-colonialismo" de su caída. Juraba que algún día volvería al poder aclamado por su pueblo, pero murió ignorado. Eso sí, afortunadamente la fama del hermoso kente se mantuvo intacta y aún hoy es apreciado en todo el mundo. Solo algunos de los nombres de los modelos elaborados en la época del redentor han sido cambiados. Por ejemplo, el patrón que se hizo para festejar su boda con la hija de Nasser pasó a llamarse Obaakofo Mmu Man, que significa, "Un hombre jamás debe gobernar solo". Acertada y estética advertencia contra los regímenes dictatoriales.

LA "COMUNOCRACIA" DE SILY, IDEÓLOGO GENIAL

Quizá la forma más extravagante de culto a la personalidad es la que oficia las absurdas pretensiones de algunos de los tiranuelos más descabellados de ser considerados "insignes sabios universales". Uno de los más esperpénticos sátrapas de este tipo fue el guineano Ahmed Sékou Touré, sanguinario dictador que gobernó Guinea hasta su muerte pero que, eso sí, fue ídolo de buena parte de la progresía europea a causa de sus muy oportunistas enfrentamientos con el general De Gaulle. Oportunistas, porque Touré se convirtió de la noche a la mañana d lacayo consentido del colonialismo francés a padre de la independencia de Guinea e icono de la izquierda mundial gracias a que en 1958 supo encarar "valientemente" al gran General de la Francia Libre.

A la sazón, el líder guineano solo contaba 36 años y era a la vez líder del Partido Democrático de Guinea (el más fiel aliado del sistema colonial), alcalde de Conakry —la polvorienta y ruinosa capital de Guinea— y diputado en la Asamblea Nacional Francesa. Ese año De Gaulle realizó una gira por las colonias francesas de África en la que proponía la creación de una Comunidad Francesa de Naciones que buscaba evitar la desintegración del imperio colonial francés y posponer la independencia de las naciones africanas. La propuesta había sido bien acogida en Senegal y Costa de Marfil. Touré, hasta ese momento el más devoto de los palafreneros del General, aseguraba a París que él también estaba convencido que no era la hora de la independencia al ser necesario, todavía, un proceso previo de "unos veinte años de preparación". Pero cuando le

tocó recibir al primer presidente de la v República Francesa encajó un agresivo discurso independentista cuya frase eminente, que pasó a la historia de la "liberación de los pueblos", fue: "Preferimos la libertad en la pobreza, antes que la riqueza dentro de la esclavitud". De Gaulle le respondió "la independencia está a disposición de Guinea de forma inmediata, *monsieur president,* pero Francia actuará en consecuencia", con lo que abandonó el país hecho una furia.

Sékou Touré esperaba que su bluff (no era otra cosa) tuviera como respuesta el otorgamiento por parte de la metrópoli de mayores concesiones políticas y económicas, e inmediatamente envió una nota a De Gaulle para reanudar las conversaciones. Pero el General hizo caso omiso. El 2 de octubre de 1958 se declaró la independencia y "el hombre que le dijo no a De Gaulle" fue elegido presidente.

Francia, la verdad sea dicha, hizo un feo berrinche e interrumpió toda ayuda a la joven nación. Empresarios franceses retiraron sus inversiones comerciales e industriales. La resentida metrópoli llegó al extremo de destrozar instalaciones y equipos, e incluso se arrancaron las líneas telefónicas de las oficinas, cosa que solo sirvió para que el presidente de la nueva república se victimizara ante el mundo. Convertido en un paladín de la izquierda también por haber tenido el tino de haberse hecho cercano amigo y aliado de Kwame Nkrumah —legendario líder de la independencia de Ghana que gozaba de un enorme prestigio como "antimperialista"— a Touré le sobraron aliados que quisieran ofrecerle su apoyo, en particular los países socialistas. La Unión Soviética mandó técnicos y maquinaria, mientras que China proporcionó expertos agrícolas. En 1961 recibió el premio Lenin de la paz.

Inmediatamente se creó en Guinea una versión vernácula de Estado socialista cuyo principal y único ideólogo fue Ahmed Sékou Touré, autonombrado "Infalible Responsable Supremo de la Revolución". Un personajillo que apenas contaba con una educación elemental dio a conocer al mundo un "originalísimo sistema integral de ideas" al que bautizo "la comunocracia", que en los he-

chos era solo un champurrado de materialismo dialéctico con una serie interminable de ocurrencias y lugares comunes producto de la inagotable inspiración del genial sátrapa, y que era cimiento de una dictadura basada en el culto a la personalidad y el partido único.

A lo largo de sus años como gobernante absoluto de Guinea, el infalible Sékou Touré (también apodado como "Sily", que significa "elefante", animalito que le encantaba al dictador), "escribió" más de 50 libros que versaban sobre prácticamente todos los renglones del quehacer humano: religión, historia, antropología, química, física, economía, lenguas, filosofía, matemáticas, estadística, filología. Muchas de estas obras eran libros de texto obligatorios en las escuelas desde la educación elemental hasta la universitaria. Sin un conocimiento profundo del "pensamiento Sékou Touré" ningún guineano podía aspirar a obtener títulos académicos ni ingresar al mercado laboral. Era tan excelsa obra dogma oficial, y sus declarados y superiores objetivos consistían en la creación del hombre nuevo africano y la práctica de la "democracia formal que rige y gobierna la vida del poblado (sic)". Se definía como "una realidad material, una realidad histórica, una realidad social, una realidad filosófica, una realidad económica, una realidad espiritual, una realidad cultural" Todo y nada, pues, era esta ideología que muy bien puede equipararse con otras trascendentales aportaciones al pensamiento universal como lo fueron El Libro Verde de Khadafy, La Ruhnama del Turkmenbashi y, evidentemente, la inmortal Idea Suche de Kim Il Sung.

"Intelectual antiintelectual" se definía asimismo Touré, orgulloso hombre del pueblo pero, eso sí, "representante de una cultura en virtud de su comunión de ideas y de acción con su pueblo. El representante de su pueblo, el representante de una cultura". Y como representante del binomio pueblo-cultura el líder escribía y hablaba. Sus discursos llegaban a durar hasta ocho horas. Tanta palabrería, como suele ocurrirle a los dictadores verborréicos, acababan casi siempre en la proliferación de absurdos galimatías.

El dictador infalible decía y escribía embrollos como estos:

"Yo no digo que todo lo que diga siempre sea verdad, pero yo diré siempre la verdad"

"Los estadistas africanos no deben comportarse como niños desnudos ante los jefes de Estado europeos"

"Le pedimos al mundo, por lo tanto, no nos juzgue ni nos piense en términos de lo que éramos, ni incluso de lo que somos, sino más bien piensen en nosotros en términos de historia y de lo que seremos mañana"

"Tenemos que ir a las raíces de nuestra cultura, no para permanecer allí, no para aislarse allí, pero para sacar fuerza y sustancia y configurar una nueva forma de sociedad elevada al nivel de progreso de la humanidad. "

"Para tomar parte en la revolución africana no es suficiente escribir una canción revolucionaria. Se deberá entonar la revolución con el pueblo, y si se logra entonar con el pueblo, las canciones vendrán por sí mismas".

"Durante los primeros veinte años de su independencia, Guinea se ha concentrado en el desarrollo de la mentalidad del pueblo. Ahora estamos listos para pasar a otros asuntos."

Y además de tan profundos pensamientos, el gran ideólogo también fue poeta, vean nada más si no:

Las Mujeres de África
"¡Mujeres de la Revolución!
Ustedes se levantarán hasta la cumbre
Van a transitar sin parar
Al ritmo de marcha de la revolución social,
Al ritmo del progreso cultural,
En el tren de la bonanza económica
A la ciudad grande y hermosa
De los extremos rigurosos
E irán en la dirección de
Sus hermanos, sus maridos y
sus hijos...
Las mujeres de África,
¡Mujeres de la Revolución!
La igualdad no se brinda,

Debe ser conquistada.
Para emancipar a las mujeres
Para librar a la sociedad
De sus defectos y deformidades
La conquista de la ciencia,
El dominio de las técnicas de
Se abrirá a las mujeres de manera
Que el combate intra-social
Las haga sujeto y ya no objeto".

En 1967, a imitación de lo que, a la sazón, ocurría en China, Sily anunció su propia Revolución Cultural para Guinea. Como sucedió con Mao y su Pequeño Libro Rojo, fue publicado un compendio que contenía las principales máximas del "Pensamiento Sékou Touré" que la gente debía leer y meditar a conciencia. Otro aspecto bizarro de esta "revolución cultural" fue la decisión de abolir la lengua francesa como idioma oficial del país y dar igualdad de derechos en ese aspecto a menos de ocho dialectos locales.

Aunque el talante de "intelectual-antiintelectual" y de pensador único y universal fue la característica más relevante del culto a la personalidad de Ahmed Sékou Touré, no debe pensarse que fue el único. Al tirano también le fascinaban los desfiles y actos masivos, mismos que se protagonizaban en un estadio con capacidad para 30 mil asistentes que la URSS regaló al país. A los desfiles todos debían ir bien vestiditos de blanco, color preferido del excéntrico presidente. Los eventos muchas veces incluían la representación de obras de teatro revolucionarias escritas, obviamente, por el genial líder. Quien no asistían a tan magnos eventos tenían serios problemas para encontrar medios para abastecerse en una economía brutalmente empobrecida y racionada. Esto, porque el socialismo a la guineana inspirado en el "Pensamiento Sékou Touré" fue un rotundo fracaso económico. El país tenía fama de poseer por lo menos la mitad de las reservas conocidas de bauxita del mundo, pero una economía completamente estatizada fue manejada de forma completamente ineficaz. La producción de alimentos cayó en los años de Sily de forma dramática, lo mismo que el PIB por habitante. Comercio e industria fueron nacionalizadas solo para que estos

dos renglones padecieran el más completo desastre, mientras los exiguos presupuestos públicos se dilapidaban en la construcción de infraestructuras faraónicas completamente inútiles y en un desmedido crecimiento de la burocracia.

Eso sí, en compensación a su mala gestión económica, Touré fue un cruel represor que aplicó la estrategia stalinista de la denuncia sistemática de complots contra su régimen para poder liquidar a sus adversarios. Durante sus treinta años de poder mantuvo la costumbre de efectuar purgas cada dos años, en promedio, con el pretexto de descubrir formidables complots, cada cual recibió un singular apelativo oficial. Comenzó en 1960 con el de "los intelectuales tarados y fuerzas decadentes", al que siguieron "El de los sindicalistas, maestros y estudiantes, elementos de extracción feudal y anarquista con el apoyo de las embajadas imperialistas y soviéticas", y después vino "El de los pequeños comerciantes", y más tarde "El de los grandes comerciantes", así hasta llegar a quince, aunque mi preferido personal fue el denunciado en 1970, tras un incidente con tropas portuguesas estacionadas en la vecina Guinea Bissau, y al que se le llamo "complot internacional de Portugal, Estados Unidos, la OTAN, Francia, El Vaticano, Costa de Marfil y Senegal coordinado por la quinta columna ss nazi", esta última, supuestamente una red nazi sobreviviente de los juicios de Nuremberg cuyo objetivo principal era la eliminación del adalid guineano.

Sékou Touré consideraba que el "sentimentalismo es el veneno de la revolución", y solo siendo implacables podía combatirse a tan espeluznantes adversarios. Por eso mandó edificar un campo de concentración en Camp Boiro por donde pasarían miles y miles de seres humanos sometidos a los peores tratos. La mayoría de los complotados moría de acuerdo a la doctrina Touré, de muerte natural: "Estoy convencido de que trata de una muerte natural, porque la naturaleza va en el sentido de la Revolución democrática Africana". Famosa es la anécdota de un disidente al que Touré, de forma completamente inesperada, permitió criticarlo en un evento público durante más de una hora. Al día siguiente tal opositor murió

"de causas naturales", según informó el gobierno. "¿Ven? hay un orden cósmico que me favorece y esta es una prueba más", explicó el presidente.

Se calcula que más de una quinta parte de la población emigró al extranjero para escapar del régimen represivo de Sily. Aniquilaba el tirano a sus adversarios de las más inicuas formas, entre ellas la famosa "dieta negra", que consistía en la privación total de comida y agua. Eliminó así a un jefe del ejército, a varios ministros, a abogados defensores de los derechos humanos, a periodistas, a activistas. Pero la víctima más famosa de la dieta negra fue Diallo Telli, primer Secretario General de la Organización de la Unidad Africana, institución que Touré coadyuvó de forma entusiasta a crear.

Para evitar su derrocamiento por los militares, el sátrapa personalmente controlaba el suministro de armas y municiones a las fuerzas armadas. Como garantía, mantuvo las llaves de todos los arsenales bajo su directa y permanente vigilancia.

Este profundo pensador, este humanista, este gobernante sin par fue descrito, en su momento, por Francois Mitterrand como uno de los mejores estadistas que había dado África en su historia. En 1972 Fidel Castro llegó hasta Guinea, pronunció un emotivo discurso frente a la multitud y por supuesto hizo referencia a al glorioso apotegma del infalible Sily: "Nosotros admiramos aquella frase del compañero Sékou Touré de que Guinea prefería la pobreza en libertad que la opulencia en la esclavitud. Nosotros solo podemos añadir: ningún esclavo será nunca opulento, ningún pueblo libre será eternamente pobre."

Pero no se crea que solo fue la izquierda. Como tirano, Sékou Touré tenía algunas características excepcionales. Por un lado no era personalmente corrupto. Observaba para sí mismo estilo de vida era sobrio y su fortuna personal era modesta, pero su familia (fue un portentoso nepotista) y su entorno se dedicaron a enriquecerse de forma salvaje. Por otra parte, tuvo una indudable capacidad para hacer alianzas externas con todos los campos ideológicos, y ello pese a que se la pasaba denunciando complots presuntamente patrocinados por gobiernos extranjeros de diestra y siniestra.

Fue cercano al campo socialista, pero también lo fue a Occidente. Empresas mineras de Estados Unidos y Canadá tuvieron importantes intereses bajo el régimen de Touré, y también hicieron negocios en Guinea jeques árabes, millonarios europeos y corruptos gobernantes africanos.

Cuando Sily sufrió una crisis cardíaca, el rey Fahd de Arabia Saudí le envió su avión hospital y Ronald Reagan lo hizo atender en Cleveland. Sin embargo, no se pudo salvar la vida del presidente. Apenas habían pasado quince días de su muerte cuando el ejército tomó el poder, se abrieron las prisiones, se arrancaron los retratos oficiales, se borraron todas sus frases y pensamientos de Touré escritas en todos los espacios públicos del país, se suprimió el Partido oficial y la opulenta y numerosa parentela presidencial fue encarcelada, con algunos de sus miembros incluso siendo ejecutados.

Hoy, Guinea es uno de los países más pobres del planeta: menos del 30% sabe leer y escribir, y a pesar de su riqueza en minerales (bauxita, diamantes, oro y aluminio), más del 60% de su población vive bajo la línea de pobreza. Del pensamiento Sékou Touré solo queda el más ominoso de los recuerdos.

EL NIÑOTE DE KOBOKO

Idi Amín fue un dictador sanguinario, pero también fue una de las figuras más pintorescas de la historia universal. Africano colosal de 140 kilos, bastante feo, con el pecho saturado de tan brillantes como falaces condecoraciones. Una de las imágenes arquetípicas de los años setenta es aquella que muestra al déspota ugandés cargado sobre un palanquín por cuatro lacayos blancos. "Lord de todas las bestias de la tierra y los peces del mar y conquistador del Imperio británico en África en general y Uganda en particular", fue el ditirámbico título que Amín se auto atribuyó al llegar a la cima de su carrera. Sin embargo, hacer un juicio de lo que este dictador representó para su país y para África sólo a base de escarnecer las caricaturescas peculiaridades del personaje sería abusivo. Sus andanzas mucho tienen que ver con la negligencia criminal de Gran Bretaña en el proceso de descolonización. Asimismo, no ha faltado quien lo percibe como una especie de "trágica víctima del destino", uno de esos antihéroes existencialistas que viven toda su vida en las frágiles fronteras que dividen lo trágico de lo cómico y lo real de lo imaginario, o un individuo ciertamente grotesco que entrañaba —dentro de toda su insania y crueldad— una inocencia infantil.

Para entender a Amín habría que remontarse a su origen. Nació en 1925 en Koboko, un pueblo fronterizo marginal y paupérrimo en la los límites de Uganda con Sudán. Su madre oficiaba como bruja. La profesión materna dejó profunda huella en el futuro autócrata, que jamás en su vida aprendió a distinguir con claridad donde acababa la magia y donde comenzaba la realidad. Al niño lo asechó la miseria. En 1946, cuando Uganda era una colonia bri-

tánica, se alistó en el ejército "para escapar del hambre", según él mismo afirmaba. Durante estos años decide convertirse al Islam, religión minoritaria en Uganda. "Era fuerte como un toro, un buen soldado del ejército británico. El terror de los mau.", opinaba uno de sus superiores. Pronto llegó a ser general, un espantoso soldado no sólo por su peso (para entonces más de 100 kilos) y su estatura (1.96 metros), ni porque fuera campeón de boxeo (desde 1951 hasta 1960), sino —sobre todo— porque su humor solía cambiar bruscamente de la simpatía de un bufón a la ira de una fiera. Fue también en el ejército donde adquirió su famoso apodo "dada", cuando un oficial lo encontró con dos mujeres en su habitación del cuartel. El reglamento sólo permitía tener una esposa, así que Amín aseguró que una de ellas era su esposa y otra su hermana mayor, o "dada", en idioma swahili

Hombre ignorante y sencillo que hablaba mal el inglés y desconocía casi todo, Idi hizo una carrera típica para un africano que servía en un ejército colonial. Los colonialistas solían tener soldados africanos, pero siempre oficiales blancos. Cuando surgieron los nuevos Estados poscoloniales se hizo indispensable la "nacionalización" de los ejércitos. Las viejas metrópolis calcularon que los nuevos gobiernos aceptarían cuerpos de oficiales integrados exclusivamente por militares blancos, pero muy pronto se enteraron de que estaban equivocados. Resultó que las naciones recién creadas preferían tener ejércitos nacionales, sin importarles mucho la calidad profesional. Fue así como los suboficiales africanos, mal preparados e ignorantes como consecuencia de una deliberada política de la autoridad colonial, fueron ascendidos a generales y coroneles.

Amín es el ejemplo paradigmático de esos ascensos absurdos. Fue una escarnio del destino que este bruto llegara a gobernar a su país, porque carecía absolutamente de preparación para ser jefe de nada. Era, eso sí, dueño de una gran popularidad personal producto de sus años como campeón de boxeo y de su carisma de "niñote brusco, pero bonachón". Asimismo, el dada era un político intuitivo. Entendía esa regla de oro que dicta que para sobrevivir en el negocio del poder hay que ser implacable y no tener escrúpulos.

Fue nombrado oficial antes de la independencia de su país y, más tarde, se convirtió en íntimo colaborador del entonces presidente Milton Obote. A fines de 1970, Amín comenzó a ser investigado por acusaciones de corrupción. Temía ir a prisión, así que corto por lo sano y mejor encabezó un golpe de Estado, tras el cual se auto proclamó presidente de Uganda.

Pero lo que se recuerda poco es el papel clave que tuvo la Gran Bretaña en la asunción al poder de Amín. Documentos desclasificados de la Foreing Office y de la inteligencia británica lo describían como un militar "benevolente, pero duro. Un niñote bastante ignorante pero bien dispuesto hacia la Gran Bretaña, quizá incluso a un extremo peligroso para él en el entorno de la África nacionalista que está surgiendo". En su momento, el gobierno británico consideró al pintoresco general ugandés *One of Ours*, (uno de los nuestros) dispuesto a luchar contra el comunismo y a no dar demasiadas molestias respecto a los regímenes racistas de Rhodesia o Sudáfrica. Meses después de asumir el mando, Amín viajó a Gran Bretaña. *The Guardian* publicó, en su oportunidad, las notas en las que se advertía al entonces primer ministro Edward Heath del tamaño del gigantón ("necesitará una cama especial"), se llamaba la atención acerca de su "confusa filosofía política" y se subrayaba la importancia de mantener un firme y generoso apoyo británico para éste "invaluable aliado".

Con el propósito de consolidarse en el poder, Amín instauró un severo régimen militar e inició una campaña permanente contra tribus rivales y grupos opositores en la que fueron asesinadas aproximadamente 300,000 personas. Asimismo, expulsó del país a 5,000 indios y paquistaníes, a los que acusó de monopolizar el comercio y la agricultura y de financiar a la oposición. Supo también hacerse de un aliado poderoso: Arabia Saudita, nación que invertía mucho dinero en la expansión del Islam en África.

Tenía una enorme afición a las mujeres, las falsas condecoraciones y la vida militar. Promovió un cierto culto a su persona pero, para ser sinceros, jamás lo hizo con el ímpetu presente en otros muchos casos incluidos en este repertorio de megalómanos. Se consi-

deraba, eso sí, el Gran Papá de todos los ugandeses y como tal le gustaba ser reverenciado. También tuvo la fantasía de ser un gran estadista mundial. Se quejaba de Henry Kissinger: "Nunca viene a Kampala a que le de consejos", y lamentaba que Leonid Breznev y Mao Zedong hubiesen cometido el error de no recurrir a él como mediador en sus pugnas ideológicas.

Dada y sus amigos, muchos de ellos analfabetos, gobernó Uganda durante ocho larguísimos años, arruinando la economía y enseñoreando corrupción e incompetencia. Pero no fue ni la devastación económica, ni la ineptitud, ni las bufonadas, ni una reacción internacional contra el genocidio lo que determinó el fin de su régimen, sino el grave error estratégico de romper con Occidente y enemistarse con sus viejos protectores británicos y norteamericanos. Durante algún tiempo tanto el Este como el Oeste trataban de conseguir la simpatía del presidente de Uganda, un país estratégicamente importante por el lugar que ocupa en el centro de África. Amín llegó a recibir ayuda militar de las dos partes y hay que reconocer que sabía estar a bien tanto con la Unión Soviética como con Occidente. Pero a final de cuentas fue víctima de sus visiones simplistas y megalomaniacas del mundo. Se declaró enemigo de Gran Bretaña y Estados Unidos, rompió relaciones con Israel y se acercó a Libia y a los palestinos. A partir de ese momento, la suerte dejo de sonreírle. Aunque pudo salir con vida de muchos atentados, su estrella se iba apagando poco a poco, porque crecía la fuerza de sus adversarios.

Con su prestigio por los suelos, Idi Aimin tuvo la audacia de invadir a la vecina Tanzania, país gobernado por Julius Nyerere, gran intelectual y una de las figuras más importantes del período de la descolonización. Su ataque provocó una reacción contundente. Las tropas de Tanzania entraron en Uganda. El ejército de Dada, corrupto hasta la médula, se desmoronó. Fue entonces cuando el tirano huyó a Libia y, más tarde, a Arabia Saudita. Con la invasión tanzana a Uganda se comprobó que tras las extravagancias carnavalescas del Gran Papá había un pestilente reguero de sangre. En los frigoríficos de la residencia presidencial aparecieron las cabe-

zas cortadas de varios de sus adversarios. En la colina de Nakasero, junto a una de sus villas, se descubrió un campo de exterminio. Se dice (aunque nunca se comprobó) que el presidente solía comer los hígados de sus víctimas.

¿Qué clase de tirano fue Idi? Ryszard Kapuscinski habla de un personaje que fue muy aprovechado por Estados Unidos y Occidente para demostrar que los africanos no estaban preparados para gobernarse, y que la descolonización era un proceso negativo y nocivo. "Amín –escribió el genial periodista polaco— desempeñaba el papel del ejemplo negativo, del político no preparado, ignorante y brutal, incapacitado para gobernar bien a sus conciudadanos". La propaganda occidental se valía de él, como de otro personaje indeseable, el ridículo emperador Bokassa de Centroáfrica, para desprestigiar las ansias de los africanos de independencia y libertad.

África vivió un desordenado e inconvincente proceso de descolonización que dio lugar a más de cinco decenas de estados pobres e inviables. Con el tiempo, las ilusiones de los africanos, fruto del proceso de independencia, se derrumbaron y por muchos años las circunstancias dictaron que el continente negro apareciera en las portadas de la prensa o fuera destacado en los telediarios únicamente cuando sucedían tragedias como genocidio, guerras civiles o hambrunas.

Más allá de las evaluaciones geopolíticas e históricas quedan los interesantes aspectos trágico-cómicos de Amín y de su pintoresca personalidad, que hicieron de él un dictador distinto a Hitler, Stalin o Saddam Hussein. ¿Qué buscó Amín? Nunca pretendió encarnar el devenir de ninguna ideología, ni pretendió fundar un imperio, y ni siquiera se entregó a un verdadero frenesí de culto a la personalidad. Desde luego, quería ser famoso y admirado, pero en Amín este afán protagónico nunca dejó de ser sumamente simplista y pueril. Como dictador fue tan tosco que podría coincidir con la "brutal simplicidad" que el historiador Jacob Burckhardt detectó como una característica de la moderna tiranía. Amín fue uno de esos sicópatas descritos por el célebre sicoterapeuta D.W. Winnicott como "niños eternos" (frozen child), quienes desarrollan una

actitud eternamente tergiversada frente al entorno que los rodea. Nunca fructificó en el dictador ugandés una percepción objetiva del mundo, simplemente desarrolló una voluntad de fusionarse con él, lo que estimuló la hubris del megalómano omnipotente escogido por Dios, mago indómito de fuerzas prodigiosas.

El escritor británico Giles Foden escribió una extraordinaria novela inspirada en Idi Amín: *The Last King of Scotland* (la película desmerece al libro, salvo por la extraordinaria actuación de Forest Whitaker). Al final de su lectura, uno acaba impactado ante la clase de engendro que se nos describe. ¿Cómo considerar a este sanguinario y cruel verdugo como una especie de Falstaff africano? Pero el quid de este tirano, como de tantos más en la azarosa historia del mundo, reside en que vivió alienado dentro de su muy particular percepción de la realidad. "Soy el más grande político del mundo", decía, "He derrotado al imperio británico y he agitado tanto sus conciencias que merecería un doctorado en filosofía".

Tuvo Idi una muerte natural tras un largo y plácido exilio que dedicó a la pesca, a la oración, a convivir con algunos de sus hijos (tuvo más de 30) y a manejar un viejo Chevrolet. A decir de sus vecinos, era "un hombre encantador".

IMPERIO

—"Me aburro, ¿tú no?", le preguntó el presidente de la República Centroafricana, Jean Bedel Bokassa, a su colega de Gabón y amigo personal, Omar Bongo, una tarde de septiembre de 1976 en una conversación telefónica.

—"¿A qué te refieres?", inquirió el mandatario gabonés.

—"A que el poder así como está, aburre. Ya llevamos muchos años como presidentes y el tedio me consume. ¿A ti no?"

—"Pues no"

—"¿De verdad? ¿Sabes?, voy a hacer algo grande. Voy a remover la gallera, vas a ver. Giscard me va a ver. ¡Me voy a convertir en el Napoleón de África"!

—"¡Vaya, Jean Bedel, ¡calma!!", Bongo no reprimió la carcajada como respuesta a las ideas de su amigo, "Ven a Gabón y te consigo una nueva esposa, como la otra vez. O pídele a Ceausescu que te mandé otra rumana, ya que tanto te gustan las europeas".

—No amigo. Vas a ver lo que tengo reservado

El problema de fondo de Jean Bedel Bokassa, que lo llevó a cometer una de las desmesuras más grandes de la historia, es que el poder lo aburrió. Había llegado a la presidencia, como tantos otros dictadorzuelos africanos, dando un golpe de Estado a un gobierno inestable, débil y corrupto. Afianzó su poder gracias al visto bueno de la ex metrópoli colonial, en este caso Francia. Nada del otro jueves. Era la historia de prácticamente todos los "Estados fallidos" que surgieron en el continente tras conseguir sus independencias: naciones imposibles, completamente inadecuadas para ejercer una verdadera soberanía y que, por lo tanto, seguían siendo plenamen-

te dependientes de la respectiva "madre patria" europea. Claro que eran unos tiranos sanguinarios, corruptos e incompetentes, auténticos virreyes, pero mientras se adscribieran a las pautas marcadas por la potencia protectora nada los molestaría. De hecho, Omar Bongo murió en el poder tras 42 años consecutivos como presidente y ni quien se desgarrara las vestiduras por la falta de democracia en Gabón.

Pero Bokassa no era uno del montón, ¡no señor! Tenía muy bien puesto su sentimiento pro francés. Era un ardiente admirador de Napoleón. Francia lo adoraba, en especial el presidente Giscard, que mucho apreciaba los regalos que su *protégé* le hacía, como los famosos diamantes (que, en buena medida, le costaron perder la elección con Mitterrand), los cotos de caza y el uranio para el arsenal atómico francés. Incluso era relativamente popular en su país, por lo menos al principio. Había derrocado a un gobierno ineficiente y tenía su carisma. Su fama de mujeriego incorregible lo ayudaba. Era un militar de carrera que se distinguió en el ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial y en la guerra de independencia de la Indochina. Cuando se retiró del ejército francés ostentaba el rango de capitán y había sido condecorado con la Legión de Honor y la Cruz de Guerra. En 1964 volvió a Centroáfrica, donde había nacido, para colaborar en el gobierno de la recientemente independizada República, que era presidido por David Dacko, su primo. Su labor era reorganizar las fuerzas armadas. Dacko confiaba en su lealtad, "Es tan imbécil que jamás se atrevería a darme un golpe de Estado", era la opinión del presidente. El primer día de 1966, éste imbécil dio un golpe de Estado acusando a su primo de corrupto y mal gobernante. Las finanzas públicas estaban en ruinas. El nuevo presidente abolió la Constitución, estableció un régimen de partido único y comenzó a gobernar por decreto. Tiempo más tarde se proclamó presidente vitalicio.

Desde el primer día en el poder se distinguió por ser uno de los gobernantes africanos más adeptos a Francia. Idolatraba al general De Gaulle, quien ni siquiera sabía su nombre y lo despreciaba olímpicamente "¿Quién es ese imbécil que tenemos en Bangui?",

preguntaba cada vez que en París había necesidad de él, lo que no era muy seguido. Era el clásico "tonto útil", que pudo haber vegetado en el poder cada vez más rico y rodeado de bellas mujeres quizá, con algo de pericia y suerte, hasta el último de sus días. Pero Bokassa se rebeló. Se aburrió de tal forma que quiso imitar a su héroe Napoleón y por hacer real ese delirio Bokassa lo arriesgo todo. En vez de procurar gobernar a su desdichada república por mucho tiempo, prefirió emular al "Gran Corso" no como lo aquellos orates que se ponen un cucurucho de papel en forma de sombrero napoleónico en la cabeza y colocan la mano derecha sobre la boca del estómago, ni jugando Risk o Diplomacy, sino con una ostentosa ceremonia de coronación en un Imperio de famélicos y menesterosos, es cierto, ¡pero Imperio a fin y al cabo!

En 1976, poco después de la conversación con Bongo y previo a un viaje oficial a París, Bokassa informó al subsecretario para asuntos africanos del ministerio de Asuntos Internacionales francés:

—"Iré a mi audiencia con Giscard vestido con un uniforme de gala de mariscal de Francia de la época de Napoleón".

—¿Cómo dice, Monsieur Président?" contesto el subsecretario, perplejo.

—"Tal como lo oye. Lo mandé confeccionar a París y estoy orgulloso de él".

—Pero Monsieur Président, me parece que el protocolo se resistiría, usted sabe..."

—"Nada, ya está decidido".

Poco más tarde, fue el propio Giscard quien habló personalmente con Bokassa. ¡"La idea es genial, me encanta! Exclamó el francés, "Pero..." y lo convenció de que, en esta ocasión, se abstuviera de estrenar tan hermoso atavío.

Bokassa dejó en Bangui su uniforme de gala, pero en París le anunció a Giscard con gran formalidad "Monsieur Président, el pueblo de Centroáfrica exige un cambio profundo en su forma de gobierno y de vida. Por eso he decidido coronarme emperador el año entrante" Giscard, político consumado, sólo arqueó un poco las cejas. Ya presentía que Bokassa le venía con uno de sus despro-

pósitos. "Quiero que sepa", continuó Bokassa, "que no es un capricho personal". Las repúblicas han fracasado en toda África en una tarea fundamental: levantar la moral de los africanos. Un imperio ayudará a subir el ánimo de mi gente. Sentirán un nuevo orgullo por ser africanos. Ya no habrá nadie que los desprecie." Giscard escuchaba sin hacer uno solo gesto.

—"La de coronación", seguía arguyendo Bokassa a favor de su brillante idea, "será una ceremonia majestuosa, completamente al estilo de Napoleón. Servirá para divulgar la cultura francesa por todo el mundo. ¿Te imaginas?" Y con esta pegunta culminó su argumento el presidente centroafricano, volviendo –súbitamente- al tono cordial con el que siempre le hablaba a su colega francés.

Giscard guardó silencio unos segundos antes de contestar. Quería ser muy cuidadoso en lo que iba a decir.

—"Es una idea… interesante, Jean Bedel,… sí,… quizá tenga sus virtudes, como dices,… ¡Ah, pero la prensa lo tomaría muy mal! Sé que eres un profundo conocedor de la vida de Napoleón y de la cultura francesa y que con esto quieres hacer un gran homenaje, ¡Pero tu país es muy pobre! ¡Uno de los más pobres del mundo, de hecho! Tú lo sabes bien. Piensa la fortuna que costaría una coronación. No dudo que sería muy bonita, pero seríamos el hazmerreír del planeta, tú y yo, esa es la verdad". Y tomándolo de los hombros, le dijo a Bokassa en tono confidencial, "Te ruego que lo pienses muy bien, No pongas en riesgo tu presidencia, que ha sido tan exitosa".

—"¿En riesgo?", inquirió Bokassa molesto por lo que percibía como una amenaza velada, "¡Al contrario! ¡El país consolidaría sus instituciones! Y justo porque es pobre requiere de un Imperio. Los centroafricanos actuarían bajo una nueva actitud de conquistadores. Se revaluaría el papel de África en el mundo. Psicológicamente el continente adquiriría una mentalidad ganadora, y eso es muy importante. Por otro lado, y si me lo permites, honestamente te digo que Francia ha declinado su *grandeur*. Valery, hablemos claro. Un imperio francés en el centro de África también podría ser la salvación de Francia".

Giscard se rehusó a aprobar la idea y Bokassa decidió jugar rudo para salirse con la suya. Viajó a Libia a entrevistarse con Khadafi y de regreso a Bangui anunció que se convertía al islam y que su nombre ahora era Salah Eddine Ahmed Bokassa. Además, añadió una media luna a la de por sí colorida bandera del país, creó un Consejo de la Revolución Centroafricana y empezó a utilizar una retórica socializante. Giscard no tuvo de otra más que ceder y garantizar su aquiescencia al nuevo Imperio. Francia aprobó un préstamo para llevar a cabo la magna ceremonia de coronación. Todo, con tal de evitar que Bokassa cayera bajo la férula del dictador libio.

El nuevo emperador se había salido con la suya. El 4 de diciembre de 1976, Bokassa proclamó que la república se volvía monarquía: el Imperio Centroafricano, con él como el emperador Bokassa I (rechazó la costumbre monárquica de utilizar su nombre de pila para subrayar el carácter africano de la monarquía), proclamó una nueva Constitución imperial y se reconvirtió al catolicismo. Un año más tarde el 4 de diciembre de 1977, aniversario de la coronación de Napoleón, en fastuosa ceremonia, se coronó a sí mismo emperador en un ágape que costó más de 80 millones de dólares, más de un cuarto del presupuesto nacional anual de este indigente Imperio.

Fue todo un evento. Se celebró con música de Mozart y Bach, interpretada por músicos profesionales traídos directamente de Austria, la cual fue combinada con los incesantes ritmos de los tambores indígenas. A falta de una catedral tan digna como Notre Dame para escenificar la magna ceremonia, Bokassa mando adecuar al estadio nacional. Hubo elegantes carrozas tiradas por caballos blancos importados de Normandía y Bélgica, que no tardarían en sucumbir al inclemente clima del África Central. El trono de dos toneladas de peso estaba cubierto de oro macizo y lleno de diamantes. Tenía la forma de un águila con las alas desplegadas. Evidentemente, como correspondía a un genuino nuevo Bonaparte, el mismo Bokassa se colocó él mismo la corona en la cabeza. Corona y cetro pretendían ser réplicas exactas de las que uso Napoleón. Pero la estrella de la noche fue la impecable capa de armiño que hubie-

ra podido ser la envidia de cualquier rey, emperador o sultán que haya gobernado en la tierra.

Bokassa invitó a Pablo VI para que tuviera el honor de coronarle, pero su santidad declinó amablemente, "cuestiones de salud, usted comprenderá". Giscard, que no sabía dónde meterse, envió en su representación a un par de ministros, lo que, ya de suyo, fue bastante escandaloso. Más sorprendente fue la ausencia de absolutamente todos los jefes de Estado africanos que habían sido convocados. Vaya, ni su amigos Mobutu, Idi Amin y Khadafi se dignaron. ¡Ni siquiera su camarada Bongo, el de Gabón! "Me envidian porque yo si tengo un imperio y ellos no", fue el único comentario que le mereció al flamante emperador tan grosero desaire.

La ceremonia fue majestuosa, pero tal como lo pronosticara Giscard, empezó a tener un costo muy alto en términos de opinión pública. Bokassa se convirtió en el villano del momento y, además, en un muy buen flanco por donde poder pegarle a Giscard. Porque, pese a sus delirios imperiales, Bokassa no era el más cruel de los dictadores africanos, pero sí se convirtió en el más conspicuo. Cuando un periodista necesitaba un tema exótico que vendiera bien, viajaba a Bangui, escribía una crónica escalofriante en la que aparecían opositares tirados a leones o cocodrilos en el zoológico privado de Su Majestad, o mejor aún, hablaba de la carne humana que supuestamente se guardaba en los frigoríficos de la residencia imperial en espera a ser degustados por Bokassa. Casi todo era falso. La mayoría de las atrocidades que se le imputaban eran espurias. Pero la noticia es la noticia, y mientras más amarilla mejor. Aquí se trataba de un demente que había dilapidado el poco dinero de su país en una vesánica coronación. Con eso bastaba para hacerlo caníbal y todo lo demás que se ofreciera.

Giscard estaba decidido a suprimir un régimen tan antiestético. Sólo faltaba esperar un poco de tiempo para que la fruta estuviese madura. En abril de 1979 estudiantes escolares salieron a las calles a protestar por la subida del precio de los uniformes escolares. Las manifestaciones fueron, como siempre, reprimidas sin contemplaciones, pero la prensa francesa habló (sin pruebas) de una masacre

en la que murieron más de cien muchachos. Según estas macabras historias, algunos de los cuerpos fueron devorados por el emperador y sus leales. En septiembre, el gobierno francés aprovechó una visita imperial a Libia para concretar, con ayuda del ejército centroafricano, un incruento golpe de estado y reimponer al inepto Dacko como presidente de una reinstaurada República. Bokassa partió al exilio, fue sentenciado a muerte en ausencia y, años más tarde, deportado por los servicios secretos franceses a Bangui, donde fue enjuiciado por traidor, asesino, caníbal y brujo. Fue, una vez más, sentenciado a muerte, pena que fue conmutada por la cárcel perpetua.

Al cineasta alemán Werner Herzog le fascinan las aventuras desmesuradas de los sátrapas locos, como lo probó en "Aguirre o la Ira de Dios" y "Fitzcarraldo". Por eso no podía dejar de filmar un documental sobre tan grotesco dictador centroafricano. Se llama "Ecos de un Imperio Sombrío", y reconstruye la historia de este hombre a partir de documentos de archivo, entrevistas a Bokassa durante su cenit imperial y en el exilio, y la filmación de relatos de testigos presenciales. "Siempre he querido saber cómo y por qué un hombre -e incluso todo un pueblo- pueden caer sin razones evidentes en un delirio de poder que conduce a la barbarie", ha dicho Herzog que hizo su documental animado de un deseo de comprender más que de juzgar. Una de las escenas más impactantes es la del llanto histérico de Bokassa durante el funeral del general De Gaulle "Papá, papá, no te vayas", exclamaba el déspota de África central. En otra, el depuesto emperador (Un viejecillo de aspecto frágil y mirada huidiza) responde a la pregunta de periodista

—¿Todo aquel despilfarro de su coronación no le parece excesivo hoy?

—No. Yo soy hijo de un rey, procedo de una dinastía real. Siempre supe que algún día sería coronado emperador en una gran fiesta. Una fiesta para dar realce a mi país ante el resto del mundo. Sólo hice lo que cualquier otro rey legítimo habría hecho."

La película termina con la simpática imagen de un simio fumando un cigarrillo tras las rejas de su jaula.

MOBUTU Y KAKOKO

Bien sabido es que el continente africano ha sido territorio fértil en materia de sátrapas megalómanos, corruptos, locos, ineptos y/o estúpidos. Una pléyade de déspotas de la peor ralea, muchos de los cuales se han entregado alegremente al culto a la personalidad. Y dentro del que ha sido un continente desdichado, el Congo ha sido maltratado con particular rigor. El conradiano "corazón de las tinieblas" fue el mayor campo de expoliación de recursos, envilecimiento de la población y trabajos forzados del mundo bajo el inicuo y falaz rey Leopoldo, quien disfrazó su villanía bajo un inconvincente disfraz pseudofilantrópico. La voracidad occidental no claudicó, se perseveró con el correr del siglo xx y tuvo en Mobutu Sese Seko si no su último, si su más provecto gestor, que amasó una fortuna de centenares de miles de millones de dólares, contó siempre con el visto bueno de Occidente y mantuvo al Congo como uno de los lugares más oprobiosos de la tierra. Todo esto aderezado con un extensivo y ridículo culto a la personalidad.

Nacido Joseph Désiré en 1930, en una villa junto al curso del gran río Congo, Mobutu pertenecía a la tribu de los ngabandis. Con los misioneros belgas dio los primeros pasos en religión, francés y fútbol, una de sus grandes pasiones. En los cincuentas ingresó al ejército, donde llagó al rango de sargento. También se dedicó al periodismo. En Bruselas, realizó estudios universitarios y supo ganarse la confianza de Lumumba, el artífice de la independencia congolesa. Fue parte de los negociadores que concretaron la independencia de enorme país africano, pero durante su estancia en

Bruselas Mobutu, previsor él, procuró establecer lazos muy estrechos con el servicio secreto belga y con la CIA.

En junio de 1960, al arribar la independencia, Mobutu fue promovido a jefe del Estado Mayor con el grado de coronel. Desde el primer día en su nuevo encargo demostró talento para la intriga y la traición. Aprovechó muy bien a su favor la rivalidad que pronto se desató entre el presidente Joseph Kasavubu y Lumumba, su primer ministro. Y es que el problema del naif Lumumba fue su candorosa idea de intentar apelar al apoyo soviético para tratar de remediar los ancestrales males de su país en un contexto tan enmarañado como fue el de la Guerra Fría. Apoyado por Bélgica y Estados Unidos, Mobutu neutralizó a los dos rivales. Al primero lo relegó para siempre al segundo plano y al otro (su mentor) lo entregó a los infames dirigentes secesionistas de la provincia Katanga, que lo odiaban y lo asesinaron ipso facto.

Tras cinco años de guerra civil con los secesionistas, Mobutu salió vencedor y amo absoluto del país. Promediaba la década de los sesentas. Entonces el dictador puso en práctica la estrategia que le permitió ser un superviviente por décadas, pese a que encabezó uno de los regímenes más corruptos e ineficientes de la historia de la humanidad. Mobutu fue habilísimo en jugar la carta que la mayoría de los tiranos utilizan como el gran pretexto para mantener el poder y que consiste en plantear el falso dilema de: "yo o el caos", mientras saqueaba al país y lo mantenía en la indigencia y el abandono total. Manejó astutamente las enconadas divisiones de sus adversarios, uso la estrategia del palo y la zanahoria para neutralizar o eliminar a los opositores más recalcitrantes, y sirvió como útil aliado de Estados Unidos durante la Guerra Fría en momentos en los que a la URSS y a Cuba se les ocurrió inmiscuirse torpemente en el continente negro. ¿Cuántos dictadores hicieron de las suyas de forma obscena con el pretexto de la Guerra Fría?

Para consumo interno, en los setentas inició un bufo proceso de "zairización" (autenticidad africana) que trastocaría los mapas: el Congo y su imponente río se convirtieron en Zaire y todos los habitantes del país fueron obligados a cambiar sus nombres franceses

por versiones en lenguas autóctonas. El propio sátrapa mudó su nombre de Josep Desiré a Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu wa za Banga, que humildemente significa "El todopoderoso guerrero que por su fuerza y voluntad de triunfo va de conquista en conquista, dejando un rastro de fuego a su paso", interesante sobrenombre para quien jamás presenció un campo de batalla. En el ocaso de su régimen, con el país invadido desde el exterior por fuerzas opositoras, un general sugirió al presidente hacer acto de presencia en el frente. "¿Estás loco? ¿Has pensado quien cuidaría de mi viuda si me matan?", fue la respuesta que dio el invicto combatiente, todopoderoso guerrero, sí, pero, ante todo, considerado esposo.

Su famoso gorro de piel de leopardo fue la insignia favorita de Mobutu y elemento crucial de su desaforado culto a la personalidad, junto a sus gafas oscuras y su bastón de ébano, atuendo descrito por *v.s.* Naipaul como representativo del "Gran Hombre" en su novela "Un Recodo en el Río", en la que si bien no se especifica de forma concreta al país africano en el que transcurre la historia (por el bien de la reflexión que suscita), todo hace pensar en que se trata de Zaire. Su megalomanía llevó a Mobutu llevó a prohibir, por un tiempo, la publicación en la prensa del nombre de cualquier otro funcionario público que no fuera él. Los primeros 15 minutos de actividades escolares eran dedicadas por los estudiantes a cantar himnos en honor al presidente y todos los zaireños mayores de edad tenían la obligación de militar en el partido del presidente. La imagen del ubicuo presidente inundó al enorme país: timbres postales, papel moneda, afiches, monumentos. Alguna vez, cuando un funcionario del Banco Mundial le reprochó al mandatario el abuso que perpetraba con los recursos públicos, Mobutu le mostró un billete y le dijo: "¿A quién ve usted aquí? ¡Soy yo! Y yo conmigo hago lo que quiero."

En 1974, con el proceso de zairenización en pleno, viajó a China y a Corea del Norte, donde adquirió nuevas y fabulosas ideas para reforzar su culto a la personalidad. ¡Vaya que había elementos para inspirar a un megalómano en la China de Mao y la Corea de Kim Il Sung! Ahora se hacía oficialmente referencia al dictador con títulos

como "El Mesías", "El Redentor" o "El Timonel", aunque el favorito personal del presidente era "El Visionario". Las transmisiones de la televisión local empezaban siempre con unas chabacanas imágenes del mandatario descendiendo de los cielos y cerraban con la más conocida de las citas del mobutismo: "el jefe es el jefe. Él es Águila que vuela tan alto que jamás podrá ser alcanzado por los escupitajos de los sapos".

Se echaron a andar proyectos faraónicos gracias a los ingresos provenientes de la inmensa riqueza mineral del país, de los cuales se terminaron muy pocos de los que podrían resultar útiles a los gobernados, pero sí se completaron todos los que tenían que ver con el bienestar de El redentor y su culto a la personalidad, como fue el caso del versallesco palacio que se hizo construir su localidad natal, el pequeño pueblecito de Gbadolite, y el aeropuerto internacional de tan importante localidad, donde no era raro ver jets (incluso el mismísimo Concorde en ocasiones) contratados especialmente por el dictador para traer de Europa artículos de lujo. Una vez la carga consistió, únicamente, de ¡una solitaria caja de 15 kilos!, pero estaremos de acuerdo en que se trataba de un cargamento de importancia estratégica: Ni más ni menos que mejillones frescos.

Para promover la grandeza de su país, Mobutu hizo lo que otros tantos dictadores: recurrió al deporte. No organizó un mundial o una olimpiada, pero si el combate más memorable en la historia del boxeo. ¿Quién de mi generación podrá olvidar *Rumble in the Jungle?,* la fabulosa pelea entre Mohamed Ali y George Foreman que de manera inaudita no se celebró en Las Vegas o en Atlantic City, sino en la exótica Kinshasa gracias a que el visionario pagó a los púgiles 5 millones de dólares por cabeza y váyase a saber cuántos más a Don King y la mafia boxística. Y ya puesto a gastar y a echar a todo el país por la ventana, elucubró una serie de bacanales, francachelas, banquetes y saraos, todo ello amenizado por los *hit parade* musicales internacionales del momento.

También el fútbol soccer, verdadera pasión presidencial, dio al redentor una oportunidad de promover la grandeza zaireña, aunque aquí el tiro más bien salió por la culata. Su afición futbolera era

tal que llegó a aportar el dinero necesario para pagar los servicios del entrenador yugoslavo Blagoje Vidinic y a otorgar a los jugadores de la selección nacional generosos incentivos, como coches y terrenos. Incluso puso su avión privado al servicio de los "leopardos", que así bautizó Mobuto a los enjundiosos deportistas, para sus desplazamientos fuera de casa. Tanto esfuerzo nacional tuvo éxito. Sucedió que Zaire se calificó para el mundial de Alemania en 1974 (mismo año del Rumble in the Jungle), el primer país en hacerlo del África Negra. Mobutu no salía de su paroxismo. Dorada era la oportunidad para que todo el mundo hablara de su Zaire como y lo reconociera a él como gran estadista que era. ¡Y vaya que dieron de que hablar los leopardos! La participación de los zaireños fue controvertida desde el principio. En la eliminatoria, y en virtud del ya citado decreto gubernamental, los jugadores fueron obligados a prescindir de sus nombres con derivaciones europeas, a favor de las raíces africanas. La afición futbolera jamás podrá olvidar a Kakoko, el delantero centro de la selección y uno de los estrellas del once nacional. Ya en Alemania, "Los Leopardos" tenían a Escocia, Yugoslavia y Brasil como rivales. Sabían que sería complicado, pero no imaginaban que tanto. La cosa no empezó tan mal. Los escoceses eran fuertes pero carentes de técnica. Zaire salió con un decoroso 0-2. Mala puntería de Kakoko, pero buen resultado para un equipo novato. Mobuto habló para felicitarles y para "recomendarles "que por lo menos empataran con Yugoslavia. "Por ser yo mismo yugoslavo los conozco bien, su excelencia" blofeó el entrenador de los leopardos, "ya verá usted que se llevará una sorpresa".

Quizá las cosas se empezaron a complicar cuando Vidinic expulsó de la concentración de su equipo a una delegación oficial de brujos enviados por Mobutu para mejorar el rendimiento del equipo. Los hechiceros acusaron al entrenador de pretender favorecer al rival. El hecho es que con sortilegios o sin ellos, Yugoslavia destrozó a Zaire ¡9 a 0! Los furiosos lances de Kakoko resultaron, otra vez, inofensivos. Mucho se habló entonces de traición por parte del balcánico entrenador. Para el tercer juego la advertencia del visionario

o se hizo esperar "Si Brasil les mete más de cuatro, mejor será para ustedes quedarse en Alemania". Los sudamericanos ganaron ese partido con un conveniente 3 a 0, justo para calificar a Brasil a la siguiente ronda, pero no tan abultado como para poner en peligro la integridad física de los vapuleados leopardos. En un interesante reportaje filmado recientemente, *Entre la Coupe et l'Election*, que narra los avatares de esta insólita selección en el mundial germano, uno de los leopardos confiesa que suplicaron a los de la verde-*amarelha* no ensañarse en el marcador.

Pese a todo, no se crea que la imagen de Mobutu era la del típico carnicero a la Idi Amín o Pinochet. Tenía un aura entre paternal y pintoresca. Su imagen, venerable; sus gestos, afables; sus modales y buen gusto, irreprochables. Despachaba no en una oficina, sino a la sombra de un hermoso baobab al lado de un teléfono, una radio siempre encendida y un pliego de informes de la policía política. Desde luego, infame siempre lo fue, y sobre todo, corrupto, al grado de la cleptomanía. Mobutu se convirtió en uno de los hombres más ricos del mundo. Sólo Sukarno y Marcos rivalizan con él por el título del gobernante más venal de la historia. Evidentemente tanta cleptocracia, despilfarro y mala administración llevaron a las finanzas públicas a su colapso total. La inflación llegó a superar el 10,000 por ciento anual y el dólar alcanzó a pagarse a más de 4 millones de "zaires" (nombre de la moneda nacional) la unidad. Un día la compañía telefónica de plano quebró por falta de pagos a los inversores. La red de carreteras se vio constreñida a poco más del 1 por ciento de los caminos utilizables que existían en el momento de la independencia. No había luz en los hospitales, no se construían escuelas, los servicios públicos eran más que precarios y los pagos a los funcionarios públicos eran magros e irregulares, lo que incluía al ejército (estúpidamente para Mobutu, desde luego).

Sin embargo, y aquí hay materia deslumbrante que invita a reflexionar, pese a la forma en que el sátrapa devastó las arcas públicas, Zaire no fue un estado fallido. Hasta sus críticos más enconados reconocen que Mobutu supo, de una manera u otra, frenar o al menos aminorar las ancestrales y atroces rivalidades étnicas que des-

de hacía siglos asolaban al país, mismas que resurgieron con toda virulencia tras la caída del tirano.

La historia del fin de Mobutu es la de otros tantos autócratas del siglo xx. Terminada la Guerra Fría, Occidente ya no encontró utilidad en un régimen despótico y corrompido que solo afeaba el reciente triunfo de la democracia global. Sin el apoyo de sus antiguos patrocinadores un régimen que aparecía como monolítico sorpresivamente conoció una rápida decadencia. Aparecieron los antes soterrados movimientos opositores, los cuales, apoyados por naciones vecinas a Zaire, no tardaron en derrocar a Mobutu y derrotar a su mal pagado, mal equipado y mal preparado ejército. Fue así que el gran cleptómano, el ladrón sin par Mobutu terminó sus días en el exilio, peregrinando de hospital en hospital, atormentado por un doloroso cáncer de próstata, hasta que murió en 1997. Zaire se volvió a llamar Congo, pero sus cuitas están muy lejos de acabar. Al visionario lo relevó, por un tiempo, un dictador quizá aún peor (Kabila) y un período de sanguinarias guerras civiles que aún no termina. ¡Pobre Congo, Corazón de las Tinieblas!

¡ESE HOMBRE!

Uno de los aspectos más grotescos del culto a la personalidad ha sido la formidable lista de títulos grandilocuentes que los sátrapas megalómanos han adoptado para destacar su inconmensurable grandeza. Además de la prosopopeya de monumentos y palacios, del renombramiento de calles y ciudades, de los extravagantes trajes y la reproducción ad infinitum de la imagen sacra del dictador en innumerables posters, timbres postales, fotos oficiales y carteles, el déspota objeto de culto debe tener títulos ditirámbicos. No bastan las investiduras habituales de "Presidente" o "Jefe de Estado". Muchas veces tampoco son suficientes las más plausibles de "Führer", "Vozhd". "Caudillo", "Generalísimo" o "Comandante". El sátrapa debe contar con un buen número de títulos que destaquen sus cualidades sobrehumanas, enuncien algunos de los grandes beneficios que han hecho por su pueblo y por la humanidad e incluso infundan miedo al enemigo.

Hemos visto como Stalin tuvo una larga retahíla de magníficos sobrenombres, dentro de los cuales destacan "Genio más Grande de la Historia", "Arquitecto Supremo del Comunismo", y "Jardinero de la Felicidad Humana", sin olvidar aquél, hermoso, de "Padre de los Pueblos". Mao, obviamente, no se quedaba atrás con eso de la rimbombancia en decenas de apodos, siendo los más dignos de memoria "Gran Sol Rojo", "Gran Maestro" y, desde luego, "Gran Timonel".

Muchos fueron los títulos de los grandes dictadores del siglo xx, pero han sido los cultos a la personalidad a dictadorzuelos en naciones del tercer mundo los que han aportado las versiones más desca-

belladas y pintorescas. En Corea del Norte la dinastía de los tiranos Kim no se quedó chiquita a la hora de inventar apelativos gloriosos. Kim Il Sung fue, antes que nada, el "Gran Líder" y "Mariscal Padre", mientras que el recientemente fallecido Kim Jong Il tenía una larga colección de nombramientos, entre otros "Rayo Guía del Sol", "Glorioso General que ha Descendido del Cielo", "Persona Superior", "Estrella Orientadora del Siglo xxi", "Altísima Encarnación del Amor Revolucionario. Total, que un día para tratar de resumir tanta gloria a algún sicofante de plano se le ocurrió describir a Kim hijo como "La Perfecta Encarnación de Todas las Virtudes que un Gran Líder Debe Tener", y punto.

Después de tanta lisonja como que ya no alcanzó mucho que decir sobre el tercero en la línea sucesoria de la satrapía norcoreana, el rechonchito Kim Jong Un, quien debió conformarse durante algún tiempo únicamente con la denominación oficial de "Brillante Camarada". Vaya cosa esta de "Brillante Camarada", que a mí me suena más bien a una "Brillante Cabuleada". A ver si a los panegiristas oficiales se les despierta la imaginación e inventan títulos más dignos ahora que este mozalbete ha heredado el poder en la pobre y mártir Corea del Norte.

Otro déspota célebre por sus absurdos títulos fue el dominicano Rafael Leónidas Trujillo, quien entre otras cosas fue "Primer Anticomunista de América", "Primer Médico de la República", "Primer Maestro de la República", "Primer Periodista de la República", "Genio de la Paz", "Protector de Todos los Obreros", "Héroe del Trabajo", "Restaurador de la Independencia Financiera del País", "Salvador de la Patria"; amén de los más tradicionales "Generalísimo Invicto de los Ejércitos Dominicanos", "Benefactor de la Patria" y "Padre de la Patria Nueva". Ya por ahí comentamos como en Zaire el dictador se cambió el nombre de Josep Desiré a Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu wa za Banga, es decir "El todopoderoso guerrero que por su fuerza y voluntad de triunfo va de conquista en conquista, dejando un rastro de fuego a su paso". Por su parte, el tirano ugandés Idi Amin " tenía entre sus apelativos más vistosos los de "Señor de todas las bestias de la Tierra y de los peces del

mar", "Conquistador del Imperio Británico en África en general y Uganda, en particular" y "Rey de Escocia sin corona".

Pero el campeón de los títulos ridículos es sin duda Francisco Macías Nguema, jefe de Estado y de Gobierno de Guinea Ecuatorial desde su independencia, el 12 de octubre de 1968, hasta que fue ejecutado en 1979 por un pelotón de fusilamiento. Este es un caso verdaderamente excepcional de dictador demente, en un mundo al que nunca le han faltado dictadores dementes. Fue un sanguinario y corrupto gobernante con varios de los elementos que caracterizan a muchos de los megalómanos incluidos en esta colección: asesino, corrupto, cobarde, vesánico. Sin embargo, su singularidad reside en que ha sido uno de los más desenfrenados inventores de títulos para auto glorificarse. Coleccionó más de cincuenta nombramientos oficiales los cuales más ridículos y descabellados, mismos que fueron fundamento de la enseñanza guineana, ya que los niños de este pequeño país y ex colonia española tenían la obligación de memorizarse absolutamente todos los alias glorificadores del presidente si querían pasar los finales de curso, y esta memorización tenía que refrendarse año con año incluyendo, claro está, los que se fueran sumando a la larga lista de cuando en cuando

Macías Nguema había sido un ex conserje obtuso pero muy adulador que logró escalar los peldaños de la administración colonial franquista a base de lisonjear a sus jefes. Fue elegido concejal, poco tiempo después entró a formar parte de la Asamblea General y de ahí fue designado vicepresidente del Gobierno autónomo de Guinea Ecuatorial. En 1968, tras declararse la independencia del país, Macías ganó las primeras elecciones a la presidencia. Una vez ungido, este infausto personaje empezó a concentrar poderes. En 1969, con el pretexto de perpetrarse un fallido golpe de Estado en su contra, Macías se convirtió abiertamente en tirano y comenzó a asesinar disidentes y adversarios políticos. El empobrecimiento y la paralización del país fueron, desde entonces, progresivos, cosa que no impidió al tirano autoproclamarse, en 1972, "presidente vitalicio".

Fue Macías un feroz represor. Gano una ominosa fama internacional su campo de tortura conocido como Casa Bidón. Construido con hojalata de bidones de gasolina y con una superficie de unos veinte metros de ancho por cuarenta de largo, en su interior se hacinaban unos 250 presos permanentemente. Cuenta el escritor guineano Donato Ndongo-Bidyog, autor de la novela sobre la dictadura de Macías "Los poderes de la Tempestad", que en el interior de la Casa Bidón había dos compartimentos. En el más reducido se hallaban los condenados a muerte y ante todos se aplicaban las torturas, consistentes, sobre todo, en el agarrotamiento de las extremidades mediante varas trenzadas con cuerdas. Las cuerdas se tensaban poco a poco. Los sometidos a esta tortura expiraban antes del tercer día. De esta forma murieron allí centenares de presos, enterrados en fosas cercanas. Se dice que Macías mató a muchos presos con sus propias manos. Cuentan las crónicas que para ello utilizaba una especie de baqueta de bombo, un palo nudoso con una cabeza gruesa, que golpeaba las nucas de sus víctimas. Usaba, asimismo, una especie de venablo de palo rematado por una ganzúa que se utiliza para machetear el follaje de la selva.

Macías era un gran hipocondriaco. Sus médicos chinos (Este megalómano se convirtió en uno de los mejores amigos de China Comunista en África) le hacían análisis clínicos a diario de sangre y orina. Su odio a todo lo europeo, sobre todo a lo español, se hizo legendario. Suprimió por decreto la importación de harina, por considerar el pan un alimento imperialista. Devastó la producción de cacao, otrora la principal fuente de ingresos nacional Todos los productos españoles estaban prohibidos a los guineanos, aunque él no se privaba en absoluto de consumir buenos vinos riojanos, jamones, quesos manchegos, aceitunas y otras delicias que hacía importar directamente desde la madre patria para su disfrute personal. Un ex maestro español en Guinea, Ramón García Domínguez, describió célebremente a Macías como "Desequilibrado, cambiante, carente de formación intelectual, notable sordera, dolencias de tipo gástrico, introvertido, suspicaz, receloso. Se ha hablado de trastornos mentales que le hacen cometer excentricidades."

Pero como apuntamos antes, lo que más distinguió al culto a la personalidad de este sujeto fue los nombramientos oficiales. Eche el lector un vistazo a tales motes:

- Gran Estratega contra el colonialismo general
- Gran Estratega contra el colonialismo Español en particular
- Gran Estratega que expulsó a las fuerzas de opresión colonial española, después de 200 años de explotación.
- Gran Hombre que devolvió la tierra, el bosque con sus animales, el espacio aéreo con sus aves, el mar territorial de la jurisdicción guineana con sus peces y todas las inmensas riquezas que posee el mar a sus propios dueños después de 200 años de usurpación, explotación despiadada, rapiña chantaje de los colonialistas e imperialistas Españoles.
- Fundador máximo de la Organización de las Mujeres Guineanas que preconiza la igualdad de la mujer y el hombre
- Constructor de los dos Bancos Nacionales
- Constructor de la Gran carretera de circunvalación de la Isla "Macias Nguema Biyogo"
- Constructor del gran puente de Kopé, no conocido hasta ese momento por la Historia de Guinea Ecuatorial, que dio cierre a la carretera de circunvalación expresada y bautizada con el nombre del Presidente Vitalicio Macias Nguema Biyogo
- Constructor del gran Campamento para Fuerzas Armadas Populares de gran confort en todo el Territorio Nacional
- Constructor del gran Puerto Internacional bautizado con el nombre del Presidente Vitalicio que reúne todas las condiciones modernas.
- Constructor del gran puente sobre el río Ekuku bautizado con el nombre de su sagrado y santo padre "Nguema Biyogo"
- Constructor de nuevas carreteras de red moderna que reúnen las condiciones modernas de construcción de

carreteras; visite Nkue-Miko-meseng, Añisok, Mongomo, Ebebiyin (sí, también hacía promoción turística en sus títulos)
- Constructor de innumerables obras del desarrollo de Guinea Ecuatorial, empieza en la gran Avenida de Ngolo al Repuesto de medicamentos, con modernísimas instalaciones. Visite el sistema de viviendas en todo el Territorio nacional
- Fundador de la Marina mercante con la adquisición del gran buque de carga y pasaje bautizado con el nombre del Presidente Vitalicio Macias Nguema Biyogo (sí, la gran marina mercante guineana tenía solo un buque)
- Fundador de la Marina de Guerra de Guinea Ecuatorial (la cual no contaba no con un solo buque)
- Gran Maestro en Educación, Ciencia, Cultura y Artes Tradicionales
- Gran Maestro de Enseñanza Revolucionario del Pueblo Trabajador de Guinea Ecuatorial
- Único Milagro de Guinea Ecuatorial (uno es más que ninguno)
- Ministro de Defensa y de Asuntos Exteriores
- Líder de Acero
- General Mayor de los Ejércitos Nacionales de Guinea Ecuatorial
- Fundador de la Milicia Popular Revolucionaria
- Fundador de la Juventud Guineana "En Marcha con Macías Nguema Biyogo"
- Fundador del Ejército popular Revolucionario
- Fundador del Estado Guineano
- Primer Trabajador del Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial
- Gran Estratega de los planes de desarrollo de Guinea Ecuatorial
- Constructor del gran acondicionamiento e instalación portuaria, el más moderno de África

- Fundador de la Compañía "Línea Aéreas de Guinea Ecuatorial"
- Artífice que he pasado la Economía al Pueblo trabajador de la Guinea Ecuatorial. Comercio, explotación de fincas agrícolas, etc. (sí, etc.)
- Primer Hombre de Paz del Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial
- Jefe Supremo de la Revolución Guineana
- Impugnador de la constitución colonial española con su caída total
- Hombre y Líder que ha puesto la nueva Constitución con la igualdad de derechos al Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial
- Padre de todos los niños revolucionarios (de todos)
- Gran Estratega contra los planes imperialistas en el Pueblo trabajador de Guinea Ecuatorial (se ha respetado aquí y en todos los casos la sintaxis original)
- Victorioso frente al neocolonialismo español en particular y frente al neocolonialismo en general (distinto al de estratega ya enunciado, ojo)
- Presidente Vitalicio de la Republica
- Presidente Vitalicio del Comité Central del Partido Único Nacional de Trabajadores

Pero mi preferido es uno que demuestra que lo más sencillo siempre en lo mejor. Juzguen ustedes:

- Francisco Macías Nguema, ¡Ese Hombre!

¿No es una lindura? La verdad sea dicha no era muy original, ya que el dictador lo tomó del título de un famoso documental sobre la vida de Franco, pero eso no le quita su fuerza y belleza. Sobre todo, aquí lo que vale es su carácter de oficial. ¡Ese Hombre! Se convirtió en un apelativo legal y era obligatorio expresarse así del presidente.

Ya hacia el final de su loca dictadura, poco antes de ser derrocador por un golpe de estado encabezado por su sobrino, el ligeramente menos loco, Teodoro Obiang a Macías se le antojó coronar con algo verdaderamente espectacular su acervo de títulos y cambio el lema oficial de la república de Guinea Ecuatorial al categórico (y de clara inspiración musulmana) "No hay más Dios que Francisco Macías Nguema". No está mal, pero yo me quedo con el de ¡Ese hombre! Como el mejor alias oficial que haya tenido megalómano alguno en la historia contemporánea.

EL INCREÍBLE GENERAL EYADEMA Y SUS SÚPER PODERES

Todos los megalómanos incluidos en esta colección han aportado alguna excentricidad a la perversa historia mundial del culto a la personalidad. El General Gnassingbé Eyadema no fue la excepción. Dictador por casi 40 años del pequeño Togo, nación del África occidental antaño conocida como "La Costa de los Esclavos", Eyadema fue un sanguinario tirano que asesinó personalmente a su antecesor en la presidencia de la malhadada república y práctico un extendido y alegre culto a la personalidad, ciertamente no tan elaborado y fastuoso como el de otros grandes megalómanos, pero que tuvo sus buenos momentos. Cierto que este líder togolés no se creía un "genio universal" que respondiera en un libro de su autoría a todas las inquietudes humanas, ni intentó conquistar al mundo, ni se mandó construir estatuas de oro. El prefirió explotar las posibilidades comunicativas del comic. Ordenó la impresión de una historieta ilustrada que tuvo una amplísima difusión (obligatoria lectura en las escuelas, desde luego) donde se representaba a tan insigne estadista como un superhéroe invulnerable dotado de poderes inauditos.

Ex campeón de lucha grecorromana, Eyadema llegó al poder en 1967 cuando apenas tenía 29 años por medio de un bonito golpe de Estado y lo conservó hasta el día de su muerte, que fatalmente le llegó, como le llegaba también a los héroes clásicos: a pesar de haber sido siempre un favorito de los dioses. Siempre estuvo el preclaro gobernante del empobrecido Togo obsesionado con esto de los súper poderes. En el comic se narran las formas absolutamente

milagrosas gracias a las cuales el presidente salió ileso de varios supuestos atentados contra su vida, como aquella ocasión en que un grupo de sicarios disparó a mansalva contra Su Excelencia con metralletas sin que por lo menos una bala traspasara el cuerpo del Insigne, dejando tanto a atacantes como al resto de los testigos de tal portento completamente estupefactos. En otra página se describe aquella vez en que una bomba estalló dentro del avión que conducía al presidente a un país extranjero. El avión cayó envuelto en llamas, pero el Prócer incomparable quedó suspendido en el aire y logró, mágicamente, descender suavemente a la tierra.

Al repasar la vida y chifladuras de estos dictadores megalómanos, uno no puede dejar de preguntarse una y otra vez no solo cómo y de donde es que han surgido, sino cuales son las razones de que sus tiranías sean tan duraderas, a pesar de que viven enajenados en personalísimos mundos de fantasía. Este señor Eyadema, al igual que tantos sátrapas como él, vivió y mandó como *monsieur* Jourdain en la obra de Moliere el Burgués Gentilhombre: interpretando al mundo de una forma extravagante y mágica. Pero las cosas no se quedan ahí. Lo que hace fascinante a estos antihéroes es que no se trata únicamente de loquito alienados, sino que son astutos políticos capaces de llegar al poder y de sobrevivir en él durante largos años. Este atributo los hace interesantes y, a la vez, difíciles de entender.

EL CARISMA NO GANA GUERRAS

En la cadena sin fin de dictadores megalómanos que han pisado el mundo hay los que, siendo nulidades, debieron tratar de inventar de la nada un carisma que no poseían de natural, grises personalidades susceptibles a ser exaltadas solo mediante la mentira, la falsificación de la historia y la parafernalia de los métodos de marketing. Los hay también, muchos, a los que inundó una marisma de oprobio y desprecio tiempo después de morir en el poder o caer derrocados. No es el caso de Gamal Abdul Nasser, hombre de portentoso carisma, exuberante personalidad e imponente físico que fue, genuinamente, idolatrado por su pueblo y quien todavía hoy es recordado como una inspiración legendaria, a pesar de que llevó a Egipto a sufrir una humillante derrota militar y que sentó las bases del autoritario, corrompido e ineficiente sistema económico y político derruido por el pueblo que ocupa el delta del Nilo durante la "Primavera Árabe".

Muchos analistas internacionales han hecho el símil entre el millón de personas que en 2011 se reunieron en la plaza Tahir para derrocar a Mubarak y aquel millón de almas que en 1967 se juntaron ahí mismo para rechazar la renuncia de Nasser y rogarle al gran Rais que se quedara en la Presidencia tras la derrota en la Guerra de los Seis Días. Pero lo cierto es que con la revolución llegó a su fin la era instaurada precisamente por Gamal Abdel Nasser y no solo en Egipto, sino en el resto del mundo árabe. Fue una larga época que nació con la descolonización pos Segunda Guerra Mundial y que vio ascender al poder una generación de personajes cuyo principal objetivo era consolidar el nacionalismo, separar la religión del

Estado y modernizar sus naciones utilizando una suerte de "socialismo árabe". Los más destacados de estos dirigentes serían Gamal Abdul Nasser, el iraquí Karim Kassem, el sirio Hasem El-Atassi, el yemenita Abdala Al-Salal, el tunecino Habib Bourguiba, el argelino Ahmed Ben Bella y el mauritano Mouktar Ould Daddah. Se sumarían poco después a este espíritu socialista y nacionalista Hafez el Assad en Siria, un tal Saddam Hussein en Iraq y otro "tal": el libio Muammar Khadafi.

Nacionalismo laico, socialismo a la árabe y odio a Israel fueron los códigos que identificaron a estos dirigentes, pero también el culto a la personalidad. Por múltiples y profundas razones históricas y culturales los países árabes han sido particularmente proclives, desde siempre, a fomentar la glorificación de sus líderes. Bien conocidas son las dificultades que el laicismo ha enfrentado en las sociedades árabes. El Islam no ha podido jamás aislar por completo lo religioso de lo político. Se experimenta en los países musulmanes una formidable tensión histórica entre religión y política. Por ello los dirigentes poscoloniales optaron por relevar al canon religioso con un discurso nacionalista, en ocasiones ferozmente antiimperialista, y con un arraigado culto a la personalidad.

Desde luego que el más destacado de estos líderes fue el egipcio Nasser, nacido en Alejandría en 1918 como hijo de un cartero y desde muy joven atraído por la política anticolonialista, tanto, que a los 17 años los hizo su primera visita a la cárcel por participar en manifestaciones antibritánica. Se convirtió en militar, ascendió rápidamente a coronel y en 1948, tras la derrota de su país (a la sazón ya plenamente independiente), en la guerra de independencia de Israel estableció contacto con otros jóvenes oficiales descontentos con la incompetencia y corrupción de la monarquía reinante. Formaron la organización de los oficiales libres, que llegó al poder en 1952 luego de darle un golpe de estado al anodino rey Faruk.

Caudillo de verbo fogoso y destemplado, Nasser pronto destacó como el verdadero "hombre fuerte" del nuevo régimen y como un feroz partidario de iniciar un movimiento nacionalista panárabe contra Israel. En 1954 asumió la presidencia de la República. Ini-

ció entonces un régimen sumamente autoritario y personalista que reprimió todo intento de oposición, en particular la que representaba la organización islámica de los Hermanos Musulmanes. Convirtió a Egipto en una república socialista árabe de partido único, sistema presidencialista fuerte y, eso sí, con el Islam como religión oficial, pero apartándolo lo más posible de las tareas de la gobernación, que recaían en exclusiva en manos del Presidente. Desarrolló una calamitosa reforma agraria, estatizó la economía, subsidió alimentos y se sumó de manera entusiasta al movimiento de los No Alineados impulsado por otras de las estrellas anticolonialistas del momento: Nkrumah, Sukarno, Tito y Nehru.

Tenía el sueño era unir a los asaz divididos pueblos árabes bajo el liderazgo egipcio, pero este panarabismo sólo acarreó violentos resentimientos, el más incandescente contra Israel, cuya existencia fue considerada una ofensa de Occidente. Logró Nasser una estruendosa conquista al recuperar para Egipto el canal de Suez luego de aprovechar crasos errores de los gobiernos de Inglaterra y Francia, que afrontaron mal una hábil escalada política y bélica instigada por el presidente egipcio. Se consolidó la figura del Rais como gran líder del mundo árabe. Jamás antes un dirigente islámico gozó del beneficio de una autoridad igual. Su culto a la personalidad tiene la particularidad de que se fundamentó en una idolatría surgida de forma espontánea en la gente, y no solo de su país (otra peculiaridad), sino en prácticamente todo el mundo árabe. Fue un culto a la personalidad trasnacional y espontáneo.

En pocos años de poder Nasser se convirtió en jefe indiscutido de todos los árabes. Sin duda, ningún estadista, en los tiempos moderno, pudo influir tanto como él en la conciencia árabe y en sus comportamientos políticos, y fue la confianza en su sinceridad y su fidelidad, sumados a su victoria frente a Occidente en la escalada de Suez, lo que forjó su renombre y lo elevó muy por encima de todos los otros jefes y mandatarios.

Pero aquí nos hallamos ante la situación esencial y peligrosa donde la política se hunde en lo emotivo y lo irracional. Con el éxito en Suez arribó la hubris. El culto al líder se intensificó. Su triunfo

político y diplomático elevó la ascendencia de Nasser en el mundo árabe, quien no la supo administrar con sabiduría. Primero fue el fracaso de la República Árabe Unida, proyecto de unificación con Siria y Yemen que se vino abajo en 1961 a causa del excesivo autoritarismo del *Rais*. Luego forjó una sólida alianza armamentista con la URSS (olvidando sus devaneos neutralistas y no alineados) mientras incrementaba incesantemente la retórica belicista contra Israel. Estas ingentes imprudencias desembocaron en la paliza que se llevó Egipto de la Guerra de los Seis Días. En efecto, el *Rais* fue víctima de su propia imagen heroica, que lo llevo a elevar las tensiones con Israel a un punto de no retorno en 1967. Sintiéndose amenazado, el estado judío lanzó un fulminante "ataque preventivo" (como hoy se le conoce) y en menos de una semana demolió al ejército egipcio. Esta derrota devastó a Nasser y a su prestigio de adalid panárabe. Decidió asumir la responsabilidad del fiasco, dimitió a la presidencia, pero el pueblo que lo idolatraba no se lo permitió. Ya nada sería igual, de todas formas. Un súbito ataque al corazón termino con su vida una mañana de septiembre de 1970. Cinco millones de egipcios le rindieron un franco homenaje ante su féretro. Pero Nasser dejó como herencia el fracaso del panarabismo y de su política económica, destruida ésta por la explosión demográfica, los excesos del armamentismo, el despilfarro, la improductividad y la corrupción.

El mundo árabe entró en crisis tras el experimento nasserista, de la cual no la han podido sacar ni siquiera los cíclicos incrementos en los precios del petróleo. La unidad árabe ha quedado definitivamente rota. La riqueza de las naciones dueñas de combustibles solo ha engendrado obscenas desigualdades sociales. El resto de las naciones del área, las que no tienen la "bendición" del petróleo, son el perfecto reflejo del estancamiento y la abulia económica. La industria no ha descollado, ni el comercio. Los índices sociales llegan a ser pavorosos, lo mismo que las cifras de crecimiento e ingreso per cápita. Las poblaciones son crecientes, pero no así los puestos de trabajo. Es en el mundo árabe donde hoy por hoy se encuentran los registros de natalidad más elevados del mundo. Así, el

nacionalismo concluyó como una ideología basada en el fetichismo de las consignas y los conceptos como pantalla a la realidad, con poblaciones pobres y desmoralizadas sometidas a los sistemas autoritarios -cuando no claramente tiránicos- fuertemente apoyados por grandes potencias. El mundo árabe se convirtió en una extendida comarca con sociedades en estado de coma prolongada, donde lo único que crece son los excesos de los jeques, las aberraciones sociales, ah y, por supuesto, la megalomanía de los líderes.

En Egipto, tras la muerte de Nasser ascendió a la presidencia Anwar El Sadat, que firmó la paz con Israel y emprendió una tímida política de liberalización económica, incompleta y que benefició exclusivamente a la cúpula en el poder. Tras el asesinato de Sadat llegó el hoy defenestrado Mubarak, quien encabezó casi tres décadas de inmovilidad y estancamiento, gozando de una alianza privilegiada con Estados Unidos y Occidente pero comportándose como todo un autócrata, con corrupción galopante e intenciones de heredarle el poder al hijo. Pero n, que sorpresas te da la vida. Este esquema quebró ante los ojos asombrados (y asustados) del mundo y una sociedad que parecía suspendida en el vacío de su pasado y en las paradojas de su patrimonio despertó para deshacerse de malos gobernantes cuya patente incapacidad de entender y asumir las nuevas realidades del planeta les impidió encontrar referencias en la modernidad. Ahora la gran interrogante no deja de ser angustiosa: ¿Qué sigue?

EL MONSTRUO DEL LIBRO VERDE

"Calificar a Muammar Khadafi dictador excéntrico sería empequeñecer al personaje", escribió atinadamente en el periódico *El País* Enric González, y lo mismo podría decirse de su megalomanía. Adjetivar al coronel Khadafi simplemente como "megalómano" sería no hacerle justicia, porque lo del líder libio iba a un lugar más allá de la megalomanía. Nos encontramos ante un ególatra colosal, uno de los tiranos más descabellados de la historia contemporánea y de los más enigmáticos. Un psicópata aparentemente fuera de la realidad del mundo, pero que logró sobrevivir más de cuatro décadas en el poder. Pasó de ser enemigo jurado de Occidente a convertirse en cercano aliado y socio de los varios conspicuos gobiernos europeos y de destacados capitalistas. Un delirante vesánico que no se cansaba de decir los peores disparates y de pronunciar los discursos más erráticos. Odioso esperpento saturado de bótox y vestido con estrafalarios atuendos, fue también un político excepcionalmente maquiavélico y realista que supo derrotar a cuanta disidencia interna se le presentó en su país hasta que una cruenta revolución lo derrocó y acabó con su vida en 2011.

Buena parte del secreto de la supervivencia del coronel Khadafi fue que resultaba difícil distinguir donde empezaba el líder y en que parte la mismísima Libia. La personalidad, con todas sus aristas, de este loco de Sirte moldeó a su nación hasta crear una asociación casi indisoluble. No se olvide hablamos aquí de uno más de esos países inventados por el colonialismo, una construcción artificial sin ninguna razón histórica para ser o parecer un país levantada en un territorio habitado por tribus de pastores seminómadas.

Khadafi trabajó duro para forjar un Estado único en estas condiciones a base de una brutal represión pero, sobre todo, prohijando un intenso culto a la personalidad. Se hizo llamar "Rey de Reyes", "Imán de todos los Musulmanes", "Hermano Maestro" y "Hermano Líder". Fue, sobre todo, uno de esos megalómanos con pretensiones de ser un "Genio Universal". Son estos mis favoritos, ¡qué duda cabe! Nunca conforme con ser guía y personalización de un país norafricano carente de identidad nacional y poco habitado, el coronel quiso ser líder del mundo árabe, fascinado -como estaba- por el panarabismo del egipcio Nasser. Llega al poder en 1969 con un golpe de Estado inspirado en las doctrinas nasseristas que, a la sazón, ya iban de picada tras la aplastante victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días. Panarabismo que clamaba por cimentar la unidad árabe no solo en la lengua, la cultura y la historia comunes, sino igualmente en un modelo laicista, socializante y antiimperialista.

En los setenta y ochenta Libia siguió la senda marcada por Nasser y se convirtió en portaestandarte de la idea de la aniquilación de Israel. Encabezó el embargo de petróleo a Occidente, compró armas, apoyó a algunos de los más crueles autócratas del orbe y a movimientos terroristas. En 1986, por órdenes de Reagan, aviones estadounidenses bombardearon Libia con la intención de liquidar a Khadafi. En búsqueda de venganza, los servicios secretos libios estuvieron detrás de los atentados contra un avión de Pan Am en Lockerbie, Escocia. Vino la censura unánime del mundo civilizado y el ostracismo. Con la caída del Muro de Berlín pocos apostaban por una permanencia demasiado prolongada del locuaz dirigente libio, pero fue entonces que Khadafi supo reconvertirse. En los noventa, decepcionado, de sus hermanos árabes, declaró que ya no se sentía árabe, sino africano. Celebró en su natal Sirte la refundación de la Organización para la Unidad Africana (OUA), rebautizada como Unión Africana. Desparramó el dictador dinero en 21 países del continente para invertir en negocios y proyectos, mientras forjaba alianzas y ganaba notoriedad e influencia en el continente negro. En Kampala inauguró la mayor mezquita de África subsahariana,

capaz de albergar a 30,000 fieles. La pagó Libia y se llama "Mezquita Nacional Khadafi", fue ahí donde se proclamó "Imán de todos los Musulmanes".

Tras los atentados del 11 de septiembre este camaleón fue capaz de propiciar su rehabilitación internacional, contra todo pronóstico. Se alió en la "guerra contra el terror" de Bush Jr. y Blair, le hizo regalos a Aznar (quien lo llegó a llamar "amigo, excéntrico, pero amigo"), se hizo camarada de Berlusconi (quien lamentó públicamente la suerte final del líder libio) y plantó su jaima en Roma, Madrid y París. Privatizó el petróleo y abrió alegremente las puertas de Libia a las inversiones extranjeras.

Lo que nunca cambió Khadafi fue la intensidad del culto a su amable personita y su idea de ser dueño de una visión cósmica. El Rey de Reyes se creía poseedor absoluto de la verdad, por eso se comparaba sistemáticamente con Jesús y el profeta Mahoma. Es de la clase de ególatras que han escrito una obra "definitiva y definitoria", como Mao con su Libro Rojo o el Turkmenbashi con su sagrado Ruhnamah. Al publicar su Libro Verde, el déspota libio tenía la convicción de estar dando al mundo la respuesta integral a los problemas humanos con lo que él llama la "tercera teoría universal", nuevo Evangelio de lectura obligatoria en Libia, tan plagado disparates y perogrulladas como la obra del Turkmenbashi y que funcionaba, entre otras cosas, como la Constitución de Libia. En uno de los pasajes, el coronel Khadafi abjuraba radicalmente de la democracia representativa y decía, sibilinamente: "La verdadera democracia no tiene más que un solo método y una sola teoría". Su sistema era la "yamahiriya", neologismo que nació a partir de la palabra árabe yumhuría (República) y que se tradujo de forma libre como "gobierno de las masas".

Consagrado como ideólogo fundamental, el coronel procedió a renunciar a todos sus cargos públicos y se convirtió en el "Hermano Líder" de la revolución, mientras el poder pasó, en teoría, a unos comités populares dirigidos por incondicionales del régimen e incluso por adolescentes formados en el culto a la personalidad al tirano. Sin partidos políticos, sindicatos, cámaras industriales, ni

organismos efectivos de representación, la estructura institucional del país quedó devastada. Incluso el ejército fue soslayado en beneficio de fuerzas de elite y de los mercenarios a sueldo del hermano líder, las mismas que, llegado el crucial momento, combatieron con asombroso arrojo por el jefe. Loco, pero visionario, ¡Qué duda cabe!

Cualquiera que fueran las apariencias, Khadafi concentró en sus manos el poder absoluto, ataviado con ese su histrionismo estrambótico que le convirtió en uno de los líderes más singulares de la historia contemporánea. Ya decía Buruma que no podemos subestimar el aspecto estético de las dictaduras, donde el circo sustituye a la política. Esto fue especialmente cierto en Libia desde que se publicó el Libro Verde, obra absurda que fue objeto de decenas de seminarios y simposios para ser objeto de análisis de economistas, politólogos, sociólogos y abogados de todo el mundo que fueron invitados a Libia y agasajados generosamente por el dictador. El Libro Verde tuvo sus declarados admiradores en los adalides del neopopulismo latinoamericano: Hugo Chávez, Cristina Kirchner y Evo Morales, e incluso recibió halagos de parte, ni más ni menos, que de Anthony Giddens, creador de la noventera Tercera Vía, quien célebremente declaró que la Carta Magna del hermano líder tenía "elementos en común con algunas ideas de las del nuevo laborismo". Y si bien a su autor nunca se le ocurrió pagar para que tan insigne texto deambulara en el espacio alrededor de la tierra llevado por un cohete (como lo hizo el Turkmenbashi con su Ruhnamah), sí tapizó -en alguna ocasión- de verde media feria del libro de Frankfurt para que el mundo se percatara de su alumbramiento.

La personalidad de Khadafi estaba llena de paradojas. Pese a los desplantes que se le vieron en la plaza verde de Trípoli poco después de iniciada la revolución que terminó con su régimen y a las desmedidas insolencias que exhibió en diversas ocasiones en foros internacionales, quienes lo conocieron describen su comportamiento habitual como el de alguien sencillo que no solía expresarse en tonos violentos ni agresivos. Más que un tribuno político, aparentaba ser una especie de patriarca de entonaciones bíblicas que no

se inmutaba ni caía en desenfrenos emocionales. "Le gustaba asumir la actitud indiferente y hierática de los dioses. Jamás veía a sus interlocutores a los ojos", contó de él algún reportero alemán que lo entrevistó. Este aparente rigor de ánimo contrastaba, desde luego, con sus estrafalarias vestimentas. Durante una visita a Roma el hermano líder pasó revista de honor a las tropas vestido con uniforme de opereta y su carita cargada de bótox, lo que llevó a unos simpáticos periodistas italianos a decir que el sátrapa libio era una mezcla "de Mussolini con Michael Jackson".

Un culto a la personalidad monocolor. La bandera de Libia era la única monocroma de todo el mundo. El verde, emblema del islam, también aludía a la promesa de la alborada Khadafista (no por casualidad, desde luego) y de su gran libro. Además del verde, el culto a Khadafi se palpaba en cada rincón de Libia, incluidos los lugares más inaccesibles del desierto. Cubrían el país miles de carteles posters, retratos, mantas, mosaicos callejeros y luces de neón con la imagen del sátrapa. No había estatuas del jefe, pero sí de su Obra Fundamental, tal y como sucedía (otra vez el símil) con el Ruhnamah del Turkmenbashi, aunque el megalómano de Turkmenistán sí que era aficionado a las estatuas de su persona, ¡y de oro!

Como en otros casos de megalómanos aficionados a iluminar al mundo con la sabiduría de su pensamiento, abundaban por todo el país las proclamas y citas del Sabio Universal, o en alabanza a él, como aquella tan enigmática que podría leerse por todas partes en ocasión al 40 aniversario de la Revolución y que rezaba "Lo imposible no pasaría si no fuera por ti". Otra lo celebraba como "Líder de la Eterna Primavera". El culto a la personalidad de Khadafi pasó por hacer que su voz fuera la única tomada en cuenta por los medios de comunicación nacionales. Las referencias a cualquier otro personaje ya fuera a nivel local o internacional, eran muy escasas y secundarias.

Además del extendido culto a la personalidad, el secreto de la longevidad del régimen de Muammar Khadafi fue el establecimiento de un altamente represivo Estado policial y de un

clientelismo exacerbado sufragado por la parte de la riqueza petrolera que no se quedaba en las manos del estrecho círculo que manejaba el poder. La famosa yamahiriya se reducía a ser un lugar orwelliano donde todo el mundo espiaba a todo el mundo y en el cual cada uno de los ciudadanos dependía del régimen para sobrevivir. Estaba prohibido el turismo. El comercio y la industria eran prácticamente inexistentes. Nadie podía salir o entrar en el país sin ser autorizado por el régimen. En los términos del PIB, Libia era (sigue siendo) el país más próspero del norte de África, con su enorme riqueza petrolera y su escasa población (menos de siete millones de habitantes). Asimismo, el país presenta el nivel de IDH más alto del continente negro. Sin embargo, la realidad es que la mayoría de los libios vivían en unas condiciones lamentables. El Estado khadafiano no cumplía ni siquiera con sus obligaciones más básicas, más allá de otorgar ciertos regalos asistencialistas. Como en Túnez, Egipto y tantos casos más de naciones árabes, la riqueza estaba concentrada en manos de muy pocos, la familia del dictador y sus asociados en primerísimo plano. El desempleo, galopante; la escasez de vivienda, escandalosa; los servicios de salud, infames (aunque gratuitos, eso sí). Es cierto que con la apertura a occidente Khadafi pareció querer propiciar la modernización de la economía y pretender tomar en serio el tema de la competitividad. Pero todo se vino abajo cuando el tirano se dio cuenta que la modernización de la economía pasaba necesariamente por fortalecer a la sociedad civil en detrimento del Estado omnímodo. Así es como hasta antes de iniciada la guerra civil la Compañía Nacional de Petróleo ingresaba cerca del 95% del total de divisas que recibe el país. Fue precisamente el rubro petrolero el único en abrirse a la participación extranjera masiva. El ritmo de concesión de licencias de exploración y producción se aceleró a partir de 2002, al mismo tiempo que crecía la competencia entre las empresas petroleras internacionales para obtener las concesiones ofrecidas por la petrolera estatal Libia. Por eso movía a risa oír a los neo populistas latinoamericanos y a los ultraizquierdistas denunciar que Occi-

dente lo que en realidad quería con la eliminación de Khadafi era adueñarse de un petróleo que ya era suyo. ¡Por favor!

La bastarda alianza entre corrupción sistematizada-culto a la personalidad-clientelismo petrolero explicaban parte de la longevidad de la dictadura Khadafista, pero no todo. Contó, y mucho, la insólita astucia del líder. La vorágine revolucionaria conocida como Primavera Árabe, que inició simbólicamente la inmolación de Mohamed Buazizi en Túnez y que derrocó en cuestión de días a regímenes que parecían inamovibles -como el tunecino y el egipcio- parecía que barrería también en poco tiempo al sátrapa libio, sobre todo cuando el mundo vio a Khadafi despotricar contra de su propio pueblo en un delirante discurso en la Plaza Verde en el que amenazó con "condenar a muerte a todos los rebeldes". El orbe se dio entonces cuenta de quién era el sujeto patético y apayasado de lenguaje caótico que había sido restituido con particular alegría al concierto de las naciones hacía apenas muy poco tiempo. El coronel mantuvo por meses el control de la mayor parte de Tripolitania y llegó a amenazar a las puertas de Benghazi. El viejo as bajo la manga de apostar por tropas mercenarias bien pagadas, adiestradas y bien armadas rendía sus frutos en la hora cero. La OTAN tuvo que intervenir para impedir el desastre. La delirante verborrea narcisista del coronel fue el principal argumento que esgrimió la Alianza Occidental OTAN para conseguir el aval del Consejo de Seguridad. De una mente tan deteriorada cabía esperar cualquier cosa. Durante ocho largos meses Libia ardió. Sirte, la cuna del vesánico, resistió todavía durante semanas después de la caída de la capital. Ahí se ocultó el Rey de Reyes hasta que un buen día de octubre los rebeldes lo sacaron de una cloaca para asesinarlo. "Nos llamó ratas, pero miren donde lo encontramos", dijo Ahmed al Shati, un rebelde de 27 años, parado junto a uno de los drenajes donde fue hallado el depuesto dictador antes de morir. ¡Vaya justicia poética!

Khadafi había prometido luchar "hasta la última gota", tal como alardearon tantos tiranos antes que él, pero como muchos de esos sátrapas cobardes tampoco supo morir con dignidad. El Loco de Sirte fue acribillado como un perro. Sic Semper Tyrannis.

EL SALADINO SALADO

Saddam Hussein fue el producto más descabellado del nacionalismo árabe de posguerra que pretendió ofrecer a los musulmanes un intenso sentimiento de identidad común más allá de la religión musulmana, pero que solo acarreó violencia, despotismo, subdesarrollo económico, represión, despilfarro, corrupción y desmedidos cultos a la personalidad, siendo el del tirano de Irak uno de los peores. Es la árabe una región atacada por injusticias históricas y aberraciones étnicas —muchas heredadas del colonialismo— que ha propagado, cíclicamente, crónicos desvaríos de déspotas. Esta tendencia se agudizó tras la muerte de Nasser. En el caso iraquí, el terreno estaba más que abonado para la aparición de un dictador sanguinario. El país padecía de una aguda inestabilidad política desde su creación como Estado artificial creado por las negociaciones entre las potencias colonialistas.

En este contexto nació Saddam Hussein un día de 1937 en la aldea de al-Quja, una zona agrícola pobre cerca de Tikrit, a unos 100 kilómetros al norte de Bagdad. Tuvo este hombre desde temprana edad una vida marcada por la violencia. De niño fue señalado por la gente al ser ilegítimo, y sufrió los maltratos de un padrastro abusivo. A la edad de 17 años se había matriculado en la escuela de derecho y ya era en un ferviente partidario del partido secular, nacionalista Baaz. En 1956 tomó parte en una asonada contra el rey Faisal II y, aunque el plan falló, marcó el comienzo del ascenso de los baazistas al poder. La República del Iraq se estableció dos años más tarde por un grupo de oficiales del ejército, después de un golpe de estado en el que fueron asesinados el rey y su primer

ministro. El líder de las fuerzas armadas, el general Abdul Karim Kassem, se instaló como jefe de gobierno, pero pronto se enfrentó con los baazistas por cortejar a sus rivales, los comunistas iraquíes. Al año siguiente, Saddam fue uno de los diez hombres escogidos por Baaz para intentar asesinar a Kassem. El atentado fracasó y Saddam huyó a Egipto, donde se acogió a la protección del presidente Nasser, quien lo hechizó con su la grandilocuente oratoria y sus ambiciosos planes de formar una gran comunidad de naciones árabes.

En 1963 Kassem fue derrocado y ejecutado por el Baaz, y Saddam regresó a Bagdad como jefe del ala civil del partido, pero al poco tiempo los baazistas fueron depuestos y el de Tikrit encarcelado, aunque pudo fugarse años después e iniciar una rocambolesca odisea. Una vez en la clandestinidad, formó su propia milicia y en 1968 puso en marcha el golpe de Estado sin derramamiento de sangre que entronizó un nuevo gobierno baasista. Saddam se convirtió en vicepresidente del Consejo del Mando Revolucionario, y en julio de 1979 ascendió a la presidencia del país. Procedió entonces a hacer una purga de sus oponentes. Cinco días después de su toma de posesión, convocó a una reunión especial de altos miembros del partido Baaz en un centro de conferencias frente al palacio presidencial. Sesenta y seis presuntos conspiradores contra el gobierno fueron denunciados por el nuevo hombre fuerte de Irak desde el podio y en el acto fueron arrestados para ser, más tarde, ejecutados.

Saddam implantó su despiadada dictadura. Designó a incondicionales y miembros de su familia extendida para ocupar todos los puestos clave del gobierno. Los opositores fueron exterminados. Un ministro vacilante fue asesinado a tiros durante una reunión de gabinete. Se enseñoreó la tortura, cosas como la amputación de los órganos sexuales, el martilleo de los clavos en el cuerpo y la disolución de las extremidades en cubetas de ácido. Y comenzó un esperpéntico culto a la personalidad enfocado, sobre todo, a exaltar la figura del gran líder como la de un gran guerrero a la altura de Saladino y Nabucodonosor. Porque esa era la principal obsesión de

Saddam: pasar a la historia como un guerrero inmortal. Los grandes líderes son los que hacen grandes guerras. Homero y Shakespeare escribieron bastante sobre tales hombres. El problema reside en que una vez el dictador ha escogido el itinerario de las armas debe de aguantar el paradigma hasta el final, y sencillamente el tirano de Bagdad no dio el ancho.

Rasgo relevante en todos los líderes del siglo xx que se han entregado al paroxismo del culto a la personalidad ha sido su extrema incompetencia como estrategas militares y, en la mayoría de los casos, su cobardía ante los peligros que supone la guerra. Muy conocidos y comentados por casi todos los historiadores militares son los inconmensurables yerros estratégicos de Hitler. El führer hundió a la Wermacht y al Tercer Reich con un puñado de decisiones catastróficas tales como el absurdo ataque a Stalingrado, la negligencia con la que él y el frívolo Göring planearon la batalla aérea por en los cielos de Inglaterra, y sus fatales indecisiones ante el desembarco aliado en Normandía. También han sido muy comentadas las malas apreciaciones y las graves omisiones de Stalin que estuvieron a punto de conducir a la Unión Soviética a una derrota prematura en la campaña de 1941. Menos reconocidos han sido los constantes desatinos de Mao durante su carrera militar, siendo la planeación de la legendaria "Gran Marcha" una de ellas. También recuérdese la torpeza con la que Kim Il Sung provocó y mal condujo la Guerra de Corea.

Eso sí, estos liderzuelos que jugaron a ser dioses y que jamás dudaron de tomar decisiones equivocadas o irresponsables que costaron la vida a millones sus pobres gobernados tenían unos celos enormes de los militares brillantes que los rodeaban y que, muchas veces, fueron capaces de salvar el trasero de sus envidiosos amos. Hitler humillaba y relevaba constantemente a los grandes comandantes de la Wermacht, a quienes no se cansaba de acusar de incompetencia y traición. Stalin purgó antes de la guerra a la mayoría de los comandantes más capaces del Ejército Rojo (una de las razones por las que casi pierde la guerra) y premió a Zhukov su hazaña de haber salvado a la URSS con un ignominioso ostracis-

mo. Mao ordenó humillar y ejecutar a muchos comandantes que habían demostrado ser más brillantes que él en el campo de batalla. Pero el caso más grotesco de mal conductor de ejércitos en esta serie de líderes infinitamente narcisistas la ha dado el pobre de Saddam Hussein. El "nuevo Saladino" emprendió guerras inspirado exclusivamente en la fantasiosa visión que tenía del mundo y de sus circunstancias, y jamás atendió a las necesidades geoestratégicas reales ni a las realidades objetivas que imperaban en los frentes de batalla. Característica fundamental de estos dementes que se han creído dioses es vivir en un mundo aparte, en su propia realidad, una vesania que inevitablemente condena al fracaso a cualquier empresa que se inicie en todos los terrenos de la actividad humana.

Saddam fue uno de los peores jefes militares de la historia. En su guerra contra Irán no pudo derrotar a las "guardias revolucionarias" de los ayatolas a pesar de haber contado durante una década con el financiamiento irrestricto, el apoyo logístico y el armamento de Occidente. Sus generales eran unos incompetentes que gozaban del mando sólo por haber sido incondicionales sicofantes del líder. Saddam siempre se caracterizó por no entender las necesidades existentes de sus fuerzas armadas. Se empecinaba en tácticas que una y otra vez habían demostrado ser fallidas, le costaba mucho trabajo tomar decisiones y el jamás se tomó la molestia de acercarse al campo de batalla para conocer in situ la situación y necesidades de sus tropas. Un millón de personas pagaron con su vida esta larga y fútil guerra que desembocó en un final incierto y hundió financieramente a Irak.

Acuciado por los problemas económicos consecuencia de su guerra con Irán, Saddam emprendió la demencial invasión de Kuwait y provocó la guerra con las fuerzas unidas de Occidente. El tiranuelo de nuevo se entregó a sus alucinaciones. Primero juró que occidente no se atrevería a tocarlo y después anunció a su estado mayor que utilizaría una estrategia infalible para derrotar a sus poderosos enemigos: "Seguiré las estrategia soviética de las grandes batallas de tanques en las estepas rusas de la Segunda

Guerra Mundial". El presidente iraquí era ciego al "detalle" de que había pasado medio siglo desde entonces. De esa manera llevó a sus fuerzas armadas a una pavorosa destrucción, con más de cien mil muertos y más de trescientos mil heridos, mientras se quedaba pasmado ante los embates de la aviación y las fuerzas terrestres aliadas. No sacó ninguna conclusión de las devastadoras semanas previas a las operaciones terrestres. Atónito, simplemente dejó que las cosas pasaran. Obviamente, la derrota no impidió para que el nuevo Saladino proclamara que él había ganado y se entregara a un culto a la personalidad aún mayor.

Doce años después, Saddam volvió a enfrentarse con la inminencia de una guerra contra Estados Unidos y su "coalición de los complacientes" (coalition of the willing), como la llamó Bush Jr. Al déspota, cuyo desmoralizado ejército había sido debilitado todavía más durante la década previa como efecto de las sanciones comerciales y económicas impuestas por la ONU, no le quedaba otra sino escapar del país, pero no lo hizo. No por valiente, sino más bien se quedó, otra vez, pasmado. Las preparaciones pre bélicas iraquíes fueron sumamente insuficientes, cuando no inexistentes. Otra vez se entregó el nuevo Saladino a sus alucinaciones. Creyó que no se atreverían a invadirlo, no movió un dedo, no tomó ninguna decisión importante para asumir una defensa eficaz, únicamente hizo lo que más le gustaba hacer: alardear. Durante la guerra, salvo la heroica resistencia de unidades aisladas y fuerzas paramilitares en focos de combate en el sur, no apareció nunca un congruente plan de batalla capaz de derrotar la intervención. Saddam seguía en su vida de fantasías. Los pozos petroleros, para muchos la *vrai raison d'etre* de la guerra, cayeron virtualmente intactos en manos de los invasores. Los puentes sobre los grandes ríos no fueron minados, de tal manera que ofrecieron ninguna ventaja militar a los defensores. Francotiradores y minas no jugaron ningún papel importante en la defensa, pese a que cualquier principiante de las artes militares sabe que, en conflictos urbanos son las armas principales. La defensa de Bagdad era prácticamente inexistente. Una nación que enfrenta la invasión de fuerzas superiores en tecnología y núme-

ro demanda unidad interna, máxima coordinación y liderazgo a la altura. Pero de todo esto Saddam, ni en cuenta. Esto era el mundo real, y nuestros personajes del culto a la personalidad odian el mundo real. Nuestro "héroe" terminó la guerra con el aplastamiento total del ejército iraquí y su cobarde huida, su posterior bochornosa captura en un "nido de arañas", su juicio público y su burda ejecución que todo el mundo vio gracias al indiscreto internet.

Por cierto que para un verdugo profesional como Saddam la puntilla fue haber sido colgado por inexpertos que utilizaron una cuerda demasiado grande y larga. Se nota que no calcularon correctamente la longitud de la caída respecto al peso del condenado. Amateurs.

LOS MUCHACHOS DE SADDAM

Uday, o el Insoportable Peso de la Primogenitura

El verdadero dolor de Saddam Hussein era su hijo Uday, al que idolatraba al máximo. Nacido en 1964, el pequeño era la adoración de su padre por vivaracho, guapo y travieso. Para nadie fue nunca un secreto en Irak que en corazón del dictador Uday era favorecido sobre su hermano menor Qusay, nacido tres años después, quien siempre fue tímido y que por muchos años le pareció algo estúpido a su brutal padre.

Durante toda su vida Uday ejerció su omnímodo poder sin complejos. Cuando era niño, parecía que tendría las agallas de Saddam. Evidentemente, en los años escolares él y su hermano eran siempre los mejores de la clase, pero Uday nunca hacía absolutamente nada, salía del salón sin pedir permiso cuando se sentía aburrido y casi nunca abrió un libro para estudiar alguna materia. Lo que más le gustaba, en todo caso, eran las lecciones de historia (aprendió a admirar, como su padre, al gran rey babilonio Nabucodonosor) y se dice que cantaba con tanta fruición el himno nacional de Irak que varias veces llegó a derramar lágrimas mientras lo hacía. Se negó siempre a usar el uniforme escolar. Varias veces asistió Uday al colegio con un cinturón repleto de municiones. También cuentan que solía hacerle a sus maestros una pequeña broma: les exigía tiempo extra para terminar algún examen, petición que jamás fue denegada, y ya cuando le daba la gana, el jovencito entregaba sus exámenes en blanco. El invariable 10, sin embargo, nunca se hizo esperar.

Fue en la Universidad cuando el mayor de los Hussein adquirió dos de sus hobbies más notables: las mujeres y los autos deportivos. Para ambos casos, ordenaba a sus guardias "tomar prestado" los vehículos (o las novias) de sus compañeros si es que eran de su gusto, y, a veces, aunque no lo fueran. Inició una enorme colección de Ferraris, Mercedes, BMW, Jaguares y demás beldades que con el tiempo se contarían en cientos. Con las mujeres pasó exactamente lo mismo. Centenares fueron las muchachas impunemente secuestradas para que tuvieran la oportunidad de conocer a fondo al galán heredero. Por supuesto, el padre consentía de buen grado las tropelías de su muchacho, quien, después de todo, tenía derecho a divertirse un poco antes de asumir las graves responsabilidades para las que estaba destinado.

Pero fue justo en estos años cuando Uday conoció el peso de la primogenitura, ante el cual han sucumbido personajes desde Esaú hasta Fredo Corleone. Una carga agravada por el inconmensurable amor que le demostraba su consentidor papá. Uday estudió ingeniería bajo la firme recomendación de Saddam, que quería que su vástago adquiriera los conocimientos técnicos que el desarrollo de Irak le exigiría. El primogénito hubiera preferido alguna carrera más afín a su "sensibilidad artística". Obviamente, la falta de vocación no impidió que el joven ingeniero se recibiera con todos los honores en la Universidad de Bagdad. Como premio a sus sobresalientes resultados, Saddam le preguntó a su hijo que empleo quería tener para iniciar su carrera de funcionario. Para desazón del presidente, Uday eligió ser director del Comité Olímpico. Su sentido de la competencia se hizo legendario. Quería demostrar a su padre que el deporte podría ser un útil instrumento propagandístico de los éxitos del régimen, tal y como sucedía entonces en la URSS y Europa del Este.

Los estrepitosos fracasos deportivos se sucedieron unos a otros, y ni los sistemas de motivación que utilizaba Uday contribuyeron para hacer de Irak una potencia deportiva equiparable a la soviética. Dichos sistemas de motivación incluían golpear y torturar a los atletas cuando fracasaban en el extranjero. Incluso para tal propósi-

to se construyó en el sótano del edificio sede del Comité Olímpico un calabozo para deportistas vencidos. El equipo de fútbol entero fue obligado a patear una pelota de cemento por no haber calificado a la Copa del Mundo de 1994. Atletas humillados en las pistas y canchas eran arrastrados por un pozo de grava y luego sumergidos en un tanque de desechos cloacales para que se infectaran.

Uday contrajo matrimonio con Saja, una de sus primas, hija de su tío Barazan. Pero la pareja sólo duró unida tres meses. La joven salió de Irak con varios moretones en su cuerpo, resultado de una salvaje golpiza. Tras su divorcio, el primogénito se embarcó con denuedo en su carrera de oveja negra. Uno de los episodios más célebres de Uday tuvo lugar durante una cena oficial donde participaba la esposa del Presidente egipcio, Hosni Mubarak. Devoto de su madre, el mayor de los muchachos Hussein irrumpió en el lugar y mató al hombre que presentó a su padre a su segunda esposa, Samira. Saddam, indignado con la humillación que el escándalo le había infligido en todo el mundo árabe, ordenó que Uday fuese juzgado por asesinato. Existe la versión de que éste reaccionó tomándose un frasco de somníferos, por lo que fue trasladado de urgencia a un hospital. Al centro médico llegó su padre, quien comenzó a golpearlo y le advirtió: "Tu sangre correrá como la de mi amigo que mataste". Nunca hubo juicio, pero Uday fue castigado con un breve exilio a Suiza. Tiempo después fue indultado, aunque sus costumbres no mejoraron. Se involucró en negocios ilegales de armas y drogas con traficantes rusos y palestinos, vendió en el mercado negro medicinas entregadas por la ONU y no le tembló la mano a la hora de torturar sádicamente y asesinar a sus enemigos.

"Tu comportamiento es malo, Uday. Es imposible portarse peor que tú. Quiero saber qué clase de persona eres. ¿Un político, un comerciante, un líder o un playboy?, le dijo en esos años su dolido padre. Pero pese a los excesos, ganó el amor paterno. Saddam decidió darle aún más poder a su al mimado y lo nombró director del periódico "Babel", el más importante de Bagdad. Más tarde, el hijo descarriado pasaría a controlar todo el aparato de comunicaciones del régimen. Tras la derrota de Irak en Kuwait, Uday fue encarga-

do de organizar y dirigir el grupo paramilitar de los fedayines de Saddam. Pero pronto el jovencito volvió a tropezar. En 1995 descargó su rabia contra su tío Watban, a la sazón ministro del Interior, a quien dejó gravemente herido. Este acto indignó tanto a Saddam Hussein que fue incapaz de comer por varios días. Colérico, despojó —temporalmente— a Uday de todos sus cargos.

El fin llegó en 1996, Cuando Uday resultó herido de gravedad en un intento de asesinato a tiros cuando paseaba en su Porsche por las calles de Bagdad. A raíz de ese ataque, el chico quedó con una bala incrustada en la espina dorsal, lo cual lo obliga a caminar con un bastón. En su reemplazo, su hermano menor Qusay fue preparado para suceder a Saddam en el poder. Uday trató de reivindicarse. Fue elegido para ocupar un asiento en el Parlamento iraquí en 1999, con el 99 por ciento de los votos, pero casi nunca asistía a las aburridas sesiones. También se doctoró en ciencia política en la Universidad de Bagdad. La voluminosa tesis se titula El Mundo Tras la Guerra Fría. El autor pronosticaba que para el año 2015 el poder de Estados Unidos eclipsará ante el desafío que representarán la Unión Europea, Japón y China.

La revista Newsweek reportó que tras la balacera en la que perdieron la vida los hermanos Hussein las fuerzas de la coalición encontraron el cuerpo sin vida de Uday rodeado de varias botellas vacías de Dimple, su escocés favorito de toda la vida, y en sus ropas se encontraron varias pastillas de viagra, condones y un frasco de loción. Más que estar listo para enfrentar a las fuerzas de la coalición, el malogrado primogénito parecía preparado para una noche de farra y discotecas. Ya hasta se filmó una película que cuenta las tremendas travesuras de este joven. Se llama El "Doble del Diablo" y está protagonizada por Dominic Cooper.

Qusay, o El Sentido del Deber

Es cierto que el menor de los muchachos de Saddam era menos interesante, pero no debe dejar de reconocérsele el elevado sentido del deber que desplegó desde muy joven. Resignado desde niño a no ser el consentido, Qusay evitó entregarse a extravagancias y excesos o a una depresión crónica. En contraste a su fiero her-

mano, siempre usó el uniforme escolar y rara vez faltaba a clase. También su comportamiento con las mujeres fue más discreto. Solía importar rubias escandinavas directamente desde Europa, a las que nunca maltrató y pagó sumas generosas por sus servicios. Tuvo el patriótico detalle de casarse con la hija de uno de los héroes de la guerra contra Irán. Cierto que se separó al poco tiempo de su esposa, pero tuvo dos hijos a los que adoró (uno lo acompañó a la muerte).

Como su hermano, Qusay presenció desde pequeño ejecuciones de prisioneros políticos, práctica ordenada por el afanoso padre para ayudar a forjar al carácter de los muchachos y enseñarles los rigores que exige el mando. El menor de los hermanitos Hussein siempre fue el menos carismático, pero era el más inteligente. Permanecía lejos de la luz pública y llevaba una vida privada bastante más discreta que de Uday. Los iraquíes lo llamaban "la víbora" por su carácter sanguinario y a la vez silencioso. Mientras su hermano organizaba grandes fiestas, vendía productos de contrabando y ostentaba absurdos cargos como la presidencia del Comité Olímpico, Qusay se convertía en el diligente burócrata y despiadado tirano que su padre hubiera deseado ver en el primogénito. El resultado fue que Qusay cobraba cada vez más influencia. Aunque no cumplió un papel importante en la Guerra del Golfo Pérsico de 1991, sí lo hizo en el terror que se desató después, ordenando ejecuciones en masa y torturas para aplastar la sublevación chiita. Qusay ayudó a preparar la destrucción de las ciénagas del sur del país, una acción dirigida contra las poblaciones chiitas de esa región. Las ciénagas, de unos 8,300 kilómetros cuadrados, habían sido el medio de vida de sus habitantes durante por lo menos un milenio. La zona fue destruida mediante un tan cruel como ingenioso proyecto de desvío de las aguas para impedir que los sublevados se ocultaran en el lugar.

Desconfiando y, muchas veces, irritado, por el errático comportamiento de Uday, el círculo del poder en Irak comenzó a apostarle cada vez más fuerte a Qusay. Tras el atentado contra Uday se concretó, finalmente, la tan pospuesta decisión: el hijo menor, res-

ponsable y discreto, sería el heredero. Se consolidó el poder de Qusay como cabeza de todos los servicios de inteligencia y seguridad, la Guardia Republicana, y la Guardia Republicana Especial. En lo político, en el año 2001 fue nombrado presidente ejecutivo del partido Baaz. Además, demostró sus habilidades en el terreno de las relaciones exteriores. Gracias a sus esfuerzos, durante los años previos a la segunda guerra del golfo Irak reconstruyó sus lazos con el mundo árabe. El menospreciado hijo de Hussein logró restablecer relaciones diplomáticas con Arabia Saudita e incluso se acercó a Kuwait.

Mucho habla del carácter de Qusay la forma en la que decidió encarar el sobre poblamiento de las cárceles iraquíes. Un buen día, la cárcel de Abu Ghraib, cercana a Bagdad, recibió su visita. Llegó al lugar en limusina y luciendo unas gafas Ray Ban. "Debemos hacer algo en la sección de presos políticos porque su capacidad está sobrepasada. Quiero que mañana 2,000 prisioneros sean ejecutados". Qusay dijo esto sin asomo de emoción o sadismo. Era una mera orden burocrática. Todo un Heinrich Himmler del Tigris.

Hacia el final se podía ver a Qusay en reuniones televisadas de los altos mandos militares y de seguridad iraquíes, siempre junto a su padre, de traje impecable y escuchando todo lo que decía el líder con suma atención, mientras Uday divagaba mal vestido, desaseado y con la mirada perdida. Quizá Saddam nunca aprendió a amarlo, pero si a respetarlo y, tal vez, a admirarlo. Lamentablemente tanta autocontención y sentido del deber de poco le sirvieron. Ya está muerto. No, no hay película.

EL NOTARIO DE PROVINCIAS

Hafez al Assad, fundador del sistema de barbarie organizada imperante en Siria por mucho tiempo, nació hijo de un humilde campesino en una aldea al norte del país en 1930. Originalmente su apellido era Jahash, en árabe "hombre salvaje", pero durante su adolescencia tuvo la prudencia de adoptar el apellido "Assad", que significa "león", algo más conveniente para alguien que ya aspiraba —desde entonces— a dedicarse a la política. Además, pertenecía a la minoría alauí, perseguida en Siria durante siglos, lo que le enseñó al futuro autócrata que debía ser el doble de listo, de esforzado y de inescrupuloso que los demás si quería progresar en la vida. Ingresó en Fuerza Aérea y se destacó ahí por su habilidad y disciplina espartana. Se convirtió en activo militante del nacionalista Partido del Renacimiento Árabe (Baaz) mientras una aguda inestabilidad política asolaba Siria, otro de esos países "inventados" durante el proceso de descolonización por las potencias occidentales. En 1963, el Partido Baaz se convirtió en la organización política dominante y Hafez al Assad ascendió al cargo de Ministro de Defensa tres años más tarde. En junio de 1967 Siria fue humillada en la Guerra de los Seis Días por Israel y perdió los altos del Golán. Derrotado y con la moral por los suelos, la nación parecía desbarrancar cuando, en 1970, Assad consumó un golpe de Estado incruento y tomó el poder.

Hartos de tanta inestabilidad, los sirios recibieron el putsch de Assad favorablemente. Y estabilidad sí que la hubo con el nuevo gobernante. El nuevo mandatario sería reelegido en múltiples ocasiones desde su toma de poder (1978, 1985, 1991 y 1999) con resul-

tados favorables a veces superiores al 99%. La naturaleza opresiva de este régimen se hizo evidente desde el primer día. Se le bautizó como "Proceso de Corrección Nacional", se estableció el partido único y la censura de prensa, se extendió la vigencia de un sempiterno Estado de emergencia (vigente ya desde 1962 en el país) y se ascendió a la minoría alauí (alrededor del 12% de la población), otrora tan despreciada, a posiciones de privilegio dentro de las estructuras del poder.

Piedra angular del régimen fue un formidable culto al presidente. Hafez al Assad fue un hombre con un "aspecto de notario de provincias" —como lo describió puntualmente Richard Nixon en sus memorias— que decidió exaltar su austeridad personal como principal cualidad extraordinaria. En efecto, pese a su afición a acumular títulos (presidente, comandante en jefe de las fuerzas armadas, secretario general del partido Baaz y del Frente Nacional) y a su gusto por hacerse estatuas y ver su cansino semblante reproducido en timbres postales, papel moneda y miles de carteles por todo el país, al presidente lo que más le gustaba destacar era su sobrio estilo de vida. Assad proyectaba a un hombre al que no se le conocían más aficiones que el trabajo. Siempre vestía y era representado en casi toda su extensa iconografía con un traje oscuro, la indispensable corbata, bigotito recortado y el pelo ralo pero siempre muy bien peinado. Quince horas diarias dedicaba el sacrificado padre de la patria a sus tareas de gobierno. Vivió recluido en su residencia de Damasco, una casita que recibió del ejército al obtener el rango de general, en compañía de su familia y de un reducido número de consejeros en un ambiente frugal que contrastaba con las disparatadas costumbres de los miembros más corruptos (no pocos) de la nomenclatura del régimen.

Hafez al Assad fue muy aficionado al contante enaltecimiento de su persona, pero no se llevó un centavo a sus bolsillos. ¿En qué habría de gastar plata un hombre que no bebía, que dejó de fumar desde la adolescencia y que vivió siempre en la misma residencia? Las únicas "extravagancias" que se concedía este marido modélico y padre ejemplar de cinco hijos fueron la música clásica y el ping-

pong, deporte que practicaba con sus ministros e incluso con sus guardaespaldas. "Exijo de mí el doble que a los demás", decía una y otra vez el León de Damasco. Y a falta de mayores atributos intelectuales, carismáticos y militares decidió sublimar estas virtudes impertérritas. Fue un culto al buen burócrata promedio. Lástima que tanta devoción y "modestia" no hizo a los sirios ni más felices, ni más ricos. Todo lo contrario. La herencia de Hafez fue una de subdesarrollo económico y mucha sangre inocente derramada.

Que no les confunda tan modesto aspecto. Fue un político hábil como pocos. En 1973, Siria logró asestarle un golpe psicológico a Israel al combinar su ofensiva en el Golán con la que lanzara Egipto en el Sinaí durante la guerra del Yom Kippur. No fue, de ningún modo, una victoria militar, pero al no haber salido apaleados como en 1967 Assad pudo presentar la ofensiva como un "gran triunfo" de los árabes, que convirtió de inmediato como uno más de los principales elementos de su culto a la personalidad y del proceso de legitimación del régimen al que ya podía vestir con el lustroso traje del éxito en el campo de batalla, por muy relativo y discutible que éste fuera. Un éxito más justificable lo obtuvo el Rais cuando logró adueñarse del control efectivo del Líbano casi sin gastar municiones. Disparos hicieron, y en ingentes cantidades, las milicias locales que a partir de 1975 desgarraron el país de los cedros; y también Israel, con su disparatada invasión en 1982. El presidente sirio ofreció entonces su apoyo a las guerrillas libanesas —principalmente Hezbollah y Amal— que luchaban contra los ocupantes israelíes. El resultado fue muy alentador para Assad. La aventura israelí se transformó en debacle y el gobierno de Menahem Beguin tuvo que abandonar sus planes de dominar Líbano. Éste fue, sin duda, el gran momento de gloria de Assad, su Hubris, rematado por el acuerdo de Taif de 1985 mediante el cual los países árabes y occidente aceptaron la subyugación del Líbano a Siria, pequeña y subdesarrollada nación de nueve millones de habitantes que así se convirtió en un actor de primera fila en la zona. Desde ese momento, Assad nunca pudo ser descontado de las enmarañadas ecuaciones geoestratégicas del Oriente Medio.

La crueldad fue el principal rasgo distintivo de su régimen, como pronto conocieron sus rivales. En 1982, estalló una rebelión de los Hermanos Musulmanes (fundamentalistas islámicos). Assad encargó entonces a su hermano Rifaat reprimir de la revuelta. Los soldados sirios arrasaron la ciudad de Hama y mataron a más de 10,000 de sus habitantes (otros hablan de hasta 25,000 víctimas mortales). Lejos de intentar esconder aquel genocidio, éste fue difundido por el gobierno para escarnio de las familias de los muertos y advertencia de lo que le sucede a quien se levantaba contra el Rais. Miles de personas fueron ejecutadas o encerradas en prisiones durante años. La sucesión de actos de represión del régimen sirio fue muy nutrida, pero siempre tuvo una discreción de la que otros sátrapas megalómanos de la zona carecieron, como Khadafi o Saddam Hussein. Además, y de nuevo en contraste con sus más brutales contrapartes árabes, Assad se las arregló para que occidente e incluso el mismísimo Israel terminaran por tolerarlo de buen grado. A final de cuentas se trataba de un dictador contestatario pero, finalmente, fiable por previsible.

Hafez al Assad fue un dirigente que muchas veces supo apostar y ganar, pero en la mayor apuesta de su carrera —las negociaciones con Israel para restituir a Siria los Altos del Golán— el avezado líder lo perdió todo por necio. Al contrario que su homólogo Anwar Sadat, quien recuperó el Sinaí al firmar con Israel la paz en 1979, Assad no supo sacar partido del golpe de efecto que significó la Guerra del Yom Kippur. Se encastilló en el anacrónico discurso de la guerra santa anti sionista y dejó pasar la oportunidad. Después, en los años ochenta, consagró todos los escasos recursos de su pobre país a conseguir una quimérica paridad estratégica con Israel. Adquirió en Corea del Norte decenas de misiles con ojivas venenosas capaces de alcanzar cualquier ciudad del odiado enemigo sionista. Mantuvo durante mucho tiempo una relación de estrecha cooperación con la URSS, que suministró a Siria armamento, ayuda económica para realizar diversos proyectos de infraestructura y apoyo político. Sin embargo, las guerras de 1967 y 1973 mostraron que si bien la Unión Soviética estaba dispuesta a proporcionar ar-

mas a sus aliados árabes, no lo estaba al extremo de provocar una confrontación directa con Estados Unidos. Al final la obcecación antijudía demostró ser un costoso desvarío. La potencia militar de Israel se mantuvo siempre muy superior a la Siria y no cedería a Assad un ápice de los Altos del Golán. En 1991 Assad tuvo otra oportunidad histórica cuando Siria se incorporó a la alianza que encabezaba Estados Unidos para combatir a Irak y expulsar a las fuerzas de Saddam Hussein de Kuwait. El León de Damasco siempre aborreció a Saddam. Pero en la Conferencia de Paz en Madrid se dedicó a insultar a Isaac Shamir.

Por otro lado, la herencia de Assad fue muy negativa en el terreno económico. El experimento baazista, inspirado en el modelo soviético, fue un fracaso rotundo. La economía del país se deterioró decisivamente, atosigada por la burocratización, la ineficiencia y la absoluta falta de competitividad. Fue así que al morir en el año 2000, a la edad de 69 años, dejó a una nación diplomáticamente aislada y sumida en una profunda crisis económica, con altísimos niveles de desempleo (a pesar de que la intervención en Líbano produjo un cierto alivio) y un retraso muy profundo. Assad hubiese querido que se le recordara como un gran caudillo árabe: el hombre que convirtió al Líbano y al Golán en dos provincias de la Gran Siria, pero dejó a su sucesor una implacable cadena de incertidumbres hacia el futuro. En su caso, como en tantísimos más, se aplica la cita de Dante: "Qué afanes tan laboriosos por alcanzar la gloria, cosa asaz efímera". Laboriosos y sanguinarios, habría que añadir en este caso.

En enero de 1994 Assad sufrió un duro golpe personal al fallecer su hijo mayor Basil en un accidente de carretera. Era el sucesor designado. El hermano Bashir, oftalmólogo, debió entrar como relevo emergente. El Parlamento votó en forma abrumadora reformar un artículo de la Constitución que establecía 40 años la edad mínima para ser presidente para reducirla a 34, casualmente la misma edad que tenía el buen Bashir al momento de sucumbir su padre. El joven presidente pretendió, de entrada, iniciar un tímido proceso modernización de la economía, con medidas destinadas a atraer

la inversión extranjera. Pero esta fiebre pasó rápido. El sector duro del régimen reculó y tanto la apertura económica como la política quedaron atrofiadas. La crisis se agravó con los años y empezó a cundir el descontento. La Primavera Árabe tuvo en Siria su capítulo más sanguinario. El despiadado régimen sirio se aferró al poder mediante la violencia más atroz y provocó una apocalipsis con 50,000 muertos, cifra considerablemente mayor a la registrada en Libia.

BORAT EN ALEJANDRÍA

En el capítulo de su fenomenología titulado "Señorío y Tributo", Hegel escribe que los seres humanos existen solo para ser reconocidos: bien y bueno si lo eres, malo si no lo eres". En los afanes para trascender se han consumido casi todos los dirigentes políticos, ya sean demócratas o autocráticos, desde que el mundo es mundo. Una de los formas en las que los dirigentes procuran ser inmortales es edificando grandilocuentes obras. La arquitectura ejerce una profunda fascinación en los ególatras empeñados en su afán de dejar imperecedera huella en el planeta con monumentos, mausoleos, torres titánicas, estadios, bibliotecas, parlamentos, palacios... pero el reto mayor para un megalómano ha sido levantar toda una ciudad que tenga su impronta indistinguible, una nueva Alejandría, como las ciudades que el legendario conquistador se dedicó a inaugurar a lo largo de todo su dilatado imperio. Ningún megalómano moderno lo había logrado a plenitud, ya sea por falta de recursos, tiempo o suerte. Cierto que tenemos ciudades ultramodernas surgidas casi de la nada en los últimos decenios, como Dubai o Shanghái, pero representan más las pretensiones de un sistema político o un clan dominante que el reflejo de los ensueños personales de un solo hombre. Lo mismo puede decirse de Naypyidaw, la insensata nueva capital de Myanmar, construida en medio de la jungla por un execrable régimen despótico cuyos líderes son casi anónimos. Podría alegarse que Singapur es el caso, pero eso es falso. Su impulsor principal, Lew Kuan Yew, ha sido sinceramente alérgico al culto a la persona.

Toda una ciudad con el sello de un ególatra moderno no había sido construida, quizá, desde la época de Alejandro. Hitler y sus delirios de grandeza arquitectónicos habían proyectado, con el concurso de Albert Speer, una gran capital "hitleriana" para cuando los nazis ganaran la guerra, la cual se llamaría "Germania" y que se levantaría sobre y en lugar de Berlín. "¡Qué bueno que los aliados destruyen Berlín, así será más fácil construir una capital completamente nueva!", decía el frenético führer mientras los bombardeos enemigos derruían su imperio. Afortunadamente nunca le llegó su tiempo a la tal Germania.

Sin embargo hoy, en un inusitado lugar en medio de las estepas del Asia central, se levanta una gran capital hipermoderna, monumental y exorbitante impulsada por la megalomanía de un sólo hombre. El nombre de la ciudad es (todavía) Astana, y su creador es el presidente de Kazajistán: Nursultán Nazarbayeb, un dictador ni de lejos tan sanguinario como el que quiso erigir Germania, ni tan absurdo en la dimensión de su culto a la persona como algunos de los grandes megalómanos modernos, pero que ha instigado la construcción de una gran metrópolis con su indistinguible sello particular: su propia versión de Alejandría.

Singular e impensado venero de líderes egocéntricos ha sido Asia central desde el desmoronamiento de la Unión Soviética. Casos misteriosos son esas nulidades destinadas al eterno anonimato, pero que por caprichos de la historia de súbito se ven dueños de poder político y se revelan entonces como indómitos egocéntricos. Los dirigentes de los llamados "Stanes", las remotas y polvorientas repúblicas soviéticas de la estepa, fueron todos ellos típicos apparatchik ascendiendo uno a uno los escalafones de la *nomenklatura* a la manera de los regímenes totalitarios: con una obediencia a toda prueba y una disciplina política rayana en la ignominia. Estos grises "gutierritos" se rebelaron al verse, repentinamente, al frente de sendas repúblicas independientes. El más astuto, perseverante, sensato y enérgico en esta camada de insospechados megalómanos es Nursultán Nazarbáyev, nacido en una familia campesina y formado como ingeniero metalúrgico, elegido tras largos años de

oscura fajina burocrática jefe del Partido Comunista de la República Socialista Soviética de Kazajistán, quien al desaparecer la URSS se convirtió en dueño de un enorme país rico en recursos energéticos y minerales. Kazajistán es la novena nación más extensa del mundo y la más grande sin salida al mar. Un país estepario e inhóspito lleno de petróleo, gas natural, uranio, oro, carbón y manganeso nacido a la independencia justo cuando todas estas *commodities* comenzaron a cotizarse al alza en los mercados internacionales.

Instauró Nursultán en su flameante república un férreo sistema presidencial personalista y autoritario. Supo hacerlo por etapas, calculando pasos y manteniendo siempre la fachada democrática. Un gobierno clamorosamente corrupto, nepotista y dictatorial...pero asaz opulento, que comparado con el deterioro político y económico en los países vecinos destaca por las enormes tasas de crecimiento económico y por el espectacular crecimiento del PIB por habitante.

El culto a la personalidad del líder no llega aún a los extremos, por ejemplo, del que se han verificado en Turkmenistán, donde un individuo con antecedentes y carrera política similar a los de Nursultan, Sapurmurat Nyazov, decidió endiosarse. Existe un culto a Nursultán, pero es un culto matizado por curiosos escrúpulos. Por doquier en la república se encuentra con la imagen del presidente, dos enormes museos presidenciales (uno en Almaty y otro en Astana) dan testimonio de la vida y carrera del jefe, pero no existen estatuas a la manera de, digamos, Saddam Hussein, Stalin o las doradas del Turkmenbashi; ni se considera que el mandatario tenga un origen cuasi divino, como Kim Jong Il; ni es obligatorio aprenderse en las escuelas el pensamiento y las obras del líder (que, por otro lado, no existen); ni se cantan himnos dedicados a Nursultán en las escuelas.

Tan comedido es el mandatario en su culto que hace poco tiempo se vio obligado a rubricar una ley aprobada en el Parlamento que decreta el 6 de julio, el día de la consagración de Astana como nueva capital, día feriado en todo el país. Por cierto, ¿Ya mencioné que, por casualidad, ese día es también el cumpleaños del presi-

dente? Nursultán explicó en una entrevista a la televisión rusa que se había resignado a acceder a los deseos del parlamento porque consideró "inútil" imponer un veto presidencial en virtud a que los diputados habían advertido, claramente, que volverían a votar la ley con la suficiente mayoría para superarlo. "El parlamento aquí en Kazajistán es una rama independiente del gobierno que expresa la voluntad del pueblo, como sucede en cualquier democracia" explicó el mandatario, y sumiso ante la majestad del régimen democrático y de la división de poderes sancionó que su cumple... digo, el aniversario de la consagración de Astana quedara como el gran día de festejo nacional.

Eso sí, Nazarbáyev ha logrado —no sin trabajos, se advierte— aplazar otra ley aprobada por aclamación en el parlamento que pretende otorgarle el nombramiento de "Elbashi," (padre de la Nación). Esos diputados kazajos no aprenden, y eso que en su totalidad pertenecen al partido fundado y comandado por el presidente, el Partido de la Luz de la Patria.

La verdadera expresión en este singular y algo velado culto a la personalidad es la construcción de la gran ciudad de Astana, desde 1998 nueva capital de Kazajistán, transformada de prácticamente la nada en una mega urbe mediante uno de los proyectos de urbanización más caros y ostentosos de la historia moderna, financiado gracias al aluvión de dinero que le ha caído a Kazajistán a cambio de su petróleo y gas. Pretenciosa, llena del gigantismo de mal gusto que fascina al nuevo rico desde tiempos inmemoriales, la ciudad está situada en el corazón de Kazajistán, en medio de la estepa semidesértica. Más de 10 billones de dólares se ha gastado el reluctante Padre de la Patria en su capitalota, dinero invertido en construir decenas de patosos edificiotes, muchos edificiotes, revestidos de vidrio espejado y coronados por horribles picos para sus ministerios, una voluminosa residencia presidencial pseudo neoclásica adornada por tamaña cupulota azul y un barrio diplomático.

Pero eso sí, nada de imitar a Camberra, Brasilia o alguna de esas aburridas capitales construidas para funcionar como meras ciudades administrativas. Nursultán quiere un nuevo Berlín, una ciudad

que no solo sea sede administrativa del gobierno de una nación en el fin del mundo, sino una metrópoli vibrante, el gran centro cultural y económico que será el puente entre Europa y Asia. Por eso Kazajistán también tiene, o está en vías de tener, decenas de centros comerciales, lujosos condominios, una gran universidad, un Oceanarium (súper acuario), un aparatoso Centro Presidencial de la Cultura, un lujoso (y medio vacío) museo Suyfullin, flamantes teatros (uno ruso y el otro kazajo), una Ópera Nacional, y monumentos, decenas, como el Complejo Memorial Ético (!!!¡¡¡), el que homenajea a las víctimas de la represión política del comunismo, el dedicado al recuerdo a los kazajos muertos en la guerra de Afganistán, el Palacio de la Paz y la Reconciliación, y tantos más.

Obviamente, Astana tiene un gran aeropuerto internacional digno de tan regia capital y una estación de ferrocarril que es un perfecto ejemplo de los menos agraciado de la arquitectura contemporánea, lo que va bien con el resto de la ciudad, desde luego, y ya se comenzó a construir un tren subterráneo. Todo esto ha sido erigido en el tiempo récord de casi 15 años y la idea es que para a más tardar 2030 Astana sea considerada, con todo derecho, una de las ciudades más importantes del mundo.

Para seguir con el recuento de las maravillas que presume Astana, no podemos omitir la que muy probablemente la obra consentida y la más "personal" de Nursultán.. Se trata del Xan Şatırı, un inmenso tendido como de circo transparente de 150 metros de altura perpetrado ni más ni menos que por Norman Foster, faraónica obra que tardó más de un año en construirse y que cubre un área equivalente a 13 campos de futbol soccer. El interior alberga un grandioso centro de entretenimiento con playas artificiales, palmeras importadas del Caribe, jardines, carruseles para los niños, cines, teatros, parques acuáticos, templos, restaurantes y todo tipo de tiendas. El bodrio fue inaugurado en 2010 en el marco de los fastuosos festejos del 12 aniversario de Astana como capital (Sí, que coincidió con el 70 cumpleaños del presidente).

Norman Foster, arquitecto ni exento de méritos pero que se ha convertido, como sucede con algunos de sus célebres colegas, en

todo una "marca" cuyos trabajos cada vez son más irregulares, ya tiene el encargo de diseñar dos edificiotes más para la ciudad, de los cuales uno será el grandioso (no podía ser de otro modo) Auditorio Nacional de Kazajistán.

Nursultán también ama el deporte y lo utiliza como arma en su brega por hacer grande, grandote, a Kazajistán. Construyó un estadio que tiene una cubierta deslizante de diez mil metros cuadrados, uno de los pocos estadios en el mundo (seis) con semejante recurso. Para poder utilizarlo con algo de dignidad, el presidente logró que su país, ubicado en las estepas en el corazón de Asia central, fuera admitida en la Asociación de futbol soccer europeo (UEFA), para que la selección kazaja juegue con equipos europeos de primer nivel. Además, desde 2006 el gobierno kazajo patrocina un equipo ciclista, el Equipo Astana, el cual en su momento llegó a tener reclutados —ni más ni menos— a Alberto Contador y a Lance Armstrong (hoy ambos tan desprestigiados).

Astana crece y crece como joya del todavía escrupuloso culto a la personalidad de Nursultán, pero al tiempo dejamos que la obra megalomaniaca se consagre como un inequívoco homenaje epónimo a su creador. En junio de 2008, fue planteada una propuesta parlamentaria para cambiar el nombre de la ciudad a "Nursultan". La idea fue rechazada por el modesto presidente, quien aclaro que de "ninguna manera en este momento", que "en todo caso" la decisión de cambiar el nombre de la ciudad debería ser para las generaciones futuras, pero ya se ha visto que en Kazajistán de nada sirven los caprichitos del gobernante cuando ha pretendido obstruir a la voluntad popular. Un buen día los diputados cumplen a cabalidad su mandato, hacen valer su inapelable soberanía, le dan un rapapolvo al presidente y Astana se convierte en "Nusultán", faltaba más. ¡Viva la democracia!

No se puede aspirar a ser una Alejandría o, ya de perdida, un Berlín estepario si Kazajistán carece de relevancia mundial. Por eso urge al mandatario ver a su país convertido en una incuestionable potencia mundial que, por lo menos, esté incluida dentro de las 50 naciones más importantes del mundo. Por el momento, nadie ha

puesto reparos a tan noble idea. Los europeos le siguen la corriente a Nursultán y ya aceptaron a su pujante nación no sólo en el fútbol, sino también en la Organización para la Seguridad y Cooperación Europea. La ex república soviética es también miembro del célebre "club de ricos" que es la OECD y ya hasta se celebró en Astaná un fiestón para recibir una reunión cumbre de dicho grupo. Y si Kazajistán no puede ser un BRIC, Nursultán de perdida quiere imitar a los NICs de Asia-Pacífico, los famosos "tigres" aunque, como explicó el presidente a sus gobernados hace poco, como en el país no hay tigres, lo que se debe hacer es aspirar a ser es un "leopardo de las nieves", que de esos abundan en las heladas estepas kazajas.

Eso sí, quienes mejor han sabido inflamar el ego de Nursultán con eso de considerar potencia mundial a Kazajistán son sus taimados vecinos chinos. Lo apoyan con recursos en todos sus proyectos a cambio de permitir una creciente presencia de China en la vida económica, nación que ha invertido más de 9 billones de dólares en el país del leopardo de las nieves, y cuyas empresas petroleras extraen más de un cuarto del total de la producción crudo kazajo. Beijing financia la construcción de un gasoducto que le permitirá importar directamente gas natural de los campos al este de Kazajistán y tiene a más de 50,000 personas trabajando en la construcción de una autopista que conectará China con Europa. Rusia y Estados Unidos ven con preocupación la creciente influencia de su adversario estratégico en un país con tales recursos y que linda con el Mar Caspio e Irán. También es cierto que muchos kazajos resienten tanta presencia de los chinos. Un chiste que se ha hecho popular en el país dice que si uno pretende salir del país para buscar una mejor fortuna en el extranjero lo que se debe hacerse es aprender a hablar inglés, pero si lo que se quiere es quedarse en Kazajistán, lo que se necesita es ¡aprender chino!

Eso sí, Nursultán está encantado con su alianza ya que los chinos le dan el lugar que se merece. ¡Qué diferencia con ese histrioncillo occidental, Sacha Baron Cohen, que en pleno auge del nuevo Kazajistán y su magnífica capital Astana se aventó a hacer una sátira en donde caracteriza al kazajo como un pueblo rústico, ignoran-

te y extremadamente subdesarrollado! En su película *Borat* (2006) Cohen interpreta a un reportero de la televisión Kazaja que viaja a Estados Unidos y se avienta puntadas como decir que las mujeres en Kazajistán son guardadas en cajas, que la bebida nacional es fermentada en orina de caballo y que en la letra del himno nacional se exalta la limpieza de las prostitutas del país y el poderoso pene del líder. Claro que Nursultán rabió a morir con la dichosa peliculita. Nada más exasperante y peligroso para un líder megalómano que una buena sátira. Obviamente Borat está proscrita en Kazajistán. ¿Pues qué se han creído? ¿Qué una nación tan rústica y atrasada como la que se pinta en Borat sería capaz de construir una capitalotota tan modernotota y tan llena de edificiotodes y monumentotes como los que tiene Astaná-Nusultán por centenas?

Pues mi humilde opinión es que sí.

EL HOMBRE DORADO DE ASJABAD

Saparmurat Niyazov, alias "El Turkmenbashi" (Padre de los Turkomanos) fue un titán de la historia mundial de la megalomanía que protagonizó un absurdo culto a la personalidad solo comparable en excentricidad a los oficiados en loor a los Kim norcoreanos —padre e hijo— y Mao Zedong. Por ejemplo, en Asjabad, la polvorienta capital de este país centroasiático, existían tres monumentos fantásticos. En la plaza principal se levantaba la enorme estatua (75 metros) de un hombre que, forjada en oro, giraba de manera tal que el sol siempre debía iluminarle la cara durante las horas diurnas. Otra escultura, más tierna, rememoraba la milagrosa salvación de un niño en el terremoto que devastó Asjabad en 1948. Un enorme toro cornea el globo terráqueo, sobre el cual una moribunda madre alza en brazos a su hijo para rescatarlo de las ruinas. El niño era áureo. Ambos monumentos honraban al gran Turkmenbashi, pero el no menos increíble tercer monumento celebraba a un objeto inanimado, concretamente un libro. No la Biblia, ni el Corán, ni el Quijote, ni ningún texto sagrado u obra maestra de la literatura, sino el Ruhnamah, genial obra dictada directamente por Dios al Turkmenbashi para aleccionar a cada uno de los ciudadanos de la patria venturosa cómo llevar una vida recta y útil.

La efigie del Gran Sader (líder), como también se le conocía a Niyazov, podía verse en cada oficina pública y privada, así como dentro de las casas, las habitaciones de los hoteles, el interior de los medios de transporte (barcos, aviones y trenes), los timbres postales, los billetes de banco, ¡incluso en las botellas de vodka! Abundaban bustos, estatuas (la mayoría, de oro), afiches y retra-

tos ubicados en todos los espacios públicos. Las transmisiones de televisión estaban obligadas a incluir un retrato de presidente para que apareciera, invariablemente, en el rincón superior derecho de la pantalla. La avenida principal de la capital, que durante la era soviética se llamó "Lenin", fue rebautizada como "Turkmenbashi" y con el mismo glorioso apelativo fueron renombrados el aeropuerto, la ciudad de Krasnovodsk, e incluso el Mar Caspio. No conforme con esto, los nombres de los meses fueron rebautizados. Enero era se llamaba "Turkmenbashi" y abril era "madre", en honor a la mártir progenitora del líder. Otros meses recibieron nombres como "Bandera", "Independencia", y "Ruhnamah".

La madre de Niyazov murió, como decenas de miles de turcomanos, víctima del terremoto que destruyó Asjabad, tal y como lo caracterizaba la célebre estatua. El padre había perecido poco antes en el fragor de la Segunda Guerra Mundial. El futuro Turkmenbashi se vio obligado a educarse en un orfanato. De niño era un chiquillo rechoncho, chaparrito y simpático, siempre con buena disposición para trabajar y obedecer, según recuerda uno de sus mentores. Tanta disciplina fue recompensada, varios años más tarde, cuando Niyazov logró matricularse como ingeniero en electrónica por el Politécnico de Leningrado. De regresó a Turkmenistán se inscribió en al Partido Comunista, cosa que no dejó de sorprender a sus conocidos, ya que este joven amable y tan poco dado a llamar la atención jamás había demostrado vocación política alguna. De ahí se enroló en la burocracia, donde no pasó de ser un empleado gris y sin imaginación, pero trabajador y leal. También era adulador y no carecía de ambición. Poseía, en suma, todas las características necesarias para sobresalir en un régimen totalitario (y en muchos no totalitarios): no llamaba demasiado la atención, estaba muy lejos de ser "brillante", no suscitaba envidias y era muy confiable para sus superiores.

En 1980 fue nombrado secretario general del Partido Comunista en Asjabad. Como principal responsable político de la ciudad se mantuvo firme en su vocación de servidor gris e intachable, tanto, que cuatro años más tarde fue designado para laborar con la

dirigencia del Partido Comunista de la Unión Soviética. En Moscú, Niyasov se codeaba con los todopoderosos miembros del Politburó. Estar cerca del poder le abrió un apetito feroz de fama y grandeza. Quería, él también, ser poderoso y conocido por todos. Pero lejos de perder piso, Niyasov redobló sus esfuerzos por hacerse simpático, al mismo tiempo que evitaba destacar demasiado para no despertar envidias. La fórmula seguía siendo la misma: mucho trabajo y lealtad, pero nada de excesos en imaginación, inteligencia o incluso eficiencia, que eso es muy peligroso. Habría que procurar ser una "útil medianía". Mijail Gorbachov lo conoció poco antes de ascender a la secretaría general del Partido Comunista. No olvidaría al regordete simpaticón de Asjabad. Necesitaba de aliados leales en su lucha por sacar adelante la Perestroika en las convulsas repúblicas soviéticas. Los dirigentes Turkomanos eran incompetentes, corruptos y, sobre todo, poco confiables para su gusto de reformador, y decidió poner al frente del Partido Comunista de Turkmenistán a Niyasov, un hombre sin iniciativa, deseoso de congraciarse con el jefe, que no daría problemas y acataría todo lo que se le dijera. No desilusionó las expectativas. Fue uno de los dirigentes soviéticos locales más devotos a Gorbachov hasta el final. Luchó con todo para evitar la desintegración de la URSS, misma que, irremediablemente, ocurrió al terminar 1991. De esta forma, fue que gracias a los caprichos de la historia, autores de la tan inesperada la muerte prematura de la Unión Soviética, que este regordete dócil hasta la ignominia un buen día tuvo en sus manos a toda una flamante república independiente "para él solito".

Turkmenistán se había emancipado, pero era muy pobre. Con sus cinco millones de habitantes siempre estuvo a la zaga dentro del contexto soviético en lo que respecta al desarrollo económico y social. No poseía una genuina identidad nacional, tenía la economía rota y la sociedad estaba aislada y atrasada. En estas precarias condiciones, obvio era que la viabilidad del nuevo estado era cuestionable. Pero el Gran Sader no se arredró. A final de cuentas, el país contaba con importantes reservas de gas natural y gozaba de una posición estratégica envidiable.

Mucha razón tenía Camus cuando dijo que los hombres verdaderamente grandes nunca se dedican a la política. El anodino Niyazov es gran ejemplo de ello. Anodino, pero que jamás dejó de ser, ante todo, animal político. El huérfano que toda su vida había sido una afable nulidad se convirtió, muy pronto, en un formidable autócrata. No solo emprendió un culto a la personalidad sin parangón en la historia de la humanidad, sino que, sobre todo, entendió que su estancia en el poder absoluto dependería de asegurar la dependencia económica y política del país en el aparato burocrático que comandaba. Nada de reformas que olieran a economía de libre mercado o a democracia. Preservó todas las estructuras existentes en la era soviética: partido único, policía secreta, control rígido de los medios y economía centralizada. La constitución del país, redactada en 1992, depositaba sin paliativos el poder del Estado en manos del Turkmenbashi, quien no tardó en proclamarse "gobernante vitalicio". Siguió, asimismo, la receta de otros dictadores al prohijar y tolerar una corrupción rampante dentro de la clase dirigente, con el propósito de ganarse su complicidad e incondicional apoyo. También fue particularmente intolerante con el Islam, religión mayoritaria y que encerraba una temible fuente potencial de oposición: el fundamentalismo religioso.

El Turkmenbashi desterró la ideología comunista para sustituirla con una difusa doctrina nacionalista y con su feroz culto a la personalidad. Fue uno de esos ególatras de la especie de los "Genios Universales". Todo lo verdaderamente digno de ser conocido en esta peregrina vida está incluido su Runamah, obra de unas 400 páginas que explican, según la visión de tan asombroso megalómano, los momentos destacados de la historia del país, la gloriosa biografía del autor y sus allegados, consejos, sentencias y profundos preceptos filosóficos sobre el mundo y las todas las cosas que en él se encuentran, plasmados las más de las veces de forma alegórica en bellas anécdotas y parábolas. "Todo lo importante y sólo lo importante", solía decir su orgulloso autor. Y a tal grado se tomaba en serio la imperecedera trascendencia del sagrado Ruhnamah en Turkmenistán que fue texto obligatorio en las escuelas

turcomanas. De hecho, su lectura sustituyó al estudio de materias tan superfluas como álgebra, física y los odiosos idiomas extranjeros. Otros temas no tan importantes como el Ruhnamah, pero que sobrevivieron en el plan de estudios, supieron apoyarse en el magnífico ejemplo del jefe en sus materiales didácticos. Verbigracia, un examen de matemáticas tenía el siguiente problema: Begenh ha leído 9 espléndidos poemas del Gran Sader, mientras Arshlan ha leído cuatro veces más espléndidos poemas del Gran Sader. ¿Cuántos espléndidos poemas del Gran Sader ha leído en total Arshlan? Un alumno perezoso pero avispado decidió renunciar a hacer cálculos y respondió únicamente con un "Turkmenbashi" a la complicada pregunta. Obtuvo un crédito parcial. Al salir de clases, los niños tenían como tarea cuestionar a sus padres para comprobar cómo andaba su conocimiento del gran libro. Los papás más burros eran reportados por sus propios críos y obligados a presentarse en la escuela cual párvulos para actualizarse.

Soldados, burócratas, trabajadores y todos quienes pretendían conseguir un trabajo tenían que aprobar un examen para demostrar que conocían a fondo los sabios cánones morales y cívicos del texto sagrado. Los médicos juraban fidelidad al presidente y a su libro antes de poder ejercer su actividad, pasando Hipócrates a un segundo plano. Para ingresar a una universidad había que conocer el Ruhmanah. Incluso para conseguir una licencia de manejo era mandatorio demostrar un nivel aceptable de sabiduría ruhnamahniana. ¡Y cuidado con responder mal o no entender bien las preguntas contenidas en estas pruebas! Una aspirante a maestra de matemáticas fue arrestada por que leyó mal la pregunta "Cómo se llaman la madre y del padre del caballo del "Turkmenbashi", (capítulo 2, párrafo tercero), la pobre mujer entendió mal y respondió con los nombres de los progenitores del presidente. Grave insulto que pagó con seis semanas en la cárcel.

Pero más importante que los créditos escolares o la posibilidad de ganarse una plaza era que el presidente garantizaba a sus lectores encontrar una incomparable riqueza espiritual, volverse automáticamente más inteligentes e ir directamente al paraíso cuando

la muerte los visitara si repasaban el texto por lo menos tres veces al día. En este terreno de la trascendencia del alma el Ruhnamah entraba en directa competencia con el Corán. Las mezquitas tenían la obligación de dar al libro de Turkmenbashi el Grande un tratamiento idéntico al que se prodigaba al Corán. Para distinguirlos, en los muros de la entrada de la principal mezquita de Asgabat fue escrita la siguiente aclaración: "El Ruhnamah es un libro sagrado y el Corán es el libro de Allah". Sentencias del libro escrito por el Turkmenbashi eran plasmadas en los muros de los templos en vecindad con los apotegmas coránicos. Los ortodoxos que veían esta iniciativa como una blasfemia eran castigados y sus templos derruidos, así como para hacerles entender que los verdaderos blasfemos eran ellos.

La del Corán era la única competencia que se toleraba, y eso muy apenitas. El único libro que debía ser desplegado en los aparadores de las escasas librerías del país era el Ruhmamah y adentro de ellas no se encontraba casi nada además del libro sagrado y de las ediciones que contenían las inspiradas poesías del gran poeta nacional, un tal "Sapurmurat Niyazov". La literatura turkmena clásica y contemporánea fue proscrita e incluso muchos libros fueron quemados púbicamente. Evidentemente, las editoriales sólo publicaban lo que el Turkmenbashi aprobaba. El novelista turkmeno Rahim Esenov fue arrestado por introducir ilegalmente ejemplares de una de sus obras publicada en Moscú. Por otra parte, sólo existía una biblioteca pública en Turkmenistán, y el ingreso a ella era bastante restringido.

Niyazov hizo de su libro pieza central de su descabellado culto a la personalidad e incluso el libro tuvo un culto propio. No sólo la omnipresencia del Ruhmanah era idéntica cuando no mayor a la que tuvieron, en su momento, obras de otros megalómanos como "Mi Lucha" o "El Pequeño Libro Rojo", sino que posters del Ruhnamah flanqueaban las principales calles de Asjabad, alternándose con la imagen de Turkmenbashi el Grande, quien incluso no dudo pagar una nada despreciable cantidad de divisas a los rusos para que un cohete pusiera en órbita alrededor de la tierra un ejemplar

de la obra. Se organizaban obras de teatro y coreografías para alabar al libro. Insultar o no mostrar el suficiente respeto por tan hierático texto era tan grave como ofender al Turkmenbashi en persona y se pagaba con la cárcel. La joya del culto al Ruhnamah fue ese enorme monumento del que ya hablábamos líneas arriba, mamotreto mecanizado que todos los días, a las ocho de la noche, se abría para mostrar en sus enormes páginas los principales pasajes de su sabiduría y videos con la vida del Gran Sader. ¿Les parece el colmo de la vesania megalómana? Pues hay más. El Turkmenbashi mandó construir un descomunal, feo y oneroso edificio con la forma de su libro, el cual alberga a la "Casa de la Libre Creatividad".

Tanto delirio narcisista terminó por devastar al país. Los ingresos de Turkmenistán provenientes, sobre todo, de sus yacimientos de gas se destinaron para las fabulosas estatuas suyas, en la construir tan fastuoso como nuevo centro para Asjabad, en subvencionar los productos básicos y engrosar el tesoro de la Fundación Turkmenbashi el Grande", noble institución de "beneficencia" cuyo presupuesto llegó a ser cien veces mayor que las reservas de divisas de Turkmenistán. Todo esto mientras los indicadores sociales iban en constante declive, los profesionistas emigraban y las inversiones del exterior brillaban por su ausencia, salvo en los lucrativos sectores energéticos.

Súbita y misteriosamente murió este campeón de la egolatría un mal día a finales de 2006, cuando apenas tenía 66 años y gozaba de cabal salud, como supuesta víctima de un sospechoso "paro cardiaco". A partir de ese momento, la imagen del ídolo, antes ubicua en todos los rincones turkmenos, empezó a desvanecerse. Los meses del año han recuperado sus aburridos apelativos gregorianos. La efigie del padre de la patria turkmena se borra de los billetes y los timbres postales. Ha dejado de pronunciarse el juramento de fidelidad al amado guía que a diario se pronunciaba en escuelas, oficinas públicas y que abría y cerraba las transmisiones de los canales de radio y televisión. Del himno nacional han desterrado las alusiones al otrora "Gran Sader" y cada vez son más las calles, plazas, escuelas, hospitales, aeropuertos que ya no tienen como pro-

pio al apelativo de "Turkmenbashi". Fue retirada la gran estatua de oro de 75 metros que adornaba para honra de Nyazov el centro de Asjabad (aunque ya fue reubicada en un suburbio de la capital). No se celebraron los majestuosos funerales que, uno supondría, se dedicarían a tal sublime líder, y no se constituyó ningún colosal mausoleo para albergar sus sagrados restos.

Falleció el Turkmenbashi, cabalísticamente, un 21 de diciembre, justo cuando cumplía 21 años en el poder. Los malvados medios internacionales que dieron la noticia de este deceso se dedicaron más en regodearse y mofarse de las deliciosas excentricidades del culto al Turkmenbashi que en analizar las sospechosas circunstancias de su muerte. Al padre de los turcomanos lo sucedió (de forma ilegal, por cierto) un señor de kilométrico apellido Gurbanguly Berdimukhammedov, que se ha dedicado, como hemos visto, a borrar el legado megalomaniaco de Turkmenbashi el Grande y a tratar de instaurar, torpemente, su propio culto. Como ejemplo de esto último tenemos la publicación de un libraco suyo que lleva por título "El Nieto Materializa los Sueños del Abuelo (¿Alguna reminiscencia de "Sueños de mi Padre", de Barack Obama?), obrita que pretende sustituir al sagrado Ruhnamah como nuevo gran manual de aprendizaje de los sufridos turcomanos y en el que no cita ni una sola vez, pero ni una sola vez al Turkmenbashi, así, tal y como si jamás hubiesen existido. ¿Qué podrá igualarse a los incomparables despropósitos y esperpentos del culto de Niyazov? Nada de lo que haga su sucesor, ese fulano de nombre impronunciable, pasará de ser una burda imitación. Será caricatura de una caricatura

Saparmurat Niyazov fue un magnífico arquetipo de la historia mundial de la megalomanía, pero de una estirpe muy diferente a la de Mao Zedong, Hitler, Stalin o Kim Il Sung. El Turkmenbahí no pretendía encarnar el devenir de alguna ideología totalitaria e inhumana basada en cosas como la lucha de clases o la superioridad racial, ni intentó fundar un imperio, y ni siquiera su gobierno llegó a tener los perfiles sádicos o sanguinarios del tirano tradicional. Fue un hombre mediocre que por azares del destino conquistó el poder absoluto en su desventurado país y cuya única verdade-

ra ambición fue, simplemente, ser amado y admirado por todos. Freud nos advirtió que si hay una constelación de la personalidad en la cual los líderes tiendan a gravitar, no es otra que la narcisista. Los estudiosos del culto a la personalidad advierten un tipo de narcisismo maligno, que termina por negar todo nexo realidad y se entrega a las más oscuras perversiones, a los exterminios masivos, a las purgas y a las guerras de conquista. La historia universal da triste cuenta de estos casos. Pero esos extremos a los que nunca arribó el Turkmenbashi, quien más bien padecía una especie de "narcisismo pueril", y me atrevería a decir que "narcisismo inocente".

Quizá el mejor diagnóstico del caso Niyasov lo expresó un anciano turkmeno entrevistado por el periódico inglés *The Guardian* mientras observaba, paciente, uno de tantos desfiles en honor a su presidente: "Lo que pasa con el Turkmenbashí es simplemente que no tuvo suficiente amor cuando era niño, por eso ahora demanda tanta atención".

AZERBAIYÁN EXPORTA: CULTO A LA PERSONALIDAD

La solemne y muy polémica inauguración de una estatua en la Ciudad de México del ex dictador azerí Heydar Aliyev dio relevancia a la gran aportación que le ha hecho la República de Azerbaiyán a la historia mundial de la megalomanía: la exportación del culto a la personalidad. Aunque es cierto que algunos cultos a la han trascendido fronteras, lo peculiar aquí es que responde a una estrategia internacional por parte de las autoridades de Bakú para lograr que el mayor número de naciones posibles rebautice calles e inaugure estatuas en honor al fallecido dictador, quien ejerció con mano de hierro el poder en este país caucásica de 1993 hasta su muerte, ocurrida diez años más tarde, y heredó el mando a su hijo Ilham.

Heydar Aliyev fue, como tantos otros mandatarios de las ex repúblicas soviéticas (incluido el ruso) un ex apparatchik del Partido Comunista que trabajó mucho tiempo en la KGB y fue ascendiendo dentro del andamiaje del poder. Protegido de Leonid Brezhnev, en 1969 fue nombrado líder de la República Soviética de Azerbaiyán y en 1982 fue promovido a Primer Viceprimer Ministro de la URSS y a un puesto en el Politburó donde fue, de facto, uno de los cinco líderes más poderosos de la Unión Soviética. Cuando, en 1985, muere Konstantin Chernenko, Aliyev fue considerado por el Politburó como un candidato a ser, ni más ni menos, que secretario general del Partido Comunista de la URSS, es decir, el mandamás de la segunda potencia nuclear del mundo. Al final ganó la partida Mijail Gorbachev, que lo odiaba. El padre de la Perestrioka obligó

al azerí a renunciar al Politburó "por motivos de salud" y ordenó investigar sus presuntos nexos con la mafia y con varias tramas corruptas, iniciativas que poco prosperaron, entre otras cosas, gracias al oportuno "suicidio" de muchos de los involucrados.

Durante un tiempo vivió en relativa oscuridad, aunque ocupó diversos cargos en el gobierno de Nakhichevan, capital de su región natal. En esta época Aliyev, viendo inminente el colapso de la URSS, se dedicó a pulir sus renovadas credenciales como un nacionalista azerí. Renunció a su militancia al PCUS cuando el ejército soviético reprimió de forma cruenta a estudiantes pro independentistas en Bakú. En 1993, dos años después de la desaparición de la Unión Soviética, la flamante república de Azerbaiyán se encontraba sumergida en un absoluto caos. El ejército dio ese año un golpe de Estado e "invitó" a Aliyev a ocupar la presidencia del país. El New York Times comentó al dar la noticia "es como llamar a la zorra para cuidar a las gallinas". El nuevo gobierno devolvió a Azerbaiyán la estabilidad mediante la imposición de un régimen policial muy represivo que persiguió a la oposición con singular saña y limitó enormemente las libertades individuales. El propio Aliyev explicó: "Nadie nace siendo un demócrata en este país, incluyéndome a mí mismo. Tal vez si establecemos condiciones de la democracia, mis nietos tendrán la democracia"

Heydar Aliyev se embarcó en una política de atracción de empresas petroleras para explotar los considerables recursos energéticos del país. Conocida como la "Tierra de la Llama Eterna" (por el gas natural que se filtra en el subsuelo), Azerbaiyán se dio a conocer al mundo como una provincia petrolera en el siglo XIX. Era la época en que millonarios como Rothschild y Nobel invertían en el Cáucaso, haciendo de Bakú una elegante ciudad llena de gracia, muy al estilo europeo. Algo de esa vieja gloria aún se puede si se recorre el malecón de Bakú. El presidente estaba decidido a traer de nuevo esos buenos viejos tiempos. Una mega negociación con la British Petroleum por 10 mil millones de libras esterlinas para desarrollar campos petroleros en el Mar Caspio fue aclamado como "el contrato del siglo" por la prensa británica. Y es que Aliyev fue

un hombre con determinación implacable. En un momento en que pocos inversionistas estaban interesados, el presidente impulsó la construcción de un gran gasoducto de 2 mil millones de libras esterlinas que hoy corre desde Bakú hasta el puerto mediterráneo turco de Ceyhan. Pero toda esta riqueza que generaba el enorme potencial energético de Azerbaiyán se distribuyó de forma sumamente inequitativa. En 2003, año de la muerte del déspota, casi la mitad de la población estaba en situación de pobreza. El clan gobernante prosperó enormemente, pero la mayoría ganaba poco más de 100 dólares al mes. Alrededor de un millón de azeríes emigraron a Rusia o Turquía buscando mejores horizontes.

Operador fuerte y astuto, nadie le negó a Aliyev su capacidad para navegar por el siempre difícil laberinto geopolítico del Cáucaso. Fortaleció su relación con Turquía, haciendo hincapié en los vínculos étnicos y lingüísticos entre turcos y azerís. Con Irán, donde viven unos 14 millones de personas de etnia azerí, los nexos fueron más cordiales que nunca. El presidente también tuvo la capacidad de mantener en su país a raya al fundamentalismo islámico. Con Occidente las cosas fueron más ambivalentes. Cortejó a los Estados Unidos y le pidió que los estadounidenses revocar una ley que prohibía ofrecer ayuda a Azerbaiyán a causa de su conflicto con Armenia, pero tuvo poco éxito. No pudo superar el enorme escollo que significó el poderoso lobby armenio en Washington. Y es que con Armenia Aliyev encontró la horma de su zapato. Cuando llegó al poder, los armenios habían establecido una fuerte presencia en el enclave de Nagorno-Karabaj y el conflicto se hallaba estancado El padre de la Patria decidió reiniciar la lucha y el asunto entró en su fase más sangrienta. Las operaciones militares se prolongaron durante 18 meses. El resultado para Azerbaiyán fue 30,000 víctimas mortales, 75,000 desplazados y la pérdida del 14 % del territorio nacional a manos del odiado adversario.

A pesar de la creciente descontento con el gobierno que generó la derrota en Nagorno-Karabaj, la incapacidad de hacer frente a las consecuencias socioeconómicas de largo plazo de la guerra, de las denuncias constantes de corrupción oficial y de la injusta dis-

tribución del ingreso, Aliyev logró relegirse como presidente en 1998 con el 76% de los votos, sin que los grupos de oposición y los observadores internacionales dejaran de cuestionar seriamente la legitimidad del resultado. Después de todo, el mandatario gozaba de cierta popularidad. Sus partidarios lo llamaban de cariño, "Baba", el abuelo. Se preparaba para presentarse a un nuevo mandato en las elecciones presidenciales de octubre de 2003 cuando se derrumbó dramáticamente durante un discurso televisado. "Algo me ha golpeado", clamó Baba mientras se agarraba el pecho. Siempre tuvo un corazón débil. Cuando se hizo evidente que estaba demasiado enfermo, Aliyev se hizo a un lado a favor de su único hijo, Ilham, quien "debidamente" ganó las elecciones y asumió la presidencia en la primera —y seguramente no última— la transferencia de poder de padre a hijo en una ex república de la URSS.

Aliyev senior Murió poco después de abandonar la presidencia en una clínica de Cleveland, Ohio. El junior tuvo entonces la suerte de heredar el mando justo cuando los precios del petróleo subían de forma exorbitante. Gracias al boom energético Azerbaiyán figura hoy como uno de las naciones con mayor crecimiento económico del mundo, aunque las inequidades se mantienen y, por supuesto, la corrupción. Muchos de los recursos azerís se han desperdiciado en la construcción de obras fastuosas y en una frenética promoción de la imagen del país por todo el mundo. Bakú ha visto levantarse decenas de suntuosos rascacielos (hoteles, oficinas, museos) todos impresionantes, aunque algunos de cuestionable gusto, como sucede siempre con los nuevos ricos. Destaca dentro de lo mejorcito las "Flame Towers", tres edificios contiguos en forma de flamas, haciendo alegoría a la íntima relación azerí con el fuego, símbolo nacional. Pero la realidad es que excepto en la industria del petróleo y los servicios que se adaptan a ella, hay poca inversión nacional o extranjera. Dice el periódico digital The Slate que Azerbaiyán queriendo ser un país petrolero como Noruega, en la actualidad se parece más a Nigeria a causa del despilfarro y la corrupción.

Una de las formas en las que, se supone, se quiere proyectar la imagen de este país caucásico es con la exportación del culto a la

personalidad de Heydar Aliyev, gobernante con más fracasos e incongruencias que éxitos en su haber, pero que el actual gobierno de Azerbaiyán solo ve como "el hombre que devolvió la estabilidad" a la patria. El fundador de la dinastía que tiene en sus manos las riendas de los infortunados destinos de los azerís fue un hábil político y un táctico agudo que durante su gobierno fomentó un culto digamos "standard" a su persona, con detalles como ver las calles llenas de vallas publicitarias que mostraban sus sabias palabras y la efigie del dictador adornando todos los rincones del país. Pero nada de cosas como enormes estatuas de oro, ni la obligación de aprenderse de memoria geniales obras que dilucidaban todos los secretos de la vida y el universo, como sucede en otros cultos más estrafalarios. Las cosas se salieron de cauce con la llegada del Ilham, que se ha dedicado a intensificar el culto a la personalidad de papi y hacerlo "calidad de exportación".

Hoy Azerbaiyán está lleno, literalmente lleno, de avenidas, bulevares, parques, estatuas y carteles de Heydar Aliyev. También se estila mucho la confección de alfombras decorativas tradicionales con la imagen del prohombre. Cada ciudad grande, mediana o pequeña tiene un museo íntegramente dedicado a ensalzar la vida y obra del héroe que fue humillado por Armenia. Las muy anodinas exhibiciones incluyen monumentos, afiches, timbres postales, banderas, mapas, frases célebres fotografías, copias de diplomas, medallas y demás chucherías. En todos estos museítos se da una narrativa que ofrece una sencilla explicación de la historia reciente del país: Armenia, apoyada entre bastidores por Rusia, atacó a Azerbaiyán sin provocación. Nadie en el mundo estaba de parte de Azerbaiyán. A continuación, Heydar Aliyev llegó a dirigir Azerbaiyán. Desde entonces la nación goza de una era de paz y prosperidad sin precedentes. Punto.

Dicen los sesudos analistas internacionales que se preocupan por los avatares de los pueblos del Cáucaso que el actual régimen azerí ofrece todavía muchas dudas sobre su legitimidad y que busca apuntalar su autoridad celebrando una constante apoteosis a la memoria de baba. La idea es identificar la tan cacareada estabilidad

lograda por su régimen con la fundación misma de la nación azerí. Lo curioso es esta obsesión por lograr que otras naciones se unan, en alguna medida, a tan disparatada idea. La diplomacia azerí tiene como prioridad central la exportación del culto sin importar el costo. Por eso busca establecer acuerdos bilaterales para nombrar calles y poner estatuas en loor a tan grande hombre. Tales esfuerzos lograron que desde la muerte del sátrapa (2003) al año 2012 quince calles en diversas naciones lleven el nombre de Heydar Aliyev: 7 en Turquía (principal aliado de Azerbaiyán), 2 en Rusia y una respectivamente en Kazajistán, Georgia, Rumania, Jordania, Israel y Ucrania. Más importante aún, se han erigido en el extranjero estatuas: la primera en Kiev (2004), más tarde en Bucarest (en un parque que lleva su nombre desde 2007) tres más en ciudades rusas, otras tres en Turquía: (Kars (2007), Ankara [84] y en el parque Haydar Aliyev de Estambul), Moldavia (2007), Georgia (2007) de El Cairo (2008) Belgrado (2011) y la Ciudad de México (2012). Un servicio de mantenimiento especial del ministerio de azerí de Exteriores se encarga de preservar el buen estado de todas estas estatuas, estén donde estén.

El caso de la muy polémica estatua inaugurada en la Ciudad de México es ilustrativo de cómo trabaja la diplomacia de Azerbaiyán en la muy noble tarea de dar a conocer al mundo las grandezas de su sátrapa. Se trata de una efigie de bronce de tamaño natural instalada en el "Parque de la Amistad" en la Ciudad de México. Una placa describe al líder, entre otras cosas, como "un brillante ejemplo de la devoción infinita a la patria y de fidelidad a las idea universal de la paz en el mundo". El pacto consistió en que el gobierno de Azerbaiyán donaba 5 millones de dólares para la remodelación de dos parques y la alcaldía de la capital mexicana aceptaba la colocación del bonito monumento.

Todo iba bien, hasta que algunos quisquillosos enterados de la historia reciente de la remota Azerbaiyán pusieron el grito en el cielo y denunciaron que el tal prócer en realidad fue un líder autoritario y corrupto, responsable de sofocar toda disidencia en su contra durante sus 10 años de presidencia, y que por lo tanto no de-

bería tener una estatua tan cerca de la principal avenida de México, el Paseo de la Reforma. El *Huffington Post* citó al poeta y activista (¿o activista poeta?) Homero Aridjis, quién se preguntó: "¿Vamos a ser un centro para monumentos a dictadores muertos? ¿Quién es el siguiente? ¿Hitler? ¿Stalin?".

TRES EPISODIOS DEL SEÑORPRESIDENTISMO MEXICANO

Elemento esencial del sistema político mexicano durante la larga etapa de hegemonía priísta (1929-2000) fue una presidencia extraordinariamente poderosa. El presidente mexicano gozaba de amplísimas facultades legales y "metaconstitucionales" (según célebre concepto acuñado por el constitucionalista Jorge Carpizo). Dominaba el Sr. Presidente no solamente el Poder Ejecutivo, sino también al Legislativo y Judicial, en el marco de un esquema altamente centralizado donde los estados y municipios estaban subordinados al jefe de Estado. Como parte consustancial del proceso de entronización del mandatario, la figura presidencial fue objeto de veneración por parte de la "clase política" y de los medios de comunicación escritos y electrónicos, por lo general sujetos a un considerable control gubernamental. Es por ello que México también conoció, en cierta medida, un culto a la personalidad en loor de sus gobernantes, que jamás llegó a los extremos de endiosamiento experimentados en naciones totalitarias y mantuvo siempre las características vernáculas muy particulares de un sistema político que fue sumamente atípico.

El presidencialismo mexicano fue célebremente bautizado por el historiador Daniel Cosío Villegas como "una monarquía absoluta, sexenal y hereditaria por línea transversal". Se trataba de una forma de gobierno con una presidencia excepcionalmente fuerte, pero que no constituía una dictadura en el sentido tradicional de la palabra y tenía un término fatal en el tiempo, el cual siempre fue escrupulosamente respetado. El mandato del moderno Tlatoa-

ni duraba exclusivamente seis años, y ni un día más, aunque el proceso de "mitificación" comenzaba desde el momento en que un aspirante presidencial era "destapado" como candidato del otrora invencible PRI. Desde ese instante las virtudes del candidato eran constantemente ensalzadas y su persona se convertía en un símbolo cuasi sagrado que la prensa y los medios en general debían de cuidar mucho no criticar. La adulación era constante e inagotable. A esta sistemática y pertinaz lambisconería (para decirlo en buen mexicano) se le bautizó con el nombre de señorpresidentismo, ya que consistía en lisonjear al señor presidente para todo y con cualquier pretexto: "El Señor Presidente nos honró con su presencia", "El Sr. Presidente fue muy atinado en sus comentarios", "¿Qué hora es? Las que usted ordene, Sr Presidente".

Eso sí, una vez entregada la banda presidencial al sucesor, el expresidente comenzaba a sufrir un brutal proceso de vilipendización. De hecho, mientras más se hubiese halagado al mandatario saliente, más crueles e incisivas eran las injurias y los escarnios que le dedicaban sus antes sicofantes incondicionales. Y es que no todos los presidentes de la hegemonía priísta fueron igual de megalómanos. Hubo algunos de personalidad más o menos austera, como Manuel Ávila Camacho (1940-46) Adolfo Ruiz Cortines (1952-58), Gustavo Díaz Ordaz (1964-79), Miguel de la Madrid (1982-88) y Ernesto Zedillo (1994-2000), que fueron menos propensos al boato y las apologías, y hubo otros que, por el contrario, se entregaron alegremente a la frívola exaltación de sus personitas. Tres presidentes destacaron en este segundo grupo: Miguel Alemán (1946-52), Luis Echeverría (1970-76) y José López Portillo (1976-82). Cada uno de estos tres ególatras pretendió auparse al Olimpo de acuerdo a sus muy personales estilos y protagonizaron primorosos episodios dignos de esta Historia Mundial de la Megalomanía.

Miguel Alemán es considerado por muchos historiadores como "padre de la industrialización mexicana". Le tocó gobernar en el período inmediato al final de la Segunda Guerra Mundial. Fue un político venal y banal, que mucho favoreció a sus círculos cercanos y que amaba el poder y sus magnificencias. Fue objeto de ha-

lagos desproporcionados, como aquel que le dedicó el principal líder obrero del país, Fidel Velázquez, quien nombró al Sr. Presidente "Primer Obrero de la Patria". Pero la *pièce de résistance* de la idolatría alemanista fue una estatua. En efecto, fue Miguel Alemán el primer presidente del México moderno en erigirse un monumento encomiástico estando todavía en funciones. En 1950, el entonces rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Luis Garrido, colocó la primera piedra para la construcción de la Ciudad Universitaria, mega obra a realizarse al sur de la Ciudad de México en un inmenso terreno de 18 millones de metros cuadrados y en la que participarían los mejores arquitectos mexicanos y más de 10,000 trabajadores. El compromiso era terminar antes de que finalizara 1952, año final del sexenio de Alemán. Garrido tuvo la "brillante idea" de perpetuar la figura del presidente industrializador con una enorme estatua, ubicada en la explanada de rectoría, para que las futuras generaciones de universitarios pudieran conocer y honrar al creador de tan portentosa Ciudad Universitaria.

Dicen quienes la conocieron que dicha estatua, al ser terminada, tenía un enorme parecido a Stalin. Fue develada en una ceremonia en la que estuvieron presentes el rector Garrido, los miembros de la Junta de Gobierno universitaria y "unos ocho mil estudiantes", según cálculos de la prensa de la época, siempre tan obsequiosa cuando se trataba del Sr. Presidente. Este monumento tuvo un sino ominoso. Fue por años constante objeto de pintarrajeadas y burlas de los de estudiantes. En 1960 fue dinamitado en dos ocasiones, en el primer atentado no se verificaron daños mayores, pero el segundo repercutió en grandes deterioros a su estructura. Nunca se supo quiénes fueron los responsables. Al reconstruir la estatua se aprovechó para borrar su parecido con Stalin. Años después, en 1966, otra vez la dinamita hizo de las suyas y la efigie del alemán resultó decapitada. En esta ocasión no hubo el más mínimo intento de restauración y los restos fueron retirados de forma definitiva algún tiempo más tarde.

Una muy peculiar política exterior fue la forma que eligió el hiperactivo Luis Echeverría para tratar de proyectar su figura al mun-

do y a la historia. Tan diligente era el sr. presidente que en una ocasión un reportero de la empresa de tele privada fue despedido por haber afirmado que el mandatario desarrollaba sus actividades "a un ritmo incansable, verdaderamente increíble, casi insectil". Pues bien, el insectil Echeverría decidió que había llegado la hora de hacer de México un protagonista de primer orden en el "concierto de las naciones", como le gusta decir a los cursis. México, país vecino de Estados Unidos, prudentemente había mantenido como tradición una política exterior relativamente discreta. Echeverría se propuso acabar con eso. Quería convertir a México en la nación líder del Tercer Mundo y él transformarse en una personalidad de dimensiones planetarias, a la altura de un Nehru, un Tito o un Nasser, y ser digno de reconocimientos tales como un Premio Nobel de la Paz o de posiciones internacionales como la Secretaría General de Naciones Unidas.

Gran hubris llegó a tener este Luis Echeverría, quien se formara a base de grandes afanes a lo largo de una larga carrera burocrática. Pasó de subsecretario a secretario de Gobernación con el presidente Adolfo López Mateos, puesto que mantuvo en el gobierno de Díaz Ordaz y en el que desempeño un ominoso papel durante los trágicos acontecimientos del 2 de octubre de 1968 en Tlatelolco. Servilismo, bajo perfil y dura aplicación al trabajo fueron las fórmulas de ascenso de este oscuro personaje, pero desde el momento en que fue ungido candidato presidencial, emergió de él una figura voluntariosa de una locuacidad tan enredosa como inagotable. Ya como presidente a Echeverría se le volvió una obsesión la participar en foros internacionales. Presentó al mundo una Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados y se consagró a su pertinaz defensa de los países subdesarrollados. El momento culminante de todo este calamitoso delirio tercermundista fue una absurda, onerosa y completamente innecesaria gira presidencial que duró la friolerita de ¡45 días! y tocó catorce naciones en tres distintos continentes. Un mes y medio de discursos, mensajes "profundos", declaraciones enrevesadas y tropelías muchas veces irrisorias perpetradas de una numerosísima comitiva cuyo

viaje sufragaron los contribuyentes de un país que a la sazón estaba al borde de la bancarrota. Fueron visitadas por el presidente y su séquito de zalameros naciones tan importantes para los intereses internacionales de México como la República Cooperativa de Guyana, Senegal, Argelia, Sri Lanka, Tanzania, Jordania y Trinidad y Tobago, entre otras. En todas las escuelas públicas y privadas del país se repartió un folleto con dibujitos explicando la trascendencia histórica de tan dilatado e inusual periplo. Eso sí, la gente le cobró al su presidente tan ridículo derroche con un alud de chistes y escarnios.

El mandato de Echeverría terminó en medio de una debacle económica y como expresidente fue vilipendiado por décadas por todos los sectores que se sintieron afectados tanto por sus irresponsables y derrochadoras políticas económicas, como por sus métodos represivos. En 2006 sufrió la humillación de ser el primer ex presidente mexicano en ser formalmente encausado judicialmente cuando un juez del Segundo Tribunal Unitario del Primer Circuito de Procesos Penales Federales le dictó auto de formal prisión como presunto responsable de crímenes cometidos en las represiones de los movimientos estudiantiles de 1968 y 1971. Aunque jamás pisó la cárcel y fue finalmente absuelto, el otrora "líder del Tercer Mundo" vive una vejez de lo más oprobiosa.

A Echeverría lo sucedió en al mando su gran amigo José López Portillo, frivolazo mandatario que amaba ser admirado y halagado. Como Alemán, López Portillo también se vio distinguido con la erección de estatuas con su distinguida efigie antes de que concluyera su gobierno, una en Campeche ("por los favores recibidos", decía la placa) y otra, ecuestre, en Monterrey. Ambos monumentos hace ya muchos años que fueron derruidos y el metal vendido como chatarra. La televisión, tanto las estaciones públicas como privadas, transmitían de vez en cuando documentales que mostraban al presidente trotando gallardo en los campos del Estado Mayor Presidencial sobre algún albardón inglés, o lanzando jabalina, o quizá practicando esgrima, boxeando o jugando tenis con el mejor tenista mexicano de todos los tiempos, Raúl Ramírez. Pero con lo que

López Portillo quiso marcar su paso por los tiempos de México y el mundo fue con su grandilocuente oratoria. Discursos que denotaban una portentosa megalomanía fueron pronunciados por López Portillo en ocasiones solemnes, tales como los informes presidenciales, que desde siempre habían constituido una gran momento para encomiar al presidente en turno, pero que con don José llegaron a nuevos clímax de exaltación; o las faraónicas Reuniones de la República, entrañable aportación al señorpresidentismo del Jolopo (como lo apodó la gente) en donde se convocaba a la totalidad de las clases políticas y empresariales del país para escuchar las sesudas y poéticas disertaciones del jefe de Estado. Fue en sus discursos el ámbito donde el presidente proyectaba su afán de inmortalidad. Lo mismo pedía perdón a los pobres "por no haber acertado aun en sacarlos de su postración", que decía "defender al peso como un perro", que fustigaba a sus críticos "por asomarse al espejo humeante de Tezcalticopa". Poderosa, rimbombante, prosopopéyica, muchas veces ridícula, algunas ocasiones incluso afortunada, así fue la oratoria de este fatuo personaje. Vean un ejemplo:

> "No creo en el poder por el poder. Entiendo el poder para servir; no lo gozo en sí, como el amor; no me embriaga ni lo ejerzo como vicio, costumbre o placer. Lo vivo, intensamente, como responsabilidad que tengo que merecer cada día. Y es que el poder lo creamos todos; es del pueblo y no mío. El deber -ése sí mío- es cumplir su mandato. He querido, apasionadamente servir. Servir a mi Patria, a esta Patria nuestra, cuyos orígenes se funden en el mágico crisol de su confluencia para escribir una de las más grandiosas páginas de la historia del mundo y que marca, por ello, un destino luminoso, al que accederemos por el cultivo de las esencias del planteo universal en el que fuimos concebidos. Ese es mi credo."

Pretendía López Portillo entrar la historia por la puerta grande y que sus palabras fueran citadas por los siglos de los siglos. ¡Y vaya que había oportunidad de ser un consentido de Clío, cuando le tocó gobernar en una época de bonanza petrolera! Abundaban los recursos, el derroche estaba a la orden del día y se venían tiempos en donde habría que aprender a "administrar la abundancia", se-

gún un famoso axioma presidencial. Lejanos parecían los días de la quiebra echeverrista cuando Jolopo le recetaba a sus gobernados cosas como esta:

> "Todos los que en México hemos sido, somos y seremos, nos constituimos en nuestro pacto de unión nacional, ámbito de nuestro espacio entendido como territorio; medida de nuestra historia entendida como norma; estructura concebida en el devenir como cambio."

Pero la gran oportunidad de, verdaderamente, dejar un testimonio para los siglos venideros llegó cuando una vez terminada la construcción del nuevo Palacio Legislativo, grandilocuente y cargante edificio que acogería a la Cámara de Diputados, su pastelero…digo, arquitecto, Pedro Ramírez Vázquez, le pidió al Señor Presidente escribiera unas palabras de su prodigiosa pluma para inscribirlas en el frontispicio ubicado sobre el vestíbulo principal del recinto. De esta forma una disertación lopezportillezca se perpetuaría ni más ni menos que en el corazón político de la patria. Fue así que Jolopo escribió:

> "El pueblo de México, presente en los ámbitos de su realidad, tiempo, memoria, territorio y derechos en esta casa es representado por los que elige y aquí se congregan como conciencia, voluntad y decisión de su soberanía. En este foro se votan las leyes de la República federal, que norman el devenir de su democracia, régimen político, sistema jurídico e impulso vital de libertad y justicia fundado en el constante y renovado mejoramiento económico, social y cultural de un pueblo que quiere vivir en el concierto de las naciones iguales y el derecho, que es la paz."

Poco más de un año después de quedar inscritos tan insignes conceptos terminó la administración de López Portillo en medio de un desastre financiero aun peor que el endosado por Echeverría. Como acto final de su farsa y de su culto, el presidente decretó la estatización de la banca en medio de uno de sus discursos más vehementes, en el cual lloró por los pobres a los que ya de plano no puso sacar de la dichosa postración y prometió, enfático, que "no

nos volverán a saquear". Así se acabaron su gobierno y reputación, pero la leyenda en el frontis de la Cámara de Diputados se quedaba para siempre, o al menos esa esperanza se tenía. Desgraciadamente para la megalomanía de López Portillo no fue así. Un inexplicable incendio quemó la sala de sesiones del recinto con todo y vestíbulo en 1989. Las llamas borraron el texto lopezportillezco, el cual, como era de esperarse no fue restablecido al ser reconstruida la Cámara. En su lugar los diputados prefirieron poner una frase escrita por un tal "Morelos". Ingratos que son.

EL CHIVO SICALÍPTICO

Pocos discuten que "La Fiesta del Chivo" es una de las obras más logradas de ese extraordinario escritor que es Mario Vargas Llosa. Es un retrato implacable del poder absoluto en una novela que se lee sin respiro de principio a fin. Como se sabe, la obra tiene como los días postreros de Rafael Leónidas Trujillo, que condujo brutalmente a la República Dominicana por más de tres décadas, y constituyó uno de los casos más pintorescos y —no podría ser de otra forma— tropicales de culto a la personalidad. Pero el aspecto más interesante de este capítulo de la historia mundial de la megalomanía, y que muy bien retrata Vargas Llosa, es la formidable lujuria del dictador, quien gustaba de abusar del poder para saciar su apetito sexual.

No es que algunos de los dictadores incluidos en esta colección no hayan sabido satisfacer sus pronunciados instintos sexuales utilizando el inmenso poder del que gozaban. Mao era famoso por tener a su disposición un buen número de mujeres, lo mismo que Kim Il Sung y también su adorable vástago, Kim Jong Il. Pero Trujillo fue un tirano que ejerció derecho de pernada sobre mujeres de toda clase y condición, sin excepción alguna, ya que abarcaba a las hijas y esposas de sus ministros y colaboradores, algo inusitado en la historia moderna. Y es que "El Chivo", como lo apodaron los dominicanos, era todo un follador. Explicó Vargas Llosa en alguna oportunidad "El chivo tenía una connotación sexual muy fuerte, por eso a Trujillo le gustaba sentirse "El Chivo", el macho, con toda esa fuerza sexual... Muchos campesinos de una manera natural y cariñosa, le ofrecían a sus hijas... y el jefe era muy considerado

con ellas. El sexo jugó un papel político central en esos 31 años ...[Trujillo] utilizó el sexo como instrumento de poder. Se acostaba con quien quería... Muchos de sus allegados tenían que pasar la prueba de soportar que el jefe se acostara con sus esposas". Ya en 1920 el Chivo había sido juzgado (pero no sentenciado) por violación. Como dictador, nunca se sabía con qué mujer aparecería en los eventos oficiales. Un periodista del Times de Londres lo comparó con uno de los reyes de la dinastía Tudor, "el generalísimo posee la robustez de un Tudor: su vida privada no parece menos entretenida y su manera de gobernar no menos flexible y rigurosa que la de Enrique VIII".

Por factores como su incontenible sicalipsis y otras notables excentricidades, la de Trujillo es de las pocas dictaduras de derecha en la larga historia de autocracias conservadoras de América Latina que vale la pena ser comentada en estos episodios de desmesuras, desvaríos y fantasías. Cierto es que las tiranías personalistas de derecha han sido (junto con el comunismo, el fascismo, el nacionalismo tercermundista y el populismo latinoamericano), venero de gobernantes que se han hecho cultos o semicultos a la personalidad, pero se trata de casos más bien insípidos, indignos de aparecer en una colección de grandes locos, la verdad sea dicha. No es que los Somoza, Stroessner, Perez Jímenez, Ubico, Carias Andino y tantísimos tiranuelos más no tuviesen su corazoncito megalómano bien puesto, o que sus regímenes desmerecieran en lo que a atrocidad y barbarie se refiere, pero fueron soldados poco imaginativos interesados en destacar solamente virtudes vulgares como el patriotismo, el amor a las armas, el anticomunismo a ultranza, etc. "El poder es el complemento de los mediocres", dijo Goethe, y esta larga sucesión de dictadorzuelos centro y sudamericanos son estupenda muestra de ello, pobres bocetos de personajes incapaces de inspirar una buena novela. Reitero, no es que las dictaduras conservadoras no sean igualmente crueles y funestas para el espíritu humano y la libertad que los totalitarismos ideologizados revolucionarios, pero casi siempre resultan menos destructivos. Con los dictadores conservadores el mundo se congela; con los revoluciona-

rios, arde en llamas. Ceñirse a un status quo petrificado es opresivo, pero la compulsión por instaurar una fantasía utópica es fatal.

El chivo fue otra cosa. A su modo, fue una especie de revolucionario. Su culto no se limitó a exaltar al soldado y al patriota, sino que fue un enorme compendio de prosopopeyas. Trujillo nació como el tercero de once hermanos de una familia clase mediera tradicional en la que el padre se dedicaba a los negocios y la madre fue una mujer abnegada dedicada al cuidado de su numerosa prole. Con el tiempo, los aduladores de su hijo la apodaron como "La Matrona del Vientre Privilegiado". Por cierto que el dictador amó siempre a su padre, a diferencia de la mayor parte de los tiranos dedicados a la auto adoración, quienes suelen odiarlos (e idolatrar a sus madres). Su primer cónyuge fue Aminta Ledesma, con quien tuvo una niña, Flor de Oro. La abandonó por Bienvenida Ricart, de la que se divorció para casarse con María Martínez, ex vedette cubana, con quien tuvo dos vástagos que con el tiempo se harían tristemente célebres: Ramfis y Radamés.

Tras una meteórica carrera castrense, donde fue el encargado del sistema de aprovisionamiento y compras del ejército (cargo muy propicio para el enriquecimiento personal). Trujillo llegó al poder en 1930 aprovechando, con gran habilidad, un período de confusión política. Un año después fundó el Partido Dominicano, que pronto se convirtió en único. Todo ciudadano dominicano debía ingresar a esta institución al cumplir la mayoría de edad, y los funcionarios públicos, sin excepción, estaban obligados a contribuir con un 10% de su sueldo para su manutención. Sus símbolos eran una palma real y un acrónimo "RLTM" que significaban "Rectitud, Libertad, Trabajo y Moralidad", y que, casualmente, formaban las iniciales de un tal Rafael Leónidas Trujillo Molina. El de Trujillo fue un represivo régimen policiaco que no se cansó de perseguir, torturar, encarcelar y asesinar a los opositores o a cualquier persona que se significara un peligro al trujillismo. Sonado fue el secuestro (en Nueva York) y su posterior asesinato por agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM, la inicua policía política de la dictadura) de Jesús Galíndez, periodista y profesor, refugiado en el

país caribeño después de la Guerra Civil Española, que publicó en 1953 "La Era de Trujillo", una feroz crítica al régimen dominicano. También provocó gran consternación el asesinato de las hermanas Mirabal ¡simulando un accidente de tráfico! cuando éstas salían de la prisión tras haber visitado a sus esposos, destacados disidentes políticos encarcelados.

Fue también una tiranía genocida. Alrededor de 20,000 haitianos fueron inmolados —incluyendo hombres, mujeres, ancianos y niños— en un pogromo perpetrado en octubre de 1937 por orden del dictador con el aberrante propósito de erradicar a todos los pobladores de origen haitiano que residían en territorio dominicano, particularmente en las fincas agrícolas a lo largo de la frontera y "purificar" así a la raza dominicana. Los cuerpos fueron arrojados en el Río Masacre, ominosamente bautizado así por una antigua disputa colonial entre España y Francia.

Poco tiempo después de asumir el chivo el poder, un pavoroso ciclón asoló la Santo Domingo, destruyéndolo casi por completo. Trujillo y su gobierno emprendieron la ardua tarea de reconstrucción de la capital la cual, como reconocimiento a tan nobles sacrificios por parte del mandatario, dejó de llamarse Santo Domingo de Guzmán (primera ciudad erigida por los españoles en América, fundada en 1496 por Bartolomé Colón) para ser rebautizada (muy convenientemente, desde luego) como "Ciudad Trujillo". Asimismo, el presidente sería conocido desde entonces como "El Benefactor".

Trujillo dominó la escena política dominicana por décadas hasta su muerte. A veces fungía como presidente, pero en varias ocasiones cedía la primera magistratura a algún pariente o incondicional mientras él se desempeñaba como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, nunca interrumpiéndose, eso sí, su muy vernáculo culto a la personalidad. Se multiplicaron por todo el país las imágenes impresas del jefe con distintas poses y atuendos. Los había con el uniforme y su característico bicornio, y de civil. La glorificación del presidente conoció su cenit en la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre de 1956, concebida con el fin de conmemorar

el 25º aniversario de La Era de Trujillo y, de paso, mostrar al mundo las realizaciones del régimen y su carácter de portaestandarte contra el comunismo. No se escatimaron fondos del erario público para erigir un recinto ferial digno de admiración internacional. Presidía el evento una enorme estatua ecuestre del benefactor. Angelita I, la hija favorita del dictador, fue designada Reina de la Feria, y de ella decían las crónicas de la época que arribó "en un barco, portando una corona repleta de piedras preciosas y luciendo un traje confeccionado en piel de armiño por las mejores modistas de Roma".

El chivo gobernó el país como si de su hacienda particular se tratase. Él y su familia tenían intereses económicos en prácticamente todos los sectores productivos de la nación; en unos casos en régimen de monopolio (cemento, tabaco, cerveza y algunos comestibles) y en otros, de cuasi monopolio (medios de comunicación, banca, pesca y aviación). Al frente de la mayoría de estas empresas aparecían amigos y personas de la confianza presidencial. El trujillismo funcionaba como un entramado abrumador que servía para recompensar o castigar a aliados y adversario, pero también para consolidar a un régimen donde los intereses públicos se confundían con los particulares.

Tuvo desde muy temprana edad Trujillo una afición desmedida a las charreteras doradas, las medallas y las condecoraciones, cosa que le valió el apodo de "Chapita". Por supuesto que el interfecto odiaba el mote y lo proscribió, con pena de cárcel a quien lo pronunciara o escribiese. Eso sí, amaba los ditirambos. Muy nutrida es la lista de títulos rimbombantes dedicados al presidente: "Generalísimo Invicto de los Ejércitos Dominicanos", "Benefactor de la Patria", "Padre de la Patria Nueva", "Primer Médico de la República", "Primer Anticomunista de América", "Primer Maestro de la República", "Primer Periodista de la República", "Genio de la Paz", "Protector de todos los Obreros", "Héroe del Trabajo", "Restaurador de la Independencia Financiera del País", "Salvador de la Patria". Se dice que llegó a tener más de dos mil condecoraciones y medallas. También le fascinaba que lo ensalzaran en cursis

biografías encomiásticas, como la muy abyecta escrita (perpetrada) por Abelardo R. Nanita, ex secretario particular del benemérito, editado en 1951 en Ciudad Trujillo y que se convirtió en la biografía oficial del presidente, era de lectura obligatoria en las escuelas y constituye un paradigma casi inigualable de panegírico vil y ridículo. En la obra se pueden leer asertos como: "Los méritos y virtudes de Rafael Leónidas Trujillo se empinan por encima de las inexactitudes y falsedades de toda posible hiperbolización". Además, el autor pondera "la tendencia paradójica (¿?)" como "la nota esencial de su superhombría", una capacidad para saber ser, "según la circunstancia que lo rodea, implacable y tierno, positivista y soñador, arrojado y paciente, impulsivo y sereno".

Hacia el final de su largo mandato (y esto lo retrata muy bien Vargas Llosa), la imagen del Chivo paso de ser la de un sátiro incontenible a la de un viejo maltrecho y apayasado, con una capacidad infinita de hacer daño sin remordimientos ni atisbo de sentido del deber o de la justicia, reflejo patético del tirano decadente que perpetra las transgresiones más feroces en contra de los derechos de sus gobernados.

Por mucho tiempo, las arbitrariedades y crímenes del chapita a Estados Unidos poco le importaron. Fue precisamente el chivo quien suscitó aquella famosa frase de Cordell Hull (secretario de Estado de Franklin Delano Roosevelt) "Is a son of a Bitch, but is OUR son of a bitch". Sin embargo, en los años sesenta, con la política de buena vecindad y la nueva frontera kennedyana en el horizonte, el viejo aliado resultaba un incómodo anacronismo. La atrocidad del régimen era cada vez más patente. El colmo del despotismo Trujista fue el atentado fallido que la dictadura patrocinó contra el presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, odiado por el benefactor por su apoyo constante a los exiliados dominicanos. Este hecho fue el principio del fin del régimen. La Organización de Estados Americanos (OEA) decretó un embargo y se produjo la ruptura de las relaciones diplomáticas de todos los países americanos con el régimen de Trujillo. En pocos años, el dictador va a pasar de ser el Primer Anticomunista de América a convertirse en una especie

de apestado, en una figura incómoda para sus antiguos patrocinadores. Inclusive la Iglesia Católica, valedora de la tiranía durante muchos años (su santidad, el adorable Pío XII otorgó a Trujillo, La Gran Cruz de la Orden Papal), decidió romper su alianza con el benefactor a causa de su reiterada y poco sustentada demanda de que se le concediera una nueva distinción más a añadir a su largo catálogo de epítetos honoríficos: "Benefactor de la Iglesia".

El 30 de mayo de 1961, Trujillo subió en su Chevrolet Bel Air azul. No llevaba escolta. Al igual que otras muchas ocasiones, chapita se iba a su casa de campo para un encuentro amoroso. Eran casi las diez de la noche diez cuando en la Avenida Washington, rumbo a la carretera a San Cristóbal, un automóvil negro se le cerró al vehiculó del tirano. Ráfagas de disparos llovieron sobre el Bel Air. El dictador murió instantáneamente. Se realizaron los funerales en el Palacio Nacional. Miles de dolientes desfilaron ante el féretro que contenía los restos. El cortejo fúnebre partió del Palacio Nacional a San Cristóbal para recibir cristiana sepultura en la iglesia de su ciudad natal, tal como había sido su última voluntad. Luego de la misa de cuerpo presente, donde se le perdonaron los pecados al difunto, el presidente de la República en funciones, y uno de los más rastreros lacayos del jefe de toda la vida, pronunció el panegírico de lugar. En unas de sus partes dijo: "El momento es pues propicio para que juremos sobre estas reliquias amadas que defenderemos su memoria y que seremos fieles a sus consignas, manteniendo la unidad. Querido jefe, hasta luego. Tus hijos espirituales, veteranos de las campañas que libraste durante más de 30 años, miraremos hacia tu sepulcro como un símbolo enhiesto y no omitiremos medios para impedir que se extinga la llama que tú encendiste en los altares de la República y en el alma de todos los dominicanos". Muy poco tiempo pasó antes de que el propio Balaguer desmontara todo el andamiaje del trujillismo.

PAPÁ DOC, EL HECHICERO EN JEFE

Es natural que el culto a la personalidad de los sátrapas usurpe al culto religioso. Es una especie de singular iconoclastia que obliga a adorar a sus propios ídolos. La divinización es uno de los grandes privilegios del poder absoluto, por eso el parangón de la deidad con el gobernante de alguna manera más o menos soterrada y sutil está presente en los cultos a la personalidad modernos, incluso en los oficialmente ateos, como los comunistas. En Corea del Norte se presume del origen semi-divino de Kim Jong Il, de Mao era un "Sol Rojo", Hitler se decía un elegido de la "Providencia", etc. Sin embargo, ninguno de estos megalómanos se atrevió a declararse como jefe oficial o sumo sacerdote de una religión, arrogarse atributos divinos y ser dueños de los secretos de la vida y de la muerte. Ni siquiera fue el caso de los sátrapas africanos. La excepción a esta regla fue el célebre Papá Doc.

Francois Duvalier nació en Puerto Príncipe hijo de un juez de paz y de una conocida loquita (Ulyssia, "la Sirena", le decían) que acabó sus días en un manicomio. La posición relativamente acomodada del padre le permitió a Duvalier estudiar medicina, algo inusitado para un negro en un país donde sólo la minoría mulata dominante tenía esa posibilidad casi en exclusiva. De ahí que al futuro déspota se le conociera con el cariñoso mote de "Papá Doc" con el que pasaría a la historia. Nada hacía pensar que este flamante médico llegaría a ser uno de los tiranos más crueles de la tierra. Desde joven era muy consciente de las injusticias que padecían los negros en Haití. Se hizo simpatizante de los movimientos sociales que procuraban la emancipación de su raza. En compañía de otros

intelectuales haitianos, editó un periódico nacionalista: Les Griots (los juglares), en el que se reivindicaban como "expresiones nacionalistas" las prácticas del vudú en una época en que el gobierno quemaba los sagrados tambores y otros objetos de culto y obligaba al pueblo a jurar lealtad a la iglesia católica. No es de extrañar que Papá Doc fuese ganándose desde entonces el apoyo de las sociedades secretas tradicionales.

En los años treinta, Duvalier llevó de manera diligente y cabal su actividad médica, convirtiéndose en un especialista del tratamiento de enfermedades tropicales e integrándose en una campaña contra el paludismo que realizaba en Haití una misión sanitaria estadounidense. Su buena fama dio lugar a que fuera nombrado director general del Servicio Nacional de Salud Pública. Al poco tiempo aprovechó su reputación para asumir el mando de la oposición política, al mismo tiempo que reafirmaba su vocación vudú. En 1954 publicó, en coautoría, un estudio monográfico titulado *L'Evolution graduelle du vaudou.* Ganó las elecciones presidenciales de 1957 con una plataforma que promovía un "nacionalismo negro" (negritude), similar a la que a la sazón estaba en boga en las repúblicas africanas de reciente independización.

Apenas un año después de convertirse en presidente, Papá Doc suspendió las garantías constitucionales y estableció un régimen de terror. Nombró Comandante en Jefe de la Milicia al temido bokor (brujo) de Gonaïves, Zacharie Delva, e implantó al vudú —del que se autonombró bokor en jefe— como "religión oficial". Su guardia personal, una especie de "policía esotérica", eran los Voluntarios de la Seguridad Nacional, los temidos Tontons Macoutes, que se ocuparon de sembrar el terror en Haití. El nombre Tontons Macuoute (los "hombres del saco"), proviene de un viejo cuento popular haitiano que amenaza a los niños traviesos con que su tonton (tío) se los llevará en su macoute (saco).

Papa Doc inició un culto a la personalidad tan extendido como el que a la sazón aplicaba su vecino dominicano Trujillo, pero con la característica de tener evidentes elementos esotéricos originales. "El hombre habla, pero no actúa. Dios actúa, pero no habla. Ergo,

Duvalier es un Dios", era el singular silogismo que se convirtió en la consigna oficial del duvalierismo. Papá Doc urdió a su alrededor una terrible leyenda mágica gracias a su conocimiento del vudú, el cual nadie se atrevió a cuestionar y que permitió que la dictadura de imperar a sus anchas en Haití durante décadas. El presidente se declaró la encarnación del temible Barón Samedi, el dios de la muerte del panteón vudú, que recorre de noche de los cementerios siempre vestido de negro riguroso y de sombrero de fieltro, como el mismo Papá Doc se vestía siempre, y que saludaba con un tonito malicioso a toda la gente con la que se topaba "Tengan ustedes un día maravilooooooso" (have a beauuuuuuuutiful day, ¿Recuerda el lector aquella película de James Bond, "Live and Let Die"?).

El presidente celebraba cotidianamente ceremonias vudú en el Palacio de Gobierno, muchos de ellos ritos nocturnos con los cadáveres de sus enemigos. Todo lo que ayudase a propalar los presuntos poderes mágicos del dictador era patrocinado con fruición por el gobierno. Se decía que era capaz de resucitar a los muertos. Adquirió el mandatario al hablar un poderoso tono nasal, peculiaridad de los Loa o "divinidades" en el culto vudú. Se autoproclamó elegido de Cristo e incluso hubo una versión duvalierista del "padre nuestro". Papá Doc llegó a proclamar que los asesinatos de Kennedy y Trujillo, ambos nones gratos al déspota haitiano, habían sido consecuencia de maldiciones suyas. También maldijo públicamente a Fidel Castro, pero hasta la fecha tenemos al barbón diciendo incoherencias cada vez más flagrantes.

Desde luego, tanta vesania hundió económica, social y culturalmente al, de por sí, desventurado Haití. Papá Doc odiaba todo lo que podía recordar la cultura occidental. Después de proclamarse presidente vitalicio, prohibió las actividades comerciales a norteamericanos, franceses e ingleses, y proscribió a sus compatriotas cualquier tipo de actividad política. La famosa negritude se transformó en un azote para miles de comerciantes haitianos de sangre mixta (mulatos), quienes sufrieron una abierta discriminación. También se vivió un gran éxodo de profesionistas haitianos. La crueldad de Papá Doc se hizo legendaria. Supervisaba perso-

nalmente la ejecución de sus adversarios políticos, cuyas cabezas coleccionaba. También solía presenciar las sesiones de torturas. Ordenó que los niños en edad escolar asistieran a fusilamientos como parte indispensable de su formación cívica. En la novela de Graham Green "Los Comediantes" (llevada al cine con Richard Burton y Elizabeth Taylor) se narran estas experiencias. Los tonton macoutes eran los principales responsables en la labor de aterrorizar a la afligida población. Violaban, mataban y robaban, con el nada despreciable aliciente adicional de que, para no cargar de más al erario público, Papa Doc decretó que no se les pagara ningún sueldo fijo, sino que gozaran de inmunidad para cobrarse a destajo con los ciudadanos.

También se utilizaba al vudú en la represión, en concreto lo relacionado a los famosos zombis. Desde mediados de los años sesenta una buena cantidad de reporteros y observadores internacionales llaman la atención a la inusitada cantidad de hombres y mujeres débiles mentales, en apariencia, que trabajaban en los campos o vagabundean en las calles de las ciudades haitianas. Se ha sugerido que algunos hechiceros haitianos conocen desde siempre drogas capaces de provocar un coma tan profundo que podía ser confundido con la muerte, y que después de recuperarse del coma la víctima sufría daños profundos e irreversibles en el funcionamiento del cerebro y la memoria. Existen algunas pruebas de que el uso de esas sustancias era corriente en las zonas de África occidental de las que procedían la mayoría de los esclavos que arribaron a los países del Caribe. La farmacología moderna conoce varias drogas que pueden producir un estado de catalepsia y la mayoría de ellas, si se las utiliza mal, pueden provocar daños cerebrales. El miedo al zombi es omnipresente entre los campesinos haitianos. Podría ser que los zombis hallados por algunos observadores extranjeros no sean más que débiles mentales, pero también es posible que "brujos" inescrupulosos tengan los conocimientos farmacéuticos necesarios para idiotizar a la gente sin necesidad de ser dueños de televisoras.

Vudú o no, lo cierto es que desde la muerte de Papá Doc en 1971 su gran mausoleo azul y crema, coronado por una cruz y perpetuamente rodeado de flores frescas y que se levantaba en el mejor barrio de Puerto Príncipe hasta que fue saqueado y destruido en 1986, era custodiado día y noche por hombres armados. Esto no como una "guardia de honor" en recuerdo al estadista muerto, sino para evitar que algún bokor tuviera la oportunidad de robar el cadáver de Duvalier para revivirlo, y entonces volviera a la vida el tirano para fastidiar, otra vez, a tan desdichado país.

POPULISMO LATINOAMERICANO Y CULTO A LA PERSONALIDAD

"La pretendida voluntad que exhiben algunos por salvar a la humanidad es casi siempre solo la máscara que usan para esconder la voluntad que tienen por gobernarla".

H. L. Mencken

El culto a la personalidad es consustancial a la más lamentable de las creaciones políticas latinoamericanas del el siglo xx: el populismo. Flagelados desde la alborada de su independencia por el fenómeno del caudillismo —tradición tan perseverante como traumática—, los países latinoamericanos sufren, esporádicamente, de esta variante del gobierno de caudillos construida en la falaz noción de una apócrifa "democracia" que se define como "antioligárquica, popular y nacionalista", pero es más bien una perversión personalista, autoritaria y, sobre todas las cosas, profundamente voluntarista. El populismo está ligado esencialmente —y sin paliativos— al destino de un líder con empuje carismático a quien sus seguidores consideran "providencial" y que, a diferencia del caudillo militar, cobra fuerza no de las armas o de la fama forjada en los campos de batalla (como en el siglo xix), sino de una robusta legitimidad electoral de origen que desprecia flagrantemente las reglas institucionales del Estado de derecho una vez instaurado al frente del gobierno. Enrique Krauze propuso un atinado "decálogo del populismo" que podría reducirse a dos "mandamientos" principales. En lo político, la exaltación de un caudillo, en lo económi-

co, la promoción irresponsable de metas irrealizables. Pero si bien exalta emocionalmente las esperanzas populares, fracasa invariablemente en el largo plazo económico, precisamente por el desdén que observa ante las azarosas realidades económicas del mundo.

El populismo latinoamericano, que conoció antecedentes importantes a principios de siglo en caudillos como Juan Vicente Gómez en Venezuela, tuvo se origen más concreto en la dictadura de Getulio Vargas en Brasil, llegó a su apoteosis con la pareja de Juan Domingo y Eva Perón, y tras años de derrotas y fracasos, ha vuelto con toda desproporción histórica en Hugo Chávez y sus émulos. Por cierto, la aportación más notable del decálogo krauzista consiste en que al analizar ese fenómeno aparentemente "nuevo", el historiador llega a la conclusión de que, en realidad, no lo es. Apela, para probarlo, a la descripción de la demagogia que ofreció Aristóteles en su libro "La Política", hace dos mil cuatrocientos años: "¿Cómo llamaríamos al gobernante que excita el entusiasmo popular mediante promesas irrealizables gracias a los cuales el pueblo le concede la suma del poder para descubrir después, cuando las promesas del gobernante demuestran haber sido vanas, que ya es tarde porque, en el camino, el pueblo ha perdido la democracia? Nosotros lo llamaríamos populista; Aristóteles, demagogo". A veinticuatro siglos de distancia, después de todo, con el populismo los latinoamericanos no hemos descubierto nada.

El populismo es primo hermano del fascismo mussoliniano, en quien Perón se inspiró (admiraba a Mussolini al grado de querer "erigirle un monumento en cada esquina", según nos recuerda Krauze), se desarrolló bajo la pauta de teorías irracionales como el Volkgeist de Herder y su adoración al Estado, el culto al héroe de Carlyle, el mito del Narod paneslavista (que deificó al concepto de "Pueblo" en la Rusia pre revolucionaria) y los delirios emocionales de Fichte. Abreva, también, de una interpretación abusiva de la teoría marxista de la lucha de clases, a la vez que estira al máximo la cuerda de la hegemonía personalista en el ejercicio del poder con el pretexto de instaurar una política económica altamente distributiva y nacionalista —al menos en apariencia— pero que se

limita a vivir del inmediatismo, de eso que los estudiosos de las políticas sociales llaman "asistencialismo": la entrega masiva de paliativos de corto plazo como alivios efímeros a los desheredados, sin atacar de fondo los problemas estructurales que causan pobreza y marginación social.

Clientelismo puro, favores por votos, nada de soluciones indelebles a futuro, ah, y eso sí, mucho, pero mucho maniqueísmo. El mundo como la lucha eterna de "buenos" contra "malos", ese ingrediente esencial de todo régimen autoritario que se respete. Por supuesto, en aras de este alivio inmediatista tan fructífero en las urnas, el populismo abandona por completo cualquier intención a fondo de articular crecimiento económico real y de largo aliento, el cual está irremediablemente fundado —entre otras cosas— en el temple de la disciplina fiscal. Asimismo, rehúye cualquier intento de construir instituciones sólidas. ¡Al diablo con las instituciones!, es el grito de guerra de los populistas. Aun cuando establezcan Constituciones a la medida del designio que los anima, la premisa básica de los populistas es que mandan los hombres por sobre el gobierno de la ley. Por eso lo han llamado "espejo desfigurado de la democracia representativa y pluralista", porque conserva las formalidades de la democracia electoral, pero muy por encima destaca la figura del paladín dueño exclusivo de la razón y la palabra.

Evidentemente, no es posible soslayar la responsabilidad que ha tenido el reiterado fracaso de endebles democracias en el surgimiento y resurgimiento del populismo en América Latina. Tras cada caudillo populista hay una historia de democracia pseudoliberal fallida. "Las esperanzas extremas nacen de las miserias extremas", decía, con razón, Bertrand Russell. La ira popular rechaza la corrupción e incompetencia de los exangües gobiernos pretendidamente democráticos que han creado ingentes conglomerados de población marginal. Sólo en muy contadas excepciones la democracia representativa ha cumplido en el subcontinente con las promesas de la estabilidad, progreso y justicia social. Cuando la democracia carece del atributo de resolver los dilemas reales de la gente, cuando la representación política de los partidos caduca,

cuando la condición pública de la ciudadanía se desenvuelve entre la inseguridad y la el desconcierto, surgen las fracturas que generan la quimera populista. Por otro lado, experiencias concretas recientes hacen abrigar la esperanza de que democracias más orientadas a los enfoques sociales logren corregir —de forma sólida y no solo con paliativos— los grandes abismos sociales mediante la aplicación políticas económicas responsables y manteniendo incólume el respeto irrestricto a las garantías individuales. Me refiero al desarrollo no exento de dificultades, pero constante, de una izquierda moderna y democrática en países del subcontinente como Brasil, Chile, Uruguay y Perú.

Se ha dicho, con razón, que la democracia es un régimen que no elimina de su trama histórica la incertidumbre y el riesgo de la libertad. Pero una cosa es la incertidumbre que nace de una competencia abierta entre opciones políticas consecuentes, titulares alternativos del gobierno y de la oposición, y otra muy diferente es la situación caótica en la que ha estado sumida buena parte de América Latina debido a la incapacidad de las clases políticas tradicionales. Por eso el populismo es capaz de decantarse en una "mayoría sin consenso", al construir un respaldo popular que arrincona y neutraliza a sus adversarios bajo la técnica de confrontar el fracaso de la política con la decidida impugnación del irracionalismo voluntarista. La República cae fragmentada en medio de un terremoto de instintos y pasiones. Impera la apoteosis del extremismo anti legalista y anti institucional. El populismo se instituye como la tentación de un atajo que lleva a la "Arcadia feliz" que omite el trago amargo de la norma de una democracia férreamente unida al Estado de derecho. Por eso el populismo es pereza maniquea, ineptitud administrativa y, al final de cuentas, desolación. Anhela una comunidad sin contradicciones, sin pluralidad. Regala, reparte, dilapida, y no solo a los pobres, sino que también sabe consentir al resto de los sectores sociales. ¡Hay de todo para todos! Se protege a los empresarios de la necesidad de arriesgar o de apostar a la imaginación y la excelencia. Sólo es necesario instalarse bajo la sombra

del caudillo para obtener privilegios y lucros como resultado de la obsecuencia, la corrupción y la mentira, no de méritos cabales.

El populismo finge bien ser progresista. Por eso cautiva a jóvenes, intelectuales y toda esa gente buena y solidaria que tiene la convicción de que "el pobre pueblo" es víctima de una conjura que coaliga al imperialismo norteamericano con las "oligarquías vernáculas". Se relee hoy a politólogos y sociólogos que parecían definitivamente pasados de moda, como los teóricos de la dependencia. Laclau, incluso el provocador Zizek, hacen malabarismos para justificar con sofismas a grotescos autócratas que utilizan el concepto "pueblo" como si fuese una esencia supraindividual, una unidad perfecta. El líder, su partido y la nación constituyen un todo sin fisuras. En el populismo molesta la división de poderes, la alternancia política, la independencia de la justicia. El pueblo se debe al líder y el líder, se supone, se debe al pueblo. La culpa de todo está siempre en otra parte, con los "malos", los "intereses foráneos", las "oligarquías", las "mafias", los "Pitiyanquis". Lo único que cabe hacer es quejarse, protestar ("¡Ustedes tienen el deber de pedir!", nos recuerda Krauze esta sandez dicha por Evita). Se inhibe la crítica y el análisis de fondo de las causas-efectos y, en consecuencia, se abandona la posibilidad de hacer buenos diagnósticos y aplicar tratamientos eficientes. El problema son los otros, siempre los malos. El victimismo es otra de las esencias del populismo. En América Latina las cosas fueron espantosas por culpa del FMI, del Banco Mundial, el G 8, las empresas extranjeras, el imperialismo, la globalización etc.

"Una sociedad es democráticamente madura cuando ha asimilado la experiencia de que la política es siempre decepcionante", ha escrito el filósofo español Daniel Innerarity. El día en que en América Latina se aprenda esta dura lección parece lejano. En tanto, la zona seguirá siendo campo fértil para la demagogia populista. En todo caso, lo que nos interesa en esta historia mundial de la megalomanía es hacer un recuento de los excesos y vesanias del culto a la personalidad que se han hecho y se hacen hoy los líderes populistas

latinoamericanos, sobre todo los tres más connotados y proclives a endiosarse: Getulio Vargas, los Perón y Hugo Chávez.

La idolatría al líder es fundamental en el funcionamiento de la fórmula populista, en virtud al sagrado binomio caudillo-pueblo, pueblo-caudillo en el que el pueblo y su líder son la misma cosa y en donde no hay más ley que la del pueblo y, por lo tanto, el jefe puede cambiarla o violarla cuantas veces lo desee, porque lo hace por voluntad del pueblo. Únicamente el pueblo, al ser tan bueno, es dueño de la verdad, por eso el caudillo es estridente, monopoliza la palabra y anula toda posibilidad de disidencia. ¡Al diablo las instituciones! El líder encarna al pueblo, de ahí que deba sacralizársele, ya que nada es más sagrado que El Pueblo.

SUA MAJESTADE, O PRESIDENTE

El chaparrito Getulio (1.60 de estatura) con sus ademanes tranquilos, su paliacate rojo alrededor del cuello, su sombrero gaucho de alas largas y su monótona voz no práctico un culto a la personalidad tan delirante como lo hiciera casi todo el resto de nuestras sátrapas, pero su azarosa carrera política, que concluyó con su dramático suicidio en el palacio de Catete la madrugada del 24 de agosto de 1954, marcó una huella indeleble en la historia del Brasil. Actuó por veinte años como el gran articulador político de su país y fue el principal impulsor de un modelo populista que si bien tuvo consecuencias desastrosas para el largo plazo, sí inició la transformación del país amazónico de una nación rural agro-exportadora de café a otro urbano y en vías de industrialización. Hay que advertir, desde luego, que esta transición se experimentó en prácticamente todos los países de América Latina —populismo o no— y fue el resultado directo del envión que las economías regionales experimentaron gracias al alza de los precios en los mercados internacionales que las materias primas que exportaban experimentaron debido a la Segunda Guerra Mundial mucho más que de la adopción de determinado régimen político.

Getulio fue la cabeza de una dictadura inspirada, en buena medida, por los regímenes totalitarios que a la sazón imperaban en Portugal, España e Italia. Su denominado "Estado Novo" fue un experimento muy tropical de adaptar algo de corporativismo con mucho de clientelismo y no exento del culto al líder, que en el caso de Getulio fue bastante benigno. O Presidente no se endiosó como un "genio militar invencible", o como el "Padre de los pueblos" o el

"Gran Timonel" y su dictadura, aunque represiva e intolerante contra todo tipo de oposición, no se puede comparar con los regímenes sanguinarios de un Stalin, un Mao o un Kim Il Sung. Su orientación política estaba completamente desideologizada, aunque sí se hallaba impregnaba una difusa retórica nacionalista, antiliberal y antioligárquica. En lo económico, sentó las bases para instalar en su país el fracasado modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones. En lo social, impulsó una importante legislación de protección a los trabajadores y procuró sustentarse en una base de apoyo policlasista con la participación de las clases medias y el control vertical de las nacientes organizaciones obreras.

Getulio era originario del estado ganadero de Rio Grande do Sul. Su padre, Evaristo Vargas, había sido un militar que participó en la Guerra del Paraguay 1870. En su juventud Vargas intentó ser militar, pero poco dotado físicamente para la carrera de las armas la abandonó para convertirse en abogado, iniciando su ejercicio profesional en la ciudad de Porto Alegre. Ahí descubrió su portentosa vocación política. Desde el principio fue un superdotado para esta profesión. Tenía una naturaleza conciliadora, gran inteligencia y, sobre todo, un instinto político incomparable. Pronto se convirtió en gobernador de su estado y poco más tarde, a finales de la década del 20, fue nombrado ministro de Hacienda del presidente Washington Luis, cargó al que dimitió en 1929 para presentarse como candidato a la Presidencia de la República en la fórmula organizada por el movimiento de la "Alianza Liberal".

Getulio fue ampliamente derrotado en las urnas, pero al año siguiente sobrevino la Revolución de 1930, primer gran movimiento de dimensiones nacionales en Brasil. La gran crisis derivada de la quiebra de la Bolsa de Nueva York en 29 fue el factor determinante de este levantamiento en virtud a sus efectos devastadores sobre la economía del Brasil, dominada por la exportación del café. Comenzó un proceso para estimular la industrialización. Getulio Vargas, —que había sido nombrado presidente provisional—, se convierte en el principal organizador de una nueva alianza que impulsa el

tránsito de un país predominantemente rural a otro urbano e industrializado.

El astuto comportamiento de Getulio en estos años le permitió acercarse al ejército nacional y ganar el apoyo de representantes de los sectores cafetaleros, que habían sido precisamente los expulsados del poder por efectos del triunfo de la Revolución de 1930. La actuación de Vargas en esta etapa es un ejemplo de su enorme capacidad como conciliador de intereses y de captación de la oportunidad para capitalizarlas para su propio beneficio. Getulio demostraba saber adaptarse a las circunstancias y ser un conciliador experto especializado en pactar y evitar, a toda costa, de crearse enemigos inútiles. Siempre había que sumar y sumar. Convertirse en árbitro de una situación política altamente conflictiva coadyuvó normalmente a la personalización del poder, al grado que cuando la situación indefinida de Vargas como presidente provisional se ve sacudida por una rebelión en el estado de Sao Paulo en 1932, su posición sale aún más fortalecido. Para superar las fracturas políticas y tratar de conciliar nuevamente al país, se convocan elecciones para formar una Asamblea Nacional Constituyente, de la cual emanará la Constitución de 1934, documento de inspiración democrática. Getulio exhibió, otra vez su singular pericia política y es designado por el Congreso para ocupar la presidencia hasta 1938.

Sin embargo, en los dos años siguientes se produce el colapso de las aspiraciones democráticas consagradas en la Constitución. Movimientos tanto a la extrema izquierda como de la ultraderecha se encargan de anular el sueño. La izquierda radical menospreciaba la fórmula democrática y procuraba una salida revolucionaria. A la derecha surgió un movimiento para fascista denominada "Acción Integralista Brasilera" (usaban para distinguirse camisas verde olivo) que en 1937 asumieron la vía insurreccional para intentar conquistar el poder y asaltaron el Palacio Presidencial. Getulio resiste heroicamente la tentativa de putsch junto con su hija y unos pocos ayudantes hasta que llega el ejército y controla la situación, lo que fortalece su leyenda y lo instala definitivamente en el centro de la política nacional. Vargas decide entonces iniciar una ambiciosa es-

trategia de reorganización y alineamiento del movimiento obrero, conocido como la "cuadratura sindical". El movimiento obrero es reordenado desde el Ministerio del Trabajo con una estructura vertical. Con la creación este andamiaje autoritario y controlado desde el gobierno, el populismo varguista "movilizó a la clase trabajadora para que asumiera su papel en la historia".

Aquí nos topamos con una de las claves del populismo. Según sus panegiristas, la gran aportación del populismo ha sido que incrustó a la clase obrera en "la arena de la historia", "plebe unificada por una serie de demandas democráticas desatendidas por las instituciones, que proclama su carácter de Pueblo y reclama la construcción de una Nación", según Ernesto Laclau. Pero si analizamos, desapasionadamente, el desarrollo del Estado Varguista y del peronista nos damos cuenta que esta aseveración es una falacia. Con la cuadratura sindical el régimen mantuvo un papel fundamentalmente de desorganización política de la clase obrera al reprimir duramente a las vanguardias socialistas y anarquistas para utilizar a los obreros en la consolidación de su poder y en el establecimiento con el conjunto de las clases medias y burguesía industrial de un nuevo tipo de relación coordinada por el "Estado de compromiso" que Vargas dirige de manera paternal.

Muy lejos de constituir un paradigma democratizante y "renovador de la política", el populismo significó y significa autoritarismo y su verdadero padrino en la historia de las ideas fue un cierto Carl Schmitt, inspirador del Estado totalitario. No se debe confundir la legitimidad de las demandas ciudadanas con el aprovechamiento clientelista y la manipulación demagógica de estos reclamos por una nueva élite (una verdadera "oligarquía de los antioligarcas") instalada en el poder. Pero pese a haber sido abundantes, las lecciones ofrecidas por sangriento siglo xx parecen haber sido insuficientes.

Prácticamente sólo y sin contrapesos efectivos que le estorbasen fue que Vargas instauró su autoritarismo. Un día de noviembre de 1937 se dirigió por radio al país para anunciarle la existencia de un complot comunista, el supuesto "Plan Cohen", el mismo había sido

previamente ensamblado por las fuerzas armadas como justificación de un autogolpe. Con este argumento, el gobernante entierra la Constitución de 1934, e implanta otra de tipo abiertamente autoritario, origen del llamado "Estado Novo", inspirado por la España franquista y el Estado Novo portugués de Salazar, experiencias pretendidamente "corporativistas" pero que en realidad se basan en la debilidad institucional, la centralización excesiva de la toma de decisiones y el culto a la personalidad del *chefe* Getulio mediante la utilización de un amplio sistema de propaganda controlado por el gobierno.

"Novos e melhores tempos para o povo", prometió Getulio desde el primer momento. Por ello su culto se enfiló a la exaltación de un grande homem que, básicamente, era un bonachón, simpático, sonriente y amable, siempre rodeado de niños, amas de casa y trabajadores, constantemente inaugurando obras y promulgando legislaciones sociales. Se idealizó no a un guerrero invencible, ni a un semi dios heleno, ni al impenetrable y enigmático favorito de la historia, sino a la placida y tranquila expresión de pequeño burgués que amaba el buen humor tan característico de su tierra "de boa digestao e conciencia bem pensante, pacifica consigo mesmo". Como lo definió, célebremente, Fernando Hernrique Cardoso, Getulio "era antes um sibarita do que um aventureiro político". Pero eso sí, se prodigó en la demagogia "muita demagogia" dedicada con fruición a los trabajadores que aclamaban a "Sua Majestade, o Presidente", protector de los oprimidos y redentor de los asalariados. Para consolidar esta imagen bonachona, el estilo de gobierno de Vargas desarrolló al máximo los ya para entonces conocidos medios empleados por los políticos demagógicos desde siempre, mismos que alcanzarían su máxima expresión en el populismo. Se aprovecharon las ventajas de conducir al gobierno y poder echar libre mano a los erarios para ofrecer empleos, propinas y facilidades de toda naturaleza a amigos, aliados y todas aquellas figuras, corporaciones o grupos sociales que pueden ser útiles para la consecución de fines políticos concretos, en absoluto desprecio de la administración fiscal responsable y la sensatez de garantizar solu-

ciones reales y de largo plazo garantes del verdadero desarrollo económico. ¡Vaya con las aportaciones del populismo!

Una diferencia sustancial distinguió a Getulio del resto de los populistas contemporáneos suyos y posteriores: su estrecha alianza estratégica con Estados Unidos. Obligado por la guerra mundial, la potencia del Norte presiona a Getulio para permitirle establecer bases militares en la región del Nordeste de Brasil. En contrapartida, Vargas consiguió de Estados Unidos apoyos financieros para la sustentación del desarrollo de la industria pesada brasileña. Esta alianza sería un regalo envenenado para el dictador, ya que supuso una paradoja: mientras mantiene dentro del país un régimen autoritario y restrictivo de las libertades públicas, en el exterior apoya de manera decidida la causa democrática en la lucha frontal contra el totalitarismo nazi-fascista. Obviamente, al terminar la guerra la situación se le complica mucho a Getulio al no poder mantener esta incoherente posición con relación a la democracia. El 29 de octubre de 1945, el Alto Mando Militar le obliga a separarse del cargo.

Vargas recurre entonces a su legendaria habilidad política. Despojado de la presidencia, se las ingenia para participar en las elecciones parlamentarias de 1945. Se postula para senador, gana y de manera estratégica se aleja de la política, retirándose en su estancia en San Borja (su Colombey-les-Deux-Eglises). Desde allí, a la manera De Gaulle, sigue con cautela los acontecimientos políticos nacionales, y muy ocasionalmente se dirige al parlamento con largos discursos en los que fija su posición crítica. En 1950 Vargas gana de nuevo las elecciones presidenciales, pero Brasil había cambiado. Las contradicciones políticas son mucho más profundas y enconadas. Por eso Getulio fracasa al intentar establecer, en su estilo, un gobierno de conciliación nacional y se ve obligado a escoger alianzas...y adversarios. Pretendió efectuar una amplia política de estatización la economía, lo que provocó una rabiosa reacción de la burguesía y el ejército. La administración pública entró en aguda crisis, el gobierno se hizo impopular y la gente comenzó a señalar al presidente y sus ministros como corruptos e ineficaces. Esta compleja situación llegó a su clímax cuando el 5 de agosto de 1954 pistole-

ros contratados por Gregorio Fortunato, el más antiguo y fiel de los guardaespaldas del Presidente Vargas, perpetraron un atentado contra la vida el líder opositor Carlos Lacerda, quien es herido en una pierna mientras muere su acompañante, el mayor Rubén Vaz. Este incidente es magistralmente descrito por el escritor Rubem Fonseca en su novela Agosto, obra policiaca al más puro estilo clásico. El clima golpista se puede sentir en el aire en aquellas jornadas de agosto del 54. Nadie duda, equivocadamente, que la mano de Vargas está detrás del atentado. Pero Getulio, aunque exhausto y envejecido, tiene el orgullo de los viejos caballeros gaúchos. No quiere abandonar el poder con la ignominia de ser destituido por los militares, y decide entrar en la historia pegándose un tiro en el corazón. Jugada maestra que, a fuer de ser sinceros, debe reconocerse tuvo el mérito de retrasar una década los planes del ejército de implantar una dictadura derechista, en virtud a que de la noche a la mañana los brasileños le perdonaron al presidente caído su incompetente segunda administración y lo lloraron como a un padre. Los militares pasan de potenciales redentores a asesinos, y Vargas de corrupto a mártir. Todo, "al módico precio de una bala". Heredó, eso sí, un país sumido en una grave crisis económica, atosigado por la inestabilidad social y la debilidad institucional de su incipiente democracia. También dejó una teatral carta de despedida que es todo un compendio de la cursi demagogia y parafernalia tan característica del populismo latinoamericano. Lean y lloren, si es que aún les quedan lágrimas:

> "Una vez más las fuerzas y los intereses contrarios al pueblo se han unido y se han desencadenado sobre mí... Necesitan ahogar mi voz, mi acción, para que no siga defendiendo, como siempre he defendido, al pueblo brasileño y principalmente a los humildes. Sigo el destino que me ha sido impuesto. Después de décadas de dominio y explotación de los grupos económicos y financieros internacionales, me erigí en jefe de una revolución y vencí. Inicié la tarea de liberación e instauré el régimen de libertad social. Tuve que renunciar. Puse el gobierno en manos del pueblo... He luchado mes tras mes, día tras día, hora tras hora, resistiéndome a una presión constante, incesante, sopor-

tándolo todo en silencio, olvidándolo todo, renunciando a mí mismo para defender al pueblo, que ahora queda desamparado…Si las aves de rapiña quieren la sangre de alguien, quieren continuar desangrando al pueblo brasileño, yo ofrezco mi vida en holocausto. Elijo este camino para quedarme siempre con vosotros. Cuando os humillen, sentiréis mi alma sufriendo a vuestro lado. Cuando el hambre llamare a vuestra puerta, sentiréis en vuestro pecho la energía para luchar por vosotros y por vuestros hijos. Cuando os vilipendiaren, sentiréis en el pensamiento la fuerza para reaccionar. Mi sacrificio os mantendrá unidos y mi nombre será vuestra bandera de combate. Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en vuestras conciencias y mantendrá una vibración sagrada para la resistencia. Al odio respondo con el perdón. Y a quienes piensan que me han derrotado les respondo con mi victoria. Era esclavo del pueblo y hoy me libero para la vida eterna. Pero este pueblo del que he sido esclavo ya jamás será esclavo de nadie. Mi sacrificio pertenecerá para siembre en su alma, y mi sangre será el precio de su rescate... Serenamente doy el primer paso por el camino de la eternidad y salgo de la vida para entrar en la historia".

EL GENERAL Y LA SANTA

"En una época de engaños, decir la verdad es un acto revolucionario."

George Orwell

El fenómeno Peronista es una desventura cuyos efectos en la política y economía de Argentina han sido y son devastadores. El general era demagogo, resentido, cínico, inculto, corrupto y (por supuesto) megalómano. Estaba, ciertamente, dotado de un extraordinario carisma y de gran talento político (como tantos otros dictadorzuelos) pero fue absolutamente incapaz de gobernar su país pensando en el futuro. Sólo buscaba las alabanzas y el aplauso de la inmediatez. Fue el principal mentor de la revolución de 1943, puntilla de aquella de 1930 que marcó el inicio de la trágica decadencia del que pudo haber sido un gran país. En ese momento era apenas coronel y no pudo tomar directamente la presidencia, así que ubicó al frente del gobierno a generalillos de pacotilla mientras él se desempeñaba de forma simultánea como vicepresidente, ministro de Guerra y secretario del Trabajo. Fue en el ejercicio de estos cargos que consolidó una trama de oficiales adeptos en el ejército y donde se dedicó a cooptar a los sindicatos para ponerlos al servicio de sus proyectos políticos mediante el ejercicio de una estrategia clientelar de largo alcance, ficticio prodigio que eufemísticamente los defensores del populismo llaman "posicionamiento histórico de los trabajadores en la arena de la historia". En este punto los torpes adversarios de Perón intentaron deshacerse de él y lo arrestaron, pero una impresionante movilización obrera y sindical demandó

su liberación el 17 de octubre de 1945, acontecimiento mítico que consolidó la leyenda del caudillo, quien consiguió hacerse elegir Presidente de la Nación poco tiempo después. Como mandatario argentino, y con el concurso de políticos de su misma laya, enfiló todo el destructivo poder de su inmensa egolatría (y la de su señora) en detrimento del país que gobernaron a golpe de dispendios, ineptitud y latrocinios.

Es cierto que Perón fue uno de esos dirigentes ignorantes que logran el éxito gracias a su instinto para hacer política, pero no debe desecharse tan alegremente su formación protofascista como inspiración de su movimiento. El demagogo fue protagonista de la revolución de 1930, la cual pretendió establecer en Argentina un modelo corporativo al estilo del, a la sazón, vigente en Portugal bajo la dictadura de Antonio de Oliveira Salazar. Años más tarde, Perón fue enviado la Italia fascista para instruirse en "cursos de perfeccionamiento" en la Universidad de Bolonia. Estudió Ciencia Política y Economía Corporativa con profesores y textos fascistas. También fue que a instancias suyas el gobierno instaurado por la asonada del 43 prohibió en la prensa "palabras ofensivas contra el caballero Benito Mussolini". Incluso su tan cacareada "tercera posición", pretendidamente equidistante del liberalismo y del marxismo, es calcada del fascismo italiano, y no se diga el resto de su estilo de gobierno: el culto a la personalidad, el voluntarismo, el autoritarismo, las concentraciones masivas, el control de los medios de comunicación, el predominio del líder sobre las instituciones, las encendidas arengas "antioligárquicas", el militarismo, el sindicalismo vertical y el nacionalismo a ultranza. Perón jamás ocultó su admiración por Mussolini, a quien calificó de "orador sublime", y dijo, según cita Stanley Payne en su famosa obra *El Fascismo:* "El Duce fue el hombre más grande de nuestro siglo. Yo seguiré sus huellas, pero evitaré sus errores".

Por otra parte, no es escasa tampoco la deuda ideológica que el régimen peronista tuvo con quien fue siempre su muy cercano aliado, Francisco Franco. Los Planes Quinquenales justicialistas, fueron obra de un falangista español: José Figuerola. También fue del

franquismo (y del Salazarismo portugués) que Perón tomó el concepto de "democracia orgánica" con el que los fascismos soñaron con reemplazar a la democracia liberal. Aunque claro, El peronismo da para todo, para todo lo antidemocrático y exaltador del voluntarismo personalista, se entiende. Pese a que se declaró abiertamente anticomunista, el demagogo admiraba profundamente a Mao. Por ahí aún circula un librillo titulado "El Libro Rojo de Perón" que transcribe frases de varias obras y discursos del general. Además de la palabrería habitual adulando a la juventud, a los trabajadores, al pueblo, a los militares y junto a los violentos ataques contra las oligarquías, hay varias frases que revelan simpatía por el régimen del Gran Timonel, tales como: "También lo dice Mao: Lo primero que el hombre ha de discernir cuando conduce es establecer claramente cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos y dedicarse después, esto ya no lo dice Mao, lo digo yo: al amigo todo, al enemigo ni justicia"

Todos estos hechos y palabras relativizan mucho el supuesto pragmatismo de Perón, cuyos principios básicos presuntamente tan simples y consensuales como la tercera posición internacional, la justicia social, la soberanía nacional, etc., aparecen con otros colores a la vista de la realidad. El peronista es un inaudito caso de pragmatismo que acata un dogma central: todo se vale, menos la democracia. Más allá de los slogans y clichés, sí hay una "guía peronista para gobernar": estatista en lo económico y lo social; maniqueo, clientelar y autoritario en lo político.

Sus defensores sostienen que bajo el gobierno de Perón la matrícula en la educación se expandió, que el nivel de vida de los trabajadores ascendió y que la nación creció económicamente, iniciando el camino de la industrialización, pero estos fenómenos se reprodujeron en mayor o menor medida en todas las naciones de América Latina que tan beneficiadas se vieron por el aumento del precio de sus materias primas en el mercado internacional durante la Segunda Guerra Mundial, hayan "gozado" o no del fenómeno populista. También nos dicen que gracias a Perón la clase obrera argentina, sus queridos "descamisados", irrumpieron con ímpetu

en el escenario de la historia, un lugar del que siempre habían sido marginados. Afirman que el general tenía la convicción de que se había ingresado irreversiblemente en la "era de masas" y el Estado tenía mucho por hacer para integrarlas y convertirlas de "inorgánicas" en "orgánicas". Pero en realidad lo que hizo fue mediatizar al movimiento obrero con sindicatos autoritarios, verticales y muy corruptos, los cuales en la Argentina actual todavía hacen gala de sus prácticas notablemente gansteriles.

El culto a la personalidad de los Perón fue muy intenso y aprovechó la circunstancia, tan especial, de contar con la figura romántica de una mujer poderosamente carismática como lo fue Evita, cuya prematura muerte mucho ayudó a perpetuar la epopeya peronista, para desgracia de Argentina y del resto de América Latina. El peronismo, como tantos movimientos de cariz autoritario, se fundamentó en eterna aspiración popular de ver que un poder personal y paternalista les resuelve sus problemas a golpe de voluntarismo. Se forjó la imagen del gobernante como un hombre "infinitamente bueno y sabio". Eva Perón resumió esta sacrosanta efigie cuando dijo: "Perón es el aire que respiramos. Perón es nuestro sol. Perón es vida". Obviamente, como en todos los casos de culto a la personalidad incluidos en esta colección, los medios modernos de la propaganda fueron claves para conferirle al líder omnipresencia. La radió permitía que llegase su voz a todos lados. Las imágenes de multiplicaban en los lugares públicos. Su nombre se utilizaba para denominar provincias, poblados, hospitales, escuelas. Su retrato presidía cada hogar peronista. Las manifestaciones masivas fueron otro elemento fundamental del culto a Perón, sobre todo las apoteóticas celebradas todos los 17 de Octubre, "Día de la Lealtad", que fue declarado feriado para poder organizar grandes fastos frente al balcón de la Casa Rosada, sede presidencial en Buenos Aires.

Para festejar el Día de la Lealtad eran convocados miles y miles de partidarios peronistas de los sectores populares de la capital, y más allá. Cuenta Joseph A. Page en su famosa biografía del general: "...Asistían, en masa, 'los grasas', 'los puntos', 'los desgraciados', 'la negrada', 'los chupamedias', como los peronistas desig-

nan, no sin cariño, a las huestes... Desde camiones asediados por la muchedumbre se repartían refrescos, 'sandwiches', empanadas o chorizos calientes y chorreantes presas de asado...locutores rápidos y nerviosos matizaban con frases retumbantes: ¡Cien mil personas! ¡Doscientos mil personas llenan la histórica Plaza de Mayo! ¡Siguen llegando las multitudes! ¡Se aprietan trescientas mil personas que van a decir, emocionadas, al líder 'Presente"!... las muchedumbres coreaban: '¡San Perón! ¡San Perón!' '¡Mi General, ¡cuánto valés!, ¡qué grande sós!... Después de horas aparecían Perón acompañado de Eva y los principales ministros del Gobierno en el histórico balcón de la Rosada, en respuesta a los impacientes reclamos de la multitud, que los recibía con gran algarabía entre gritos, bocinazos y el ensordecedor acompañamiento de los bombos". Otro testimonio lo brinda Jorge Luis Borges, crítico acérrimo del peronismo: "Recuerdo las melancólicas celebraciones del día 17 de octubre. El dictador traía a la Plaza de Mayo camiones abarrotados de asalariados y adictos, por lo común de tierra adentro, cuya misión era aplaudir los toscos discursos; los cuales eran tremebundos cuando todo estaba tranquilo, o conciliadores y pacíficos si las cosas andaban mal...".

Clave en la glorificación de los Perón fue el rígido control que ejercía el Estado sobre los medios de comunicación. También fue muy significativo el intento de adoctrinación que desplegó el régimen en las escuelas. Se publicaron y difundieron para su "estudio" una buena cantidad de textos peronistas que ensalzaban las figuras de la pareja presidencial en las atroces y asaz cursis formas en la que acostumbran hacerlo los dictadores de esta clase. Leamos algunos ridículos ejemplos de las lecciones que los niños argentinos tenían que zamparse en estos años:

> "Se izó la bandera, cantamos el Himno Nacional e inmediatamente oímos por radiofonía la palabra del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación. Dijo que los hombres de gobierno habían podido asegurar una "Nueva Argentina", justa, libre y soberana, pero que el futuro quedaba en las almas de los niños y de los jóvenes. Terminó expresando: 'Necesitamos muchos

hombres inteligentes y capaces, pero preferiríamos que no fuesen capaces ni inteligentes si no fuesen, ante todo, buenos"

"Papá conversó con nosotros largamente mientras paseábamos en autobús por nuestra hermosa ciudad. -Mirá, papá —dijo Enrique—. Ante aquel hermoso edificio en construcción se lee: "Perón cumple". —Eso se reproduce en miles y miles de construcciones en todo el país, hijo mío. —Es natural, papá, porque nuestro Presidente dice: "Mejor es hacer que prometer".

"Nuestro maestro nos habló del Plan Quinquenal. Empezó diciendo que así como nuestra historia del pasado reflejaba los sacrificios heroicos de nuestros próceres: Belgrano, San Martín, Rivadavia, Sarmiento, y abarcaba la Revolución de Mayo, la Independencia, la Epopeya Sanmartiniana y la Organización Nacional, también los siglos venideros llamarán a los tiempos que vivimos: la época de Perón y Evita, los paladines de la Justicia Social."

"…el General Perón es hoy el 'maestro del mundo'. [...] Desde 1946 el gobierno ha entregado a la niñez y a la juventud argentina una escuela por día…"Descamisado", este nombre, que quiso ser infamante, envolvió como una bandera la obra del General Perón y de sus fieles compañeros. 'Descamisado' pasó a ser así, sinónimo de victoria nacional. Con su Líder los 'descamisados' enterraron en el pasado los viejos conceptos de un capitalismo egoísta y explotador [...] 'Descamisado' es un soldado del trabajo, fogueado en las luchas de la independencia económica (fragmentos de un texto escrito por Evita.]

Irresistible fue la figura épica de Santa Evita, la amiga y madre de los desamparados, la prócer, la mártir, la heroína que supo encabezar a sus queridos descamisados aquel 17 de octubre de 1945. Tenía 27 años al convertirse en Primera Dama y apenas 33 cuando falleció víctima de un cruel cáncer. Era dueña de una belleza impactante y al mismo tiempo frágil, que con su espontaneidad superaba la rigidez de la burocracia partidaria y oficial a través de la Fundación que llevaba su nombre, la cual prodigaba cotidianamente be-

neficios a un desfile de familias enteras, de personas humildes, de madres con sus hijos. Los alcances de las actividades de la primera dama se ampliaron a todos los rincones del país con la construcción de miles de escuelas, centros de salud, hogares para ancianos, centros vacacionales para obreros. Una labor social que —así como de pasadita— servía para fortalecer el culto a la pareja gobernante.

Era Evita una santa entregada a los pobres, pero también a la cursilería y la exaltación de su personalidad. Para coronar esta figura paladina sólo hacía falta el golpe trágico del destino, la muerte anticipada que asegura la inmortalidad. A medida que avanzaba la su enfermedad terminal se le dedicaron más y más loas y honores públicos: una nueva provincia llevará su nombre, el Congreso le otorgará el título de Jefa Espiritual de la Nación, su libro "La razón de mi vida" (uno de los mamotretos más mal escritos de la historia) se convierte en texto escolar obligatorio. Su oratoria tan ridícula, demagógica y chabacana —algunos dirán "desgarrada y vibrante"— se apagaría fatalmente el 26 de junio de 1952 cuando fallece en plena juventud. Tragedia griega que perpetuaría un movimiento político irremediablemente demagógico. José Luis Romero, un historiador antiperonista ha caracterizó el accionar de Eva Perón: "Introdujo en la política argentina un acento nuevo... Era el acento de los viejos caudillos populares pero impregnado de una sentimentalidad protectora que, sin duda, despertaba en las clases populares un eco que nosotros no sospechábamos. Si fue sincera o no, no lo sé ni ya importa. Hoy es un símbolo —quizá un poco desvanecido— de una manera nueva en la Argentina de percibir lo político en la que se mezclan lo ideológico y lo sentimental".

El culto (aunque en este caso dan ganas de decir "el inculto") peronista sobrevivió a sus fundadores y ha sido usado y abusado por décadas por toda clase de politicastros. El peronismo se inscribió en lo que los pedantes llaman "imaginario colectivo" gracias al final abrupto en el que se dio fin a la primera administración del general: mediante un golpe militar inspirado, sobre todo, por la política anticatólica del régimen más que por el deterioro, ya visible, que a la sazón ya mostraban las finanzas públicas. Cobardemente

Perón se embarcó entonces en una cañonera paraguaya para iniciar un largo exilio y tener un regreso sin gloria años más tarde, el cual muy bien describe Tomás Eloy Martínez en "La Novela de Perón".

De ninguna manera debe soslayarse que a la perpetuación de la leyenda peronista acudió la ineficacia, muchas veces inicua, mostrada por las administraciones antiperonistas, en particular las militares y señaladamente la infame dictadura iniciada en 1976 por Videla, siniestro imperio castrense a cuyo arribo contribuyó, tampoco olvidemos, el propio general Perón con su catastrófica segunda administración plagada de corrupción e ineficacia, con sus Isabelitas" y sus brujos López Rega, que aceleró de forma dramática la descomposición social preámbulo y escusa del golpe militar.

El legado económico peronista hace presente en América Latina con la filosofía populista de gasto público desmedido que ha llevado, en particular a Argentina, a cíclicos desastres económicos. Los gobiernos peronistas despilfarran las ganancias que se obtienen de las exportaciones nacionales, cuando los productos argentinos son bien cotizados en los mercados internacionales, para después tener que enfrentar la irremediable restricción de efectivo cuando los precios bajan. La otra herencia, la política, se proyecta en la estrategia de utilizar métodos democráticos para acabar con la democracia. Perón, como muchos otros caudillos, buscó una legitimidad adicional al preservar las formas de la democracia, aunque sólo en papel. Ganó elecciones presidenciales, pero su régimen difícilmente fue democrático: los peronistas controlaban el Congreso, los tribunales, la burocracia, los sindicatos, los tribunales electorales y los medios. Este método ha sido refinado y acentuado por el nuevo titán del populismo latinoamericano, el brujo retornado, la pesadilla metamorfoseada hoy en el "socialismo del siglo xxi" y su adalid, Hugo Chávez.

EL MUSSOLINI TROPICAL

"Exijo lealtad absoluta porque yo no soy yo, ¡yo soy un pueblo, carajo!"

Hugo Chávez Frías

Hasta hace muy poco tiempo la esperpéntica práctica del culto a la personalidad parecía condenada a muerte o, por lo menos, a permanecer confinada en naciones muy atrasadas (África Subsahariana), teocracias (Irán), estados pequeños y herméticos (Turkmenistán, Corea del Norte) o resquicios del socialismo real (Cuba). El triunfo de la democracia liberal en la guerra fría, el crecimiento de la importancia de la opinión pública en los procesos de toma de decisiones y el desarrollo de nuevas tecnologías en materia de comunicación obraban (o eso parecía) decididamente en contra de los intentos de endiosamiento de cualquier sátrapa. Como escribió puntualmente el periodista y ensayista holandés Ian Buruma, "Es probable que un culto al líder, similar en escala y magnitud al que se dio entre los grandes dictadores del siglo xx, se haya tornado obsoleto. Es en extremo difícil y quizá imposible que nuevos autócratas lleguen a monopolizar el poder y la verdad como lo hicieron Mao, Stalin o el emperador Qin."

Sin embargo, lo cierto es que nunca ha dejado de existir la tentación del poder sin límites, y mucho menos el pertinaz anhelo de los pueblos de ser salvados por una gran figura redentora. Para sorpresa del mundo, a finales del siglo pasado con la aparición de Hugo Chávez volvieron al escenario latinoamericano los males del populismo y con ellos el culto a la personalidad, aunque con muy

significativas innovaciones. Y no me refiero a que el chavismo sea una ideología o propuesta política verdaderamente transformadora u original. El caudillo del "Socialismo del Siglo xxi" mantuvo el mismo obsoleto discurso del "antimperialismo", "los pueblos explotados desde hace 500 años" y "nosotros los buenos, ustedes los malos" de los populistas latinoamericanos de siempre, y su sistema de gobierno es una calca del viejo socialismo estatista, asfixiante e ineficiente que fracasó de forma tan estrepitosa el siglo pasado, pero el movimiento chavista adquirió métodos autoritarios apropiados a los nuevos tiempos, condimentados —eso sí— con una potente sacralización del líder.

Hugo Chávez fue un oscuro teniente coronel que se levantó en armas a la manera tradicional en 1992 contra el gobierno de Carlos Andrés Pérez postulando una mescolanza de ideas nacionalistas, izquierdistas y fascistoides. Fracasó, fue encarcelado y cambió de estrategia. Convertiría las balas en votos y otorgaría rostro e identidad a sectores sociales, que se sentían- justamente, hay que decirlo- olvidados. Lo hizo con tanto éxito que en 1998 fue electo presidente encumbrado por una ola de indignación y hartazgo ciudadano ante la profunda corrupción e inobjetable desgaste de los partidos políticos tradicionales y de las anquilosadas instituciones políticas del país. Una vez en el poder, aprendió a manipular instrumentos formalmente democráticos, como los referéndums y las elecciones, para asegurar su eternización en el gobierno. Así, Chávez irrumpió en la democracia liberal para consolidarse como caudillo electoral. Reformó a su gusto dos veces la Constitución y eliminó las restricciones legales a los mandatos presidenciales, lo que le permitió reelegirse indefinidamente. También desmanteló al Poder Judicial, amordazó a los medios de comunicación y purgó a su gusto al ejército.

El culto a personalidad, la eliminación de los mecanismos que limitan la acción del gobierno, el uso de la violencia no institucionalizada y de la "movilización popular" para amedrentar a los adversarios, la construcción de un partido dominante y el empleo del lenguaje como arma descalificatoria son características manifiestas

de los regímenes autoritarios. Muchos son los analistas que comparan a la Venezuela chavista con la Italia de los años treinta, y fue el novelista mexicano Carlos Fuentes quien apodó al estrambótico líder como "el Mussolini tropical". Desde Perón o Trujillo no se veía en América Latina nada parecido: el jefe siempre omnipresente, hiperactivo, profundamente enamorado de sí mismo y perennemente rodeado de los aplausos y loas de sus sicofantes. Chávez encarnó la plena reinstauración del culto a la personalidad como mecanismo de control social. El elogio al comandante es omnímodo. En todos los medios públicos y oficiales se exalta la grandeza de su sabiduría y su pensamiento. El pueblo le da las gracias cotidianamente por todos los bienes recibidos. Los productos que se venden en las tiendas de alimentos del Estado llevan en el envase mensajes de la revolución y citas del presidente. La iconografía bolivariana circula en las calles y en los negocios. Hay muñecos, tazas, relojes, paraguas y un sinnúmero de cosas con el rostro del héroe. Infinitos son en Venezuela los retratos, carteles, murales callejeros y afiches con la imagen de mico...mandante, elaborados con una estética kitsch de inspiración maoísta y por lo general acompañados de alguna de sus muy prescindibles frases y ocurrencias o que anuncian con toda prosopopeya las obras del régimen.

El culto a la personalidad de Chávez se vale de todos los medios modernos, pero en particular de la televisión, en la que el jefe no se cansó de proyectar la imagen de predicador mesiánico con la constante emisión de sus discursos, tan largos como huecos de contenido, y su interminable desfile de las consabidas diatribas antiimperialistas y antioligárquicas. Ningún sátrapa contemporáneo del culto a la personalidad (Kim Jong Il, el Turkmenbashi, Saddam, Fidel, etc.) se ha valido de la televisión con el tesón y la destreza con que lo hizo Chávez. Verdaderamente fascinante para cualquier estudioso de la psique humana o analista del fenómeno del poder era contemplar un rato esa combinación de "Don Francisco" y "El Monje Loco" que fue el atroz programa "Aló, Presidente", donde el caudillo despotricaba contra la burguesía, el imperialismo, los "pitiyanquis" los "escuálidos" "los burgueses apátridas" y un laaaaar-

go etc., además, claro está de tantísimas emisiones radiales y televisivas que cumplen la misma tarea de alabar al líder y vituperar al adversario. El catálogo de insultos y agresiones verbales chavista es prácticamente infinito. Eso sí, la acción de los medios opositores era definida por el comandante como "envenenamiento mediático". El régimen "bolivariano" promulgó una ley contra "delitos mediáticos" dirigida no solamente contra periodistas o dueños de medios de comunicación que se apartasen de la línea oficial, sino que llega hasta unos límites por los cuales incluso cualquiera podría ir preso sólo por expresar su opinión. Esta "novedosa" ley cobró efecto con el cierre 34 emisoras de radio y a un canal de televisión, y amenazas a centenares más. Por añadidura, prevalece en el país un clima de permanente intimidación contra toda expresión opositora, sustentada en una violencia no institucionalizada. En la Venezuela chavista se acumulan las muertes inexplicadas de periodistas, las agresiones físicas a opositores y las manifestaciones "espontáneas" de fanatizados partidarios del comandante que hostigan y amedrentan cualquier evento, actividad o incluso la privacidad de la oposición y sus militantes.

Famosa es la anécdota de cuando se inauguró el año de labores presuntamente independiente del Poder Judicial el 2006, los magistrados del Tribunal Supremo le expresaron su sumisión con una porra pronunciada con vigor y al unísono "¡Uh, ah, Chávez no se va!". Por su parte, los dirigentes de la Asamblea Nacional (Poder Legislativo) compiten entre sí para ver cuál sumisión es la más abyecta. En las fuerzas armadas los métodos de adoctrinamiento son intensivos y palmarios. Más grave aún es el proyecto chavista que tiene en la mira invadir la educación para instruir a los alumnos en las maravillas del socialismo del siglo xxi y su inmortal dirigente. Piedra fundamental de cualquier verdadero culto a la personalidad que "se respete" es contar con un sistema educativo dispuesto a fomentarlo. Criminalizados y acallados los disidentes, la tarea se culminaría evitando que surjan más. Por eso una "Ley Orgánica de Educación" promulgada por el chavismo procurará establecer una nueva enseñanza dedicada a lisonjear sin límites las incontables vir-

tudes del jefe y su régimen, y crear un estado de opinión, ya desde la escuela, según el cual las ideas de los disidentes al chavismo son nefastas, ridículas y minoritarias.

Teodoro Petkoff, intelectual de izquierda y ex dirigente socialista, señaló que la vanidad del presidente "es tal que serán novelistas y no biógrafos los que se ocuparán de su vida. Se trata de una egolatría que algún día tendrá, sin lugar a duda, su Miguel Ángel Asturias, Vargas Llosa o Roa Bastos para narrarla". El culto a Chávez se vio vigorosamente acentuado con el cáncer que, de forma tan imprevista, atacó al presidente al principiar 2011. Se multiplicaron por toda Venezuela las demostraciones espontáneas de solidaridad, muchas de ellas de cariz religioso. Oraciones, vigilias y muchos disparates por doquier. "¡Dios es chavista!", clamó Mario Silva, estrella radical de la televisión pública y azote de los opositores. "Chávez trasciende los límites espacio-temporales", se apuró en afirmar otro adulador y Diosdado Cabello (posible sucesor del comandante) terció, "Lo que siente el pueblo por Chávez es más que amor. ¡Es frenesí!". Y a futuro, ante la inminencia de su muerte, la exacerbación del culto al comandante se prevé como garantía de continuidad del chavismo.

Chávez mantuvo su popularidad a golpe de despilfarros, incluso después una larga temporada en el poder marcada por la mala administración, la inflación galopante, la irresponsabilidad financiera, el autoritarismo, la corrupción y el crimen rampante. El clientelismo masivo proporcionado por las millonarias ganancias petroleras le permitió contar con una presencia indudablemente poderosa en numerosos sectores populares de Venezuela, ello auxiliado por la ausencia de todo mecanismo institucional que asegure un gobierno limitado, rendición de cuentas o división de poderes. "Hugorila" logró reelegirse en 2012, pese a que su enfermedad avanzaba. El 80% del padrón electoral concurrió a las urnas, una cifra histórica, impensable en muchos países democráticos, pero también reflejo de la profunda división que ha fracturado a la sociedad venezolana en toda esta etapa. Es cierto que las estrategias populistas del régimen ayudaron mucho en este triunfo, pero sería un muy

grave error negar que el chavismo haya calado hondo en ciertos sectores sociales.

Chávez amedrantó a los ciudadanos al decir que si ganaba la oposición Venezuela enfrentaría una guerra civil. Luego añadió que él era la garantía de la paz y que su triunfo alejaría ese "horror". Por su parte, la unidad de la oposición, lograda tras años de errores y traspiés, dejó un mensaje claro: el chavismo no está solo y en el país se ahonda la división respecto a la plataforma bolivariana. La elección fue una victoria para Chávez, pero un enorme paso adelante para quienes le compiten. Cierto que no debe menospreciarse la fuerza electoral real del chavismo, pero también es verdad que el socialismo del siglo xxi no cumple con los estándares que caracterizan a la democracia, no mientras se mantenga la persecución a la libertad de prensa, se manejen abusivamente los medios de comunicación y se intimide a los ciudadanos con las técnicas del miedo.

Bueno, y todo esto, ¿ha valido la pena? Chávez y sus muy numerosos seguidores dentro y fuera de Venezuela subrayan los logros de la revolución bolivariana en términos de reducción de la pobreza, la erradicación del analfabetismo y un mayor acceso a la salud, pero la estructura económica ha sido destruida sistemáticamente durante estos años. La inflación ha sido la más alta del continente americano en los últimos once años, mientras Venezuela es hoy más dependiente del exterior: las importaciones de bienes de consumo y de servicios ascienden de forma astronómica y el país importa el 80% del alimento que consume su población. Sectores independientes del sector salud reportaron la reaparición en el territorio nacional de enfermedades endémicas que ya habían sido erradicadas. El Estado de derecho no existe, la criminalidad (sobre todo el narcotráfico) aumenta constantemente de manera alarmante y Venezuela es el segundo país más corrupto de América Latina, únicamente superado por Haití, según la Organización no Gubernamental Transparencia Internacional.

Es cierto que gracias al uso clientelar, meramente asistencialista y sesgado que el régimen chavista dio a la riqueza generada por el

boom petrolero verificado la primera década se este siglo —con precios promedio superiores a los 100 dólares por barril—, unos ocho millones de pobres lograron incrementar sus ingresos y mejorar sus condiciones de vida, pero esa realidad amenaza con esfumarse al primer enfriamiento de la economía, ante vertiginoso ascenso de la inflación y con el contante deterioro de los servicios públicos y la creciente criminalidad. Uso asistencial y clientelar porque ataca exclusivamente necesidades perentorias y de corto plazo sin atender la urgencia de establecer en el país condiciones para que el desarrollo social sea sustentable y de largo plazo. Sí, los sectores más humildes mejoraron su situación, pero eso sólo se logró de la "puerta para adentro" de sus casas, puesto que en lo que se refiere a servicios públicos estructurales como vivienda de calidad, vialidad, sistema de recolección de basura, drenajes, electrificación, las cosas empeoraron en los últimos años.

El gobierno de Chávez impulsó a cerca de una decena de programas sociales, conocidos como las "misiones" y unas redes de mercados estatales, que beneficiaron de manera directa a decenas de miles de personas en todos los estados del país y permitieron paliar, momentáneamente, las deficiencias de los servicios de salud y los efectos de la inflación. A esto se sumó el favorable desempeño que tuvo la economía entre 2004 y 2007, años en los que se dieron crecimientos entre diez y ocho puntos dl PIB venezolano. Pero los años de prosperidad económica comenzaron a hacer agua a partir de 2008 tras estallar la crisis financiera mundial que originó el desplome de los precios del petróleo, de donde proceden ¡90 de cada cien dólares que ingresan al país por exportaciones! Todo esto aderezado por el incontrolable crecimiento de la burocracia y el sector público.

A final de cuantas el espejismo chavista terminará por difuminarse, con o sin la presencia física del comandante, sin que se haya logrado superar la pobreza a largo plazo y sin lograr que la economía sea sustentable para un futuro carente de petróleo. La riqueza generada por el boom energético sirvió a Chávez para fomentar su popularidad mediante un grosero clientelismo, descuidando en el

camino las inversiones de largo plazo garantes de la sustentabilidad del desarrollo social y económico de su país al futuro. Y es que quizá el principal pecado de la revolución bolivariana fue no superar la excesiva dependencia de la economía venezolana respecto al petróleo: más del 90% de los ingresos vienen del rubro energético a más de una década de régimen chavista.

Por cierto, que es en el renglón del comercio internacional donde se cae el mito principal del chavismo: el supuesto "acoso imperialista". El "inicuo imperialismo norteamericano" es, hoy por hoy, a más de diez años de iniciada revolución bolivariana, el principal socio comercial de Venezuela. En sus coloridas peroratas, Chávez ha dicho que busca nuevos mercados para sus hidrocarburos, pero lo cierto es que es sumamente alta la porción de sus ventas que destina a Estados Unidos. Rara forma la gringa de tratar de aplastar a un supuesto enemigo: comerciando con él en ingentes proporciones.

Naciones como los tigres asiáticos, Chile, Brasil, India y otras más ofrecen alternativas de desarrollo. No se limitan al asistencialismo, sino que educan, construyen infraestructuras, exportan, diversifican la economía. Regímenes democráticos o autoritarios, de derecha o de izquierda, que se dedicaron a transferir capitales a las masas con estrategias asistencialistas sin preocuparse de desarrollar estrategias productivas de largo plazo o preparar a la población para la creciente competencia internacional irremediablemente han terminado en el fracaso. Por el contrario, gobiernos que tienen la sabiduría de construir para el futuro y no solo regalar dinero a manos llenas a los pobres acaban sobresaliendo. ¿Qué pasó en Corra del Sur, que en 1960 no tenía ni la mitad del PIB mexicano de aquel entonces y hoy es una potencia donde la pobreza ha dejado de ser el principal problema nacional? ¿Qué pasa en Chile, Brasil, Taiwán, China, Singapur, la India? Pues que no se conforman con el mero asistencialismo, sino que forman, educan, construyen, exportan, compiten, etc.

Gobierna regalando dinero y serás popular. Tienes recursos, luego alivias problemas perentorios a la gente más desprotegida, re-

partes, compras lealtades y votos, y ya está, ¡a refocilarse con la adoración popular y el fomento del culto a la personalidad! El problema es que el cuerno de la abundancia suele agotarse y si para entonces no has construido una alternativa viable para la distribución sostenible del ingreso todo se cae como un castillo de naipes.

Escribo esto cuando la salud del comandante es una incógnita. ¿Puede haber chavismo después de Hugo Chávez? Escaso como esta de cimentación ideológica, con liderazgos mediocres por debajo del jefe y —más importante— con una estabilidad económica tan dependiente de los vaivenes de los precios del petróleo, la verdad parece muy difícil.

Por otro lado, mucho debe temerse que la muerte prematura de Chávez lo convierta en una leyenda. Nada podría ser más nocivo para el futuro de la democracia en América Latina. Lo más deseable es que el comandante recupere la salud y logre terminar el mandato para el que fue electo en 2012 y sea así él, y sólo él, el principal responsable ante la historia de llevar a Venezuela al cataclismo donde habrá de desembocar la llamada "Revolución Bolivariana".

EL KITSCH TOTALITARIO

El culto a la personalidad ha prohijado una especie de peculiar subgénero artístico que ha sido bautizado como "kitsch totalitario", en el cual la única razón de ser del arte es reforzar un régimen dictatorial y glorificar a su líder. "kitsch" es un término que describe a cualquier obra o acción exagerada, cursi, grandilocuente o de mal gusto, que trafica con emociones fáciles, vulgares, sentimentaloides o falsas, y cuya imaginería es pedestre y rutinaria. En general, el arte oficial y el patrioterismo de cualquier latitud y sistema político son, generalmente, muy kitsch, pero el totalitarismo lo pone además de al servicio estatal, a la merced del culto al dictador. Lo hace usando un lenguaje corrompido de realismo académico para elogiar presuntos progresos sociales y económicos "incesantes e irrevocables" logrados gracias a la visión suprahumana del líder.

Esta estética del culto a la personalidad cobró vida "oficial" en la Unión Soviética en 1934, cuando el Primer Congreso Unificado de Escritores Soviéticos ratificó los principios de los que se conoció como "Realismo Socialista". El arte debía servir a la causa de la revolución con una propuesta universal, fácilmente comprensible y didáctica, ajena por completo a cualquier tipo de intelectualismo o abstracción. El modernismo fue proscrito como burgués y reaccionario. Los artistas comenzaron a fabricar masivamente heroicas imágenes de Stalin, Lenin y el proletariado. Paulatinamente, los preceptos del realismo socialista se convirtieron en el estilo preferido de las dictaduras comunistas pero también, paradójicamente, de las fascistas, las derechistas y las meramente hiperpersonalistas, en versiones que tomaban elementos vernáculos para cada caso.

Así podemos encontrar las normas básicas del kitsch autoritario lo mismo en la China de Mao, en la URSS stalinista, en la Alemania nazi, en la España franquista y en el régimen de Trujillo, además de en un muy largo etcétera.

Aunque es menester apuntar aquí una muy notable excepción: el papel destacadísimo que tuvo el movimiento futurista en el culto a la personalidad de Mussolini. El futurismo rechazó al realismo y rompió con la tradición y los convencionalismos, sin embargo el dictador lo acogió con entusiasmo como parte del arte oficial. Muchas de las obras arquitectónicas, escultóricas y pictóricas más emblemáticas del régimen fascista se deben a la audacia y vocación revolucionaria e irreverente de los futuristas. El culto al Duce ha sido el único que recibió el apoyo abierto e incondicional de un movimiento artístico de vanguardia, y lo hizo hasta el final. Marinetti, el fundador del futurismo, murió en 1944 siéndole fiel al Duce. Pero es la pera del olmo. Todo el resto de la estética del culto a la personalidad se limita a la sensiblería de un neoclasicismo ramplón y a la "monumentalidad estrecha, vulgar y predecible de una producción intelectual dueña de una muy limitada visión de la realidad", según el decir de Czeslaw Milosz, crítico acérrimo del realismo socialista

Milan Kundera describió al kitsch totalitario como "el ideal estético de todos los políticos y todos los partidos y movimientos políticos... Cada vez que un movimiento político con tendencias autoritarias llega al poder, nos encontramos en el reino de lo kitsch totalitario. Cuando digo totalitario, lo que quiero decir es que todo lo que atenta contra el kitsch debe ser desterrado de por vida". La razón asiste a Kundera cuando advierte que el kitsch del arte oficioso y patriotero no es, de ninguna manera, exclusivo de los regímenes totalitarios ni de los cultos a la personalidad. Abundan los ejemplos de lo malo y vulgar que puede ser el arte al servicio de la patria o del Estado. Mientras exista la necesidad de un "arte oficial" el kitsch estará muy lejos de ser arrojado en el basurero de la historia del arte.

En este sentido, llama la atención que el único producto de exportación del avieso régimen de Corea del Norte (además de su deficiente tecnología misilística) sea precisamente el kitsch totalitario. Pyongyang (más bien, sus protervos dirigentes) han ganado cientos de millones de dólares en los últimos años con la edificación de esculturas, edificios, monumentos, murales glorificadores y otras febriles grandilocuencias bajo encargo de varios gobiernos, sobre todo africanos. La encargada del negocio del culto a la personalidad se llama Mansudae Art Institute, despacho fundado en 1959 con la inicial intención exclusiva de sublimar a Kim Il Sung y del cual se hizo cargo en los años ochenta el vástago del gran líder, el inefable Kim Jong Il, en su carácter —a la sazón— de delfín del régimen, aprovechando que siempre tuvo muy en alto la potencia de su "vena artística".

Mansudae perpetró en Corea obras como el Monumento a la Idea Suche, los museos a la Revolución y a la Guerra Victoriosa, los mosaicos en el metro de la capital (¡excelsos!), las estatuas el cementerio de Pyongyang, los complejos de bronce que conmemoran la resistencia contra los japoneses, El Arco del Triunfo (el de Pyongyang, se entiende) e innumerables fastuosas estatuas y murales alrededor de la desdichada Norcorea, siempre observando las pautas dictadas por realismo socialista. A partir de los setentas, Mansuade empezó a trabajar para dictaduras africanas y asiáticas. Su primer trabajo internacional fue para la aciaga dictadura de Mengistu Haile Mariam en Etiopía. Actualmente sus obras más destacadas incluyen el Palacio Presidencial, el Cementerio de los Héroes y el Pabellón de la Independencia en Namibia, el Monumento a la Paz y el centro cultural Agostinho Neto en Angola, el recientemente inaugurado (no sin polémica) Monumento al Renacimiento Africano en Senegal, la estatua y mausoleo de Laurent-Desiré Kabila en Kinshasa y las oficinas gubernamentales de Guinea Ecuatorial, encargadas por el simpatiquísimo sátrapa local, en infame Teodoro Obiang.

Destaca como aportación al culto a la personalidad global el Panorama de la Guerra de Octubre (Yom Kippur), especie de "par-

que temático" construido en Siria para vanagloria de Hafez al Assad. La exhibición está situada al norte de Damasco y fue abierta en 1999. El salón principal (un edificio redondo cubierto por un domo de bronce) consta de dos grandes salones. El primero está lleno de murales que describen las batallas de los sirios a lo largo de la historia (Desde la Batalla de Hittin, donde Saladino derrota a los Cruzados, hasta la de Maysaloon, en la que una pequeña fuerza independentista siria se enfrentó heroicamente a tropas francesas en 1920). El segundo salón esté adornado con murales que describen las "gloriosas victorias" obtenidas por el sátrapa contra los israelíes en la guerra de Yom Kippur de 1973. Una enorme estatua del Assad Sr. preside la enorme explanada frontal.

Mansudae es, probablemente, el centro de producción de "arte" más grande del mundo. Su taller principal ocupa un área de 120 mil metros cuadrados donde laboran cuatro mil empleados, de los cuales 1,000 son "artistas". Como apuntábamos, el centro tuvo el privilegio de laborar varios años bajo la guía directa de Kim Jong Il. De hecho, se dice que buena parte de sus ganancias iba directamente a la cuenta suiza de tan inspirado y ya fallecido dictador. Mansudae tuvo su primera gran exhibición en Occidente en Génova, en mayo de 2007, y desde entonces han montado varias muestras más.

Miles han sido las estatuas, murales, obras arquitectónicas y otras aberraciones perpetradas en vida por los tiranos en su afán de autoglorificarse. Muchos de estos adefesios han sido derruidos por indignados pueblos una vez que han recobrado su libertad, desde Tirana a Bagdad y de las Filipinas a España. Ojalá siempre así fuera.

TRES "MARAVILLAS" ARQUITECTÓNICAS DE LA MEGALOMANÍA QUE JAMÁS EXISTIERON

"La pirámide es el pilar que sostiene al poder. Si ella vacila, todo se derrumbará…
una obra tan innecesaria para los súbditos como imprescindible para el Estado."

Ismail Kaderé (La Pirámide)

Demasiados adefesios han sido construidos por orden de los tiranos, pero las tres más descomunales "maravillas" del siglo xx que estaban diseñadas para romper todos los paradigmas megalómano en materia de grandilocuencia arquitectónica desde la construcción de las Pirámides de Egipto jamás pudieron ser construidas: el Volkshalle, la Mole Littoria, el Palacio de los Soviets.

Hitler soñó con redificar Berlín para convertirla en una digna "Capital del Mundo" (Welthauptstadt). La ciudad sería rebautizada como "Germania". El magno proyecto fue elaborado por Albert Speer, el arquitecto favorito del führer. La orden del dictador era "levantar desde este desierto de piedra que es actualmente Berlín a la plausible capital de un Reich milenario". De acuerdo con los bocetos originales, el plan se basaba en erigir un gran bulevar que iba a correr por el centro de la ciudad en un eje norte-sur con una longitud de unos siete kilómetros, el cual uniría dos gigantescas nuevas terminales ferroviarias. Se preveía la edificación de un ar-

co del triunfo de 117 metros de altura y de una plétora de enormes edificios gubernamentales y comerciales construidos bajo los esquemas de un aplastante estilo neoclásico. Miríficos inmuebles flanquearían a la gran avenida, así como varios amplios bulevares adyacentes, obeliscos ornamentales, un lago artificial y una gran "carpa" de cemento que serviría como zona escultórica.

Pero la máxima aberración sería la gran Sala del Pueblo (Volkshalle), recinto vecino del Reichstag que habría sido el mayor espacio cerrado en el mundo, con una colosal cúpula 16 veces mayor que la de la Basílica de San Pedro, capaz de albergar —aproximadamente— a 180,000 personas. Era una horrenda "cúpula para poner fin a todas las cúpulas", como la describió Speer. Ah, pero lo más interesante de este bodrio era el interior, donde un gigantesco pedestal central con una enorme estatua de un águila nazi sería perfilada de tal forma que en determinada época del año, por el juego de luces y sombras, ofrecería la ilusión de proyectar la forma del rostro de Hitler, con todo y sus ridículos fleco y bigotito.

También el Duce impulsó con entusiasmo un proyecto arquitectónico magnánimo. Se trató de la construcción de lo que iba a ser el rascacielos más alto del mundo: la Mole Littoria, en Roma. El edificio pretendía alcanzar 335 metros de altura e incluiría un inmenso hotel de 4,000 habitaciones, salones de juegos, tiendas, bibliotecas y departamentos. La Mole Littoria pretendía convertirse en la imagen material del fascismo, pero ni siquiera se empezó a construir a causa de la guerra. El diseño era obra del conocido arquitecto italiano Mario Palanti, autor de algunos de los edificios más representativos de Buenos Aires, así como del edificio más alto de Montevideo, el Palacio Salvo. Obviamente, la magnitud de esta cosa levantó desde su presentación un alud de críticas. Muchos urbanistas juzgaban que la grandeza romana, (ya de por si castigada por el espantoso pastelazo ese que es el Monumento a la República) menguaría por culpa del titánico rascacielos.

Pero, quizá, la construcción que hubiese significado la cumbre de la hubris de un dictador hubiese sido el Palacio de los Soviets, una pesadilla encargada por Stalin en los años treinta la cual, de

haberse edificado, habría sido la estructura más elevada de la tierra. Iba a ser levantada en el lugar donde se ubicaba la Catedral de Cristo el Salvador, dinamitada ex profeso por orden del tirano. Un concurso público internacional para diseñar el Palacio convocó a casi 300 proyectos de los más célebres arquitectos de todo el mundo. El ganador fue Boris Iofan, con el plan de un edificio de 415 metros coronado por una estatua de Lenin ¡de 100 metros! Es decir, se ideó colocar un monumento mayor (por siete metros) a la Estatua de la Libertad encima de un gigantesco rascacielos. ¡Vaya si esto no fue una de las mayores insensateces en la historia de la megalomanía!

La Segunda Guerra Mundial, primero, y después la muerte de Stalin impidieron que esta lindeza fuese levantada, pero cabe la duda que hubiese pasado con el Padre de los Pueblos viviendo unos años más. El Palacio de los Soviets muy probablemente hubiese sido construido, pero ¿Y la estatua de Lenin? Hay elementos para imaginar que, quizá, en lugar del fundador del Estado soviético la efigie de este coloso pudiera haber sido la de...¡Stalin!, quien al final de sus días tenía la tendencia de colocarse por encima de Lenin como ideólogo y estadista. No es imposible imaginar a los numerosos sicofantes que siempre lo rodearon convencer al *Vozhd* de hacer el cambio "para beneficio de la humanidad".

Nunca se sabrá que hubiese sido, al final, del Palacio de los Soviets". Lo cierto es que en su lugar, y como "consolación", para glorificar la superioridad del comunismo fueron construidos en Moscú entre los años 1948 y 1957 siete enormes rascacielos en el estilo arquitectónico que a Stalin más le gustaba, que para eso había sido nombrado "padre y amigo de todos los arquitectos soviéticos": una siniestra combinación de neogótico monumental con el barroco ruso. Sabido es que en la edificación de dichos bodrios participaron miles de reclusos de los gulags, así como prisioneros de guerra alemanes. Tales monstruosidades existen hasta la fecha y son conocidos en la capital rusa como "Las Siete Hermanas". En el período de posguerra, estos "símbolos de una nueva era", brillando en todo

su esplendor, parecían entidades fantásticas en una ciudad cuyos habitantes vivían hacinados en departamentos comunales.

OCHO INSÓLITOS CASOS DE NO CULTO A LA PERSONALIDAD

"Los grandes hombres de Estado son, a menudo, los que saben rodear su nombre de una aureola de silencio."

Disraeli

No todas las tiranías son iguales. Las diferencias entre unas y otras saltan a la vista del curioso que va tras los rastros de la megalomanía en política. En este libro se ha procurado abordar los casos más fascinantes de sátrapas que se han hecho culto a la personalidad a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI. Están presentes aquí los grandes ególatras que fueron capaces de fomentar los más desproporcionadas, origínales, vesánicas y magníficas idolatrías. Necesariamente ha quedado excluida la categoría de dictadores que no fueron objeto de culto a la personalidad, ese grupo numeroso de tiranuelos que ya sea por adversas o poco apropiadas circunstancias internacionales o internas no fueron capaces de dar rienda suelta a su egocentrismo, verbigracia los gorilatos sudamericanos, que muchas veces fueron regímenes colegiados donde el general al que le tocaba encabezar el gobierno era apenas un *primus inter pares* dentro de una "junta" de jefes de armas. Tal fue el caso de las dictaduras militares en Argentina, Guatemala, Honduras, Brasil, Uruguay, Bolivia y una larga lista. También hubo dictadores que debieron lidiar con ambientes internacionales adversos a cualquier intento de deificación personal. El régimen de Pinochet, por ejemplo, dependía demasiado de la opinión que de él tuviera

el gobierno de Estados Unidos como para que el gorila pudiera dar rienda suelta a un proceso de desmedida glorificación personal.

También se han excluido se esta colección los varios casos de gobiernos autoritarios y personalistas que sí promovieron una cierta devoción a la imagen del líder, pero de una forma demasiado anodina, incolora y "burocratizada". Poco de original o digno de mención puede decirse de los desangelados cultos a la personalidad como los que se hicieron en loor de Somoza (Nicaragua), Stroessner (Paraguay), Pérez Jiménez (Venezuela), Bongo (Gabón), Bierut (Polonia), Gottwald (Checoslovaquia), por citar solo algunos casos, los cuales no fueron capaces de ofrecer ninguna verdadera aportación original a la historia de la megalomanía más allá de algunas feas estatuas, deslucidos posters, retratos oficiales que no por abundantes eran menos grises, mediocres filatelias y deslucidas numismáticas. Tampoco hemos abordado a las monarquías, en virtud a que la naturaleza de dicho régimen político siempre implica una cierta devoción "institucionalizada" a la figura del monarca, aunque el siglo xx da ejemplos de algunos reyes que fueron objeto de descomunal veneración. Además, ¿Quién mejor, por ejemplo, para narrar la vesania del Sha de Irán o de Heille Sellasie que Ryszard Kapuściński?

Por otra parte, el observador suspicaz de la historia de dictadores y megalómanos del siglo xx no puede dejar de sentirse atraído por la figura de dictadores y megalómanos que encabezaron férreamente y por años gobiernos sumamente personalizados y/o ideologizados, pero que voluntariamente y de forma ostensible renunciaron a promover un culto a la personalidad que muy bien pudieron haber establecido sin obstáculo alguno. Vale la pena dar un sucinto repaso de tan interesantes excepciones:

El mullah Mohammed Omar (Afganistán)

A decir verdad, la ausencia de un culto a la personalidad en el Afganistán de los talibanes no debería de sorprendernos demasiado, a pesar de haberse tratado de un obtuso régimen totalitario que contaba con un líder bien definido: el mullah Mohammed Omar. El carácter fundamentalista religioso de esta dictadura condenaba,

de principio, cualquier intento de deificación de un ser humano. En Afganistán y muchas teocracias por el estilo solo prevalece la devoción a Allah, aunque en este sentido no deja de llamar la atención el culto dedicado a los Ayatolas Khomeini y Jamanei en la República Islámica de Irán, el cual quizá tenga que ver con la tradición mesiánica chií y la ansiosa espera de la llegada del Mahdi.

El mullah Omar se conformó con llevar el humilde título de Amir-ul-Momineen, que significa "comandante de los fieles". Semianalfabeto de origen campesino, Omar incluso sufrió siempre de una tendencia a la timidez. Sus compañeros de armas y todos quienes le conocían no se lo podían creer cuando Omar lideró el levantamiento armado talibán que llevó a estos fanáticos al poder en 1996. Proyectaba el mullah en su actitud un perceptible miedo a los lugares extraños y a los rostros desconocidos. Durante su tiempo como líder de Afganistán evitó siempre reunirse con delegaciones extranjeras. De hecho solo una vez estuvo en Kabul, la capital, y nunca salió del país, a pesar de una invitación personal que le hizo el rey de Arabia Saudita para que cumpliera con el mandato musulmán de hacer por lo menos una peregrinación a La Meca en la vida.

Lo más de extraordinario que se llegó a decir de Omar cuando los talibanes estaban en el poder fue que el día de su nacimiento su madre montaba un burro cuando se puso de parto. Ella se bajó, dio a luz, y rápidamente reanudó el viaje llevando a su hijo recién nacido. El niño nació enfermo y nadie esperaba que sobreviviera, sobre todo porque su madre ya había soportado la pérdida de dos recién nacidos, pero la cría sobrevivió para sorpresa de todos, lo que se consideró un milagro y prueba irrefutable de que el niño era un enviado de Allah con una misión muy importante que cumplir. Ya como gobernante, el único "exceso" que se permitió Omar fue ordenar la construcción de una gran mezquita en Kandahar.

Eso sí, con todo y su proverbial retraimiento, el poder siempre estuvo totalmente concentrado en manos del mullah. No se podía poner en práctica ninguna decisión con la que él no estuviese de acuerdo. Tenía el control directo sobre la temible policía religiosa,

encargada de imponer los mandatos de la sharia, aunque siempre escuchó las buenas asesorías y consejos del maulvi Said Mohammed Pasanai, presidente del Tribunal Supremo islámico de Kandahar, quien enseñó a Omar los elementos básicos de la ley sagrada durante la yihad contra la ocupación soviética.

Cuando Estados Unidos invadió Afganistán para acabar con el régimen de los talibanes tras los atentados del 11 de septiembre, Omar lo consideró como un castigo divino causado por los talibanes al persistir en seguir "malos caminos", y reiterar su gusto por el pecado. Desde entonces muy poco se ha sabido del mullah.

Pol Pot (Camboya)

Menos comprensible que el no culto de los talibanes resulta el de Pol Pot, dirigente principal del genocida régimen del Khemer Rouge, el cual aniquilo a un tercio de la población de Camboya. Y es poco explicable en virtud a la poderosa influencia ideológica maoísta que poseía Pol Pot. El de Mao ha sido uno de los cultos a la personalidad más extravagantes en la historia de la megalomanía, pero Pol Pot renunció a esa práctica y prohibió que se le rindieran pleitesías. En su lugar, el líder máximo de los *Khemer Rouges* impuso una obediencia ciega a una suprema e infalible abstracción denominada en lengua nativa Angkar Padevat, cuya traducción aproximada sería "la organización", es decir, el partido.

Pol Pot, cuyo nombre verdadero fue Saloth Sar, siempre se refugió en un misterio impenetrable, tratando de borrar todo vestigio sobre sus humildes orígenes. Poco se supo de su vida personal. Incluso se discute si nació en 1926 o en 1928. Existen muy pocas fotografías suyas de su etapa como gobernante. Él y sus seguidores se referían siempre en tercera persona al angkar para tomar y legitimar cualquier decisión trascendental, entre ellas las instrucciones para matar y morir, las cuales se impartían en nombre de esta entelequia. El monstruoso experimento de utopía comunista que cobró dos millones de víctimas, duró espantosos cuatro años y dejó marcada a la sociedad camboyana para siempre.

No carecía Pol Pot, sin embargo, de tendencias megalómanas. Solía decir, al contemplar las maravillosas ruinas de los templos

de Angkor Wat, que los herederos de quienes pudieron edificar esa maravilla podían hacer cualquier cosa que les dictara su implacable voluntad. Pero hasta la fecha Pol Pot sigue siendo un misterio. Ni siquiera es fácil explicarse cómo este hombre tan poco carismático e intelectualmente limitado pudo dirigir un genocidio tan espantoso. Quizá le bastó su innata habilidad organizativa, su absoluta carencia de escrúpulos y una colosal capacidad de odiar. Jamás se desentrañará el misterio de por qué hombres como Pol Pot han odiado con tanta inquina a la humanidad, a la vida, al mundo y a todo lo que hay en él. Su frase favorita era: "El que protesta es un enemigo; el que se opone, un cadáver".

Ne Win y Than Shwe (Birmania)

También llama la atención la renuncia al culto a la personalidad de los dirigentes del opresivo régimen militar de Myanmar (antes Birmania). Renuncia al culto, pero de ninguna manera a la megalomanía. De su fundador, Ne Win, lo más interesante que puede decirse es que era supersticioso en extremo. Solía bañarse en sangre de delfines para obtener "eterna juventud". Cruzaba los puentes de espaldas para alejar a los espíritus malignos. Decretó la sustitución de las nominaciones decimales del papel moneda del país por 9, 15, 30, 45 y 90, que él consideraba sus números de la suerte. Poco después de Ne Win llegó al gobierno de Myanmar el no menos extravagante general Than Shwe, quien concentró todos los esfuerzos y recursos del país en construir una nueva y excéntrica capital en medio de la jungla: Naypyidaw. Un complejo (¡Vaya complejo!) urbano feo, frío y ostentoso, pero sin duda también muy surrealista y de una faraónica megalomanía. La ciudad está protegida simbólicamente por tres gigantescas estatuas de los antiguos reyes birmanos Anawrahta, Bayinnaung y Alaungpaya. Su nombre hace referencia a los palacios en los que solían residir los monarcas del país y significa "la Ciudad de los Reyes". Ministerios, oficinas, escuelas, barrios residenciales, mercados y parques fueron erigidos en tiempo récord a partir de 2004, lo que hace de Naypyidaw la primara ciudad del orbe construida en el siglo XXI. Su ubicación, 380 kilómetros al norte de la antigua capital del país, Rangún, fue determinada, para

no variar, por la superstición. Than Shwe reunió a un consejo de astrólogos para que le indicaran la fecha y el lugar más propicios para levantar su proyecto. Los augurios indicaron que la nueva sede del gobierno debía levantarse en medio de la más espesa jungla. Hasta ahí fueron llevados miles de obreros, quienes por años trabajaron a contrarreloj mal pagados y mal tratados en la construcción de esta locura. La nueva pagoda de Shwedagon, una obra opulenta que pretende igualar en grandeza al monumento más venerado por los budistas birmanos y cuya figura se dibuja en el horizonte del viajero desde muchos kilómetros antes de arribar por tierra a la capital. Un enorme búnker militar, construido como prevención de una eventual (y según la dictadura "ineluctable") guerra contra el imperialismo norteamericano es el centro de poder sobre el que giran el resto de las infraestructuras de la ciudad, e incluye una explanada de un millón de metros cuadrados ganada a la selva con el sudor de los trabajos forzados. En la ciudad pueden verse también réplicas de las pagodas más importantes del país.

Para levantar en medio de la nada a Naypyidaw se dilapidaron los recursos de la que hoy es una de las 10 naciones más pobres del mundo. Con este capricho la dictadura terminó por devastar al país que llegó a ser en los años sesenta el más rico y educado del sureste asiático. Eso sí, a los sátrapas de la malhadada Myanmar les queda la satisfacción de haber emulado a esos reyes que inmortalizaron en descomunales estatuas acero, quienes solían trasladar la capital del reino con cada cambio de dinastía. A la histórica Pagan le sucedió Ava en el siglo XIV y después se sucedieron como capitales Taungoo, Pegu, Mandalay y Rangún, la última en ser remplazada.

Deng Xiaoping (República Popular China)

No todos en esta lista de gobernantes absolutos que renunciaron al culto son locos genocidas, fundamentalistas religiosos o constructores de pomposas capitales. Los hay que fueron estadistas de verdad, arquitectos de la modernización de sus países, aunque dicho proceso costara vidas y libertades. Uno de los más prominentes casos de esto lo ofrece. Deng Xiaoping, quien en su momento fue acusado por los "guardias rojos" de ser "la segunda rata capitalis-

ta más grande en el país" (la "primera rata" se supone que era Liu Shaoqi) y acabó sus días como una de las figuras mundiales más sobresalientes de la segunda mitad del siglo xx.

Deng, hijo de un rico terrateniente, fue educado en Francia, y desde muy joven participó en el movimiento comunista internacional. Al regresar a China, se unió a las fuerzas de Mao, participando en la Larga Marcha de 1936-37. Tras la victoria comunista en 1949 ocupó varios cargos de importancia, distinguiéndose por sus posturas pragmáticas. Famosa es aquella cita de "No importa que un gato sea blanco o negro, si atrapa al ratón quiere decir que es un buen gato". Algún cínico añadiría "... y mientras el gato obedezca incondicional e inmediatamente"

Principal responsable de las reformas implementadas tras el fracaso del Gran Salto hacia Adelante, Deng fue purgado durante la Revolución Cultural, pero Zhou Enlai lo rehabilitó en el gobierno en 1973 para que sirviera de contrapeso a los radicales. Tres años después de su rehabilitación, tiempo después de la muerte de Zhou y poco antes del deceso de Mao, la Pandilla de los Cuatro logró forzar la dimisión al gobierno de Deng, quien en esta ocasión fue estigmatizado como "derechista incorregible" por sus enemigos. Pero para entonces era dueño de un sólido prestigio. Poseedor de incontrastable carisma y de una gran habilidad política, era ya la cabeza indiscutible del sector reformista del Partido Comunista, el cual cada día cobraba mayor poder e influencia.

En junio de 1977, Deng fue rehabilitado por tercera vez, al ser nombrado viceprimer ministro. En esta ocasión, los radicales no tendrían la oportunidad de contratacar. Desde su puesto, contando con un amplio apoyo en todo el país, Deng fue capaz de trabajar astutamente para liquidar a sus adversarios. Los miembros de la Pandilla de los Cuatro fueron juzgados por traición y encarcelados, con lo que la facción fundamentalista quedó acéfala y desorganizada.

Se instituyó entonces una administración económica descentralizada en la industria, que daría lugar a una planificación racional y flexible diseñada para lograr un crecimiento económico eficiente

y controlado. Se acrecentó la descolectivización en el campo y ampliaron las libertades de comercialización y producción de los campesinos. Se restituyeron los incentivos económicos para los trabajadores más eficientes y capaces, y se fomentó la preparación técnica y científica de los jóvenes. Asimismo, se nombraron a administradores más eficaces para responsabilizarse de las empresas industriales, las cuales se vieron liberadas casi por completo del control y supervisión del gobierno central. También se promulgaron nuevas leyes para atraer la inversión extranjera. El país se abrió nuevamente al comercio exterior y fueron creadas (sobre todo al sur del país) "zonas económicas especiales" en donde se tolerarían grados cada vez mayores de privatización.

Deng no ocupa ningún puesto oficial desde 1990. De hecho, jamás ocupo ni la presidencia del partido ni ejerció nunca como primer ministro. En 1977, tras la muerte de Mao y la caída en desgracia de la "pandilla de los cuatro", fue designado vice primer ministro y presidente de la Comisión Central Militar, además de ser restituido como miembro del Politburó. Desde estas posiciones, aparentemente secundarias, mantuvo en sus manos el comando efectivo del poder y fue capaz de lanzar su ambicioso programa de reformas. En 1987, como parte de una campaña de "rejuvenecimiento" de los cuadros dirigentes del partido lanzada por el propio Deng, el anciano líder abandonó voluntariamente su cargo como vice premier y miembro del Politburó, manteniéndose como presidente de la Comisión Central Militar (desde donde ordenó la represión contra los manifestantes de Tiananmen) sólo hasta 1990, cuando cedió el puesto a Jiang Zemin.

Suharto (Indonesia)

Tras la cruenta caída del poder del "flamboyant" Sukarno subió al poder el general Suharto. La nueva administración tendría fundamentalmente los retos de consolidarse en el poder, recomponer al sistema político, restablecer la economía y restaurar sus relaciones con sus vecinos y con occidente. En todos los casos, se consiguieron resultados rápida y exitosamente, pero luego de provocar un baño de sangre que costó la vida de miles de personas. Para legiti-

mar su presencia en el poder, Suharto se presentó como el defensor del orden constitucional pretendidamente alterado por Sukarno, y anunció el establecimiento de un "nuevo orden", que conservaría una fachada constitucionalista pero en el fondo sería un sistema autoritario bajo el estricto control del presidente de la República, con el apoyo irrestricto del ejército.

Bajo el dictatorial régimen de Suharto Indonesia fue considerado uno de los regímenes más violadores de garantías individuales en el mundo. Pero, por otro lado, el dinamismo de la economía nacional aceleró su paso. Para 1990, Indonesia era considerada como uno de los "jaguares" asiáticos. Es decir, de la nueva generación de naciones de este asiático que parecen estar destinadas a imitar el fabulosos desarrollo económico de los "tigres".

Suharto desistió del culto a la personalidad, pero no a profesar una corrupción galopante. El presidente y sus allegados robaron alegremente durante todo el tiempo que estuvieron en el poder. De hecho, según un informe de Transparencia Internacional, Suharto, habría malversado de su país entre 25,000 y 35.000 millones de dólares, lo que lo convertiría en el gobernante más corrupto de la historia contemporánea a nivel mundial. Cuatro de los hijos de Suharto fueron presidentes de importantes empresas, algunas de ellas auténticos monopolios, las cuales vieron multiplicar sus ganancias de manera impresionante en los años previos a la caída de Suharto (1998).

Lew kuan yew (Singapur)

El de Singapur es uno de los sistemas políticos más originales del mundo. Se trata de un régimen incuestionablemente autoritario donde, sin embargo, existen márgenes importantes de tolerancia hacia las minorías étnicas y religiosas. Un sólo partido político ha ejercido el dominio absoluto del poder desde la independencia del país, pero siempre permitiendo la existencia de organizaciones de oposición. En el terreno económico, esta pequeña nación (que en realidad es una ciudad-Estado), ha experimentado un impresionante desarrollo, y su población goza de un elevado nivel de vida, en comparación a sus vecinos del Sudeste de Asia, a pesar de

que se trata de un territorio pequeño escaso en materias primas. El arquitecto del moderno Singapur se llama Lee Kuan Yew, un aristócrata de origen chino educado en Inglaterra, que a principios de la década de los cincuentas volvió a su país para trabajar en pro de la independencia. Junto con algunos destacados sindicalistas y políticos de centro izquierda, Lee fundó al Frente Laborista, organización que parecía ser la más avocada para levantar la bandera de la lucha por la libertad. Pero poco tiempo después, Lee se separó del Frente para fundar al Partido Acción Popular (PAP), acusando a sus ex asociados de ser demasiado moderados en la lucha por la consecución de la independencia. Lee Kuan Yew fue designado primer ministro, puesto que desempeñaría ininterrumpidamente hasta 1990.

Grandes peligros asechaban a la pequeña nación recién formada. Singapur estaba rodeada de enemigos, su composición étnica estaba muy lejos de ser homogénea, la escasez de recursos naturales no auguraba un desarrollo económico significativo y la creciente actividad de los grupos izquierdistas de oposición amenazaban con desestabilizar al país. En el momento de su creación, la república contaba, aparentemente, con pocas probabilidades de éxito. Enfrentado a tantos riesgos, cualquier otro Estado hubiera caído, sin duda, en la tentación del autoritarismo militarista, cosa que sucedió con frecuencia en infinidad de Estados del tercer mundo durante la década de los sesentas. La instauración de un régimen represivo suele ser la salida fácil que adoptan los gobernantes de Estados débiles en peligro de extinción. Sin embargo, Lee Kuan Yew y los dirigentes del PAP tuvieron la suficiente talento e imaginación para articular un singular sistema político, el cual fue capaz de garantizar el desarrollo económico sostenido y acelerado del país sin necesitar imponer una rígida ley marcial ni recurrir a la represión generalizada, como ocurría a la sazón en otras dos naciones que experimentaron un progreso material similar al de Singapur en cuanto a su espectacularidad: Corea del Sur y Taiwán.

Chiang Ching Kuo

Chiang Ching Kuo fue hijo del mandamás absoluto de Taiwán, Chiang Kai Shek, de quien heredó el poder absoluto. Había tenido ásperas disputas con su padre antes del exilio del Kuomintang, pero ya instalados en Taiwán se verificó una reconciliación y Chiang Ching se responsabilizó de la seguridad del Estado, convirtiéndose a partir de entonces en el más cercano aliado del presidente. Como jefe de Estado, Chiang Ching inició un período de flexibilización política frente la oposición. Las crecientes demandas democratizadoras de la sociedad, producto de tantos años de acelerado y sostenido desarrollo económico, y la renovada actividad de los grupos independentistas, acicateados por las nuevas políticas asiáticas de Nixon, funcionaban como impulsores de cambios políticos profundos en la isla. Para principios de 1980, ya parecía insostenible el continuar con una política tan represiva e intolerante en contra de la población de origen taiwanés, que cada vez ocupaba mayores espacios en la política y la sociedad. Bajo el mandato de Chiang Taiwán logró terminar su proceso de democratización y mantuvo un ritmo económico de crecimiento acelerado y sostenido.

Park Chung hee

En 1961, el ejército surcoreano perpetró un golpe de Estado. El gobierno fue depuesto, la Constitución fue suspendida, los partidos políticos fueron prohibidos, la Asamblea Nacional fue disuelta y se impuso la ley marcial. Para hacerse cargo del gobierno fue creado el Consejo Supremo de Reconstrucción Nacional, bajo la presidencia del general Park Chung Hee, quien pronto se consolidaría como el rector absoluto e indiscutible de los destinos del país. Bajo su férrea dictadura, Corea del Sur comenzó el impresionante despegue económico que la tiene hoy como uno de los principales países exportadores del mundo. Un fabuloso milagro económico forjado "a sangre y fuego".

Park fue un presidente tiránico que gozó de toda clase de facultades discrecionales. Podía, a su arbitrio, imponer la ley marcial y disolver al parlamento. En los años setenta extendió a seis años la duración del mandato presidencial con posibilidad de relección

ilimitada. También se multiplicaron las violaciones a los derechos humanos; los miembros de la oposición fueron perseguidos con mayor intensidad y las libertades públicas fueron restringidas severamente. Park ejercía un control absoluto sobre la Agencia Central de Inteligencia Coreana (KCIA), policía política que cobraría en estos años una importancia capital, en virtud al creciente clima represivo, el cual llegó a provocar varios incidentes internacionales graves, como cuando el líder oposicionista Kim Dae Jung (posteriormente presidente y premio Nobel de la Paz) fue secuestrado en Japón (país donde se encontraba en calidad de asilado político) para ser encarcelado en Corea, lo que causó una áspera crisis en las relaciones bilaterales.

Es cierto que criticar a Park en estos años de mucho desarrollo económico y pocas libertades públicas, constituía un delito que podría llevar a la cárcel al infractor, pero el presidente jamás se hizo culto a la personalidad. Eso sí, tenía otras perversioncillas, era un libertino muy dado a las orgías y a la bebida en exceso. Murió en extrañísimas circunstancias. En 1979, con la economía del país en pleno apogeo y la política sumergida en un clima represivo, Park fue asesinado por el director del mismo omnipotente cuerpo de seguridad que había prohijado con la intención asegurar su permanencia en el poder: la KCIA. El asesinato fue perpetrado en el mismísimo palacio presidencial (la famosa Casa Azul) y, según se dice, en medio de surrealistas circunstancias, toda una comedia del absurdo, o al menos eso es lo que se narra en el estupendo film satírico El último Bang Presidencial (2005), que expone de manera magistral como una francachela del dictador con la galería de compinches, aduladores y bufones que siempre lo acompañaba degeneró inusitadamente hasta terminar en uno de los magnicidios más extraños de la historia.

¿El Siglo de las Dictaduras sin Rostro?

Casos como los de China, Sudcorea y Singapur hacen pensar que en el siglo XXI podría ponerse de moda una clase menos extravagante de déspota que desista de extasiarse con las desmesuras del culto a la personalidad pero no de ejercer el poder de forma absoluta, o

casi. Hablamos aquí de la fría tecnocracia que ofrece eficiencia administrativa, orden y desarrollo social a cambio de restringir libertades ciudadanas y que es ajena a los rejuegos del parlamentarismo y la política democrática. El éxito económico ha destacado los obvios atributos que poseen las tecnocracias del Asia oriental sobre las dictaduras más sanguinarias. Para algunos sectores empresariales y clases medias conservadoras del resto del mundo, tal paradigma es deseable ya que implica alcanzar el progreso material sin necesidad de "politiquería". Nada de fatigas a la hora de hacer negocios y de dar soluciones plausibles a los dilemas del gobierno. Pero, como lo señala Buruma, la estabilidad del modelo asiático "bien puede terminar siendo más frágil de lo que muchos esperan, ya que es muy poco probable que los pactos realizados con una clase media complaciente sobrevivan a una crisis económica severa"

Estas anónimas tecnocracias son prototipo de la más fatal de las tentaciones que acecha a toda dictadura: la utopía de que es preferible prescindir del complicado funcionamiento democrático para que sea un dirigente enérgico, dueño de amplias facultades y al que no obstaculice ningún disenso organizado quien sea capaz de resolver todos los problemas. El afán mesiánico, que asecha siempre en los subconscientes colectivos y tan visible es en el fascismo y el populismo, se hace presente en extrañas, sutiles e insospechadas formas con el auge de las tecnocracias autoritarias. Por eso es que siempre será imprescindible asumir la actitud koestleriana de ser "Sospechoso de toda causa, desdeñoso de todo sistema, aburrido de las ideologías, escéptico con las utopías".

¿ANARQUISTAS CORONADOS?

Todo dirigente narcisista patológico, como los que aparecen en esta colección de la Historia Mundial de la Megalomanía, en el fondo es un absoluto nihilista. Sus alegorías, lenguaje y motivaciones son nihilistas. El narcisismo es un nihilismo manifiesto y el culto a la personalidad representa una ruptura con todo orden establecido y la ascensión de la voluntad de un ser superior que surge como una fuerza prestablecida e irresistible de la naturaleza. El liderazgo narcisista se despliega como una rebelión en contra de las "viejas formas" (la cultura hegemónica, las clases altas, las religiones establecidas, las superpotencias, el orden corrupto, etc.) y anuncia el establecimiento de un esquema ciertamente autoritario y asfixiante, pero en donde la principal fuente de autoridad es únicamente el dictador.

Los dirigentes narcisistas prosperan, sobre todo, en medio del odio y la envidia obsesiva al "otro". Esta es precisamente el origen de la fascinación por personajes como Hitler o Stalin, narcisistas eminentemente malignos en quienes las sociedades enfermas cristalizan sus impulsos más reprimidos, sus fantasías, miedos y deseos. El líder nos da una idea de los horrores que se encuentran en los subconscientes colectivos. A final de cuentas, los autócratas megalómanos no han sido marcianos, ni diablos, sino "uno de nosotros". A esto se refería Arendt cuando hablaba de la "banalidad del mal". Estos narcisistas monstruosos no han sido, en realidad, seres dueños de dotes extraordinarias, ni mucho menos verdaderos "genios". Muchos de ellos carecían, incluso, del más elemental carisma. La mayor parte de los sátrapas han sido hombrecillos

con personalidades mediocres e inteligencia mediana. Personajes llenos de trastornos mentales que no hubiesen pasado de ser meros fracasados si las caprichosas circunstancias históricas y sociales hubiesen sido un poco más "normales". Pero vivieron en momentos convulsos en medio de sociedades muy perturbadas y ellos fueron el conducto que revelaba los rostros más soterrados de las naciones que gobernaron.

El líder narcisista es espejo, pero espejo de humo. No refleja la realidad, sino la fantasía. Su fuerza reside en saber representar la ilusión, la parafernalia, el divorcio de la realidad. Su reinado es de espejismos, nunca de sustancias. Es prestidigitación incansable y constante, hasta que se acaban los conejos de la chistera y se derrumba la farsa. Lo que parecía un "milagro económico" o una "revolución triunfante" fue solo una burbuja narcisista. Pero mientras el ensueño dure, el mundo debe ajustarse con la imagen del líder e instigar y alimentar las fantasías grandilocuentes y revolucionarias. El narcisista como nihilista inventa, y luego proyecta, un artificial y personalísima cosmovisión colmado de grandiosos autoengaños y quimeras de omnipotencia y omnisciencia, y dentro de este su mundo, en donde el resto de la sociedad también se quiere ver, fomenta y promueve un culto a la personalidad con todas las características de una religión: sacerdocio, ritos, rituales, templos, catequesis, la mitología en el que "sacrifica" su vida y termina por negarse a sí mismo para consustanciarse con su pueblo.

El líder narcisista invariablemente revela una estética de la decadencia que es puro teatro y reniega de la vida real. Para disfrutar del espectáculo y ser subsumida por él, el líder exige la suspensión del juicio, la despersonalización y la renuncia del resto del mundo a la individualidad y a la realización personal.

¿Tenemos entonces la paradoja de que los grandes dictadores han sido, en lo profundo, grandes nihilistas, «anarquistas coronados» como dice la obra de Antonin Artaud? Este abrumado poeta, dramaturgo y ensayista francés aborda la vida y desmanes del Emperador Heliogábalo, efímero emperador romano del caótico siglo III, que ascendió al trono con solo 14 años de edad gracias a las hábi-

les intrigas de su madre y su abuela (emparentadas con los emperadores Septimio Severo y Caracalla) y después de haber pasado casi toda su corta existencia en un templo en Emese (Siria actual). Heliogábalo se adoctrinó con fruición en oscuros y sangrientos ritos de adoración del dios El-Gabal (dios Sol), muchas veces entremezclados con extravagantes prácticas sexuales, tales como la castración y la pederastia. Ya en el poder, Heliogábalo impuso al Imperio las costumbres y ritos de su culto. Artaud narra, por ejemplo, el largo periplo triunfal que condujo al nuevo emperador hasta Roma a través de los Balcanes. El centro de la comitiva era un enorme falo dorado transportado sobre un lujoso carromato que empujan cientos de vírgenes y toros. Cada cierto lapso de tiempo el cortejo se detenía, sonaba música de liras y címbalos, y entre los danzantes y los peregrinos en trance aparecía Heliogábalo cubierto de joyas, emperifollado y rutilante como un dios.

En "El Anarquista Coronado" Artaud aborda la complejidad que encierra un personaje que al llegar al poder busca la instauración de un nuevo orden, material y espiritual, que rompe con todo el molde clásico-helenístico e introduce la guerra de los principios presente en todas las religiones orientales de la época y que se representa en la lucha de los opuestos (agua y fuego, el sol y la luna, lo masculino y lo femenino) en el ejercicio cotidiano del poder. Heliogábalo, como gobernante absoluto, va a desplegar una anarquía "más metafísica que política" donde la brutalidad y desprecio por la vida humana llegarán a niveles casi nunca antes vistos (incluido el alucinado gobierno de Calígula) , liberando los instintos de una Roma decadente y perversa, como todas las sociedades imperiales, que se entregó dócilmente a esta nueva ritualidad plena de sangre y perversión de un muchachito afeminado que se hacía encular por sus guardias y sirvientes, y que ,dueño de todo el poder, quiso convencer a su Imperio de que el camino de la verdad se encontraba en la transgresión de lo masculino y lo femenino, en ir más allá de la naturaleza física de los seres humanos.

La misión que se propone Heliogábalo aparece así, a los ojos del surrealista Artaud, como el sublime designio anárquico de subver-

tir el falso orden de lo sensato e instaurar el dominio de los principios irracionales de la vida y la muerte, de celebrar una violenta orgía que anegara en sangre y semen la hipocresía imperial. Heliogábalo quería una anarquía, la unión del sol y de la luna en la tierra. Y claro, el desafío era cómo un hombre puede llegar él y llevar a las masas hasta tales grados de paroxismo y locura, aun cuando en su intento termine ahogado en un charco hecho por su propia sangre. Heliogábalo acabó como muchos tiranos antiguos y modernos han finalizado después de encabezar un régimen demencial y sanguinario. Fue asesinado por la guardia pretoriana. Tenía apenas 18 años de edad. Su cuerpo fue desmembrado y arrojado al Tíber y su nombre se borró de los documentos públicos.

¿Qué tanto hay de Heliogábalo en los narcisos sátrapas modernos que se han entregado al paroxismo del culto a la personalidad y la tiranía sangrienta? Artaud vio en este emperador desquiciado y pervertido una forma de hablar de arte, entendiendo al arte como transgresión, como la manifestación del genio humano que quiere escapar de la muerte y crear una realidad paralela, distinta, en la que lo bueno y lo malo no existen, sino solo el ser humano en su grandeza, sus miserias y su dolor. Poca grandeza artística hay en los sátrapas narcisistas, pero si hay mucho del impulso nihilista que lleva a pretender fulminar el orden establecido para imponer la voluntad propia, la personalísima, a través de la barbarie, la locura, la apoteosis narcisista y la muerte.

SOBRE EL AUTOR

Nació el año 1963 en la Ciudad de México.

Autor de los libros: "La Unión Europea: Evolución y Perspectivas (Diana, 1994)"; "Asia Oriental: Desarrollo y Democracia" (Diana, 1995); "Elecciones y Política en Francia: De Charles de Gaulle a Jacques Chirac (Nuevo Horizonte Editores, 1996)"; "Ocho en la Cumbre (Nuevo Horizonte Editores, 1998)", "La Alternativa Socialdemócrata" (Fundación por la Socialdemocracia de las Américas, 2001), "Historia Mundial de la Megalomanía: desmesuras, desvaríos y fantasías del culto a la personalidad en la política" (Editorial Debate, México D.F., México, 2014 y Editorial Innisfree, Madrid, España. 2013), "De Winston Churchill a Donald Trump: auge y decadencia de las Elecciones" (Editorial Innisfree, 2016) y Bad Hombres: megalomanía y política en el siglo xxi (Editrial Innisfree, 2017).

Coordinador de elaboración de las dos ediciones de la colección de monografías que conforman la serie "Los Sistemas Políticos y Electorales Contemporáneos" (publicado por el Instituto Federal Electoral). Fue director de la revista Voz y Voto, presidente de la Fundación por la Socialdemocracia de las Américas y ha publicado centenares de ensayos y artículos en diversos periódicos y revistas. Ha participado en diversas compilaciones de ensayos sobre asuntos políticos y electorales impresas en México y otros países.

Escribe la columna Hombres Fuertes del periódico ContraRéplica y es colaborador del diario digital Etcétera.

Imparte las conferencias del Círculo Mencken de historia mundial, política internacional y difusión pensamiento anarquista.